



OTOÑO  
DE TERROR

*Jack el Destripador*

TOM CULLEN

Lectulandia

«El horror atenazó la tierra. Los hombres hablaban del mismo apenas sin poder respirar, por el miedo que sentían, y las mujeres de labios pálidos se estremecían constantemente cuando leían las noticias de los diarios».

Así es como un autor de la época describió el otoño de 1888, cuando un misterioso asesino conocido como Jack el Destripador asesinó y descuartizó con precisión quirúrgica, a cinco prostitutas del East End de Londres en el plazo de diez semanas. Los crímenes de Whitechapel fueron discutidos desde el púlpito y en las Cámaras del Parlamento. El *The Times* les dedicó de tres a cuatro columnas diarias. La Reina Victoria siguió los sucesos con el máximo interés, así como George Bernard Shaw y Arthur Conan Doyle. Se forjaron muchas teorías, entre las cuales una parecía la más probable: el asesino era un extranjero. Ningún inglés podía ser capaz de cometer tamañas atrocidades. Muy pronto todos los extranjeros residentes en el East End no tuvieron seguras sus vidas ni sus casas.

¿Quién fue Jack el Destripador? En esta obra, Tom Cullen examina las diversas teorías que circularon y aún circulan respecto al Destripador y lanza una nueva, en consonancia con todos los factores del caso. Por fin, revela los nombres de los tres sospechosos que en su época tuvo Scotland Yard, en particular la identidad del principal de ellos Su nombre jamás se había hecho público, No era un extranjero, ni pertenecía a la clase baja. Periodista y autor de relatos criminales, Tom Cullen en esta obra no sólo ha reproducido escrupulosamente los crímenes del Destripador sino que también señala la decadencia social y las reformas emprendidas en los barrios bajos de Londres como consecuencia de los crímenes de Jack el Destripador.

Esta obra es la más completa e importante entre las dedicadas a ese desconocido asesino.

**Lectulandia**

Tom Cullen

# **Otoño de terror**

**Jack el Destripador**

ePub r1.1

Titivillus 25.05.16

Título original: *Autumn of Terror: Jack the Ripper: His Crimes & Times*  
Tom Cullen, 1965  
Traducción: Miguel Giménez Sales  
Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Mientras nosotros, los socialdemócratas, estamos desperdiciando nuestro tiempo en la educación, la agitación y la organización, un genio independiente ha tomado las riendas en sus manos y, por el simple procedimiento de asesinar y destripar a cuatro mujeres, ha convertido a la Prensa en una especie inepta de comunismo.*

Carta de George Bernard Shaw al diario *Star*, de 24 de septiembre de 1888.

# Introducción

## El olor a sangre

### 1

*El horror recorre la Tierra*, afirma un relato contemporáneo.

*Los hombres hablan casi sin aliento y las mujeres, con los labios exangües, se estremecen cuando leen los pavorosos detalles. La gente huele la sangre desde lejos, y los supersticiosos dicen que el cielo mostró un rojo más intenso en el otoño...*

Era el otoño de 1888, e Inglaterra, todavía entusiasmada por el jubileo de oro de la reina Victoria, veía con aprensión cómo su nieto, Guillermo II, ascendía al trono de Alemania.

Pero no era el advenimiento al poder del Káiser Guillermo lo que hacía que los hombres hablasen casi sin aliento y las mujeres no tuviesen color en los labios. No era tampoco la perspectiva de la guerra, lejana en 1888, lo que provocaba que alguien pudiese oler la sangre desde lejos. El horror que recorrió la Tierra y causó discursos y controversias en los que se nombró a Caín, fue inspirado por una serie de asesinatos casi sin parangón en los anales del crimen. El otoño de 1888 fue el período en que un misterioso asesino se enseñoreó de las calles del East End de Londres, cayendo sobre sus víctimas femeninas sin previo aviso, segándoles la garganta, mutilando sus cuerpos de manera horripilante, y escapando por entre los cordones policíacos para volver a matar. *Jack el Destripador* fue el nombre que se otorgó a sí mismo, por el que ha pasado a la posteridad. Es un nombre que todavía hoy hiela el corazón del más valiente.

Los crepúsculos de aquel otoño, que se ha motejado de sangriento, se vieron teñidos por una espesa niebla de la variedad conocida como «especial para Londres», por lo que al terror imperante se añadió una nueva dimensión. En el apogeo del temor provocado por el Destripador, los inmigrantes rusos, polacos y alemanes que llegaban a Whitechapel se negaron a quedarse allí ni aun temporalmente, tan grande era el terror que sentían ante el desconocido asesino. Ni siquiera los *cockneys*<sup>[1]</sup> locales salían de sus hogares después de anochecido. El propietario de «La Estrella y la Jarretera», local instalado cerca de la Commercial Road, que quebró, alegó que sus quebrantos financieros eran debidos a Jack el Destripador.

—La gente ya no sale por las noches —se quejó al ser demandado—. Desde los asesinatos, es muy difícil que por las noches entre un alma en mi establecimiento.

Incluso en las tranquilas plazoletas arboladas de Belgravia y South Kensington, las cortinas estaban completamente corridas en todas las ventanas y balcones, y las amas de casa no podían convencer a las sirvientas para que fuesen ni a echar una

carta al buzón después de ponerse el sol.

Al sur del Támesis, en Blackfriars Road, la señora Mary Burridge, mujer de limpieza, quedó tan sobrecogida de espanto ante la lectura de una de las crónicas del *Star* referente a uno de los asesinatos del Destripador, que cayó muerta en el acto con un ejemplar del diario en la mano. Tal vez fuese éste el párrafo que le causó el colapso:

*Un réprobo sin nombre, mitad bestia, mitad hombre, está en libertad. Estremecedora malicia, destreza mortal, insaciable sed de sangre..., tales son las señales del loco homicida. Este ser repugnante ataca a sus víctimas como un indio Pawnee, estando sencillamente ebrio de sangre, por lo que aún querrá más.*

No toda la gente de Londres se quedaba en su casa. Richard Mansfield, el actor americano, inauguró el «Liceo» en agosto con la obra *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*, que fue un suceso instantáneo, particularmente por la interpretación que el actor hacía de «Mr. Hyde», el monstruo. Los espectadores que luego se dispersaban por el Strand, mientras aún se hallaban bajo el sortilegio de la comedia, encontraban nuevos motivos de emoción cuando los vendedores de periódicos atronaban sus oídos con las noticias del día:

—¡Asesinato! ¡Asesinato! ¡Otro asesinato en Whitechapel! ¡Lea este sensacional relato!

Fue un caso en que la realidad sobrepasó al arte y la ficción. Y no sólo fue en el Strand donde los vendedores voceaban los sucesos del día. Desde la tranquila plaza Pembroke se elevó este *cri de coeur* angustiado, en una carta dirigida al *The Daily Telegraph*:

*Señor, ¿no es posible hacer nada para impedir que los rufianes que venden periódicos voceen de noche por nuestras plazas y calles suburbanas, asustando medrosamente a las sensibles mujeres, a los niños y a todo el vecindario? Anoche, por ejemplo, pregonaban a grito pelado: «¡Especial! ¡Asesinato! ¡Diarioooo! ¡Jack el Destripador! ¡Atrapado! ¡Diario! ¡Whitechapel! ¡Diarioooo! ¡Capturado al fin! ¡Diario! ¡Asesinato! ¡El Destripador! ¡Diariooo! ¡Asesinato! ¡El Destripador atrapado! ¡Diarioooo! ...». Estas pavorosas exclamaciones fueron voceadas a las nueve en la parte más sosegada de Kensington. Una dama que cenaba en mi casa se quedó tan asustada ante tales gritos que le resultó completamente imposible regresar a su casa, a no ser en coche de punto, porque después tenía que andar unos cien metros por una calle tranquila, si cogía el autobús. Y ahora me aventuro a preguntar, señor: ¿No es monstruoso que la Policía no pueda protegernos*

¿Cuántos asesinatos cometió Jack el Destripador? No existe acuerdo a este respecto entre los criminólogos aficionados ni entre los expertos de la Policía que han estudiado el caso. Unos dicen ocho; otros, once, e incluso hasta catorce crímenes han sido atribuidos al Destripador, incluyendo algunos acaecidos mucho después de 1888. En realidad, el Destripador se convirtió en una especie de término colectivo del asesinato, una víctima propiciatoria a la que se colgaron todos los crímenes insolubles de naturaleza sádica o violenta cometidos contra mujeres. Según Sir Melville MacNaghten, jefe de la División de Investigación Criminal de Scotland Yard:

*El asesino de Whitechapel cometió cinco asesinatos solamente.*

Tras estudiar toda la evidencia me siento inclinado a compartir la opinión de Sir Melville.

Los cinco asesinatos se cometieron en un período de diez semanas, desde el 31 de agosto al 9 de noviembre de 1888, teniendo lugar en una zona que abarca cuatrocientos metros cuadrados. Tenían todos ellos varias características comunes. Todas las víctimas habían sido, aparentemente, atacadas por la espalda y tenían las gargantas seccionadas. En todos, excepto un caso, se intentó mutilar los cuerpos, aunque no había evidencia de violencia sexual. En dos de los asesinatos, fueron quitados de las víctimas diversos órganos corporales. Los asesinatos se vieron señalados por un creciente salvajismo, hasta llegar al doble asesinato del 30 de septiembre y a la orgía sangrienta del crimen de Mary Jane Kelly del 9 de noviembre, después de lo cual la matanza cesó con la misma brusquedad con que había empezado. Con excepción del último homicidio, tan macabro como los anteriores, todos los crímenes ocurrieron en plena calle, en callejones oscuros y pasadizos del East End.

Finalmente, todos los asesinatos tuvieron lugar en el primer fin de semana del mes, o en el último, desde la medianoche a las cinco de la madrugada, provocando con ello que el doctor L. Forbes Winslow redactase una elaborada «teoría lunar». Los asesinatos fueron cometidos, según el doctor Winslow, o cuando había salido la Luna, o cuando había entrado en su último cuarto.

*Los lunáticos se dejan influir grandemente por los diversos cambios de la Luna, añade en su escrito, como si fuese un tema de divulgación.*<sup>[2]</sup>



¿Quiénes fueron las víctimas de Jack el Destripador?

*Dondequiera que hay alegría, risas y la algazara del cancán... dondequiera que haya belleza, él está esperando en la sombra*, afirma una propaganda de la «Twentieth Century Fox» para la cinta *El hombre del ático*. En diversas versiones filmadas de la historia de Jack el Destripador, sus víctimas han sido usualmente retratadas como camareras o artistas de *cabaret*.<sup>[3]</sup>

Nada más lejos de la verdad. En realidad, las cinco víctimas del Destripador eran prostitutas, o «hermanas del Averno», como preferían llamarlas los victorianos. Lo cierto es que todas habían empezado a descender la escalera del infierno. Eran, con una sola excepción, ramerías de mediana edad, los verdaderos desechos de la Humanidad. Las cinco tenían unas historias sorprendentemente semejantes, hecho que parecen haber pasado por alto los diversos escritores que han tratado el tema. Todas habían estado casadas en alguna ocasión, y eran viudas o estaban separadas del marido, con niños abandonados en granjas de parientes acomodados o en orfanatos. En el momento del crimen, una de las víctimas estaba en estado de gestación.

Todas eran alcohólicas empedernidas, factor que parece haber contribuido al rompimiento de sus matrimonios y sus hogares; y una, al menos, padecía la enfermedad de Bright<sup>[4]</sup>, por lo que en el mejor de los casos le quedaban muy pocos años de vida.

Dormían todas en albergues de cuatro peniques la cama en Spitalfields..., cuando tenían los cuatro peniques. De lo contrario, dormían en los parques o en las escalinatas de la iglesia de Cristo, en Spitalfields.

Su completa y absoluta ruina es la nota en común más sorprendente del caso. Veinticuatro horas antes de haber sido encontrada asesinada, Mary Ann Polly Nicholls fue despedida de un albergue nocturno por carecer de los cuatro peniques que costaba la cama. El albergue estaba situado en la calle Thrawl. Su cuerpo, mutilado, fue identificado por las marcas de la «Lambeth Workhouse» existentes en sus enaguas. Un peine y un espejo roto fueron los únicos objetos hallados en sus bolsillos. Thomas Hood tal vez pensase en Polly cuando escribió estos lúgubres versos:

*Otra infortunada  
falta de aliento.  
Temeraria e inoportuna,  
se la llevó la muerte.*

y el *Times* dedicó a los mismos cuatro o cinco columnas en las crónicas diarias, que todavía se consideran como verdaderas joyas sobre el tema.<sup>[5]</sup> Entre los que se dedicaron a elucubrar con más o menos acierto sobre la personalidad del Destripador se cuentan George Bernard Shaw, a la sazón crítico musical, y Arthur Conan Doyle, cuya primera novela de Sherlock Holmes, *Estudio en rojo*, había sido publicada el año anterior en el *Anual navideño de Beeton*.

El interés por Jack el Destripador no estaba limitado a Londres. En una carta al *The Times*, unos «Caballeros maduros» que habían estado viajando por toda Inglaterra, contaron la excitación ampliamente extendida que los asesinatos de Whitechapel habían ocasionado en toda la isla, particularmente entre las clases humildes.

*La semana pasada, en una región agrícola —rezaba la misiva—, le ofrecí mi paraguas durante un chubasco a una sirvienta que volvía a su casa.*

*«¿Es cierto, señor —me preguntó—, que en Londres están descuartizando a las mujeres?».*

*Mi propio interés en el asunto —añade el comunicante— se centra en el asesino. Y si esto me ocurre a mí, ¿no tiene que ocurrirles lo mismo a todos los caballeros de cierta edad y hábitos tranquilos? ¿Por qué no?*

La fama del Destripador atravesó rápidamente el Canal de la Mancha, inspirando émulos en el distrito Montmartre de París, culminando en las tristes hazañas de Joseph Vacher, el campesino de quien se dice asesinó a once personas en los 1890. Su celebridad llegó asimismo a América, donde consiguió los titulares de los periódicos. En particular, la *Police Gazette* dedicó columnas enteras a Jack el Destripador, mientras que el *Graphic* de Nueva York entrevistó al doctor J. G. Kiernan, una celebrada autoridad en medicina, quien juró que el asesino de Whitechapel era pura y simplemente un caníbal. *Un tipo por fortuna raro en las islas anglosajonas, pero que suele encontrarse en Rusia, Alemania, Bohemia y Francia*, añadía el doctor.<sup>[6]</sup>

Finalmente, la reina Victoria, desde su reclusión en Windsor a causa de su viudez, tomó un gran interés personal en los crímenes, igual que sus más humildes súbditos, y le indicó incluso al secretario del Interior cómo creía ella que podían atrapar al criminal. «¿Registran los barcos de pasaje y de ganado? ¿Se ha llevado a cabo una indagatoria para determinar el número de hombres que viven en habitaciones individuales? Las ropas del asesino deben estar saturadas de sangre y tienen que estar escondidas en alguna parte...».

Cuando vio que sus sugerencias parecían ser ignoradas, le envió un telegrama a su Primer Ministro, Lord Salisbury:

*Este nuevo y más repugnante crimen demuestra la absoluta necesidad de*

*una acción enérgica y decidida. La reina se refería en su queja al asesinato de Mary Kelly, el 9 de noviembre de 1888.*

*Deben iluminarse todos los patios y alentar a nuestros detectives. Usted me prometió, cuando tuvo lugar el primer asesinato —le recordó al Primer Ministro— que consultaría el caso con sus colegas.*

## 5

Los años transcurridos no han hecho disminuir el interés por Jack el Destripador, al menos en lo referente a los londinenses. En efecto, se ha convertido en un personaje de folklore, como descubrí cuando escribí a tres periódicos del East de Londres, con la esperanza de que algunos de sus lectores pudiesen aportar alguna luz en el misterio del Destripador. La respuesta a mi llamamiento resultó sorprendente, habida cuenta que los crímenes habían ocurrido setenta y seis años atrás. Casi todos los que me contestaron eran pensionistas de edad avanzada, de setenta y ochenta años (la persona más vieja a la que entrevisté tenía noventa), pero todos recordaban aquellos tenebrosos sucesos vívidamente, bien por haber asistido a los mismos en su época, o por haberlos oído contar a sus padres.

Varios informantes se hallaban ingenuamente equivocados con respecto a algunos detalles. Un anciano, por ejemplo, mezcló los asesinatos de Jack el Destripador con el asedio a la calle Sydney, que ocurrió en la misma zona mucho más tarde, y que se hizo memorable por la presencia de Sir Winston Churchill, a la sazón secretario del Interior, quien arriesgó su vida para ver actuar a la Policía cuando mató a los anarquistas lituanos. Pero gracias a mis comunicantes, pude observar que Jack el Destripador se halla todavía mucho más vivo en el recuerdo de la gente que otros casos similares. Las madres del East End todavía asustan a sus hijas con la amenaza:

—El Destripador te cogerá si no andas con cuidado.

Y los niños, jugando, cantan también a coro:

*Jack the Ripper / Stole a kipper / Hid it in his father's slipper.*<sup>[7]</sup> En Argyll, la canción afirma que: *El Destripador corta las gargantas con jabón «Sunlight».*

La imagen de Jack el Destripador, como se la recuerda en Londres, según extraje de dichas entrevistas, se basa en el melodrama de la época victoriana. Es el villano de luengos mostachos de *Maria Marten* o *Murder in the Red Barn*, obras muy celebradas por los padres de los actuales londinenses del East End, cuando eran interpretadas en el «Paragon» o en el antiguo cabaret «Pavilion», de Whitechapel Road.

—Me parece ver a Jack el Destripador igual como le veo a usted aquí —exclamó la señora Annie Tapper, una mujer polaca, baja y regordeta, ya de ochenta años, con el cabello gris acerado muy corto y gafas gruesas.

»Estábamos sentados en la cocina del piso del Consejo, cerca de la calle del Cable, que la señora Tapper comparte con su tercer esposo. La señora Tapper tenía nueve años entonces, y no sólo vio a Jack el Destripador, afirmó, sino que le habló en una tienda y le vendió un racimo de uvas (“Almiras, creo que se llaman las de la variedad verde pálido”), uvas que según se informó erróneamente, habían aparecido en la mano de una de sus víctimas.

»Le diré cómo era, con la misma seguridad con que sé que hoy es viernes. —Hizo una pausa mientras pasaba atronando el tren de Blackwall, haciendo retemblar las ventanas de la cocina—. Era alto y moreno, con aspecto de extranjero. Con una barbilla negra, en punta. No puedo describir el color de sus ojos porque los mantuvo bajos. Pero llevaba una levita y pantalones a rayas y una bolsa “Gladstone”. —Otra pausa, para bucear en sus recuerdos alguna impresión—. Parecía como si fuese ataviado para una boda, aunque no llevaba sombrero de copa —concluyó.

Una bolsa o maletín de mano, tal como dijo la señora Tapper, la encontraremos muy a menudo en el rastro del Destripador. A veces se trata de un maletín, aunque usualmente se le describe como tela negra embreada o «tela americana», como la llamaban los victorianos. Tales bolsas eran una novedad muy popular en 1880, pero después de haber aparecido Jack el Destripador, toda persona del East End que llevaba una bolsa o maletín de tal estilo en la mano corría el peligro de ser arrestada y aun de ver comprometida su existencia. Uno de los que por poco escaparon al arresto fue Bransy Williams, el popular actor, a la sazón un muchacho de dieciocho años, que empezaba a asomarse tímidamente a las carteleras.<sup>[8]</sup> Williams, que falleció en 1961 a la edad de noventa y un años, fue muy notable por su personificación de los protagonistas de Dickens, siendo el gran favorito de Eduardo VII. Pero en la época de Jack el Destripador no era más que un diseñador de carteles de Hackney, que hacía algunas giras ocasionales por los clubs de trabajadores del East End, donde los actores, en el escenario, parecían hacerles la competencia a los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías en los vestíbulos de los teatros.

*Una noche me dirigía a un club de Poplar —relató el actor—, cuando me detuvo la Policía, que estaba buscando a Jack el Destripador. Me interrogaron, me pidieron que abriese el maletín en el que llevaba mis afeites de maquillaje. Imagínense su sorpresa cuando hallaron un cuchillo manchado de sangre entre mis pertenencias..., y también mi asombro, ya que me había olvidado de que llevaba aquella condenatoria prueba. La sangre, naturalmente, era pintura, y la Policía, al darse cuenta de que yo era solamente un tipo lo bastante loco como para ser actor, me dejó libre.*

La imagen de Jack el Destripador que conserva Londres en su retina está tan falta de realidad como la pintura roja del cuchillo de Williams. Al mismo tiempo, resulta una imagen clásica. Según el East de Londres, el Destripador era un *dandy*, un

«petimetre», o «uno de éstos», e iba vestido como para una boda, según me dijo la señora Tapper. Cosa interesante es que ninguna de las personas del East End con las que he hablado, como la señora Tapper, y que afirmaron poseer información concerniente a Jack el Destripador, se molestó jamás en comunicarla a la Policía.

## 6

*Si la falta de sentido común fuese sólida —escribió Sir Robert Anderson, que era jefe del CID de Scotland Yard en la época de Jack el Destripador—, la que predomina en cuanto se ha escrito y hablado con respecto a estos asesinatos hundiría un acorazado.*

Incluso una gran flota. Ningún otro crimen múltiple de la historia de Inglaterra ha promovido tanta especulación, ni tal proliferación de teorías, hasta el punto de que adivinar la identidad del Destripador es hoy todavía un juego de sociedad.

Algunos han proclamado que los asesinatos de Jack fueron cometidos por homicidas convictos y ejecutados por otros crímenes, particularmente el doctor Thomas Neill Cream, el envenenador, que, una vez en el cadalso, se afirma que gritó:

—¡Yo soy Jack el...! —sin poder finalizar su aserto, ya que la trampa acababa de abrirse.

(El fallo de esta teoría es que Cream estaba cumpliendo una condena en una penitenciaría de Estados Unidos en la época de los crímenes de Whitechapel).

Otros adujeron la teoría del «asesino invisible», un asesino tan amparado en el anonimato que resultaba invisible para la gente ordinaria y para los expertos. Es decir, que, por ejemplo, un policía sería un ser invisible, ya que su presencia en o cerca del lugar del crimen resultaría tan conspicua que le eliminaría automáticamente como sospechoso. Así nació «Jack el Poli», una teoría diestramente explotada por Thomas Burke en su relato cortó *Las manos de Mr. Ottermole*, siendo el «Ottermole» de la narración un sargento de Policía que se dedica a estrangular con sus «grandes manos enguantadas de blanco».

Un cura o pastor protestante también sería invisible. Maurice Heine presentó al «Reverendo Ripper», en un ensayo que escribió para el *Minotauro*. En un diálogo imaginario sostenido en el infierno, el reverendo se ufana ante el marqués de Sade de haber despistado a la Policía de Londres, demasiado estúpida para concebir que la «máscara de la caridad pueda encubrir a la del crimen». *Jill la Destripadora* entra en la misma categoría. Conan Doyle se contaba entre los que creían que el Destripador, si no era una mujer, se disfrazaba al menos para pasar sin ser notado.

Estoy en deuda con Colin Wilson, autor de una novela basada en Jack el Destripador, por la información de que el general Booth, fundador del Ejército de Salvación, sospechó que su propio secretario fuese el asesino. ¿Por qué? Porque el

desdichado secretario soñaba los crímenes antes de que fuesen cometidos.<sup>[9]</sup> Finalmente, cuando se mencionó como sospechoso a un miembro de la ilustre familia Russell en un programa de televisión dedicado a Jack el Destripador, Bertrand Russell declaró:

—Estoy asombrado por tal sugerencia, ya que jamás la había oído, y la niego enfáticamente.

La Prensa británica siempre ha hecho todo lo posible para mantener vivo a Jack el Destripador. Apenas transcurre un año sin que la historia de sus crímenes sea relatada bajo el título *Grandes asesinatos misteriosos*, y siempre se saca a colación una nueva prueba, evidencia, debo «añadir, que sería de interés solamente a los psiquiatras. Por ejemplo, la *Reynolds News*, en febrero de 1939, publicó una entrevista con un herrero retirado de Wonhing, de ochenta y dos años, quien afirmó:

*El Destripador fue mi primo Frank.*

¿Pruebas? El primo Frank fue sorprendido, en 1888, con una navaja y un cuello postizo manchado de sangre en su cartera; el herrero, que a la sazón contaba once años, lo recuerda claramente. En noviembre de 1958, un caballero escribió al *Empire* denunciando a su propio padre quien, al parecer, había cometido los asesinatos del Destripador a los quince años. El comunicante adjuntaba una copia del certificado de defunción de su progenitor. En favor de quienes deseen efectuar esta clase de confesiones desde ahora en adelante, Scotland Yard me informa:

«En lo tocante a la investigación de aquellos crímenes, el caso está completamente cerrado».

## 7

Cinco asesinatos tuvieron lugar en un período de diez semanas, todas las víctimas pertenecientes a la misma categoría, y durmiendo en albergues de calles cercanas. ¿Cómo es que Jack el Destripador no fue jamás atrapado, o al menos establecida su identidad? ¿Por qué estos crímenes han tenido que permanecer para siempre en el misterio?

En las siguientes páginas espero indicar los prejuicios que cegaron los ojos de los victorianos, incapaces de discernir la figura sobre el escenario. Los asesinatos del Destripador ultrajaron todas las virtudes y sensibilidades de los victorianos. Para la mentalidad de la época, los crímenes sólo podían ser producto de un ser de la más baja «estofa». Obviamente, ningún hombre educado y con buenos antecedentes familiares podía tener tratos con tan repugnantes prostitutas, y mucho menos asesinarlas y mutilarlas. Y, según el mismo razonamiento, el asesino debía de ser de

origen extranjero; ningún inglés podía ser culpable de tales hechos.

*La rapidez con que fueron cometidos los crímenes no concuerda con la naturaleza flemática de los ingleses*, señala un lector del *Times*, que añade que la habilidad anatómica desplegada por el asesino *la poseen, en un grado considerable, los extranjeros empleados en las choricerías y otros negocios que tratan con otros países.*

Otro lector del *Times*, que se firma «Nemo», empieza su carta diciendo:

*Tras haber permanecido mucho tiempo en India y, por tanto, estar al corriente de los métodos empleados por los criminales de Oriente...* —Y concluye afirmando que los crímenes del Destripador fueron cometidos por un malayo u otro asiático de la categoría «lascar»—. *Cuando el villano está drogado con opio* —escribe «Nemo»—, *inspirado entonces por el ansia de sangre, destruiría a su indefensa víctima con la ferocidad y la habilidad de un tigre; y la impunidad y el éxito le tornan más osado y cruel.*

Los victorianos prefirieron creer que los asesinatos del Destripador eran el resultado de un impulso demoníaco, una locura, o el ansia de matar sólo por matar. De lo cual debía deducirse que el autor de los crímenes era un extranjero.

Es innegable que Jack el Destripador fue un maníaco homicida de la peor especie, y, sin embargo, existe una pauta. Ya he indicado la peculiar unidad de estos crímenes respecto a la hora, la localidad y la elección de víctimas de vida similar. ¿Por qué aquellas ramera, precisamente? ¿Y por qué dentro de estos particulares «cuatrocientos metros cuadrados», «la malvada zona», como la denominó el reverendo Samuel Barnett, de Toynbee Hall? ¿Y por qué, tras haber elegido a sus víctimas, procedió el Destripador a mutilar los cadáveres con tanta crueldad, dejándolos expuestos en la calle?

De haberlos cargado con piedras, arrojándolos al Támesis, jamás se habrían recuperado los cadáveres; o, en caso de reaparecer en la superficie del agua, habría sido muy difícil su identificación, y casi imposible determinar si la causa de la muerte era un accidente o un alevoso asesinato. Las paredes exteriores de la comisaría del Támesis, en Wapping, están atestadas de avisos con el encabezamiento «Cadáver encontrado». Muchos de tales cuerpos pescados en el Támesis eran prostitutas de la misma clase a la que se dedicó el Destripador, cuyos parientes ni siquiera se hubiesen molestado en reclamarlas. Sin identificar, no tardan en ser arrojadas a la fosa común.

La única conclusión posible es que el Destripador quiso deliberadamente que los asesinatos fuesen conocidos públicamente. Lejos de ocultar sus tristes hazañas, las descubrió, colgando banderines rojos a su alrededor, si así puede decirse. Sí, Jack el Destripador pregonó sus crímenes. Pero ¿qué intentó decirnos? Tal vez fuese algo muy sencillo, y solamente el embotamiento de su público victoriano fue incapaz de captar el mensaje.

En el transcurso de estas páginas trazaré la historia de la carrera criminal de Jack paso a paso. Con raras excepciones, me atenderé fuertemente a la evidencia tal como

salió a luz en las diversas encuestas y declaraciones a la Policía y a la Prensa. (Los periodistas de Londres informaron de los asesinatos de Whitechapel con toda clase de detalles sorprendentes, incluyendo el testimonio verbal de varios testigos). En los pocos casos en que he reconstruido las conversaciones, me he basado solamente en lo escrito o en los testimonios verbales de las personas involucradas.

En segundo lugar, examinaré las diversas teorías con respecto a la identidad del Destripador, aducidas por los investigadores, formulando otra teoría que, a mi juicio, está más en consonancia con los hechos del caso.

Finalmente, a fin de disipar la niebla que ha rodeado el misterio de estos crímenes durante los pasados setenta y seis años, revelaré por primera vez los nombres de los tres nombres contra los que Scotland Yard albergó grandes sospechas en su época. En particular, identificaré al individuo de quien más sospechó la Policía.

—Me siento inclinado a exonerar a los dos últimos, pero siempre tendré grandes dudas con respecto al Número 1 —declaró Sir Melville MacNaghten, quien llegó a ser director del CID seis meses después de los crímenes del Destripador—. Cuanto más pienso en ello, más fuertes son mis sospechas.

El nombre de ese personaje no se hizo público jamás. No era extranjero ni procedía de la «más baja estofa». Era de una buena familia de Dorset, educado en Oxford, y entró a formar parte del Foro en el «Inner Temple» en 1885, tres años antes de que empezara el tenebroso reinado de Jack el Destripador.



# I

## Asesinato en Buck's Row

### 1

Al torcer por Buck's Row de camino hacia el mercado de Spitalfields donde trabajaba, George Cross iba silbando. No es que el mozo del mercado tuviese ningún motivo para silbar mientras iba por la desierta calle a las 3.20 de la madrugada del viernes, 31 de agosto. Por el contrario, el día, aunque no había amanecido, se presentaba para él largo y sombrío, con infinita cantidad de cajones de fruta que descargar y llevar a los tenderetes del mercado. El silbido era la respuesta de todo hombre encarado con tal perspectiva. Pero Cross tenía motivos para mantener enhiesto su valor, ya que Buck's Row era uno de los callejones de Whitechapel, y a la mitad del mismo estaba situado el matadero de caballos de Barber, que le había dado al vecindario una fatal reputación.

Todo el día, y a veces también de noche, podía verse a los matarifes con los delantales manchados de sangre entrando y saliendo del matadero, y el aire estaba impregnado con el olor y los lamentos de los animales moribundos. La presencia de la muerte en medio de unas viviendas tan repletas de gente resultaba como una magnética atracción para el sacrificio humano; y aunque nunca había sido asesinada ninguna persona en Buck's Row, los transeúntes se sentían inclinados a dar un rodeo, de noche, para evitar pasar junto al matadero. Pensando en esto, Cross apretó el paso y empezó a silbar como un pájaro loco.

Se hallaba casi enfrente del matadero cuando divisó tendido en el lado contrario de la calle un paquete envuelto en tela impermeable; pensó que se trataba de un paquete caído de algún camión de reparto. De no ser mozo de mercado tal vez habría pasado de largo, pero debido a su oficio y creyendo haber descubierto algo de valor, cruzó la calle para ver de qué se trataba. Al acercarse, vio que se había equivocado y que, en realidad, se trataba de una forma humana.

En aquel momento, Cross oyó pisadas y, casi instintivamente, retrocedió hacia la sombra para observar al recién llegado. Pero éste también había distinguido a Cross y, quizá temeroso de una emboscada, adoptó una acción evasiva. Tal vez la cosa hubiese durado cierto tiempo a no haber reconocido Cross al otro, asimismo mozo del mercado, llamado John Paul.

—¡Eh, compañero! —le gritó—. Aquí hay una mujer, pero no sé si está borracha o desmayada.

Ambos hombres se inclinaron y examinaron el cuerpo de la mujer lo mejor que pudieron. Cross le tocó el rostro, aún caliente. Le levantó las manos, que cayeron

curiosamente a los costados.

El mozo del mercado se enderezó.

—Está frita —dijo, con voz temerosa—. Más muerta que mi bisabuelo.

No lo dijo por la evidencia sino por su intuición. Pero Paul no estaba convencido.

—Creo que la siento respirar —anunció—, por lo que sólo debe estar desmayada. Y sugirió que debían levantarla.

—Vamos, amigo, ayúdame a ponerla de pie. Seguramente sólo está borracha perdida.

Pero Cross retrocedió.

—Yo no la toco —declaró.

El mozo del mercado estaba temblando, mientras escudriñaba el callejón apenas alumbrado por unos míseros faroles de gas.

No había nadie a la vista, pero tal vez alguien estaba esperando en las sombras. Si algún otro, además, le había visto inclinarse sobre el cadáver podía relacionarlo con su muerte.

—Vámonos de aquí —le urgió Cross a su compañero. Y ambos se alejaron a buen paso no deteniéndose hasta llegar a Baker's Row, donde hallaron al policía Misen de la División H, de Whitechapel al que comunicaron su macabro hallazgo.

Lo más curioso es que cuando los dos hombres examinaron el cadáver no vieron en absoluto que tenía la garganta abierta de parte a parte.

## 2

Por Buck's Row pasaba con regularidad otro policía, John Neil, placa 97-J, cuya ronda tenía lugar cada media hora. A las 3.45 de la madrugada, o sea en el momento en que ambos mozos de mercado estaban comunicando su hallazgo, su linterna enfocó sobre un bulto oscuro en la acera, bulto que no había estado allí en su ronda anterior. Sosteniendo en alto la linterna, vio que se trataba del cuerpo de una mujer. Estaba de espaldas al suelo con los ojos muy abiertos. El sombrerito había rodado hasta en medio de la calle, y tenía desajustadas las ropas. Agachándose, el policía le tocó el brazo, caliente desde el codo hacia arriba. «Caliente como una tostada», testificó más tarde. También notó un fuerte olor a ginebra. Pero no fue hasta que pretendió levantar a la mujer que observó el corte de su garganta, y la sangre que aún manaba de la herida.

De forma ilógica, su reacción fue la siguiente: «Esa mujer se ha suicidado», y sus ojos buscaron casi de manera mecánica el arma utilizada. Al no ver ninguna, se extrañó. Y entonces, por primera vez, la palabra «asesinato» se abrió paso en su cerebro. El policía Neil se enderezó como si pudiese descubrir aún al homicida cerca de allí, con un cuchillo en la mano. Naturalmente, su instinto le advirtió que el

criminal no podía hallarse muy lejos. Su ronda duraba solamente doce minutos y con las paradas *en route*, debía haber pasado por aquel mismo lugar a las 3.15, y entonces no había visto ni oído nada anormal. Neil estaba indeciso, no sabiendo si permanecer junto al cadáver o ir a comunicar su descubrimiento al cuartelillo, pero, en aquel instante, oyendo pisar por la calle contigua al policía Haine, le llamó:

—¡Corre a buscar al doctor Llewellyn! ¡Han asesinado a una mujer!

Veinticuatro horas antes de haber sido encontrada con la garganta segada, Mary Ann Nicholls, que éste era el nombre de la mujer asesinada, había sido arrojada del albergue del número 18 de la calle Thrawl, de Spitalfields, por no tener los cuatro peniques que costaba la cama.

—No importa —proclamó—. No tardaré en tener ese dinero. Mirad el gorrito tan precioso que llevo. —Y señaló el sombrerito de fina paja que más tarde fue encontrado en medio de la calle, pero que en aquellos momentos lucía encaramado sobre su cabeza. Le suplicó al conserje del albergue que le guardase la cama hasta que tuviese aquellas miserables monedas y se internó en la noche. Lo que hizo durante las veinticuatro horas siguientes nadie lo sabe.

La última persona que vio con vida a Mary Ann Nicholls fue Emily Holland, compañera suya de cama en el albergue de la calle Thrawl, la cual se la encontró a las 2.30 del viernes, 31 de agosto, o sea una hora antes, aproximadamente, de que fuese asesinada.

Polly Nicholls estaba borracha y se apoyaba en una pared, según su amiga. Polly le explicó que tenía reservada una cama en el albergue de la calle Flowery Dean, donde dormían hombres y mujeres. Añadió que aquel día había ganado tres veces el dinero para la cama, pero que se lo había gastado en bebida. Su amiga intentó persuadirla para que se fuese con ella, pero Polly musitó algo respecto a tener que volver a conseguir más dinero. Emily la dejó recostada contra la pared, tambaleándose, por la Whitechapel Road.

### 3

La zona de Spitalfields, notoria desde la época de Jack el Destripador, tiene sólo unos cuatrocientos metros cuadrados. Se extiende entre la calle Comercial y Brick Lane, con la ronda Whitechapel como línea sur, y concurren en ella los peores albergues y tugurios de Londres. Irónicamente, su epicentro era la iglesia de Cristo, construida en 1729 por Sir Nicholas Hawksmoor, discípulo de Wren, cuando la parroquia todavía estaba habitada por los prósperos hugonotes, sederos.

Pero mucho antes de la época del Destripador, Spitalfields se había convertido ya

en la peor zona de Londres. Cuando Henry Mayhew la visitó en 1861, halló a «800 ladrones, vagabundos, mendigos y prostitutas» viviendo dentro de una zona de cuatrocientos metros cuadrados. Era, según Mayhew, «uno de los barrios más notables donde cohabitaban los personajes más inmundos de la metrópoli».

Charles Booth, el pionero sociólogo, tachó la zona de negro cuando compuso su famoso Mapa de la pobreza de Londres en 1889, para dar a entender su «pobreza, bajeza de clases, vicios y criminalidad».

No fue por accidente que Dickens hizo que «Fagin» atravesara Spitalfields a fin de llegar hasta Bill Sikes cerca de Bethnal Green. Tampoco fue por accidente que Jack la eligiese para sus operaciones.

La zona puede quedar limitada a cuatro o cinco calles «en las que un asesinato se consideraba un incidente dramático y las borracheras simples bufonadas», según palabras de Charles Booth. Thrawl, Fashion, Dorset, Fower y Dean... tales son los nombres de las calles que a menudo surgirán en este relato, ya que en ellas vivían las víctimas de Jack el Destripador, y fue en ellas donde cometió sus horribles delitos. Ya veremos cómo el Destripador penetró aun más profundamente en esta zona hasta llegar al mismo corazón de la maldad que buscaba.

Por algún milagro, Spitalfields se ha conservado casi intacto. Faltan los albergues, pero los tristes edificios de ladrillo de la época victoriana que los reemplazan aún siguen en pie. Los obreros irlandeses que se reúnen delante de la iglesia de Cristo los viernes por la noche para alquilarse como mozos de mercado son los descendientes espirituales de los hambrientos obreros que vendían su labor en el mismo lugar en 1760. Hoy, las siniestras tumbas que señalaban la presencia de los cadáveres de los pobres han sido quitadas, llevadas dentro de los muros del patio de la iglesia, para dar lugar a un parque infantil. Pero si se visita dicho patio una tarde, se encuentra a los *mets*, o «borrachos Jacks», como se denomina a los amantes del alcohol metílico, durmiendo en los bancos del parque.

Sus antepasados dormían en los mismos bancos durante el reinado de Jorge III y también de Jorge VI, en realidad. Entonces, como ahora, se conocía a dicho patio como «el parque de la sarna», nombre muy bien aplicado.

—Están cubiertos de roña —le explicó un superintendente de Policía a uno de los sociólogos de Charles Booth, refiriéndose a los desdichados que dormían en dichos bancos en 1880—. Los policías no quieren tocarlos nunca.

Jack London halló a los antecesores de los borrachines de hoy, dormidos en el «parque de la sarna» cuando lo visitó en 1902, el año de la coronación de Eduardo VII, y aquella visión le mareó.

*Era una sucesión de harapos y suciedad, de toda clase de enfermedades, de úlceras, moraduras, indecencia, monstruosidades y caras bestiales*, escribió. «De la docena de mujeres que había en los bancos, le dijo el guía, todas se vendían por dos o tres peniques o por una libra de pan».

Eran los cuatrocientos metros en donde había operado Jack el Destripador, y era

precisamente entre las filas de dichas mujeres de donde el criminal había elegido a sus víctimas, de las que Mary Ann Nicholls fue la primera.

#### 4

Eran ya las cuatro de la madrugada cuando llegó Ralph Llewellyn, cirujano de la Policía, a la calle Buck's Row para examinar el cadáver de Polly Nicholls. Llewellyn que vivía en la esquina de la ronda Whitechapel, se hallaba muy enojado por haberse tenido que levantar de la cama a aquella hora. Además, contempló con disgusto a los mirones que ya se habían congregado en el lugar. Podía haberle pedido a la Policía que hiciese cordón en torno al cadáver a fin de proceder a su examen en privado, pero prefirió llevar a cabo un reconocimiento somero antes de ordenar el traslado del cuerpo al depósito.

Observó que la mujer estaba tendida sobre la espalda con las piernas estiradas, como si durmiese. Le habían segado la garganta de oreja a oreja, cortando por completo las arterias carótidas, si bien solamente había unas cuantas gotas de sangre en la acera. «Sólo la suficiente para llenar dos vasos de vino o media pinta de cerveza», según el propio cirujano. (Esta ausencia de sangre llevó a la creencia errónea de que el asesinato podía haberse cometido en otro sitio, trasladando luego el cadáver a la Buck's Row). Llewellyn se sorprendió al hallar las piernas y los brazos aún calientes, indicando que llevaba muy poco tiempo muerta. Vestía un impermeable de color del moho, y debajo un vestido marrón, dos enaguas de franela, cada una marcada con las palabras *Lambeth Workhouse*, y un par de corsés muy apretados. Medias de algodón negro y unas botas con botones a los lados completaban su atuendo personal. Los únicos artículos que se le hallaron encima fueron un peine y un pedazo de espejo.

Si el cirujano le hubiese levantado las enaguas habría realizado un horrible descubrimiento. La mujer había sido rajada por el vientre, si bien los corsés y las enaguas ocultaban esta crueldad. Empezando en la parte más inferior del abdomen, el corte subía casi hasta el diafragma. Era un corte profundo, que seccionaba por completo los tejidos, dejando al descubierto parte de los intestinos. En el abdomen había otras varias incisiones, y otros tres o cuatro cortes en el costado derecho. Todos ellos habían sido causados, aparentemente, por un cuchillo de hoja muy larga, moderadamente afilado y empleado con suma violencia.

Sin embargo, el doctor Llewellyn no vio nada de esto. Este homicidio no le había impresionado. En realidad, tenía ganas de volver a acostarse, por lo que abandonó el lugar del crimen antes de que fuese levantado el cadáver, diciéndole a un policía que le avisasen si se presentaba algo de importancia. Fue más tarde, presionado por los periodistas, cuando rectificó sus primeras impresiones.

—He visto muchos casos terribles —declaró—, pero ninguno tan brutal como éste.

Mientras tanto, no se tardó mucho en identificar a la muerta. Las marcas de las enaguas sirvieron para identificarla como Polly Nicholls, de cuarenta y dos años de edad, una «desdichada» sin hogar fijo. Un objeto hallado sobre su persona, el pedazo de espejo, llevó a la Policía hasta los albergues de Spitalfields, ya que esta concesión a su vanidad había marcado a Polly como asidua a tales establecimientos, tal como las marcas de las enaguas habían traicionado su origen.

## 5

Polly Nicholls era una ramera de Whitechapel, o sea que constituía una especie aparte entre las de su categoría. No pertenecía a las prostitutas de frescas mejillas, recién llegadas de provincias, caídas en desgracia. No era una de estas mujeres elegantes, jóvenes, a las que se podía «pescar» de noche en Haymarket o en la calle Lower Regent, ofreciendo una ilusión de alegría y encanto. No; eran unas pobres mujeres, pecadoras, sin ilusión y sin atractivo alguno, las que formaban la categoría a la que pertenecía Polly Nicholls. Sólo con un metro cincuenta y cinco de estatura, daba la impresión de pequeñez, con un cabello ratonil, tez enjuta y con la falta de cinco dientes, producto de una pelea.

No eran raras las peleas entre tal clase de mujeres. En sus Memorias, el profesor de Cambridge, Thomas Okey, nacido en Spitalfields, retrata a las mujeres de este distrito como: «maldicientes, bravías, amigas de clavar las uñas en los ojos, *ritu forarum*, siempre con las caras y los pechos señalados».

Estas peleas tenían lugar, claro está, cuando estaban borrachas, lo cual sucedía muy a menudo. El alcohol era su medio de rebelarse contra una sociedad que las condenaba a tener que ganarse el sustento vendiendo sus cuerpos a dos y tres peniques. Era su medio de herir por la espalda a los esposos que querían hijos en rapidísima sucesión.

Sin embargo, para los coleccionistas de excentricidades humanas, estas mujeres tenían cierto atractivo. Eran lisas de facciones, como si el constante batallar por la existencia les hubiese borrado los rasgos personales, y eran sumamente independientes. No se había hecho para ellas el trabajo doméstico. Preferían vagar y dormir en los bancos del «parque de la sarna», cuando no traían dinero para pagarse una cama. La certidumbre de durar poco en la vida les había dado, al parecer, cierto sentido del humor.

La historia de Polly Nichols es un terrible ejemplo de uno de aquellos temperamentos de la época victoriana. Había estado casada con William Nicholls, maquinista de imprenta, en la ronda Old Kent, habiendo tenido cinco hijos, pero ella

pasaba sus tardes en ciertos salones en lugar de cuidar de su prole, y en 1881 el matrimonio naufragó. Nicholls acusó a su esposa de deserción, en tanto ella le acusaba de estar enredado con la portera durante su último encierro. En los tribunales de justicia, durante los años siguientes, Polly, con indomable furia, persiguió al impresor para que la mantuviera así como a los niños. Durante una temporada, Polly vivió con su padre, Edward Walter, un leñero de Camberwell, pero siguió emborrachándose y promoviendo altercados, y aunque su padre no la echó de casa, ella se alegró de marcharse.

Su próxima parada en el ciclo hogartiano fue en el asilo «Lambeth», en la ronda Prince, donde, como ya hemos visto, estuvo una temporada. Luego en abril de 1888 entro a trabajar como sirvienta en Ingleside, Wandsworth Common. Lo describió en una carta a su padre, como: *un gran lugar con árboles y jardines, delante y detrás*. Su padre debió de sonreír ante la ironía de la frase siguiente: *Mis señores son abstemios y religiosos, por lo que yo tengo que contenerme*.

Pero Polly no se contuvo. Se la puede imaginar en aquella rarificada atmósfera, con la cofia en la cabeza, inclinándose ante su amo, que leía unos versículos cada mañana antes del desayuno, mientras ella se sentía sujeta a terribles tentaciones. Al final, su ansia de bebida fue demasiado fuerte. Polly les robó tres libras a sus amos («traicionó su confianza», según la frase victoriana), cruzó el río y se perdió en los tugurios del East End de Londres.

Durante los cuatro meses que precedieron a su muerte fue de albergue en albergue, terminando finalmente en el número 18 de la calle Thrawl, de donde fue arrojada el 30 de agosto de 1888, porque no tenía los cuatro peniques para la cama.

## 6

La Prensa de Londres le dio gran prominencia al crimen de Buck's Row, lo cual resulta extraordinario dado el número de crímenes violentos de aquella época. Al recorrer la Prensa de aquel período, el lector queda asombrado ante el número de informes respecto a mujeres golpeadas o pateadas hasta la muerte, aplastadas, apuñaladas, asaltadas con vitriolo, mutiladas, o deliberadamente quemadas. En el año precedente, sólo en las «Counties Home» se comunicaron treinta y cinco asesinatos (setenta y seis incluyendo los infanticidios), de cuyo número sólo se obtuvieron ocho sentencias, quedando impunes la mayoría de los crímenes.

¿Qué tenía el asesinato de una oscura prostituta de Buck's Row para que los editores envasen a sus periodistas al depósito, y luego publicasen grandes titulares, tratándolo de «crimen sin solucionar»? La respuesta se halla en las mismas crónicas. Habían muerto cierto número de «desdichadas», en circunstancias misteriosas, en el East End de Londres en los últimos meses; pero hasta la muerte de Polly Nicholls,

nadie paró mientes en esta coincidencia. Era como si la mente, igual que un calculador electrónico, hubiese estado almacenando la información, y con la última coincidencia, hubiesen empezado a tocar los timbres, a encenderse las luces, y la respuesta fuese la de una cadena de asesinatos.

Primero estaba *Fairy Fay* (Fay la Alegre), apodo con el que la Prensa denominó a la mujer no identificada cuyo mutilado cuerpo se descubrió cerca de la ronda Comercial, en *Boxing Night*, en 1887. *Fairy Fay* perdió su vida a consecuencia de una decisión errónea. Tomó por un atajo para ir a su casa cuando la taberna de la plaza Mine, en la que había estado bebiendo toda la velada, cerró después de medianoche, y en uno de los callejones oscuros a espaldas de la ronda Comercial fue atacada por un asesino desconocido.

Aún más brutal fue el asesinato de Emma Smith, una prostituta de cuarenta y cinco años, hecho ocurrido el lunes de Pascua, 13 de abril de 1888. Al regresar a su casa a la una y media de la noche, después de haber estado en una taberna, Emma fue atacada por tres hombres que la robaron y la abandonaron por muerta en la calle Osborn de Spitalfields. Llevada al hospital de Whitechapel, se le apreció ruptura de peritoneo, perforado por un instrumento romo empleado con gran fuerza, según el cirujano. Sobrevivió unas horas en penosa agonía antes de sucumbir a sus heridas, pero no pudo describir a sus atacantes, aparte de afirmar que aparentaban unos diecinueve años de edad. El robo pueda haber sido el motivo del asesinato de Emma Smith, por lo que la Policía creyó en la existencia de una banda organizada, como las de Hoxton Market y la calle Old Nichol, que atacaba a las prostitutas. Los bandidos, luego, les ofrecían a las pobres mujeres su «protección» a cambio de sus ganancias, por lo cual se adujo la teoría de que Emma pudo negarse a pagar.

Pero si *Fairy Fay* y Emma Smith pudieron ser asesinadas por sus mezquinas ganancias, como apenas parece posible, no existió explicación para el asesinato de Martha Tabram, hecho ocurrido cuatro meses más tarde, casi exactamente en el mismo sitio donde Emma Smith fue atacada con un instrumento romo. Porque el asesinato de la Tabram no tuvo ningún sentido, aparte el de su frenesí, y por esto muchos expertos en criminología lo han atribuido al Destripador.

Martha Tabram difería de las prostitutas cuyas muertes se achacan a Jack el Destripador en un aspecto: era una «mujer de soldados». Si las ramerías de Whitechapel constituían una clase especial, las «mujeres de soldados» eran una subclase, caracterizada por su lealtad a los servidores de Su Majestad. La Tabram efectuaba rondas regulares, bajando por los muelles donde buscaba a los soldados de guardia en la Torre de Londres.



Henry Mayhew, el infatigable cronista del hampa de Londres, habla de las «mujeres de soldados» como mujeres baratas, de baja categoría y, a menudo, enfermas. Describe a una de estas infectas criaturas, a la que descubrió en un *cabaret*, como *contaminadora del aire, como una raíz mortal*. De otra, afirma que tenía el brazo lleno de cicatrices como si hubiese corrido a través de muchas bayonetas.

—Los soldados son todos unos cobardes —le contó una a Mayhew—, y no les importa azotarnos o pincharnos con sus armas.

A esta clase pertenecía Martha Tabram.

En la madrugada del 7 de agosto de 1888, un penetrante grito de «¡Socorro! ¡Me matan!», rasgó el silencio de los edificios «George Yard,» en donde ahora está la calle Gunthorpe, de Spitalfields. El grito despertó a la señora Francis Hewitt, portera del bloque de pisos, aunque no se alarmó demasiado. Tales gritos eran corrientes en la vecindad, donde los maridos zurraban a sus mujeres con monótona regularidad. Además, era la mañana siguiente a la Fiesta Bancaria de agosto, y todavía había parejas de beodos que se dirigían desde las tabernas a sus casas o desde el campo a Epping Forest o Clacton-on-Sea. Sin parar atención en el grito, la señora Hewitt no tardó en volver a dormirse.

El cochero Albert Crow, que vivía en los antedichos edificios, volvía a casa; después de trabajar, a las tres y media, terminado un día de agotadora labor. Al subir a su piso, vio que alguien estaba tendido en el rellano de la primera planta.

—Pero estoy tan acostumbrado a encontrar gente dormida en la escalera —explicó más adelante en la encuesta—, que no hice caso... ni aún para ver si se trataba de un hombre o una mujer.

Crow se acostó fatigado y no se despertó, hasta la mañana siguiente.

John Reeves, otro inquilino, resbaló sobre lo que luego resultó ser sangre coagulada, al descender la escalera para dirigirse a su trabajo, una hora y media más tarde. Había ya bastante luz y Reeves pudo distinguir, en medio de un charco de sangre coagulada, el cuerpo de una mujer.

Martha Tabram, ya que era su cadáver el que el estibador Reeves descubrió en la escalera, había sido apuñalada treinta y nueve veces. La mayoría de sus órganos vitales, incluyendo los pulmones, el corazón, el hígado y el bazo, habían sido traspasados, habiendo sido infligidas las heridas por alguna clase de daga.

Los detalles de las últimas horas de la existencia de Martha fueron proporcionados al *coroner* en la encuesta por Mary Ann Connolly, alias *Pearly Poll*, una mujer alta, masculina, de cara relajada y enrojecida por la bebida. *Pearly Poll* habitaba en una de las más conocidas guaridas de ladrones de Spitalfields, el albergue «Crossingham» de la calle Dorset, lo que pudo ser la causa de su repugnancia a declarar. Durante su interrogatorio por la Policía, amenazó con arrojar al río si la ley no la dejaba tranquila, y ya en el estrado de los testigos, se quejó de que le dolía el «pecho», y sólo podía hablar en susurros, y finalmente, un policía tuvo que repetir en voz alta su declaración.

Dijo que había estado con Martha Tabram la noche del crimen, y que ambas habían sido requeridas en la ronda Whitechapel por dos soldados, uno de ellos un cabo, que las invitaron a beber en el «Blue Anchor». Habían abandonado el local entre los últimos parroquianos, tras lo cual los dos soldados habían estado discutiendo el precio de sus favores. Puestos todos de acuerdo, las parejas se habían separado, yéndose Martha con su soldado en dirección a los edificios «George Yard», mientras *Pearly Poll* y su cabo se dirigían a un lugar oscuro conocido apropiadamente como el «Callejón del Ángel». Eran la una y cuarenta y cinco, y *Poll* ya no volvió a ver con vida a Martha Tabram.

El relato de *Pearly Poll* tuvo un epílogo. Convencidos de que no había contado toda la verdad, sino que estaba escudando a alguien, el inspector Reid de Scotland Yard la llevó a la Torre de Londres, donde se celebró en su beneficio un desfile, seguramente único en la historia del Ejército británico. Formados correctamente en el patio, delante de *Pearly Poll*, se alinearon todos los soldados y oficiales que habían estado libres del 6 al 7 de agosto, fecha del ultraje. *Poll*, por su parte, iba ataviada con sus mejores galas, un gran sombrero de plumas y un vestido guarnecido con botones perlíferos.

Preguntada si podía identificar a los dos hombres que habían estado con ella y con la mujer asesinada, fue inspeccionando a todos los soldados con la cabeza ladeada, lo mismo que un general de división. Lentamente movió la cabeza.

—No está aquí —declaró.

La misma farsa se realizó en los cuarteles «Wellington», en Birdcage Walk, adonde *Poll* fue llevada para un desfile de identificación de los Guardias Coldstream. Pero esta vez, *Poll* cambió de táctica. Sin vacilación señaló a dos hombres, uno de ellos cabo, afirmando habían sido sus acompañantes de la noche fatal. Que el propósito de esta estratagema era sacudirse de encima a la Policía, resultó evidente, ya que ambos soldados poseían unas impecables coartadas; el cabo había pasado la noche en casa con su mujer, mientras que el otro guardia había regresado a su cuartel a las 10 y cinco minutos de la noche.<sup>[10]</sup>

Sir Melville MacNaghten, más adelante, aseguró que *Poll* había identificado a los dos soldados en la Torre de Londres, pero que no había querido denunciarlos. También estaba convencido de que el asesinato de la Tabram no era obra de Jack el Destripador, con lo que me siento de acuerdo. La garganta de la Tabram no había sido cortada, como en los demás crímenes del Destripador, ni las heridas de su cuerpo demostraban ningún conocimiento médico. Al parecer, fueron el resultado de una mente frenética, y no la fría brutalidad ginecológica de Jack el Destripador.

Tres prostitutas del East End de Londres asesinadas en menos de ocho meses, y todas en el mismo distrito, sorprendieron la sensibilidad del público, levantando sus sospechas. Así, pues, cuando se descubrió un cuarto asesinato en Buck's Row, el público saltó a la conclusión de que todos eran debidos a la misma mano criminal.

## II

### Un pavoroso intermedio cómico

#### 1

El East de Londres, cuya población de dos millones de habitantes era mayor que la total de San Petersburgo, Filadelfia o Berlín, en la misma época, no tenía un solo depósito de cadáveres digno de tal nombre, en 1888. Cuando las prostitutas del East, como Mary Ann Nicholls, fueron halladas asesinadas, sus cadáveres quedaron depositados en un cobertizo situado detrás del reformatorio de la calle Old Montague, *un desdichado agujero informe*, escribió el *The Daily Telegraph*, añadiendo que los cirujanos que se veían obligados a efectuar sus autopsias en dicho cobertizo lo hacían *con las peores condiciones imaginables para llevar a cabo su macabra y delicada tarea*.

Igualmente desdichado era el caso de no existir ni un solo tribunal donde pudieran celebrarse las encuestas en todo el East de la ciudad, aunque se habían tenido que llevar a cabo unas quinientas respecto a muertes inexplicables ocurridas en el distrito de Whitechapel, sólo en 1887. Dichas encuestas se celebraban usualmente en los bares públicos, con sus locales llenos de humo de tabaco, y cuyos jurados se hallaban al alcance de una pinta de cerveza. Si el *coroner* tenía suerte, podía utilizar el Instituto y Misión de los Muchachos Obreros de la ronda Whitechapel.

Fue fuera de este instituto donde un pequeño pero excitado gentío se apretujó el sábado por la mañana, 1 de septiembre, día de la inauguración de la encuesta por el asesinato de Mary Ann Nicholls, y cuando se abrieron las puertas hubo un asalto general de los pocos asientos disponibles para el público. El espacio sobrante en aquel improvisado tribunal se llenó rápidamente por aquellos que estaban requeridos oficialmente: los testigos, nerviosos y envarados; los detectives, reconocibles por sus sombreros hongos y los vestidos mal cortados, los periodistas de a penique la línea, los botones dispuestos a llevar los mal pergeñados artículos a Fleet Street<sup>[11]</sup> y, naturalmente, una hilera de uniformes azules al fondo, los policías de la división H de Whitechapel, algunos con fiero bigote, que serían interpelados para las pruebas.

Un murmullo recorrió la sala cuando apareció Wynne E. Baxter, *coroner* de la división North-eastern del Condado de Middlesex, seguido por su secretario. Baxter llevaba *pantalones blancos, chaleco de igual color, un plastrón rojo y levita oscura*, según el *East London Observer*, que añadía a guisa de explicación, disculpando tan singular atuendo, que el *coroner* había regresado hacia poco de un viaje por Escandinavia.

Como fue él quien presidió tres de las encuestas celebradas a causa de los

crímenes de Jack el Destripador, bueno será que pongamos cierta atención en este personaje. Además de ser un *dandy*, era también un experto legal, autor de un tratado titulado: *La ley y la práctica de la justicia del Tribunal Supremo*, que más adelante se conoció con el nombre de *Magistratura de Baxter*. Bajo el pseudónimo de *Llewellyn Acton* también escribió tratados religiosos de alto sentido moral. Pero es como crítico del comisario de Policía Sir Charles Warren y sus satélites metropolitanos que nos interesa a nosotros. La misión del *coroner* en su vida parece haber sido exponer las continuas estupideces de los celosos defensores de la ley. La Policía se quejó tanto de sus ataques y críticas, que una de las encuestas por uno de los asesinatos de Jack el Destripador le fue arrebatada de las manos, a pesar de que el crimen había ocurrido dentro de su demarcación...

Tras invocar el orden, el oficial del *coroner* se dirigió al jurado en la fórmula que tiene una antigüedad de miles de años:

—¡Oíd, oíd! Vosotros, los buenos ciudadanos de este distrito, habéis sido convocados en este día para investigar en nombre de nuestra soberana, Su Majestad la reina, cuándo, cómo y por qué medios, Mary Ann Nicholls encontró la muerte. Contestad a los nombres.

Se cumplieron las formalidades de la convocatoria, los juramentos y, a continuación los jurados se dirigieron en tropel al reformatorio de la calle Old Montague para ver los restos de Polly Nicholls, en tanto sus rostros reflejaban en tal trance las diversas emociones experimentadas. Algunos escrutaron el cadáver como para grabar todos los detalles en sus cerebros; otros, tras una rápida ojeada, apartaron la cabeza, sosteniendo incluso la respiración hasta llegar a la puerta.

## 2

George Cross, el mozo del mercado, subió al estrado de los testigos, luciendo el mismo delantal de su oficio, y contó el descubrimiento del cuerpo de Polly Nicholls en Buck's Row. Cross no había estado seguro de si la mujer estaba viva o muerta, siendo su primer pensamiento que se había desvanecido después de haber sido violada. No se había fijado en el corte de la garganta, ni en las demás heridas. El policía Neil, que había descubierto el asesinato por su cuenta, había saltado a la conclusión de que la mujer se había suicidado, cortándose la garganta. Nadie vio ni oyó al asesino de la Nicholls, hecho sumamente curioso cuando se considera el número de personas —el policía Neil y los dos mozos— que se hallaban en las cercanías de Buck's Row poco después del crimen. O el asesino estuvo oculto en las sombras cuando se acercaron los dos mozos, o conocía tan bien el distrito que consiguió huir por algún oscuro callejón. Había tres vigilantes de servicio cerca de Buck's Row, pero ninguno percibió gritos ni pasos. Tres empleados del matadero de

Barber testificaron de igual forma. La señora Emma Green, que vivía a unos metros del lugar donde se encontró el cadáver, afirmó no haber oído grito alguno.

—Estaba despierta. No podía dormir. Si la mujer hubiese gritado, la habría oído.

Emily Holland, que prestó su declaración tan asustada que el *coroner* tuvo que rogarle que hablara más alto, contó su encuentro con Polly una hora antes del crimen y cómo más tarde la había identificado en el depósito.

—¿Lloró usted cuando la identificó? —quiso saber un miembro del jurado.

—Era una vista muy triste, señor —replicó ella.

El padre de la difunta, un hombre de pelo canoso y poblada barba, se acercó lentamente a la mesa del *coroner*, con la cabeza gacha, las manos a la espalda, y dijo llamarse Edward Walker, herrero de Maidswood Road, Camberwell. Agregó que Polly había vivido con él una temporada después de haberse separado de su marido, pero que ya no la había vuelto a ver desde junio de 1886. Sin embargo, había reconocido su cadáver en el depósito por su aspecto general, la pérdida de unos dientes y una pequeña señal en la frente. Polly no era una mujer particularmente sobria, añadió, pero no creía que fuese excesivamente «dada a los hombres». No la había arrojado de casa, explicó ante nuevas preguntas. Simplemente, habían tenido unas palabras, y ella se había marchado a la mañana siguiente.

Se produjo un movimiento de interés en el improvisado tribunal, cuando William Nicholls, el maquinista impresor y esposo de la difunta, tomó asiento en el estrado de los testigos. Nicholls estaba muy pálido, con su barba y bigote castaños, y llevaba ropas de luto, que había alquilado especialmente para la ocasión. Llevaba asimismo un paraguas para completar su fúnebre aspecto. Con el mismo atuendo había ido en compañía del inspector Abberline, de Scotland Yard, al cobertizo de la calle Old Montague, donde identificó a la víctima del callejón Buck's Row como su esposa. Nicholls debía poseer un buen sentido dramático, ya que al ser abierto ante él el ataúd que contenía los restos mortales de su mujer, citó al parecer esta frase:

—Te perdono, por lo que eres, y por lo que me hiciste.

En el estrado, sin embargo, pareció mucho menos perdonador. Polly Nicholls era una borracha.

—Me abandonó cuatro o cinco veces, si no seis —añadió—, y la última me dejó con cinco hijos, el más pequeño de dieciséis meses.

A continuación ocurrió uno de esos intermedios cómicos, tan espantoso, como la escena de la borrachera de «Porter» en *Macbeth*, que sirven para separar los horrores antecedentes de los que están por venir, aireando un poco los cerebros. El *coroner* Baxter, mediante una serie de hábiles preguntas, había estado demostrando la forma inconveniente en que había sido llevada a cabo la autopsia. Por ejemplo, el hecho de que Polly Nicholls hubiese sido desventrada no quedó al descubierto hasta las siete de la mañana, cuando el inspector John Spratling llegó al depósito para hacer un inventario de sus vestidos y, al levantarle las enaguas, descubrió la atroz verdad. El inspector no le había quitado las prendas, pero asistió a la tarea llevada a cabo por dos

hombres del reformatorio, de desnudar el cadáver y lavarlo. También estuvo presente el inspector Joseph Helston, de la División H.

Fue el testimonio de estos dos hombres del reformatorio, con versiones distintas a lo declarado por los policías, lo que provocó el intermedio cómico.

Robert Mann, un mendigo sujeto a ataques, testificó que era el encargado del depósito del reformatorio, y que la mañana del crimen había abierto el cobertizo a las cinco de la madrugada para recibir el cadáver de Mary Ann Nicholls. Se marchó a desayunarse, volviendo más tarde con su compañero, James Hatfield, para desnudar y lavar el cadáver.

*Coroner.* —¿Estaba presente la Policía?

*Testigo.* —No, no había nadie. El inspector Helston aún no había llegado.

C. —¿Le habían dicho que no tocarse el cadáver?

T. —No.

James Hatfield, que fue el siguiente en el estrado, afirmó haber ayudado a su compañero en la tarea de desnudar el cadáver. Y mantuvo que el inspector Helston no había estado presente.

C. —¿Qué le quitaron primero?

T. —Un impermeable, que pusimos en el suelo. Luego le quité la chaqueta y también la dejé en tierra.

C. (*interrumpiéndole*). —¿Tuvieron necesidad de cortar la tela?

T. —Llevaba tan flojo el vestido que no hubo que cortar nada, pero yo sí rompí las bandas de sus enaguas y se las quité con mis manos, ... me refiero a las enaguas, claro está. Llevaba un corpiño, y entonces lo rompí por delante.

C. —¿Llevaba corsé?

T. —No, que recuerde.

C. —¿Quién les ordenó ejecutar este trabajo?

T. —Nadie. Pero lo hicimos para tener el cadáver dispuesto para el doctor.

C. —¿Quién les dijo que el doctor iría allí?

T. —Lo oímos, simplemente.

El *coroner* se había mostrado paciente durante todo aquel interrogatorio, pero en aquel momento no pudo impedir que una nota de sarcasmo se mezclase a su tono, sarcasmo dirigido más al policía de rostro colorado sentado en el improvisado tribunal que al pobre empleado del reformatorio.

C. —Después de haber terminado de lavar el cadáver, ¿le hicieron ustedes la autopsia?

T. —No, vino la Policía.

C. —¡Ah!, vino la Policía, ¿eh? ¿Y ustedes, claro está, ya no tuvieron necesidad de hacer la autopsia?

T. —Exacto. Ellos vieron las enaguas y encontraron las marcas del asilo «Lambeth».

C. —¿Estaban cortadas las enaguas?

T. —Sí, por las bandas.

C. —¿Quién le ordenó hacerlo?

T. —El Inspector Helston.

El infeliz inspector se derrumbó en su asiento cuando el *coroner* le dirigió una despiadada mirada.

C. —¿Le sorprendería saber que la difunta llevaba un corsé?

T. —Sí.

*Pregunta del presidente del jurado.* —Bien, usted puso el corsé sobre el cadáver de la difunta en mi presencia para mostrarme cuan corto era.

T. —Lo había olvidado.

La respuesta de Hatfield quedó ahogada por la carcajada que conmovió el local.

C. (*Pidiendo silencio*). —Admita que tiene muy mala memoria.

### 3

Llewellyn, llamado como testigo, presentó los resultados de la autopsia. El cirujano no creía que la difunta hubiese sido atacada por la espalda, cortándole entonces la garganta, como había informado la Prensa. En su opinión, había tenido una mano aplicada a su boca, siendo entonces usado el cuchillo, posiblemente por una persona zurda, puesto que las moraduras en la boca de la muerta parecían causadas por la mano derecha. Asimismo, las heridas habían sido hechas con el cuchillo de izquierda a derecha, indicando por tanto la presencia de un zurdo en acción. En cuanto al arma asesina, podía tratarse de una navaja de marinero, según el doctor, «pero es más plausible que se trate de un instrumento afilado con un mango grueso, como los que emplean los cortadores de corcho, o un cuchillo de zapatero». Esta última opinión, casi una observación casual, iba a tener una gran importancia en toda la investigación sobre Jack el Destripador. La referencia a los cortadores de corcho o al cuchillo de zapatero iba a ser recordada mucho después de terminarse la encuesta, combinándose con otra pieza de información, o sea, que el asesinato de Buck's Row había tenido lugar cerca de un matadero, con todo lo cual comenzó a denominarse *Delantal de Cuero* al asesino de las mujeres.

Mientras tanto, la encuesta por el asesinato de la Nicholls terminó, con un *coroner* y un jurado malhumorados.

Con elaborado sarcasmo, el *coroner* agradeció a la comisión del Instituto la utilización de la sala.

—De otro modo —continuó—, nos habríamos visto obligados a celebrar esta encuesta en un bar. Jurado tras jurado —añadió, refiriéndose entonces a la falta de facilidades con respecto a los depósitos de cadáveres del East End de Londres— han requerido la atención de este *coroner* sobre la deficiencia sanitaria..., sin éxito alguno

con respecto a las autoridades —agregó secamente. Acto seguido rogó la instalación de depósitos adecuados, por razones de salud—. Con toda seguridad, si en el West End se cree necesario el mantenimiento de depósitos, mucho más fuertes deben de ser las razones para tenerlos aquí, en un distrito tan mísero.

Aludiendo a los errores en la celebración de las autopsias, el *coroner* dijo:

—De haber existido un depósito adecuado, también habría habido un conserje cuya experiencia se habría puesto de manifiesto al manejar el cadáver, únicamente a requerimiento médico.

Las observaciones del *coroner* eran una incitación a la rebelión, por lo que nadie se sorprendió cuando el presidente del jurado se levantó y criticó al secretario del Interior, Henry Matthews, por no haber ofrecido una recompensa para quien capturase al asesino. Enlazó el asesinato de Martha Tabram con el de la Nicholls, como obra de una misma persona, y añadió que, de haberse ofrecido una recompensa en el primer caso, el último se habría evitado.

—Sin embargo, debemos creer que se habría ofrecido una cuantiosa suma como recompensa si hubiese sido asesinada una personalidad. Bien, para empezar, estoy dispuesto a dar veinticinco libras de mi propio bolsillo a quien capture a este asesino. Al fin y al cabo —añadió con cierta falta de lógica—, estas pobres mujeres tenían alma como todo el mundo.

El funeral de Mary Ann Nicholls se celebró el 6 de septiembre. Un ataúd que contenía sus restos fue trasladado al cementerio de Ilford, siendo acompañado por un coche en el que iban su padre y tres de sus hijos. El marido, William Nicholls, iba en otro carruaje.

*Hubo gran número de espectadores que demostraron su mayor simpatía*, informó el *East London Observer*. Unas semanas más tarde, los residentes de la calle Buck's Row solicitaron que fuese cambiado el nombre de la calle, que pasó a denominarse calle Dunvard, tal como se sigue llamando en la actualidad.

#### 4

La reina Victoria casi no pudo estar más desacertada en su elección de Sir Charles Warren como comisario de la Policía Metropolitana, un general de los Ingenieros Reales, cuya principal calificación para el puesto de comisario parece haber sido su habilidad para manejar a los bantús en Grinqualand West. Era un hombre sorprendentemente elegante, con fiero bigote y un monóculo insertado en su ojo derecho; sabía montar a caballo, y a veces llevaba el antiguo sombrero de la Policía «de chimenea», cuando iba de uniforme. Pero su nombramiento como jefe de Policía, en 1886, estuvo a punto de provocar un desastre nacional.

El año de 1886 fue de gran inquietud social, empezando en febrero con los



desempleados arrojando piedras contra las ventanas del «Carlton Club». Fue para aplacar estas demostraciones que el general Charles Warren fue requerido en Inglaterra, cuando estaba en Egipto como gobernador del Litoral del mar Rojo, al mando de los Ingenieros Reales de Suakin.

*La elección de un distinguido general pareció restaurar la confianza general*, escribe Sir John Moylan, en su historia de Scotland Yard, sin tener en cuenta el hecho de que Warren era ya el tercer elegido para esta labor (tras haber sido declinado el puesto por Sir Redvers Buller y Lord Charles Beresford).

El método de Warren para restaurar la confianza pública fue reorganizar Scotland Yard de acuerdo con técnicas militares, poniendo a oficiales del Ejército en puestos ejecutivos. Así, en 1887, nombró dos nuevos superintendentes, ciento sesenta y ocho inspectores y ciento noventa y seis sargentos, mientras que el número de policías mermaba en ochenta y nueve. Sentía sólo desprecio por el CID, al que omitió mencionar en su informe anual de 1887. Halló sitio en su informe, no obstante, para mencionar hechos tan triviales como que ciento treinta y un policías habían estado de baja por pies doloridos («las botas son asunto de gran preocupación», comentó Warren), y que las nuevas cachiporras, elaboradas con madera de coco, iban a llevarse en el bolsillo del costado, habiéndose abolido la funda de las mismas.

Durante todo el terrible invierno de 1887, Warren desplegó a su Policía contra los hombres cadavéricos que hicieron múltiples manifestaciones en Trafalgar Square, como si se tratase de kaffirs y su misión fuese «civilizarlos». Fue éste el invierno en que los desempleados, para llamar la atención a sus peticiones, pusieron piquetes en las iglesias, los domingos, con pancartas en las que se leían versículos de las Escrituras. Fue el invierno en que Henry Champion, el socialista, dijo en una asamblea en London Fields, que si toda la clase pudiente, tuviese una sola garganta, él la cercenaría sin pensarlo ni un instante.

La verdadera prueba de fuerza tuvo lugar el 13 de noviembre de 1887, que más tarde se inscribió en el calendario socialista como «el domingo sangriento», cuando una muchedumbre de desempleados calculada en 20.000 personas convergió en Trafalgar Square desde todas las partes de Londres. Para oponerse a esta fuerza colérica, Sir Charles ocupó el sitio con 4.000 policías, más destacamentos de los Guardias Life y los granaderos. Alineados en el parapeto de la Galería Nacional, había trescientos granaderos con las bayonetas caladas y veinte cargadores en sus correajes.

*Todo terminó en unos cuantos minutos* —escribió William Morris—. *Nuestros camaradas lucharon valientemente, pero... la Policía atacó a diestro y siniestro, como lo que eran: unos soldados cargando contra el enemigo.*

Doscientos manifestantes quedaron malheridos, necesitando tratamiento clínico y dos sucumbieron a sus heridas. Los manifestantes consiguieron *lo que se merecían* según *The Times*, que dedicó ocho columnas y media a la crónica del incidente. El diario lamentaba que *muchos hubiesen escapado a tan merecido castigo.*

El domingo sangriento le valió a Sir Charles ser nombrado caballero, y el odio unánime de toda la población obrera de Londres.<sup>[12]</sup> Más adelante se ufanó de que la estrategia militar que había desplegado en Trafalgar Square en «el domingo sangriento», «fue admirada no sólo por los expertos de los clubs, sino por los mismos socialdemócratas».

Pero no todos los policías compartían esta admiración. Uno de éstos, en un folleto anónimo publicado poco después de la manifestación, comentaba:

*La mayoría de los policías lamentamos lo que tuvimos que hacer. La gente, que antes trataba a los agentes con amabilidad y respeto, ahora nos trata con burla y desprecio.*

## 5

He tratado con cierta extensión la personalidad de Sir Charles Warren y su desafortunado efecto sobre la Policía bajo su mando, porque ambas cosas, en mi modesta opinión, pueden explicar por qué jamás fue atrapado Jack el Destripador. Los alborotos y choques con los desempleados en 1887, habían «agotado a la Policía y aterrorizado a la gente», según palabras del secretario del Interior, Henry Matthews, y esto a pesar de las palabras de Warren en su informe anual respecto al *éxito alcanzado al contender con la muchedumbre alborotada en las calles*. No sólo estaba agotada la Policía, sino completamente desmoralizada por los intentos de Warren de conseguir un régimen militar dentro de la fuerza. En otras palabras, el Destripador no podía haber elegido una época mejor para sus experimentos anatómicos si quería escapar a la captura. La Policía no se hallaba a la sazón en condiciones de contender con un rival tan astuto.

Posiblemente, el único hombre de Scotland Yard capaz de enfrentarse con Jack el Destripador fuese James Monro, ayudante del comisario y jefe del CID, que dimitió el último día de agosto de 1888, tras una serie de discusiones con Warren. Monro, como muchos capacitados oficiales de Policía de Inglaterra, había aprendido su oficio en la India donde sirvió como inspector general en la Policía de Bengala. De forma irónica, fue llamado a Scotland Yard como sucesor de Warren y, en calidad de tal, efectuó diversas reformas necesarias, incluyendo las pensiones a los policías. *Los hombres eran sus esclavos* —escribió George Dilnot—, *y él procuró acrecentar su amor propio y su valor, aumentando su bienestar personal*.

Mientras tanto, la dimisión de Monro produjo una grieta en Scotland Yard. La rama detectivesca se había quedado sin jefe. Robert (más tarde Sir Robert) Anderson, que fue elegido para suceder a Monro, era un abogado cuya experiencia policial se había limitado a descubrir los secretos de los dinamiteros irlandeses. La idea de

Anderson al hacerse cargo de su nuevo empleo, para poder mediar sobre el mismo, fue conseguir un mes de vacaciones.

Pero Jack el Destripador no podía esperar el regreso del comisario ayudante, ni a que éste hubiese trepado a los Alpes en busca de la preciada edelweis (flor de las cumbres), o de la más esquiva gamuza. El mismo día en que Anderson salió para Suiza, el Destripador se dispuso a dar su nueva sorpresa. Cuando el jefe del CID se dirigía desde París a Montreaux, el cadáver de la última víctima de Jack estaba expuesto de noche en el patio del número 29 de la calle Hanbury.

### III

## El patio del número 29

### 1

La parte posterior de los pisos que daban al patio del número 29 de la calle Hanbury, parecía un vasto embalse de ladrillos con ventanas a la grisácea luminosidad de aquella mañana de septiembre. De haber mirado hacia arriba desde el patio aquel sábado por la mañana, 8 de septiembre de 1888, se habrían observado cabezas asomadas a todas las ventanas. Era más bien un efecto cómico, ya que algunas cabezas todavía llevaban los gorros de dormir, mientras que otras mostraban sus cabelleras con rizadores. Pero no había nada cómico en sus caras. Estaban todas pálidas, contraídas al mirar hacia abajo, inmóviles las miradas con intensa concentración. También había chiquillos cuyos semblantes se destacaban en blanco contra el rojo ahumado de los ladrillos como cigüeñas anidando en una torre, y sus voces estaban llenas de excitación y temor. ¿Qué contemplaban con tanta atención a tan temprana hora de la mañana los vecinos de aquellas casas de ladrillo? ¿Qué había de particular en el patio del número 29? ¿Y por qué estaba tan lleno de policías?

Ciertamente, poco había en su fachada que distinguiera a la casa de sus vecinas. Como las demás de la calle Hanbury, la del número 29 había sido edificada por los sederos hugonotes, cuando su comercio prosperaba. Pero las pilastras toscanas que decoraban su portal a cada lado, hacía ya tiempo que habían desaparecido... La calle Hanbury era una calle mísera, el *verdadero centro del distrito sudado*, según palabras de *The Lancet*, la revista médica, que envió a un equipo de inspectores de medicina a revisar las condiciones sanitarias del lugar.

El patio del 29 estaba más repleto de basura que los contiguos, ya que era utilizado por su propietario, la señora Amelia Richardson, que tenía un negocio de cajas de embalaje. Había un pasaje que conducía directamente desde la puerta de la calle al patio, al que se llegaba por dos peldaños. Entre éstos y la tapia de la casa vecina existía un hueco de sesenta centímetros de ancho. Era en torno a este hueco donde los policías estaban apiñados como moscardones azules en torno a una úlcera abierta. Los ojos, habituados ya a la neblina matutina, habían descubierto con su fina percepción un manojo de trapos sucios que, en realidad, no era más que el cuerpo de Annie Chapman, más conocida en Whitechapel como *Annie la Morena*.

### 2

—Annie *la Morena* —dijo Timothy Donovan, propietario de la guarida del 35 de la calle Dorset, donde ella vivía— era una mujer decente a su modo. Siempre que tenía dinero pagaba ocho peniques por una cama doble, en vez de cinco por una individual, para tener toda la anchura de la cama para ella sola.

Ésta era la forma de juzgar la moral en Whitechapel. Pero Annie Chapman, de cuarenta y siete años, viuda, tenía otras condiciones para reclamar la superioridad. Había estado casada con un pensionista del Ejército, llamado Fred Chapman, que también era cirujano veterinario, y habían vivido en Windsor. Annie gustaba de hablar de su época dorada; según ella, su marido tan pronto era veterinario como médico y habían vivido una temporada en Windsor, proclamando que allí tenía su «hogar», todo lo cual ponía envidiosas a sus menos afortunadas compañeras.

Annie jamás explicaba por qué había abandonado a su marido, que debía de ser bastante mayor que ella por haber alcanzado la edad del retiro. Tampoco hablaba de los dos hijos del matrimonio, un niño deforme, internado en un asilo para inválidos, y una niña que se hallaba en una residencia de Francia. Pero debió de separarse de su marido en buenos términos, ya que él continuó enviándole una pensión de diez chelines semanales hasta que falleció en 1886.

La muerte de Fred parece haber señalado un cambio en el rumbo de Annie *la Morena*, ya que también su suerte cambió. No sólo se vio privada de un ingreso regular, mayor de lo que ganaba una chica en una fábrica trabajando sesenta horas semanales, sino que su salud comenzó a declinar. Empezó a padecer mareos y desmayos.

Algunos autores, al hablar de los asesinatos del Destripador, se han dejado obviamente engañar por las pretensiones de respetabilidad de Annie. Incluso se han dejado arrastrar por lo del «hogar en Windsor». Sea como sea, han negado que Annie fuese prostituta. Era, sostienen, «una mujer de un hombre solo», que vivía con uno solamente, de su elección, siéndole fiel durante mucho tiempo. Ciertamente, Annie vivió con un cedacero de Spitalfields lo bastante como para llegar a ser conocida como Annie *la Cedacera*; pero insistir en que no era una ramera, es querer mirar las cosas desde un punto de vista romántico. Ninguna mujer respetable podría haber sido vista en un establecimiento como el regentado por Tim Donovan, en la calle Dorset.

Dorset, en 1888, tuvo la distinción de ser la primera calle a la que la Policía dirigió sus pasos para investigar un crimen londinense no solucionado. Aunque no era una calle muy larga, era en realidad un vasto burdel, con más de mil doscientas personas atarugadas desde el sótano al tejado en guaridas y pensiones, incluyendo mendigos, rateros, confidentes y alcahuetas. De existir la menor duda respecto a la «profesión» de Annie, tenemos las palabras de su amiga Amelia Farmer.

—A Annie —afirmó Amelia— le tenía sin cuidado la manera de ganarse la vida y se pasaba todas las noches buscando a un tipo que le pagase la cama.

Annie, como sus desdichadas compañeras, trabajaba cuando podía en las fábricas esclavistas, reservadas a las mujeres y a los hijos de los pobres: las factorías de cajas

de cerillas y las de flores artificiales. Y como ellas, perfumaba las flores sin valor con un penique de aroma, vendiendo luego dichas flores como «dulce lavanda». Pero últimamente había estado demasiado enferma para trabajar, como le dijo el practicante de la enfermería. Pero ningún médico podía hacer nada por Annie. Estaba tuberculosa y muriéndose lentamente, como informó el doctor George Bagster Phillips en el resultado de la autopsia, y su cuerpo mostraba «señales de grandes privaciones».

Su amiga, Amelia Farmer, se sintió desagradablemente sorprendida ante el aspecto de Annie cuando ambas se encontraron el viernes, 7 de septiembre, ya que la vio mucho más ajada y delgada que de costumbre, con grandes bolsas moradas bajo los ojos.

—Pareces muy enferma —le dijo su amiga con franqueza.

—He pasado muchos apuros —le confió Annie—. Además, no he comido nada en todo el día... ni siquiera una taza de té.

Habló vagamente de irse uno o dos días a un asilo, pero incluso pareció con poco valor para dar aquél paso. Apiadándose de ella, la Farmer le deslizó un par de monedas en la mano.

—Toma, para el té —le dijo—. Pero no lo cambies por ron —la advirtió—, que ya conozco tu debilidad.

Annie musitó unas gracias y ambas amigas se separaron.

Aquella misma noche, más tarde, Timothy Donovan halló a Annie sentada ante el fuego de la cocina del número 35 de la calle Dorset. Las cocinas de estas pensiones baratas eran enormes, y la de Donovan no era una excepción, ya que servía como centro comunal. Sólo estaban alumbradas por una luz de gas, y como habría resultado difícil discernir su primitivo colorido, los muros ostentaban ya una pátina oscura. Dominando la estancia había una chimenea que resplandecía con un fuego suficiente para asar un cordero. Encima, había toda clase de utensilios muy usados, mientras en lo alto del muro se veía el «Reglamento de la casa», en el que podía leerse en letras mayúsculas: NO LAVARSE LOS DOMINGOS.

Invadiéndolo todo, flotaba por la estancia un olor apestoso a arenques ahumados.

Donovan consultó su reloj, vio con sorpresa que eran la una y cuarenta y cinco, y se volvió hacia Annie.

—Es ya muy tarde —observó, pero Annie se limitó a seguir sentada junto al fuego. En tono más amable, el irlandés le preguntó—: ¿No te vas a la cama?

—No —repuso ella, tristemente—, no tengo dinero.

—Bien, ya conoces el reglamento —contestó Donovan, de nuevo grave.

Annie lo conocía, pero cuando se dirigió a la puerta le suplicó a Donovan que le reservase una cama. Ya hallaría el dinero en cualquier parte.

Y entre las dos y las cinco de la madrugada, Annie encontró a Jack el Destripador.

Fue al rayar el alba cuando John Davies, un mozo de mercado que vivía en el 29 de la calle Hanbury, descubrió el cuerpo de Annie, tendido en el patio del edificio..., no lejos, hay que señalar, del sitio donde Polly Nicholls había sido asesinada ocho días antes. Pero el salvajismo de este crimen sobrepasó al anterior. Esta vez, la cabeza había sido tan limpiamente separada del cuerpo que el asesino le había anudado un pañuelo bajo el cuello para que se sostuviera sobre el tronco.

El cuerpo yacía en el hueco, entre los peldaños y la tapia de la casa vecina, y el brazo izquierdo había sido colocado sobre el seno del mismo lado, con las piernas elevadas descansando sobre el suelo y las rodillas hacia fuera. El rostro, vuelto del lado derecho, estaba amoratado, y la lengua hinchada y saliente entre los dientes, pero sin asomar más allá de los labios; todo ello sugería que el asesino había colocado sus manos sobre la boca de la víctima, a fin de que no gritase. El cuerpo había sido desventrado y, con destreza quirúrgica, le habían quitado el útero y sus apéndices. Como nota extraña, dos anillos de latón, evidentemente pertenecientes al dedo corazón de su mano izquierda, y unos cuantos peniques se hallaban a los pies de la víctima.

Davies, el mozo del mercado, corrió a notificar su hallazgo a la comisaría de la calle Comercial, y desde allí avisaron a George Bagster Phillips, el médico forense. Rápidamente, el patio del número 29 se pobló de policías y hombres con trajes de color marrón y sombreros hongos, todos ellos detectives. Tras los preliminares, Phillips ordenó que el cadáver fuese trasladado al depósito de la calle Old Montague.

Entre quienes siguieron al cadáver de Annie, cuando fue colocado en una camilla y llevado por la calle Hanbury aquella mañana gris de septiembre, había una grotesca figura envuelta en una manta que podía encubrir a una llorona, pero que en realidad era un excitado muchacho de once años.

—Sí, yo fui uno de los que vieron llevarse el cadáver —me confirmó Alfred Henry Lane cuando le interrogué en la «Casa Hathaway», de Hoxton.

Lane, que contaba más de ochenta años cuando le conocí, fue uno de los que contestaron a mi llamamiento para obtener información concerniente a Jack el Destripador, llamamiento que el *East London Advertiser* fue lo bastante amable de insertar en sus páginas. Resultó ser un individuo pequeño y delgado, que llevaba un gorro en la cabeza, pareciendo siempre estar disfrutando de alguna broma secreta. Y no sólo pareció secretamente divertido al pensar en Jack el Destripador sino también en el escritor americano que había viajado hasta Hoxton para entrevistarle. También su longevidad y él mismo parecían formar parte de la broma. Me mostró una fotografía suya de joven, luciendo un bigote muy poblado. «El mejor bigote de Bethnal Green hasta que me incorporé a los Ingenieros Reales, donde tuve que afeitármelo». Me contó su historia:

—Mi tío tenía una tienda de café en la calle Hanbury y mi madre solía bajar cada

mañana muy temprano para ayudarlo. Cuando empezaron los crímenes del Destripador, me llevaba consigo para que la protegiese, envolviéndome en una manta para el frío. Claro que yo no le habría servido de mucha protección —hizo una pausa para reír—, ya que no era más que un chaval de once años. Bien, aquella mañana al acercarnos a la calle Hanbury vimos una camilla que salía del número 29, acompañada por policías. Iba cubierta con una especie de hule, y dejaba un rastro de sangre. Mamá tenía prisa por llegar a la cafetería, pero como era sábado y yo no tenía que ir al colegio, decidí seguir la camilla hasta el depósito de la calle Old Montague. Lo recuerdo como si fuese ayer.

Debió ser un extraño cortejo, detrás de una camilla, con los agentes de uniforme y el muchacho con la manta.

#### 4

Al transcurrir la mañana, se amontonó un gentío de centenares de personas en el número 29 y *surgían alaridos de terror de todas partes*, según *The Times*. La noticia del crimen se extendió rápidamente por todo Londres, y cuando apareció la primera edición de los diarios de la tarde, la gente asaltó a los vendedores. Un individuo de Deptford tenía tanto afán por adquirir un ejemplar del *Evening Standard* que levantó sospechas. Según el vendedor que alertó a la Policía de Deptford, «el hombre me arrancó el diario de la mano, me arrojó un penique y huyó de la tienda. No pudo esperar a verse en su casa, sino que a la luz de gas de una ventana leyó el relato de la tragedia, preso de gran excitación». Cuando llegó la Policía «ya había volado».

Fue en la ronda Whitechapel, sin embargo, donde la excitación llegó al máximo. Como era sábado, la ronda estaba atestada de *cockneys* que sólo hablaban del asesinato, del horror de la calle Hanbury. A las pocas horas del asesinato se repartieron unas hojas tituladas *Versos de la horrible tragedia*, y los hombres, con los versos en la mano, comenzaron a cantarlos de acuerdo con la tonada de *Mi pueblo natal*.

El propietario de un pequeño museo de figuras de cera de la ronda Whitechapel pensó que podía labrar su fortuna ante aquella oportunidad. Desempolvó tres figuras de cera que ya habían servido en multitud de ocasiones, las pintó de rojo y abrió su establecimiento anunciando: «Los horribles crímenes de Whitechapel. Vean a las víctimas de “George Yard”, Buck’s Row y la calle Hanbury».

El buen resultado quedó interrumpido por un inspector de Policía que clausuró el museo en nombre de la honestidad pública. El emporio de las figuras de cera no estuvo mucho tiempo cerrado, ya que poco después un corresponsal que firmaba «John Ley» se quejó al *Pall Mall Gazette*:



*Actualmente existe, casi enfrente del hospital de Londres, un nauseabundo espectáculo de las desdichadas mujeres, asesinadas por el que los habitantes del distrito denominan «ese demonio ávido de sangre...». Un viejo exhibe tales horrores, y mientras tanto, uno se ve apretujado entre un gran número de chicos y chicas, en tanto el olor a muerte llega hasta nuestros olfatos, como si se tuviese la garganta llena de hongos malignos.*

A medida que avanzó el día comenzaron a circular los más siniestros rumores, añadiendo más histerismo a la confusión reinante. Se decía que el asesino había garabateado un mensaje en el muro del patio de la calle Hanbury:

*Cinco... 15 más... y desistiré.*

Algunos llegaron a afirmar que el mensaje lo había escrito con sangre de la víctima. Otros, particularmente una tal señora Fiddymount, esposa del propietario del «Príncipe Alberto», adujo una historia igualmente morbosa. La señora Fiddymount era una típica buscadora de la notoriedad, plaga que no tardaría en aparecer con ocasión de las hazañas del Destripador. Estas personas sólo buscaban su popularidad. Deseaban ser entrevistadas para algún periódico para así despertar la envidia de sus más modestas amistades.

La señora Fiddymount había estado detrás del mostrador, la mañana del crimen, hablando con una amiga, según les contó a los periodistas, cuando entró un sujeto cuyo aspecto la asustó. Llevaba un sombrero marrón hundido casi hasta los ojos, una levita oscura, y sin chaleco. Pidió una media pinta de cerveza, que bebió de un sorbo. Pero lo que más chocó a dicha señora fueron las manchas de sangre de su mano derecha y la sangre seca entre sus dedos. Asimismo, observó que tenía la camisa rasgada. No pudiendo dejar la taberna desatendida, la señora Fiddymount envió a un tal Joseph Taylor a seguir al individuo cuando salió del bar, y Taylor pudo añadir más detalles sobre el aspecto del hombre: tenía un metro setenta y cinco de estatura, más bien delgado, entre cuarenta y cincuenta años de edad, con un bigote descolorido, y «los ojos tan salvajes como los de un halcón».

Antes de caer la noche, la historia de la señora Fiddymount, al pasar de boca en boca, había quedado irreconocible. En la nueva versión, era la misma Annie Chapman la que había sido vista en el «Príncipe Alberto» a las cinco de la madrugada (las tabernas contiguas al mercado de Spitalfields abrían muy temprano en honor a los mozos). Había estado bebiendo una ginebra, cuando un hombre que lucía un gorro en la cabeza y una horrible faz, se había asomado a la puerta, llamándola hacia fuera.

El domingo, 9 de septiembre, circularon igualmente nuevos rumores y más historias. Por ejemplo, una prostituta anónima le contó a la Policía que, por la mañana, se le había acercado un hombre no muy lejos del número 29 de la calle Hanbury, el cual, cuando ella le rechazó, comenzó a golpearla. La joven chilló y el sujeto huyó, pero no antes de haber intentado entregarle dos monedas que pudo reconocer como medios soberanos.

*Le pidieron que describiese al hombre, pero no supo hacerlo con claridad*, anotó el *Times*. Esta historia se apoya en la coincidencia de que junto a la muerta de la calle Hanbury fueron hallados dos cuartos de penique. Pero la idea del hombre ofreciendo dos medios soberanos a una prostituta tan desesperada como Annie Chapman es risible. Annie se habría ido con cualquier hombre por el precio de la cama. Además, los medios soberanos tenían los bordes mellados, mientras que los cuartos de penique no, y las personas como Annie siempre comprobaban los bordes de las monedas cuando les eran ofrecidas en la oscuridad.

Sin embargo, el tema de los peniques tuvo una consecuencia desusada. En sus Memorias, el mayor (más adelante teniente coronel Sir Henry) Smith, que en 1888 era comisario ayudante de la Policía de la ciudad de Londres, habla de poner a la Policía Metropolitana sobre la pista de un sospechoso muy prometedor.

*Había sido estudiante de Medicina —escribe Smith—. Había estado en un asilo de lunáticos; había pasado gran parte del tiempo con mujeres de carácter débil, a las que probaba dándoles cuartos de peniques en vez de medios soberanos.*

Sir Charles Warren seguramente no se interesó mucho por este comunicado de un rival suyo en la Policía, y no debió efectuar serios esfuerzos para hallar al hombre, lo cual no disuadió al mayor Smith de buscar al sospechoso por su cuenta.

—Pensé que era probable que estuviese en la calle Rupert Haymarket, por lo que envié allí a dos agentes, y allí estaba —declaró el mayor—. El desenlace fue rápido: con cuartos de penique y todo, probó una coartada sin la menor duda posible.

## 6

En aquel fin de semana se escuchó la primera mención del misterioso personaje del delantal de cuero, un monstruo conjurado por la voluntad colectiva que iba a llevar la investigación del asunto del Destripador hasta un punto en que el inspector jefe Abberline explotó con justificado encono:

—¡Que no vuelva a oír jamás semejante apodo!

*Delantal de Cuero* era más un símbolo que un ser humano; más aún, era el apodo

aplicado a una serie de personajes que se tornaron sospechosos por la mera posesión de este talismán.

La historia del delantal de cuero se originó por diversos factores. Por una parte, el asesinato de la Nicholls, como se recordará, ocurrido en la vecindad de un matadero en Buck's Row, que inevitablemente pesó en el ánimo del público con la secuela de matarifes y mozos de matanza. Por otra, el doctor Llewellyn había emitido la opinión de que el arma era un cuchillo afilado y corto, como los que emplean los cortadores de corcho y los zapateros. Los delantales de cuero eran artículos usados por los matarifes, los cortadores de corcho y los zapateros remendones. Por fin, parecía obvio que el asesino hubiese llevado alguna tela para protegerse contra las manchas de sangre que habrían llamado la atención al huir del lugar del crimen.

La primera mención pública del delantal de cuero, sin embargo, apareció en *The Times*, el cual añadió que *en más de doscientos albergues visitados por la Policía con la esperanza de encontrar algún rastro del misterioso personaje, no ha sido posible hallar de él la menor huella.*

El *Daily Telegraph* fue mucho más explícito en lo relativo a *Delantal de Cuero*, declarando que *un hombre que lleva este apodo se cree sea culpable de al menos dos de dichos crímenes.*

*Había sido descrito repetidamente por las mujeres que aseguraron haber sido abordadas por él, confirmó el Daily Telegraph.* Cabe añadir que no todas las reclamaciones se referían necesariamente a la misma persona.

*No es irrazonable suponer que en un distrito donde los zapateros y otros obreros llevan constantemente tales delantales, haya más de un individuo que ostente dicho apodo.*

Tal vez no haya que mostrarse muy duro con la Policía por haberse tragado el cebo del delantal de cuero; al fin y al cabo, se hallaban bajo considerables presiones. La Prensa no se cansaba de repetir que cuatro prostitutas habían sido asesinadas por la misma mano criminal desde el mes de abril, y que la Policía aún no había capturado al asesino ni tenía la menor pista positiva. Y al aumentar la crítica del público, la Policía perdió la cabeza y comenzó a arrestar a todo el mundo, sin discriminación alguna. Los extranjeros sospechosos, los rateros, mendigos, obreros *cockneys* y los restantes frequentadores de los albergues..., todos fueron objeto de las redadas para ser estrechamente interrogados, teniéndoles que soltar casi inmediatamente por no hallar culpa alguna en ellos. El apogeo de los arrestos tuvo lugar el domingo, 9 de septiembre, al día siguiente al asesinato de la Chapman, cuando catorce sospechosos fueron llevados a la comisaría de la calle Comercial, mientras otros eran conducidos a las de la calle Leman y la calle Upper Thames. La reacción fue inevitable. La Policía fue acusada de cruel, por lo que los agentes se negaron a retener a nadie más bajo custodia en relación con el caso del Destripador.

El más sensacional arresto del domingo se hizo en Gravesend, cuando William Henry Piggott, de cincuenta y dos años, fue arrestado después de haber hecho lo humanamente posible para atraer sobre sí las sospechas de la Policía. Primero, fue visto paseando, lleno de manchas de sangre en las ropas y con las manos cortadas como con un cuchillo. Luego, en la taberna «La cabeza del Papa», efectuó ciertas observaciones respecto a las mujeres, con tono desabrido y desdeñoso. Por fin, Piggott se convirtió en más que sospechoso cuando la Policía local, que fue avisada, halló dos camisas manchadas de sangre en un paquete que llevaba. El aspecto de Piggott guardaba cierta semejanza con *Delantal de Cuero*, según *The Times*, el cual anotaba que su atavío iba coronado por un maltratado sombrero de fieltro. Lo más extraño era que ocho años antes, Piggott, según se averiguó después, había tenido suficiente dinero para abonar las ocho mil libras necesarias para abrir una taberna en Hoxton.

La historia que contó Piggott alcanzaba un punto de incoherencia. Había estado en la zona de Spitalfields durante el tiempo del asesinato; en realidad, había llegado a Londres procedente de Gravesend, el jueves, gastando sus últimos peniques en una cama del albergue de la calle Osborne. Luego, hambriento y malparado, había vagado por las calles de Whitechapel toda la noche del viernes. Mientras iba por Brick Lane, a las cuatro y media de la madrugada del sábado, vio a una mujer que cayó presa de un ataque, pero cuando se agachó para ayudarla, ella le mordió la mano. Exasperado por aquel trato, Piggott golpeó a la mujer, la cual empezó a vociferar. Viendo que dos policías acudían corriendo, Piggott huyó y, ya sin más desventuras, aquel mismo día, sábado, fue andando desde el East End hasta Gravesend, una distancia de treinta y cinco kilómetros.

El inspector Abberline fue enviado a Gravesend para poner a Piggott bajo custodia, y cuando ambos llegaron a la estación de Bridge London, el mediodía del lunes, el inspector tomó un coche, obligando a su prisionero a tumbarse en el suelo para no atraer la atención de la multitud. Estas precauciones fueron, sin embargo, en vano, ya que había un grupo de desocupados esperando frente a la comisaría de la calle Comercial desde primeras horas de aquella mañana. La noticia de la llegada del prisionero atrajo a más curiosos, ávidos de poder ver al asesino, y pronto la calle Comercial tuvo que ser cerrada al tráfico.

El inspector Abberline envió a buscar a todas las mujeres que afirmaban haber sido abordadas por *Delantal de Cuero* o por otros sospechosos; pero después del correspondiente careo, ninguna de ellas, incluida la señora Fiddymount, reconoció a Piggott como su agresor. El preso fue interrogado minuciosamente por la Policía, con curiosos, aunque no inesperados resultados. Pero dejemos que *The Times* describa lo sucedido:

*Tras un intervalo de un par de horas, los modales del sujeto se tornaron más raros y su forma de hablar más incoherente. Llamaron al forense de la*

*Policía divisional, el cual emitió la opinión de que el detenido tenía la mente desquiciada.*

Piggott quedó bajo custodia mientras se comprobaban sus movimientos; luego se certificó su locura y se le encerró en un asilo de Bow.

## 7

Además de visitar más de doscientos albergues de la zona de Spitalfields, interrogando a sus huéspedes, aquel fin de semana, Scotland Yard dio a conocer la primera de varias descripciones del asesino, que circularon durante la investigación. Ésta era muy vaga: Descripción de un hombre *que penetró en un pasaje de la casa en el que se cometió un asesinato en la persona de una prostituta, a las dos de la madrugada, el día 8: Edad, treinta y siete años; estatura, uno setenta; barba y bigote, oscuros. Vestido: camisa y levita oscuras, pantalones negros, plastrón negro y sombrero negro. Hablaba con acento extranjero.*

Me siento inclinado a creer que esta descripción salió de la fantasía de algún agente, ya que no existe ningún dato que incline a pensar que un hombre fuese visto entrando en el pasaje de aquella casa a las dos de la madrugada del día del asesinato. Ciertamente, ningún testigo lo dijo nunca. La descripción física en sí misma es lo bastante vaga como para acomodarse a los miles de seres que habitaban en el East End. Es una descripción compuesta a partes iguales por la historia de la Fiddymount y la imaginación de la Policía. En cuanto al «acento extranjero», también me parece una afirmación gratuita, si no se trata de simples prejuicios locales. En realidad, este aviso de «captura» parece no haber tenido otro propósito que tranquilizar al público.

Mientras tanto, la policía había revuelto por completo el patio siniestro, hallando por fin una pista que podía ser prometedora: un trozo de sobre blanco manchado de sangre. El sobre tenía la marca de un regimiento de Sussex, y la estampilla «Londres, 20 agosto», pero la parte de la dirección faltaba, con la excepción de la letra «M». Cerca había dos pastillas blancas. Estas pistas, posteriormente, se vieron reducidas a la nada, ya que en la encuesta un testigo afirmó que Annie Chapman, mientras estaba sentada junto al fuego en el albergue de Donovan, había cogido aquel pedazo de sobre de la chimenea, envolviendo en él unas píldoras, las mismas que le habían entregado en la enfermería para aliviar el dolor de su vientre vacío.

La Policía encontró otra pista en el patio, una prueba que se le ocultó al público y a la Prensa hasta la encuesta, por miedo a provocar una temible reacción. En un lavadero del patio hallaron un delantal de cuero. Con señales de haber sido fregado recientemente.

## IV

### La captura de «Delantal de Cuero»

#### 1

*Han capturado a DELANTAL DE CUERO, para acusarle; le tratarán como a un asesino, pues quieren colgarle.*

Se repartieron unas aleluyas en las calles de Whitechapel, el lunes, 10 de septiembre, a las pocas horas de haber capturado a *Delantal de Cuero*. Las aleluyas iban precedidas de una noticia: *A las nueve de esta mañana, el sargento de detectives William Thicke, de la División H, que se halla a cargo del caso, ha conseguido capturar al hombre conocido como DELANTAL DE CUERO. No hay duda de que es el asesino, ya que en su posesión se han hallado gran cantidad de cuchillos de hoja larga y diversos sombreros.*

El hombre a quien «capturó» el detective era John Pizer, de treinta y tres años, judío polaco empleado como zapatero, y *The Times* proporcionó todos los detalles relativos al arresto. El sargento Thicke había ido a la casa de Pizer, en la calle Mulberry, en Whitechapel en compañía de otros dos oficiales, y el mismo Pizer había abierto la puerta. El sargento le anunció:

*Tú eres el que yo busco, según The Times.* Luego le acusó de estar complicado en el asesinato de Annie Chapman, a lo que el pobre hombre no supo qué replicar. Sus modales resignados les hizo pensar a los detectives que el polaco había estado esperando su llegada. Después del registro en el piso, la Policía se apoderó de cinco cuchillos afilados, como los que se usaban en la profesión de Pizer, y varios sombreros viejos.

Hay que imaginarse el desatado júbilo que la noticia debió causar en la ronda Whitechapel. Todas las hermanas de oficio de Annie *la Morena* debieron levantarse las faldas, bailando de alegría. Polly Nicholls y Annie Chapman ya estaban vengadas. El terror del East End había terminado. Al menos era ésta la perspectiva procurada por el arresto de Pizer, pero como otros muchos en el caso del Destripador, resultó ser un espejismo.

Mientras tanto, la Prensa informó de otros extraños sucesos ocurridos en el East End del 8 al 9 de septiembre. Por ejemplo: hubo un curioso artículo en el *Daily News* afirmando que el doctor George B. Phillips, médico forense, y su ayudante  *fueron sacados de la cama por la noche, teniendo que atender varios casos de asalto, algunos de carácter muy grave, consecuencia de la exaltación producida por las*

*discusiones respecto a los asesinatos.*

¿Casos de asalto? ¿Discusiones exaltadas? El artículo más parece referirse a un encuentro entre los «Anaranjados» y los «Desempleados», en el aniversario de la batalla de Boyne. ¿Cuáles eran estos extraños movimientos tras los bastidores, estos «ahogados ruidos» de los que el *News* se mostraba tan reticente? Las calles del East de Londres, como se recordará, estaban atestadas de gente aquella noche del 8 de septiembre, sábado. Muchos deambulaban sin rumbo fijo, o se habían congregado delante de la comisaría de la calle Comercial para gritar y exigir la captura del asesino de Annie Chapman.

El *East London Observer* levanta algo más el telón al manifestar que *la muchedumbre comenzó a asumir un aspecto amenazador hacia la población hebrea del distrito. Se ha repetido continuamente que ningún inglés hubiera podido perpetrar tan horribles crímenes como los de Whitechapel* —proseguía el periódico—, *por tanto, la muchedumbre dirigió el blanco de sus iras contra los hebreos que encontraba en las calles.*

De pronto; el cuadro adquiere luz propia. No fueron los protestantes irlandeses y los católicos los que sostuvieron exaltadas «discusiones» en las calles de Belfast, por ejemplo. Fueron los gentiles maltratando a los judíos en las calles del East londinense. Fueron los cabecillas de aquellos que más tarde necesitarían la asistencia del doctor Phillips y su ayudante.

Sin mencionar a los judíos, *The Times*, en su editorial, habló del East End, asegurando que *se hallaba toda su población en estado de pánico tan favorable para que un asesino pueda escapar, como peligroso para los inocentes cuya apariencia o conducta suscita alguna leve sospecha.* El *Daily News* aún va más lejos, advirtiendo que *pueden producirse muertes por el pánico, que tendrán que añadirse a los crueles asesinatos del maníaco ávido de sangre.*

De pronto, se hace luz en el histerismo colectivo de *Delantal de Cuero*: era simplemente un camuflaje del antisemitismo. Y en John Pizer encontraron a la víctima ideal. Además de ser dotado de cualidades tales como «vista penetrante» y la habilidad de andar «como un gato», se afirmaba que *Delantal de Cuero* era judío y extranjero. Pizer era judío polaco y zapatero, acostumbrado no sólo a llevar delantales de cuero, sino a manejar instrumentos afilados y cuchillos puntiagudos. El antisemitismo no explica, naturalmente, la facilidad con que las prostitutas del East End juraban que habían sido abordadas por un hombre que llevaba tal clase de delantal. Para tal explicación hay que acudir a la psicología freudiana, en la que los delantales de cuero figuran como los símbolos de la castración. Según los freudianos, un hombre que viste tal prenda puede convertirse en una mujer histérica, asumiendo un aspecto amenazador. Al menos, ésta es la sugerencia que me hizo un calificado analista. Pero ya es hora de echarle un vistazo al hombre del delantal.

La calle Mulberry era llamada así porque, en el siglo XVII, los tejedores hugonotes plantaron moreras en la misma con la vana esperanza de fundar una industria sedera. En 1888, no sólo no quedaba uno solo de tales árboles, debido al clima de Londres, sino que los mismos tejedores protestantes la habían abandonado ante la invasión de rusos y polacos, la mayoría de los cuales se dedicaban al calzado. John Pizer, que habitaba en el número 22 de dicha calle, con su madrastra de setenta años de edad y su hermano Gabriel, casado, no era un remendón ordinario. Hacía zapatillas de baile, cuando trabajaba, ya que John era de constitución delicada y, en consecuencia, pasaba mucho tiempo en cama, convaleciente de dolencias imaginarias. Irónicamente, al ser arrestado como Jack el Destripador, alegó constantemente que carecía de fuerza en las manos.

Era un individuo de un aspecto singularmente repelente, a creer las versiones que de él dieron los diarios de la época. El *East London Observer*, por ejemplo, lo describió así:

*Tiene un metro sesenta y dos de estatura, con una cara atezada y enjuta, que no resulta agradable mirar debido a sus mechones de cabello negro, de unos treinta centímetros de longitud, que casi le ocultan el rostro. Los labios finos tienen un aspecto siniestro y sardónico, incrementado por el fiero bigote y las patillas... Cabeza grande, con un cuello corto y grueso.*

Comparando esta descripción con las ilustraciones de Cruikshank para el «Fagin» de *Oliver Twist*, de Carlos Dickens, se adivina de dónde el periodista sacó su inspiración. No es esto todo. El reportero incluso asegura que Pizer andaba con *un porte muy pesado* y hablaba con *acento extranjero, muy gutural*.

Es cierto que Pizer era conocido por todo el vecindario, mucho antes de los crímenes de Jack el Destripador, como *Delantal de Cuero*, y que su figura resultaba algo graciosa. Tal vez andaba pesadamente, o era la combinación de su disposición hipocondríaca y su aspecto repelente, pero más bien parecía invitar al ridículo. Los chiquillos le seguían por la calle, imitando sus movimientos y zahiriéndole con pullas, llamándole *Delantal de Cuero*.

Su notoriedad resultó ser su salvación, ya que tan pronto como empezó la agitación de *Delantal de Cuero*, Pizer, con una sabiduría heredada sin duda de sus antepasados judíos en Polonia, que habían sobrevivido a todas las vicisitudes de su raza, se encerró en su habitación y no salió hasta el momento de su arresto, habiendo estado sin que le viese nadie desde las diez y cuarenta y cinco minutos del jueves, 6 de septiembre, hasta las nueve de la mañana del lunes, 10. En otras palabras, poseía una coartada perfecta en lo referente al asesinato de Annie Chapman. Además, al ser



mezclado con otros judíos en la comisaría de la calle Leman, ninguna mujer de las que habían referido sus encuentros con el misterioso *Delantal de Cuero*, fue capaz de reconocerle.

Pero los apuros del judío aún no habían terminado. Lo mantuvieron encerrado veinticuatro horas, seguramente a petición suya para escapar al linchamiento de la multitud, y la Policía se tomó el trabajo de concederle la inocencia públicamente. En caso contrario, seguramente hubiese sido linchado. Cuando se celebró la encuesta referente al asesinato de Annie Chapman el miércoles 12 de septiembre bajo el mando del *coroner* Wynne E. Baxter, Pizer fue debidamente convocado, juró y dijo ser zapatero.

C. —¿Se le conoce por el apodo de *Delantal de Cuero*?

T. —Sí, señor.

C. —¿Dónde estuvo el viernes pasado por la noche?

T. —En el 22 de la calle Mulberry. Desde el jueves, 6 de septiembre.

C. —¿De dónde venía entonces?

T. —Del West End de Londres.

C. —Temo que habrá que precisar más las cosas. ¿A qué hora llegó usted a la calle Mulberry?

T. —Poco antes de las once de la noche.

Pizer explicó a continuación que permaneció dentro de su casa hasta ser arrestado por el sargento Thicke el lunes, 10 de septiembre a las nueve de la mañana.

C. —¿Por qué no había salido de su casa?

T. —Por consejo de mi hermano.

C. — ¿Era objeto de sospechas?

T. —Era objeto de una falsa sospecha.

C. —¿Se quedó, pues, encerrado por consejo de su hermano?

T. —Ya se lo he dicho.

C. —Pues no fue un buen consejo. ¿Por qué no quiso que lo soltaran?

T. (*tras una pausa*). —Quiero mostrar mi inocencia al mundo entero.

C. —También le habría llamado, para concederle esta oportunidad.

Baxter interrogó a Pizer respecto a sus movimientos del jueves, 30 de agosto, víspera del asesinato de Polly Nicholls. Era importante que tuviera también una coartada para este otro crimen.

T. (*tras reflexionar*). —Estuve en la ronda Holloway.

C. —Es preferible que diga exactamente dónde estuvo. Es importante tener en cuenta todo el tiempo, desde el jueves al viernes por la mañana.

Pizer explicó que había estado en una pensión llamada «The Round House», en la ronda Holloway, y que podía fijar claramente la fecha y el lugar por el hecho de que aquella noche había tenido lugar un gran incendio en el muelle, visible hasta Highgate.

C. —¿Durmió allí aquella noche?

T. —Sí.

C. —¿A qué hora llegó?

T. —De dos a dos y cuarto de la madrugada del viernes.

C. —¿Cuándo dejó la pensión?

T. —A las once de la mañana. Entonces leí los titulares: «Otro horrible asesinato».

Antes de dirigirse a la pensión había estado paseando hacia la ronda de las Siete Hermanas, donde divisó el rojizo resplandor del incendio. Al volver por la ronda Holloway divisó a dos policías charlando con el conserje de un albergue, y le preguntó a uno de los agentes dónde era el incendio.

—Por el muelle Albert —le contestó el guardia.

Era la una y media, según creía recordar. Entonces había entrado en la pensión.

C. —¿Nadie le dijo nada por ir tan tarde?

T. —No, le pagué al conserje de noche. Le pregunté si tenía preparada mi cama y me contestó que era muy tarde, y no me la habían reservado, por lo que cogí otra por cuatro peniques.

C. — ¿Se levantó a las once?

T. —Sí, entró el empleado diurno y me dijo que, me levantase, ya que tenía que hacer la cama. Obedecí, me vestí y bajé a la cocina.

C. — ¿Desea declarar algo más?

T. —Nada.

C. —Cuando mencionó el West End ¿quiso decir Holloway?

T. —No, estuve en una pensión de la calle Peter, en Westminster, hasta el jueves, 6 de septiembre.

Al indicarle a Pizer que abandonase el estrado, Baxter observó para el registro:

—Creo justo declarar que las contestaciones del testigo pueden ser corroboradas.

Pizer salió del juzgado del *coroner* y pasó a los tribunales civiles para formular demandas contra los periódicos que le habían identificado como el asesino de Whitechapel. Los rumores de que las sumas percibidas por tales reclamaciones alcanzaran cifras de cuatro dígitos fueron negados por el *East London Advertiser*.

*La historia de que Delantal de Cuero, alias señor Pizer (sic), está consiguiendo grandes sumas con sus demandas, es inexacta, declaró dicho periódico. Casi todas han sido retiradas por cantidades moderadas. Todavía quedan en pie dos o tres. Decir que ya ha percibido más de cinco mil libras resulta exagerado, e incluso lo sería mencionar quinientas.*

No fue tan afortunado otro judío llamado Jacobs, que trabajaba en un matadero, y que también era conocido como *Delantal de Cuero*. Jacobs era perfectamente inofensivo, pero su vida se tornó insoportable después de ser interrogado por la Policía. Dondequiera que iba era señalado como el asesino de Whitechapel, y más de

una vez tuvo que huir a refugiarse a la comisaría más próxima, a fin de escapar a la colérica muchedumbre que le amenazaba. Por fin, perdió la razón y tuvo que ser recluido en un asilo.

Al principio, Scotland Yard aceptó los rumores de *Delantal de Cuero* con tanta seriedad que unos detectives se disfrazaron de carniceros y se presentaron en los mataderos, en un esfuerzo por encontrar al misterioso sujeto. Pero cuando Pizer fue proclamado inocente, la agitación por *Delantal de Cuero* sufrió un rudo golpe. El *Spectator* realizó una interesante (y profética) comparación entre el histerismo en Inglaterra y en el continente:

*En la mayoría de las ciudades continentales tal serie de crímenes habría desorganizado la sociedad en todo el distrito, terminando en atentados para linchar a personas inocentes. En Nápoles habrían perecido los médicos y en Berlín los judíos. En el East End, el humorismo de los cockneys se mantiene enhiesto y en lugar de perseguir con su venganza a un hipotético Delantal de Cuero, sus habitantes le han dado su apodo a un caramelo particularmente duro, que llega a romper las quijadas.*

### 3

*El espíritu de Annie la Morena —comienza un editorial del Daily Telegraph—, aún anda por Whitechapel clamando venganza y justicia. Y, sin embargo, esta solitaria ciudadana de Londres no ha sufrido en vano. El trágico final de Annie la Morena ha impulsado a miles de londinenses a reflexionar sobre lo que debe ser no tener por hogar más que la cocina común de un asilo; a sentarse allí, débil y enferma, por no tener cuatro peniques con los que abonar el precio de una cama, a ser arrojada a medianoche para ganar los necesarios peniques, donde y como sea; y entretanto ir a parar a manos de un asesino, que acaricia... Annie la Morena conseguirá lo que cincuenta secretarios de Estado no han logrado jamás...*

Lo más notable de este editorial es que el mismo *Daily Telegraph* había motejado a Annie la Morena y a sus compañeras de profesión, sólo quince días antes, de *salvajes desdichadas que necesitan una mano de hierro para protegerlas contra sí mismas*.

Es un fiel reflejo de la fascinación que las Annies ejercieron en las mentes victorianas y en la ambivalencia de dichas mentes en relación con las mujeres públicas. Las Annies un día eran condenadas sañudamente; al siguiente, las lágrimas dickensianas llovían sobre ellas. En el salón se las llamaba «desdichadas», «Magdalenas» o también «palomas manchadas»; pero cuando caían bajo las garras de la ley, quedaban estigmatizadas como «prostitutas comunes», «personas de vida

desordenada» o «viciosas incorregibles».

*Las rameras eran para los victorianos lo que las brujas para los medievales*, escribe Cordon Rattray Taylor en su entretenida obra *El sexo en la Historia*.<sup>[13]</sup>

T. H. Lecky, un reformista del siglo pasado, dijo lo mismo cuando describió a las prostitutas como *las eternas sacerdotisas de la Humanidad, fulminadas por los pecados del pueblo. En esta innoble y degradada forma —continuó Lecky—, están concentradas las pasiones que podrían llenar el mundo de vergüenza.*

Los victorianos pudieron sentirse propicios a verter lágrimas por Annie *La Morena*, pero cuando llegó el momento de protegerla de la muerte resultaron ser completamente incapaces. Entre otros esquemas idiotas, se sugirió que todas las prostitutas que se encontrasen después de medianoche por Whitechapel fuesen arrestadas; o que se las proveyese con silbatos, enseñándoles un sistema de señales. Fue Sir Robert Anderson quien invocó el primer remedio, arguyendo:

—Sería altamente beneficioso para estas pobres mujeres.

Pero su superior no se mostró de acuerdo. La redada nocturna de las *hetaerae* de Whitechapel, aunque legal, habríase hallado fuera del poder de la Policía. No había cárceles bastante espaciosa.<sup>[14]</sup>

En cuanto a los silbatos, al menos una buscona, una tal Eleanor Candey, se tomó en serio el remedio, con graciosos resultados. Candey conquistó a un tal Joseph Woods en la ronda Whitechapel una noche, y en el curso de la conversación le confió que, desde los crímenes del Destripador, jamás se aventuraba después de anochecido sin un silbato como los de la Policía. Woods, que estaba borracho, replicó:

—Y yo, jamás salgo sin mi cuchillo —añadiendo—. Si quieres saber quién soy, soy el asesino de Whitechapel.

Entonces ocurrieron varias cosas: Candey sopló el silbato, Woods echó a correr, chocó contra dos policías y fue arrestado por asalto indecente.

El *Star* no sólo favoreció la idea del silbato sino que advirtió a las busconas que debían ir por parejas.

*Estas mujeres que son el objeto codiciado por la perversidad de ese monstruo, deberían al menos ir seguidas por una o dos patrullas de aficionados*, añadía el diario. *Scotland Yard debería disfrazar de mujeres a algunos agentes, empleándolos como señuelo para atrapar al asesino.* Tal fue la sugerencia del *Daily News*, que entrevistó a un oficial de Policía sobre este tema. Pero el oficial objetó que todos sus hombres medían al menos un metro setenta, llevando además barba o bigote, que de ningún modo querrían afeitarse.

—Además —le manifestó al periodista—, ya sabe lo torpe que un hombre vestido de mujer resulta, siempre en un escenario. El aspecto marcial de nuestros muchachos no podría disfrazarse. No solamente tenemos hombres elegidos para la labor policíaca, sino que los entrenamos.

El *Pall Mall Gazette* aportó una rara sugerencia:

*Hay cierto número de bien entrenados púgiles en Shoreditch y Whitechapel que son jóvenes y, por obra y gracia de su profesión, no llevan barba ni bigote, —señaló el diario—. Veinte de estos muchachos disfrazados de mujer tendrían muchas más ventajas que los policías.*

A todas ganó una proposición de W. H. Spencer-Howell, que imprimió el *Star*:

*Yo sugeriría que unos cuantos jóvenes de apariencia femenina se disfrazasen de mujeres. Deberían llevar en torno a sus cuellos unos collares de acero como los de las damas, colgándoles hasta el pecho y la espalda. Los motivos de esto son que el asesino le secciona primero a la víctima la tráquea, a fin de impedir que aquella dé la alarma.*

Lo que hizo que la situación fuese más trágica que cómica fue que muchas prostitutas del East End, amedrentadas por la serie de crímenes de Jack el Destripador, sintieron verdadera necesidad de ayuda. Sir Melville MacNaghten cuenta que visitó un albergue por aquella época y halló a un desempleado asando un arenque en la cocina. Cuando su «amiga» regresó, le preguntó si había tenido suerte.

—¡Una suerte perra! —replicó ella, y como pronto la conversación derivó hacia Jack el Destripador, la joven exclamó desesperada—. ¡Es igual! ¡Ya no me importa que más pronto o más tarde me liquide a mí!

## V

### Borrachos, lunáticos, bribones

#### 1

Contiguo a la estación subterránea de Whitechapel se halla el Instituto y Misión de los Muchachos Obreros, igual hoy que como estaba en 1888, cuando sus salas se utilizaban para celebrar las encuestas, particularmente la del asesinato de Annie Chapman. Al otro lado de la ronda Whitechapel se alza el Hospital de Londres, que ha cuidado a todos los habitantes del East End, al través de los tiempos, desde la desnutrición hasta el cólera, curando ojos amoratados por iracundos esposos hasta cabezas rotas por las porras de la Policía.

Los muchachos obreros ya no se alojan en el Instituto (una placa de mármol recuerda que ciento sesenta perecieron en la Primera Guerra Mundial), pero arriba, por algún milagro desconocido, las salas se conservan casi exactamente como en 1888, cuando se celebró la encuesta Chapman. Las lámparas de gas han cedido el paso a la electricidad, pero la gran sala todavía está presidida por la gran mesa de roble en torno a la cual se sentaron a escuchar las pruebas el *coroner* y su jurado. En los muros, desteñidos por el paso del tiempo, hay el mismo texto melancólico que contempló el *coroner* Wynne E. Baxter al inaugurar el procedimiento:

*¿Qué te pide el señor, sino que seas justo, que tengas amor y piedad, y te muestres humilde con Dios?*

Los once jurados, reunidos en torno a la mesa estaban dispuestos a cumplir con esta ordenanza, combinar la justicia con la piedad, y ciertamente, exhibieron su humildad delante de aquella terrible y aún inexplicada muerte.

La encuesta de la Chapman fue la más larga de las celebradas por los asesinatos de Whitechapel, durando cinco sesiones que se alargaran por un período de quince días. De manera característica, se inauguró con un duelo entre el *coroner* Baxter y la Policía, por quejarse aquél de que ésta no le hubiese proporcionado un mapa de la zona ni un plano del número 29 de la calle Hanbury, o del patio donde fue hallada la difunta.

—Si la Policía de un Condado puede hacer esto por un *coroner*, también debe poder hacerlo la Metropolitana —observó acremente.

El inspector Joseph Chandle le prometió que tales planos le serían entregados en la próxima sesión.

Se llamó como testigo a la señora Amelia Richardson, propietaria del inmueble en cuestión, que describió a los dieciséis inquilinos que dormían en aquél. El resultado pareció una sección cruzada del Londres de Mahew.

Planta baja: la parte delantera era usada por una tal señora Annie Hardyman, que vendía pedazos de carne de caballo para los gatos, a un cuarto de penique o medio penique, según el tamaño. La señora Hardyman y su hijo de dieciocho años dormían en la misma habitación, donde ella vendía su mercancía. El piso de atrás era utilizado como salón de conferencias por la señora Richardson, que habíase convertido a la religión.

Piso primero: la señora Richardson y su nieto de catorce años dormían en la habitación delantera; y un tal señor Walker, que hacía zapatos de tenis, ocupaba con su hijo, corto de mentalidad, el cuarto posterior.

Segundo piso: el señor Thompson, cartero, su esposa y su hija adoptiva ocupaban el apartamento delantero; el señor y la señora Copely, que hacían cigarrillos, vivían en el fondo.

Tercer piso: John Davies, su esposa y tres hijos ocupaban el apartamento interior y la señora Sarah Cox tenía la parte posterior de la misma planta.

—Es muy anciana y gracias a mí no vive de la caridad —explicó la religiosa señora Richardson.

La testigo declaró que se había acostado a las nueve y media el viernes por la noche, pero que había estado despierta más de media noche.

—Me desperté a las tres y luego sólo dormité. Sin embargo, no oí ningún ruido.

C. —¿Estaban siempre abiertos los portales de la calle y el patio?

T. —Sí, todas las casas de la calle tienen siempre las puertas abiertas. La gente entra y sale toda la noche.

C. —¿Vio usted a alguien en el pasaje del 29?

T. —Sí, hace un mes oí a un hombre en la escalera. Le pedí al señor Thompson, el inquilino del segundo, que investigara, pero aquel individuo alegó que esperaba que abrieran el mercado.

C. —¿A qué hora ocurrió esto?

T. —Entre las tres y media y las cuatro.

C. —Volviendo a la madrugada del sábado, 8 de septiembre, ¿oyó a alguien en el pasaje?

T. —No.

C. —¿Ni gritos?

T. —No.

C. —Suponiendo que una persona hubiese entrado en el pasaje después de las tres y media ¿habría atraído su atención?

T. —Sí.

C. —¿Oye siempre a la gente que entra en el patio?

T. —Sí, con frecuencia.

C. —¿Va al patio gente que no tenga nada que hacer allí?

T. —Sí.

*UN JURADO.* —¿Van allí con algún propósito inmoral?

T. —No lo permitiría si me enterase.

Todos los ojos se fijaron en el testigo siguiente, John Richardson, ya que sus movimientos en la madrugada del sábado, según había informado la Prensa, habían sido muy curiosos. Aunque ayudaba a su madre en el negocio de las cajas de embalaje, Richardson, mozo de mercado, no vivía en realidad en el 29 de la calle Hanbury, sino en la cercana calle John. Sin embargo, estuvo en la calle Hanbury la madrugada del sábado, 8 de septiembre, entre las cuatro y cuarenta y cinco minutos y las cuatro cincuenta.

C. — ¿Por qué fue al número 29 a aquella hora?

T. —Entré de camino al mercado para ver si el sótano estaba debidamente cerrado. Hace unos meses lo asaltaron, robando una sierra y un martillo. Desde entonces, he cogido la costumbre, al ir al mercado, de entrar en el 29.

C. —¿Encontró abierta la puerta del pasaje que da al patio?

T. —No, cerrada. Alcé el pasador y por el pasaje llegué a la otra puerta.

C. —¿Salió al patio?

T. —No, abrí la puerta, atisé fuera y vi que el sótano estaba cerrado. Luego me senté en un peldaño.

C. —¿Qué hizo allí?

T. —Me quité un pedazo de suela del zapato con mi navaja de unos quince centímetros de longitud.

C. —¿Lleva usualmente encima la navaja?

T. —No, normalmente la tengo en mi casa de la calle Johan. Pero aquella mañana había estado pelando unas zanahorias para mis conejos, por lo que me metí el cuchillo en el bolsillo. No sé por qué.

C. —¿Qué hizo después de cortarse la suela del zapato?

T. —Me metí la navaja en el bolsillo y me marché a trabajar.

C. —¿Cerró la puerta posterior?

T. —No, se cerró sola. Cerré la de la calle.

C. —¿Cuánto tiempo estuvo allí?

T. —Dos minutos, a lo sumo.

Interrogado sobre si había luz suficiente para que pudiese ver claramente el patio, Richardson contestó que pudo ver bien todo el lugar. De haber habido un cuerpo cerca de los peldaños, lo habría observado.

C. —¿Se sentó usted en el peldaño superior?

T. —No, en el de en medio, para que mis pies descansasen sobre las losas del patio.

C. —¿Estuvo, pues, muy cerca de dónde fue hallado el cadáver?

T. —Sí, debía haberlo visto.



C. —¿Ha estado allí a todas horas por las noches?

T. —Sí.

C. —¿Ha visto alguna vez a desconocidos?

T. —Sí, a todas horas, hombres y mujeres. A menudo los he echado. Incluso los he hallado en el rellano del primer piso.

C. —¿Cree que estaban allí con propósitos inmorales?

T. —Sí.

Los merodeos nocturnos de Richardson eran extraños, pero no había la menor prueba que lo relacionase con el asesinato de la Chapman. Sin embargo, aún faltaba por aclarar un detalle, y la señora Richardson volvió a ser llamada al estrado para declarar con respecto al delantal de cuero que había sido encontrado en el patio. La Policía no le había dado esta información a la Prensa por temor a que la noticia crease cierto pánico. El testimonio de la señora Richardson, por tanto, fue la primera declaración pública de haber sido hallada tal prenda en el lugar del crimen, resultando ser la sensación del día. La mujer identificó el delantal como perteneciente a su hijo John, quien lo utilizaba en su trabajo.

C. —¿Es una prenda peligrosa de llevar, verdad?

T. —Sí.

C. —¿Podría explicarnos por qué se hallaba el delantal en el lavadero del patio cuando lo halló la Policía?

T. —Sí, puedo. El jueves pasado hallé el delantal en el sótano, donde se estaba pudriendo. Mi hijo hacía un mes que no se lo ponía, de forma que lo puse bajo el grifo del lavadero con intención de lavarlo. Allí se quedó.

C. —¿Estuvo allí desde el jueves al sábado?

T. —Sí.

C. —¿Se utilizó el grifo en cuestión?

T. —Sí, por todos los de la casa. El delantal estaba sobre la piedra.

C. —¿Tenía alguna idea de que, a ciertas horas, una parte de su casa se usase para prácticas inmorales?

T. (*enfáticamente*). —No.

John Richardson, a quien se volvió a llamar, exhibió la navaja —casi un cuchillo de postre—, con la que había cortado la suela de su zapato. Añadió que no estaba bastante afilada, por lo que había tenido que pedir otra prestada en el mercado para acabar de cortarse la suela. También contradijo a su madre respecto a las visitas nocturnas a la casa y al patio.

—Mi madre me ha oído hablar de la gente que entra de noche en la casa —afirmó—. Y también la ha oído por sí misma.

El viernes, 14 de septiembre, tercer día de la encuesta, resultó ser un día monótono. La atención volvió a centrarse en la falta de depósitos del East End. Llamado a declarar sobre los resultados de la autopsia el cirujano de la Policía, George B. Phillips, éste se quejó de haber tenido grandes dificultades en llevar a cabo

el examen. De nuevo, el cuerpo de la difunta había sido tocado antes del reconocimiento médico. Phillips testificó que tras haber llegado al cobertizo de la calle Old Montague a las dos de la tarde del sábado, se quedó sorprendido al hallar que el cadáver había sido desnudado, y yacía sobre una mesa. Esta vez, ni el epiléptico Robert Mann, ni su ayudante, James Hatfield, eran los culpables. Sin hacer caso del descuido con que había sido manejado el cadáver de la Nicholls, o tal vez por un nuevo sentido de delicadeza, el reformatorio había enviado a dos enfermeras, Mary Elizabeth Simonds y Frances Wright, a desnudar el cadáver, lo cual llevaron a cabo, dejando el pañuelo anudado bajo el cuello de la Chapman. Le lavaron la sangre del pecho, que había manado de la herida de la garganta, y limpiaron el cuerpo. Todo lo cual hicieron, declararon en el estrado de los testigos, bajo las instrucciones del jefe de Policía Joseph Chandler, acusación que Chandler negó.

El médico forense afirmó la existencia de ciertos síntomas patológicos mostrados por Annie *la Morena* que ya había observado antes. Dijo que su estado tuberculoso había afectado las membranas del cráneo, pero que ello nada tenía que ver con la causa de la muerte.

—No había indicios de que la difunta hubiese ingerido alcohol varias horas antes de su muerte —continuó—. Pero había señales de grandes privaciones, y afirmaría que había estado muy mal alimentada.

Hablando del arma homicida, añadió:

—Debió ser un cuchillo muy afilado, con una hoja fina y estrecha, al menos de veinte a veinticinco centímetros de longitud, o más.

En realidad, las heridas podían haber sido causadas por un instrumento como los que los médicos emplean en las autopsias. Ciertamente, la forma como fueron extraídos algunos órganos indicaban ciertos conocimientos anatómicos.

Fue al hablar de dichos órganos cuando Phillips mostró una súbita y extraña reticencia, alegando que discutir los detalles de tal mutilación, resultaría penoso para la sensibilidad del jurado y el público.

El *coroner* sabía muy bien que por el Estatuto de los Coronadores tenía que inquirir con respecto a la naturaleza, carácter y tamaño de las heridas. Intrigado por aquella inesperada reticencia, Baxter decidió, no obstante, seguirle la corriente al cirujano por el momento, por lo que despidió a Phillips, aunque quedando sujeto a ser llamado más tarde para completar su informe de la autopsia.

Annie Chapman fue enterrada calladamente en el cementerio de Manor Park el viernes, 14 de septiembre, asistiendo algunos parientes al funeral. El domingo siguiente, el reverendo W. Evans Hurndall, de Bow, eligió como texto de su sermón el salmo 29,18 del Deuteronomio:

«Una raíz que destila odio y ajenjo».

Una excelente mañana de septiembre de 1888, dos bolsistas de la City se marcharon a pescar cerca de Dorking..., incidente no extraordinario en sí mismo, salvo que aquellos fugitivos de la Bolsa fueron arrestados, sospechosos de ser Jack el Destripador. Según el *Daily News* fueron seguidos hasta Dorking por una pareja de detectives de Scotland Yard.

*No se ha hecho público el motivo por el que se convirtieron en sospechosos y por qué se les dejó llegar hasta Dorking, aunque indudablemente las razones de tan dudosa acción habrán sido debidamente archivadas,* escribió el *News*.

Indudablemente, éstos fueron los arrestos más extraños efectuados en relación con los crímenes de Whitechapel, lo cual resulta ya asombroso, habida cuenta que sólo en la zona londinense habían sido ya arrestadas o interrogadas por la Policía más de mil personas, en sus registros de casa en casa. En realidad, en el East End se presentó una situación análoga a la existente en Francia durante la Revolución Francesa, ya que los vecinos se dedicaron a denunciar a aquellos de quienes querían vengarse para saldar alguna antigua cuenta. Como señaló *The Times*:

*A veces, parece como si cada persona sospechase de todas las demás, y como si celebrasen una carrera para ver quién llega antes a denunciar a su vecino.*

El *Punch* criticó la acción de la Policía por atenerse a tales denuncias. La revista presentó una caricatura a toda plana titulada *La firmeza del ciego*, mostrando a un policía vendado de ojos, al que hacían girar en medio de todos los elementos criminales. También imprimió un dibujo en que un detective, tras arrestar a todos cuantos veía, se arrestaba a sí mismo como el asesino de Whitechapel.

He analizado treinta y cuatro de los arrestos efectuados en Londres en un período de once semanas en relación con la investigación del Destripador, y en ninguno de los mismos existe la menor prueba para que pudiese actuar la Policía; ni una sola pista. En realidad, la mayoría de los sospechosos fueron soltados inmediatamente después de su arresto, ya que la Policía no tenía nada contra ellos. Los sospechosos eran, particularmente, irlandeses, alemanes, polacos y un marinero americano que había amenazado con «despellejar» a una prostituta que se había negado a acompañarle. Casi la mitad de los detenidos eran borrachos que, en su euforia alcohólica, habían pregonado: «¡Yo soy Jack el Destripador!», o habían amenazado a las ramerías con actuar con ellas al estilo de Whitechapel.

Algunos de estos bribones borrachines eran irlandeses. John Brennan, un irlandés con su chaqueta a la espalda, vació la taberna «White Hart» de Gunberwell, discutiendo primero el asesinato de la Chapman en tono alto, luego proclamando que *Delantal de Cuero* era amigo suyo y, finalmente, anunciando que llevaba en el bolsillo el cuchillo criminal. Los otros parroquianos estuvieron a punto de derribar la puerta en su afán por salir, mientras que el tabernero se refugiaba tras las botas de

vino, dejando a Brennan en plena posesión del establecimiento. Otro hijo de la bella Erin, Edward Quinn, fue arrestado en una taberna cerca del arsenal de Woolwich, sin más motivo que tener las manos y el rostro arañados y las ropas manchadas de sangre.

—¿Yo asesinar a una mujer? —protestó cuando fue interrogado por el magistrado—. ¡Si soy incapaz de matar a un gato!

Muchos de los arrestados resultaron ser lunáticos, como ya se vio en el caso de William Piggott. En efecto, el número de maníacos homicidas sueltos, según reveló la investigación de Jack el Destripador, era tan asombroso que un doctor de provincias escribió al *Times* sugiriendo que la Policía comprobase inmediatamente la ubicación de las personas dadas de alta de los asilos para alienados en los dos últimos años. Típico entre tales locos fue el llamado *el Loco matapuercos de Holloway*, un suizo apellidado Isenschmid, detenido por la Policía bajo la sospecha de estar complicado en el asesinato de la Chapman. Isenschmid padecía delirios de grandeza y se titulaba a sí mismo *el Rey de la ronda Elthorne*, la modesta calle de Holloway donde regentaba su tienda de tocinería. Pero asimismo amenazó a personas que le disgustaban, ufanándose de que les «apagaría la luz», al propio tiempo que tenía el ingrato hábito de afilar un enorme cuchillo de carnicero mientras lanzaba tales amenazas. Después de interrogarle, la Policía le internó en un asilo de Colney Hatch.

Pero los irlandeses borrachos y las amenazas de los locos no fueron nada comparados con la ola de autoacusaciones llevadas a cabo por muchas personas, borrachas y sobrias, que se dirigieron a las comisarías para «confesar» los asesinatos, o diciéndoles a los desconocidos: «Yo soy Jack el Destripador», o pronunciando estas palabras por encima de las tapias. Claro que todavía fueron más los que escribieron cartas incriminatorias a la Policía. Cuando el asesinato de la Chapman, los penitentes llegaron a cantidades inusitadas, y el hecho de que muchos fuesen simples exhibicionistas o bromistas, no debe borrar la impresión de culpabilidad general.

La forma cómo estos autoconfesionistas escaparon a la violencia de la multitud resulta tan sorprendente como la habilidad del verdadero Destripador para esquivar a la Policía. Claro que algunos se salvaron por los pelos. Por ejemplo, un alemán casi fue linchado en el East End por haber mirado a una mujer. Aparentemente, la mujer se hallaba tan nerviosa por los últimos sucesos, que aquella mirada del alemán la hizo gritar: «¡Jack el Destripador!».

Inmediatamente, el alemán fue rodeado por lo que *The Times* describió como *un enorme enjambre de hombres y mujeres, chillando y alborotando de tal forma, que resultaba ensordecedor*.

En la comisaría de la calle Comercial adonde fue llevado para ser interrogado, se descubrió que el pobre alemán no hablaba una sola palabra de inglés. Mediante un intérprete se supo que llevaba en Londres sólo cuarenta y ocho horas, en ruta para América.

Los crímenes de Whitechapel parecen haber levantado la tapa de una caja de

Pandora, una caja de horrores, revelando la oculta violencia de la época. Hasta que el Destripador apareció en escena, un bruto borracho se habría contentado con pegarle a su mujer o a su amante, pero luego se empezó a amenazarlas con «actuar al estilo Jack». El *Daily News* publicó el caso de un hombre que ofrecía diez chelines a quien le desembarazase de su esposa mediante el procedimiento de Whitechapel. Aquellos crímenes también proporcionaron terreno abonado a los supersticiosos. Como observó el *East London Advertiser*:

*Resulta imposible dar exacta cuenta, sobre una hipótesis ordinaria, de estos actos sangrientos en que gira la mente como si instintivamente se derivasen de una fuerza oculta, y los mitos de las edades oscuras se levantasen ante la imaginación. Fantasmas, vampiros, chupadores de sangre..., todos ellos toman forma y se apoderan de las fantasías más exaltadas.* <sup>[15]</sup>

Por desdicha, los supersticiosos no están limitados a los círculos ocultos. Así, un oficial de Policía ordenó fotografiar los ojos de Annie *la Morena*, esperando que las retinas hubiesen retenido la imagen de su asesino. (William Stewart afirma que la Policía hizo fotografiar a tres de las víctimas del Destripador en el transcurso de las investigaciones. *Hace unos años* —escribe Stewart— *existía la creencia popular, lanzada por un autor de novelas cortas, que cuando una persona muere, la última visión permanece indeleblemente impresa en sus pupilas*). Preguntado respecto a la eficacia de tales fotografías, George B. Phillips le contestó al presidente del jurado con sequedad:

—Me pidieron mi opinión hace ya días, y mi contestación fue que esta operación sería inútil, especialmente en este caso.

### 3

Tim Donovan, el propietario del número 35 de la calle Dorset, había atestiguado que había un tipo al que Annie *la Morena* solía llevar algunas veces al albergue; que en realidad era su amante. Se le conocía como *el Pensionado*, y era de aspecto militar, según Donovan. Al mencionar este último hecho, la mentalidad del público recordó inmediatamente el pedazo de sobre con la marca del Regimiento de Essex, que se había encontrado cerca de su cadáver. En el cuarto día de la encuesta, *el Pensionado* fue llamado a declarar al estrado de los testigos, lo que hizo a regañadientes.

Se llamaba Edward Stanley, un albañil que habitaba en el número 1 de la plaza de Osborne, en Spitalfields, que había sido oficial del Regimiento de Essex, y había visto mejores días. Stanley tenía aspecto de ser un puro camelo, lo cual se puso de

manifiesto tan pronto se presentó a declarar. Testificó que había conocido a *Annie la Morena* dos años atrás y admitió que la había visitado con regularidad los fines de semana en los establecimientos de la calle Dorset. La última vez, afirmó, había sido el domingo, dos de septiembre, entre la una y las tres de la tarde. Cuando el *coroner* comenzó a interrogarle sobre sus antecedentes militares comenzó a escurrir el bulto.

C. —¿Está usted pensionado?

T. —¿Debo contestar a esta pregunta?

C. —Tiene que contestar a todas las preguntas que afecten a este caso.

T. —No, no estoy pensionado.

C. —¿Pertenebió usted al Regimiento de Essex?

T. —No, ni a ningún otro regimiento.

Entonces, dándose cuenta de que su triquiñuela estaba descubierta, exclamó enfurruñado:

—¡Lo que he dicho se publicará en toda Europa! —Y volviéndose al *coroner*, continuó, indignado—: He perdido cinco horas por venir aquí. Al dirigirse a mí, señor, se dirige a un hombre honrado.

Cuando el albañil pudo retirarse del estrado, seguramente tuvo que afrontar las burla de todos sus amigos.

El *coroner* exhibió entonces dos testigos-sorpresa. El primero, un carpintero llamado Albert Cadoche, que vivía en la casa contigua al número 29 de la calle Hanbury, atestiguó que había estado en la parte posterior de su casa a las cinco y quince de la madrugada del día del crimen. Al pasar junto a la tapia de madera que separaba los dos patios había oído cómo una mujer decía: «¡No, no!», y, al regresar, había percibido unos pies que se arrastraban y como si alguien hubiese caído contra la tapia, que tenía un metro setenta de altura. Como no era curioso por naturaleza, Cadoche había entrado en su casa.

El segundo testigo, y el más importante de la encuesta, fue la señora Elizabeth Long, esposa de un guarda de parques, que habitaba en el número 198 de Church Row, en Spitalfields. La señora Long le contó al jurado que pasaba por la calle Hanbury, de camino al mercado, a las cinco y media de la madrugada, el día del crimen, cuando vio a un hombre y a una mujer de pie delante del número 29. Discutían en voz alta, y oyó cómo el hombre preguntaba: «¿Quieres?», a lo que la mujer contestó: «Sí». Tras haber visto los restos de la difunta en el depósito, la señora Long identificó positivamente a *Annie la Morena* como la mujer a quien había visto. No había vislumbrado la cara del hombre, aunque había observado que era moreno. Le pareció de más de cuarenta años y algo más alto que la Chapman. Llevaba un sombrero marrón, y creía haber divisado una levita oscura, aunque no estaba segura. Le pareció que era extranjero, y su aspecto era «gentil». La pareja continuó en el mismo sitio, y ella no se molestó en volver la vista atrás.

Como resultado de la mirada casual de la señora Long, que según admitió no había sido suficiente para divisar el rostro del hombre, dicha señora parece haber

extraído cierto número de observaciones respecto al aspecto del hombre, particularmente lo de la apariencia «gentil». Sin embargo, es la primer testigo que puede afirmar haber visto al Destripador junto a su víctima antes de cometer uno de sus alevosos asesinatos. Con toda seguridad, la Policía se atuvo a la descripción de la señora Long al trazar el retrato del asesino.

Gracias a las declaraciones de la señora Long, Albert Cadoche y otros testigos de la encuesta, pudo trazarse el horario de la siguiente manera:

2 madrugada: Se vio entrar a un hombre en el pasaje del número 29 de la calle Hanbury, de acuerdo con la descripción puesta en circulación por la Policía (nunca se reveló quién le vio).

4,45: El cadáver de la Chapman no se hallaba en el patio, según el testimonio de John Richardson.

5,20: Albert Cadoche oye ruidos ahogados en el patio.

5,30: La señora Long divisa a un hombre y una mujer frente al número 29.

5,55: Es descubierto el cadáver por John Davies.

Si estas horas son correctas, el asesinato debió tener lugar entre las 5,30 y las 5,55, momento en que la calle Hanbury ya estaba llena de mozos que se dirigían al mercado. Entre los diversos problemas sin solución, *The Times* planteó éste:

*Él (el asesino) debió salir del patio de la calle Hanbury chorreando sangre, y, sin embargo, si la teoría de que el asesinato se cometió entre las cinco y las seis debe ser aceptada, tuvo que ir andando por las calles casi a plena luz del día, en medio de la gente, sin que su asombroso aspecto causase la menor sorpresa.*

Este punto conduce al *The Times* a sugerir que hay que abandonar la teoría de que el asesino procediese de los bajos fondos.

*Es más probable que se trate de un individuo que habite en una casa decente del distrito, a la que puede retirarse rápidamente y en la que puede hacer desaparecer de su persona todo vestigio de su abominable hazaña. Es casi seguro que el asesino no se aventuraría a volver a un albergue oliendo a sangre.*

Tal vez se habrían salvado las vidas de otras tres «desdichadas» si la Policía hubiese seguido estas directrices.

Vuelto a llamar de nuevo al estrado de los testigos para completar su informe de la autopsia, el doctor George B. Phillips renovó sus objeciones a prestar declaración ante el tribunal respecto a los órganos suprimidos del cuerpo de la Chapman, a pesar de la firme actitud en contra del *coroner*. En realidad, Baxter llegó a intimidar al doctor.

*PHILLIPS*. —Juzgo que es una pena tener que descender a tales detalles.

C. —Tenemos que decidir la causa de la muerte y no podemos ahorrarnos ningún detalle. Que esta evidencia se haga pública o no, es cosa de la Prensa. Y debo añadir que jamás había oído decir que al *coroner* pudiera negársele parte de la evidencia.

*PHILLIPS*. —Estoy en manos del tribunal. Pero lo que tengo que detallar ocurrió después de la muerte.

C. —Esto va en opiniones. Ya es sabido que a menudo difieren los médicos entre sí.

Por tanto, se despejó la sala de niños y mujeres, a petición de Phillips, y el cirujano procedió a prestar declaración, declaración que no podía ser publicada, según opinión de *The Times*. Retrospectivamente, el doctor Phillips parece haberse mostrado excesivamente mojigato. Su petición parece haber sido formulada para mantener el orden público, así como la hecha a la Prensa para que no fuesen publicados aquellos detalles (ningún periódico victoriano se habría atrevido a imprimirlos); pero, en realidad, más bien parece como si el doctor hubiese deseado actuar de cara a la galería.

El testimonio suprimido puede encontrarse en *The Lancet*, la publicación médica semanal, que describió la mutilación del cuerpo de la Chapman como sigue:

*El abdomen estaba abierto por entero; los intestinos, segados de sus uniones mesentéricas, habían sido puestos al descubierto, sobre el hombro del cadáver, mientras que la pelvis, el útero y sus apéndices, con la porción superior de la vagina y los dos tercios posteriores de la vejiga, habían sido suprimidos por entero. No pudo hallarse el menor rastro de tales órganos, y las incisiones estaban ejecutadas con primor, evitando el recto y dividiendo la parte baja de la vagina a fin de no lesionar la cerviz del útero... Obviamente, se trata de la obra de un experto, de alguien, al menos, que tiene conocimientos de anatomía o patología que le capacitan para asegurar los órganos pélvicos con el corte de un cuchillo que, como ha indicado el señor Phillips, debe de ser de unos quince centímetros de largo, como máximo.*

Phillips se mostró completamente de acuerdo en la destreza del asesino y calculó que él mismo no habría llevado a cabo tal mutilación en menos de un cuarto de hora.



De haber él quitado estos órganos de manera deliberada durante una autopsia, habría tardado casi una hora, afirmó en su declaración.

## VI

### Los cazadores del asesino

#### 1

—Annie Chapman vivía en un albergue de Spitalfields, donde las mujeres de su condición eran hacinadas como el ganado —empezó el *coroner* Baxter y, volviéndose hacia los jurados, continuó su resumen—. Pero vosotros, que constantemente tenéis que oír los relatos del hambre, la miseria, la inmoralidad y la granujería que muchos de los ocupantes de las cinco mil camas de este distrito tienen que relatar cada semana en las encuestas, no necesitáis que os recuerde la vida que se hace en tales albergues de Spitalfields.

Luego se refirió al asesinato. Usando un lenguaje que habría sido más propio de un melodrama de la época, habló de la manera, a estilo Judas, con que el asesino había abordado a su víctima.

—No había evidencia de lucha. Las ropas no estaban destrozadas. El canalla debió asirla y oprimirle la garganta hasta dejarla insensible por la asfixia, y luego debió abatirla al suelo. Entonces procedió a cortarle el cuello y a mutilar el cuerpo.

»Y todo esto fue cometido con fría impudencia y gran osadía —declaró el *coroner*—. Nada es más elocuente que la forma cómo el criminal vació los bolsillos de su víctima, dejando su contenido a sus pies, con toda precisión.

Otro rasgo común de este caso con el de la calle Buck's Row, fue no haberse oído ningún grito. Dormían dieciséis personas en la casa número 29 de la calle Hanbury, cuyos tabiques eran de madera. Ninguna oyó un solo ruido en toda la noche. El *coroner*, entonces, resaltó de qué manera el asesino había querido que la primera persona que saliese al patio descubriese el cadáver.

—Lo cual, en realidad, no está de acuerdo con el gran trabajo que se tomó para quitarle los anillos, y sugiere que o bien fue interrumpido en su tarea por alguien, o la luz del alba le dio a entender que podía ser descubierto y se dio a la fuga.

El *coroner* Baxter, como buen actor, se reservó el *coup de théâtre* hasta el final, cuando se refirió a los órganos mutilados. Éstos, dijo, llenarían solamente la taza del desayuno, y de no haber llevado a cabo la autopsia una persona de las condiciones del doctor Phillips, tal vez no se hubiera notado su falta. Ante estas palabras, el doctor enrojeció modestamente.

—Pero había un mercado para dichos órganos —continuó el *coroner*, haciendo una pausa para dar más énfasis dramático a sus palabras.

Unas horas después de la declaración del médico, un oficial de «una de nuestras grandes Facultades médicas» se puso en contacto con el *coroner* Baxter, asegurando

que tenía una información muy valiosa sobre el caso.

El *coroner* Baxter se dirigió al instante a la Facultad, donde el viceconservador del museo patológico le contó esta fantástica historia: Unos meses antes le había visitado un americano, rogándole le procurase cierta cantidad de órganos, como los que le faltaban al cadáver de la difunta Chapman, ofreciéndose a pagar veinte libras por pieza. El americano alegó que estaba estudiando un tratamiento para los trastornos femeninos y que proyectaba enviar un órgano con cada ejemplar de la publicación. Al negarle tal solicitud, exigió que se le entregasen tales órganos. Deseaba conservarlos en glicerina, y no en alcohol, para que pudieran mantener un «estado flácido», intentando que fuesen enviados directamente a América. El *coroner* Baxter se enteró de que el americano había acudido a otra institución médica, siendo rechazada su propuesta. Naturalmente, el *coroner* había pasado inmediatamente esta información a Scotland Yard.

La declaración del *coroner* cayó como una bomba entre la Prensa. Al menos se tenía un motivo, aunque rarísimo, para los asesinatos. Si la teoría del *coroner* era correcta, cancelaba todas las demás formuladas con respecto al asesino. El maniático sediento de sangre humana, el devoto de la secta pagana que practicaba el sacrificio humano, el matarife martirizado por el *amor...*, todos tenían que ceder su puesto al nuevo candidato.

Ahora la Policía tenía que trabajar de acuerdo con las normas antiguas, cuando ciertas personas les vendían órganos y cadáveres a los anatomistas por unas cuantas libras.<sup>[16]</sup>

Ésta era la teoría propuesta por el *coroner* Baxter, y *The Times* se la apropió con suma facilidad.

*La Policía —decía, uno de sus editoriales— deberá seguir con la mayor solicitud la pista proporcionada por el coroner en su encuesta. Puesto que su investigación se basa precisamente en pistas que la propia Policía no ha sabido descubrir, sería una pena que ésta también se malograra.*

Casi inmediatamente, el obispo de Lichfield, reverendo Charles H. Bromby, sugirió al *The Times* que los restos de las mujeres asesinadas fuesen exhumados en un esfuerzo por relacionar esos homicidios con el mismo «diabólico comercio». La teoría del *coroner* Baxter, sin embargo, fue recibida con extremado escepticismo por parte de los miembros de la profesión médica, que pretendieron defender la integridad de la misma.

*Tal insinuación es una falaz calumnia contra nuestra profesión,* le escribió un doctor al *The Times*.

*The Lancet* todavía fue más contundente:

*Creemos que tal historia es altamente improbable. La mentalidad pública, siempre dispuesta a arrojar lodo sobre una legítima investigación, se excitará ahora contra los anatomistas y los curadores<sup>[17]</sup>.*

Retrospectivamente, parece increíble que alguien pudiese tomar en serio este cuento, que más parece haberse urdido en la imaginación calenturienta del celador de la «Cámara de los horrores del Museo de Madame Tussaud», que del conservador de un reputado museo científico. Ciertamente, el caso no deja muy bien parado al *coroner* Baxter.

## 2

La tormenta de críticas que paulatinamente se habían acumulado, descargó de pronto sobre la cabeza del secretario del Interior, Henry Matthews, y su desdichado comisario de Policía, Sir Charles Warren. El ataque lo abrió el *Star*, una hoja de la tarde, de carácter socialista, que tildaba a Matthews de *pobre charlatán* y a Warren lo llamaba *nuestro desdichado Martinet*; pero el *Star* no tardó en verse apoyado en su campaña por el poderoso *Daily Telegraph* y el no menos omnipotente *The Times*. En un editorial del 12 de septiembre, el *Telegraph* se revolvía contra Matthews:

*No puede ocultarse más tiempo la verdad. El secretario del Interior es una fuente constante de debilidades miserables y descrédito para la actual Administración.*

Una semana más tarde, el *Telegraph* volvía a la carga:

*Ya estamos hartos del secretario del Interior, señor Matthews, que no sabe nada, no oye nada, ni intenta hacer nada... Ya es hora de que el señor ministro sea destituido de su cargo, siendo reemplazado por otra persona más competente.*

En cuanto al CID:

*Está claro que el Departamento de detectives de Scotland Yard se halla atravesando una grave crisis. De haber tenido un jefe capacitado, la escandalosa exhibición de estupidez e ineptitud puesta de manifiesto en las encuestas del East End, y la inmunidad de que gozan los criminales, asesinato tras asesinato, no habrían encolerizado y disgustado tanto al público como han logrado sin duda alguna. (Sir Robert Anderson, el nuevo jefe del CID, que se había marchado de vacaciones a Suiza tras haber sido nombrado para el cargo, seguía gozando en las laderas cubiertas de nieve).*

El ataque, sin embargo, se concentró principalmente en el general Sir Charles Warren. Hubo diversos comentarios, todos ellos satíricos, cuando se esparció el rumor de que se le había asignado al general un puesto en África, a fin de sacar al Gobierno del mal paso en que aquél le había metido. El *Pall Mall Gazette* sugirió que Warren fuese nombrado «Guardián de los pantanos del Alto Zambeze», *defendiendo la tierra de Ofir contra los traficantes de esclavos árabes por una parte, y los filibusteros holandeses de otra.*

### 3

Sin embargo, los habitantes del East de Londres no esperaron a que Sir Charles fuese trasladado al Alto Zambeze. Con una rapidez tanto más de admirar cuanto que fue espontánea, procedieron a tomarse la ley por su mano, organizando comités de vigilancia y patrullando de noche por las calles de Whitechapel. Los sindicalistas, los graduados de Oxford que trabajaban en «Toynbee Hall», los vendedores ambulantes de Whitechapel..., todos entraron a formar parte de las patrullas.

De forma muy comprensible, la merma de los negocios nocturnos, ya que las mujeres se negaban a ir de compras después de oscurecido, pesaba grandemente sobre los dieciséis comerciantes, todos ellos judíos, que se reunieron en «La Corona», en la ronda Mile End, el lunes, 10 de septiembre, para constituir el Comité de Vigilancia de Whitechapel. No había ningún exaltado entre ellos. Había, sí, un contratista de obras, un fabricante de cigarrillos, un sastre, un fabricante de marcos, y un abastecedor licenciado. Un sacristán, George Lusk, accedió a ser el presidente, y Joseph Aarons, el dueño de «La Corona», sería el tesorero.

Lo mismo podían haber sido ganaderos reunidos en un *saloon* americano, discutiendo la manera de acabar con los forajidos del Oeste, y su método fue tan poco imaginativo como el de aquéllos: ofrecer en un aviso una recompensa por el criminal. La resolución que adoptaron decía:

*En vista de que a pesar de los asesinatos cometidos en nuestro distrito, la fuerza de Policía resulta inadecuada para descubrir al autor o autores de las últimas atrocidades, nosotros, los abajo firmantes, hemos formado un comité e intentamos entregar una recompensa sustancial a cualquiera, ciudadano inglés o extranjero, que dé información conducente a llevar al criminal o criminales ante la justicia.*

El énfasis de una recompensa «sustancial» resultó ser una táctica equivocada, ya que no se recogieron más de doscientas libras para tal fin, aunque al principio *The Times* manifestó:

*El movimiento ha sido apoyado calurosamente y es de esperar que durante los próximos días se reúna una cuantiosa suma.*

*The Times* también publicó que *se están celebrando asambleas en varios clubs masculinos y otras organizaciones, políticas y sociales, en la mayoría de las cuales se aprobó la idea por unanimidad.* Al final, el comité dedico la modesta suma reunida a contratar dos detectives privados y pagar a una docena de hombres, reclutados entre los desempleados, para que patrullasen por las calles, desde medianoche hasta las cinco de la madrugada. A este propósito, se dividió a Whitechapel en sectores, asignándosele a cada individuo su ronda, y los miembros del comité efectuaban asimismo rondas de inspección para que los patrulleros estuviesen alerta. El *Daily Telegraph* describe a uno de tales patrulleros:

*Poco después de medianoche es enviado a su misión el cazador de asesinos. Su paso es silencioso por el empleo de zapatillas y su integridad física absoluta, pues lleva bastón y silbato.*

Las patrullas sufrieron algunos incidentes cómicos. Como regla, los patrulleros y los detectives privados trabajaban de común acuerdo, pero el *Daily News* publicó un artículo que podía titularse *La comedia de los vigilantes vigilados.* En aquella ocasión, según el *News*, algunos policías de paisano, ajenos a la vecindad, fueron espiados por los miembros del Comité de Vigilancia de Whitechapel, mientras éstos a su vez se hallaban bajo el escrutinio de los detectives.

#### 4

Además de los comités de vigilancia que se expansionaron, la caza del Destripador atrajo a muchos cazadores solitarios. De éstos, el doctor L. Forbes Winslow, fue el más intrigante.

*He respirado el ambiente de los locos durante un período de más de sesenta años,* afirma el doctor Winslow en sus Memorias, refiriéndose al hecho de haberse criado en un asilo de dementes en Hammersmith, donde su padre era médico.<sup>[18]</sup> El hijo, a su vez, se convirtió en un alienista especializado en la locura criminal, y su alta y digna figura, su frente abombada y sus largas patillas se vieron en diversas ocasiones en el estrado de los testigos de famosos procesos, declarando como médico.<sup>[19]</sup>

En el otoño de 1888, los crímenes del Destripador atrajeron el interés del doctor Winslow, como lo expresó él mismo:

Me entregué de alma y corazón al estudio de aquel misterio.

Y no sólo a un estudio académico, ya que el buen doctor se trasladó con armas y bagajes al East End, dando cuenta de sus descubrimientos a la Policía. Tan persistente fue con respecto a ésta, que empezaron a sospechar que él fuese el propio Jack el Destripador, según Donald MacCormick:

—Todos los detectives que trabajaban en el caso le conocían, y tanta llegó a ser su ubicuidad en el escenario de los crímenes, que comenzaron a vigilar sus movimientos.

El propio doctor Winslow cuenta cómo pasó día tras día y noche tras noche en los callejones miserables de Whitechapel, y cómo gradualmente se fue ganando la confianza de las pobres criaturas, hermanas de profesión de *Annie la Morena*.

*Aterradas —recuerda—, acudían a mí con cualquier pequeña información que creyesen de valor. Las asustadas mujeres me consideraban su única esperanza, me recibían gozosas en sus miserables viviendas y obedecían mis órdenes a rajatabla.*

Creyendo que el Destripador era un maniático religioso, el doctor Winslow le sugirió al Yard que insertase un anuncio en la Columna Personal de los diarios londinenses el siguiente efecto:

«Caballero que está completamente en contra de la presencia de mujeres públicas en las calles de Londres, quisiera cooperar con alguien, con vistas a su supresión».

Pero esta sugerencia, que no estaba mal, ni mucho menos, fue rechazada por Scotland Yard, junto con otros propósitos diseñados por el mismo doctor.

## 5

A finales de septiembre, la *Illustrated London News* realizó una visita a un albergue de Spitalfields y manifestó que las cosas no estaban tan mal como se habían pintado. Por sólo cuatro peniques se podía dormir *como en el mejor de los hoteles*, aseguraba el diario a sus lectores. *Los sueños que tienen aquella pobre gente, a menudo con hambre en sus propios dormitorios —continuaba el artículo—, pueden ser tan dulces y alegres como la feliz juventud en un hogar rural donde la luz del sol mañanero, cuando penetra por las ventanas, va acompañada del canto de los pájaros.*

Claro que tales delicias bucólicas no tenían nada que ver con los residentes de «Toynbee Hall», que patrullaban los callejones y calles laterales de Spitalfields por la noche. «Toynbee Hall», el asiento de las Universidades instalado en el corazón del East End londinense, tenía un enorme interés por Jack el Destripador. Particularmente, porque uno de los crímenes atribuidos a él, el de Martha Tabram, había tenido lugar en su patio trasero. Y ahora, bajo la vigilancia del reverendo Samuel Barnett, los jóvenes graduados de Oxford y Cambridge que se hallaban en el

«Toynbee», se unieron a la caza de Jack. Muchos de ellos se distinguieron más adelante como célebres educandos, líderes de la reforma social, arquitectos, gobernantes, e incluso se contó en sus filas a un futuro ministro, Hubert (más tarde Sir Hubert) Llewellyn Smith, que organizó la primera Bolsa del Trabajador de Inglaterra. Pero por el momento, todos eran solamente unos entusiastas cazadores de asesinos.

Penetraban en los patios, de los que se elevaban gases ponzoñosos, debido a la acumulación de suciedad, trepaban por escaleras podridas que amenazaban ceder a cada peldaño. Llamaban a puertas cuyos paneles estaban agrietados, con las cerraduras en desuso, puertas que se mantenían cerradas encajando en el quicio trapos y papeles. ¡Y los dramas de que fueron testigos! Aquí veían a un sempiterno borracho al trastabillar fuera de una taberna, allí un extranjero que había sido robado y estaba sangrando, en otro sitio a dos mujeres, desnudas hasta la cintura, lucrando, mientras una multitud las jaleaba.

—Nunca transcurre una noche sin que se produzca un alboroto —afirmó Thomas Hancock Nam, secretario del Comité de Vigilancia de «Toynbee».

Los jóvenes residentes de «Toynbee» supieron de la falta de limpieza de los habitantes del East End, y de qué modo cerraban las filas cuando se producía una cuestión de «ellos» contra «nosotros». Una de las grandes dificultades con que tropezó el comité de «Toynbee» fue persuadir a una persona agraviada para que presentase una demanda contra su rival. Una y otra vez, los patrulleros se tropezaban con esposos y esposas que parecían asesinarse en plena calle, y al querer mediar, ver que ambos contendientes se abrazaban rígidamente. Veamos a continuación unos extractos de los informes de las patrullas de la calle Toynbee:

*Septiembre, 16: Hombre sangrando de una herida por una puñalada en el cuello, asestada por una mujer. Gran alboroto entre la multitud. El hombre se niega a acusar a la mujer.*

*Octubre, 9: Una cabeza femenina rajada por un hombre. La acusación fue presentada al día siguiente por X (por lo visto un miembro de la patrulla «Toynbee»), pero al no ser apoyada por la mujer herida, se rechazó.*

Durante aquel tenebroso otoño de 1888, los patrulleros de «Toynbee» hallaron a hombres y mujeres durmiendo en todas partes, en patios, callejones, pasajes, carros y carretillas. Las mujeres, temerosas de Jack el Destripador, se acurrucaban medrosas cuando el haz de una linterna era proyectado hacia ellas, pero los patrulleros conseguían persuadirlas a que fuesen a la «Harlow House» de la ronda Mile End, donde les era ofrecida una pinta de café y albergue para la noche. El comité también encontró niños que habían sido abandonados en la calle a primera hora de la noche, porque sus madres necesitaban la habitación común para propósitos inmorales hasta



después de la medianoche. Todo esto consta en sus informes.

«Toynbee» prosiguió patrullando hasta febrero de 1889, en cuyo momento, los miembros incapaces ya de soportar las largas horas y el peligro que entrañaban las patrullas, comenzaron a deshacerse, según los archivos de «Toynbee». Resolvieron entonces formar un Comité de Ayuda Sanitaria para actuar bajo la dirección de la «Mansión House Fund».

*Los residentes continuaron sus patrullas hasta mucho después de que sus colegas de clase desistiesen —escribe J. A. R. Pimlott, historiador oficial de «Toynbee Hall». Añade: Hubo algunos momentos de emoción durante la búsqueda de Jack el Destripador, pero después, tal tarea dejó de ser excitante en absoluto.*

## 6

Hacia finales de septiembre, el doctor Thomas J. Barnardo tuvo un tropiezo en un albergue del número 32 de la calle Flowery Dean, que no pudo olvidar en seguida. El doctor Barnardo, cuya especialidad era rescatar los niños abandonados en las alcantarillas del East End, se hallaba a la altura de su fama como *El padre de los hijos de nadie* (antes de terminar el siglo, arrancó tres millones de libras a los victorianos como «dinero de conciencia»), y fue indudablemente en uno de sus vagabundeos en busca de desdichadas criaturitas abandonadas, que entró en la cocina del albergue del número 32. Inmediatamente se quedó aturdido ante la actitud de desesperación de las mujeres reunidas delante del fuego. Habían estado discutiendo las atrocidades cometidas por Jack el Destripador, que solamente se dedicaba a asesinar a las mujeres de su clase.

*Me parecieron completamente amedrentadas ante los peligros a que estaban expuestas*, escribió el doctor Barnardo a *The Times*.

Una criatura enjuta, flaca, de rasgos afilados, que había estado bebiendo, se mostró particularmente muy amargada.

—A nadie le importa lo que nos suceda —exclamó—. Tal vez una de nosotras será la próxima víctima.

El doctor Barnardo tenía que recordar a aquella mujer mucho tiempo después de haber salido de aquel albergue. Y cuatro días más tarde tenía que volverla a ver, pero esta vez sin vida y tendida sobre una losa en el depósito de San Jorge del Este, en la calle Cable. Le habían cortado la garganta de oreja a oreja.

## VII

### Los inversores del cuatro por ciento

#### 1

Como si los londinenses todavía no estuviesen saturados de horrores, les fueron servidos más a la hora del desayuno. El martes, 11 de septiembre, se encontró un objeto macabro en las orillas del Támesis, en Pimlico. Era un brazo humano, cortado a la altura del hombro, con la correspondiente axila. Fue llevado al depósito de la calle Millbank y examinado por el doctor Neville, un cirujano que poseía gran experiencia en tales asuntos desde la guerra de Turquía. El doctor afirmó que se trataba del brazo derecho de una mujer, y que había estado tres días en el agua. Que con toda seguridad había sido cortado después de la muerte, ya que, de lo contrario, los músculos habrían estado más contraídos. Como rareza, el brazo tenía una cuerda fuertemente anudada a su alrededor, como para facilitar su acarreo. *The Times* comentó:

*Resulta imposible decir si se ha cometido otro monstruoso crimen en Londres, o si el brazo fue arrojado al agua por algún bromista estudiante de Medicina.*

Los londinenses no permanecieron mucho tiempo en duda. Tres semanas más tarde, el torso ya corrompido de una mujer, envuelto en lo que resultó ser unas enaguas negras, se descubrió en los cimientos que se estaban poniendo para la edificación del nuevo Scotland Yard en el Embankment. No tenía cabeza, ni brazos, ni piernas, y su vista producía revulsión.

—Yo tengo un brazo que concordará con este torso —anunció el doctor Thomas Bond, forense de la Policía.

Y, efectivamente, el brazo encontrado en Pimlico correspondía a aquel busto. Aquello, conocido ya como «el misterio de Whitehall», se añadió a los «horrores de Whitechapel», y todos los lectores de periódicos de Inglaterra se enteraron de los macabros detalles de ambos hallazgos en los días sucesivos.

Actuando sobre una inspiración, un periodista de Fleet Street obtuvo permiso de la Policía para registrar la zona donde se había hallado el torso. Se procuró la ayuda de un perro *spitzbergen* y de un obrero llamado Hedge. Tan pronto como llegaron al terreno del nuevo Scotland Yard, el perro comenzó a escarbar y a ladrar. Tras haber excavado unos momentos, Hedge descubrió una pierna cortada por encima de la

rodilla, que el doctor Bond declaró pertenecer al mismo cuerpo que los demás restos.

En la encuesta, dicho doctor llegó a la conclusión de que «el misterio de Whitehall» era, en realidad, el cuerpo de una mujer de un metro setenta y cinco, aproximadamente, de estatura, bien alimentada, con cabello negro y tez clara, y que sufría de pleuresía. Fijó en unas seis semanas el tiempo transcurrido desde el descuartizamiento, lo cual situaba la fecha del asesinato en el 20 de agosto. (La autopsia, incidentalmente, se celebró en pésimas condiciones, ya que además de la descomposición de los restos, el depósito contenía el cadáver de una mujer asesinada por su marido en Westminster, el de un hombre que se había ahorcado, y el de otra mujer que había muerto en la explosión de una caldera. En tales circunstancias, el precio de dos guineas que se pagaba por cada autopsia era caro).

En los días sucesivos, otros restos anatómicos, incluyendo una pierna izquierda que no era del mismo cuerpo, se encontraron a lo largo de las orillas del Támesis, posiblemente como resultado de alguna broma escolar. Pero el «misterio de Whitehall», que no llegó jamás a solucionarse, proporcionó como un contrapunto a la fuga de los crímenes del Destripador en Whitechapel.

## 2

El gran debate sobre «¿Qué debe hacerse?», que había empezado con una fuerte discusión sobre la prostitución, progresando hasta proposiciones tan estúpidas como la de los silbatos y los collares de acero, se renovó con una venganza. Los victorianos sufrieron otra *crise de conscience*, y de pronto todo el mundo comenzó a emitir su opinión. Los socialistas se habían animado.

*El verdadero criminal* —declaró *Justice*, órgano de los socialdemócratas— *es el sistema burgués que, basado en la injusticia de clases, condena a miles de seres al crimen, al vicio y a la pobreza.*

Otros no se mostraron tan razonables en sus censuras. Las novelas francesas de la época no ayudaron a suavizar aquel clima. *Desde París vienen las peores obras escritas, actualmente en Francia*, advirtió un lector de *The Times* añadiendo: *El público inglés lee ahora mucha más bazofia que nunca.* (En octubre de 1888, Henry Vizetelly, un editor inglés, fue multado con cien libras por publicar una edición inglesa de *La Terre*, de Zola, que *The Times* describió como *un ultraje a la pública decencia*).

Otro lector censuró a los autores que glorificaban a los salteadores de caminos como «Dick Turpin», «William Palmer», «El envenenador Rugeley» y «Charles Peace», *el Rey de los criminales*. Citó el caso reciente de un muchacho de dieciocho años que, cuando fue arrestado por robo, le mordió el pulgar al policía, diciéndole:

—Soy tan bueno como «Charley Peace» y antes de morirme cometeré tantas

hazañas como él.

El teatro tampoco, se escapó a la condenación. En deferencia al beneplácito del público, Richard Mansfield retiró la obra *El doctor Jekyll y Mr. Hyde* del «Liceo», en octubre, después de haberla representado sólo diez semanas. (Antes de terminar la temporada, el actor americano efectuó una función de beneficio, con la idea de recabar fondos para la construcción de un albergue nocturno para los pobres del East End).

*El señor Richard Mansfield ha decidido abandonar el género del melodrama, evidentemente en auge en América, y pasarse a la comedia —indicó el Daily Telegraph—. El diabólico Hyde saltará por la ventana del saloncito y ahogará a sus víctimas por última vez durante la semana próxima... La experiencia le ha enseñado a este joven actor que en Londres no se desean actualmente esta clase de espectáculos terroríficos. Ya tenemos bastantes casos reales para estremecernos de terror.*

Incluso el Ejército de Salvación fue criticado.

*Es posible que el movimiento del Ejército de Salvación sea responsable hasta cierto punto de la mentalidad del criminal, sugirió el Daily Telegraph.*

Desesperado, el reverendo Samuel A. Barnett, director del «Toynbee Hall», propuso que algunos filántropos adinerados compraran algunas de las peores moradas de Whitechapel.

*En muchas de tales moradas no hay más que inmundicia, y el mismo propietario es probablemente el que procura que el vicio pague su renta —afirmó en una carta al The Times—. Si los hombres acaudalados adquiriesen estas viviendas, tal vez no hartan un buen negocio pero acabarían con tanta maldad. Una de ellas ha sido ya comprada con resultados muy satisfactorios, moralmente, y no malos económicamente. Otras podrían adquirirse, tal vez las peores, y a mí me encantaría enterarme de la existencia de varios compradores.*

El clérigo preveía beneficios en tal operación.

*Veo en ella más del cuatro por ciento, añadió otro lector, que firmaba «Filántropo práctico», afirmando: Pero hay que ser moderado, y no buscar un gran negocio al principio.*

Era asombroso de qué manera un debate que habíase iniciado sobre los cimientos de la moral había degenerado en un probable negocio con intereses.

Suponiéndole un megalomaniaco, de acuerdo con la evidencia de sus crímenes, cómo debió disfrutar el asesino con el debate que había promovido. Con qué alegría debió asistir al caos y la consternación creados con su cuchillo. Y no pudo contenerse. El

jueves, 27 de septiembre, la agencia «Central News», con oficinas en Fleet Street, recibió la siguiente carta, escrita en tinta roja, y estampillada en «Londres, East Central».

*Querido jefe:*

*He oído decir que la Policía me anda buscando, pero todavía no he sido apresado. Me río cada vez que presumen de su astucia y afirman estar sobre la pista. La broma respecto a Delantal de Cuero me causó un ataque de hilaridad.*

*Me asquean las rameras y no dejaré de destruirlas hasta que esté satisfecho. El último trabajo fue verdaderamente magnífico. No le di a la mujer tiempo de gritar. Y ahora, ¿cómo me podrán atrapar? Me gusta mi trabajo que no abandonaré. Usted no tardará en volver a saber de mí.*

*Había conservado un poco de sangre en una botella de cerveza, para escribirle con ella, pero resulta que está coagulada y no puedo utilizarla. La tinta roja sirve lo mismo. ¡Ja, ja, ja!*

*La próxima vez que actúe le cortaré a la dama las orejas y se las enviaré a la Policía como recuerdo. Guarde esta carta hasta mi nuevo trabajo, y luego tirela. Mi cuchillo es estupendo y muy afilado, por lo que deseo trabajar inmediatamente, si tengo ocasión. Buena suerte.*

*Sinceramente suyo,*

*Jack el Destripador*

*No me importa dar mi nombre de guerra. Ahora dicen que soy un médico... ¡Ja, ja, ja!*

Así vio la luz del día el nombre de *Jack el Destripador* por primera vez. (Donald MacCormick sostiene la opinión de que sin el sobrenombre, los crímenes de Whitechapel hace mucho tiempo que estarían ya olvidados). El origen de este apodo compuesto no es difícil de adivinar. «Jack» era un nombre popular, que habían ostentado grandes criminales del pasado: Jack Shepphard, Spring Heeled Jack, Sixteen-Stringed Jack, Three Fingered Jack y Slippery Jack, para mencionar sólo unos cuantos. «High Rip» era el nombre dado a las bandas que comerciaban con las prostitutas, bien despojándolas, bien haciéndoles pagar un tributo<sup>[20]</sup>.

El empleo de ciertos modismos ingleses, como *Boss* (Jefe), *Fix me* (atrapar), *shan't quit* (no abandonaré), y *Right away* (inmediatamente) hicieron pensar que el asesino podía ser un americano. A este respecto, la Prensa recordó una serie de brutales asesinatos ocurridos en Austin (Tejas), en 1885, cuyas víctimas, tras haber sido robadas, habían sido matadas con un hacha. Un lector del *Daily Telegraph* llegó a declarar que la carta del Destripador era *versión exacta del estilo tejano*<sup>[21]</sup>.

No es éste sitio adecuado para discutir estos matices de estilo de la carta, aunque

sí debo declarar que a pesar de su obvio americanismo, parece ser genuina y no una imitación. (La correspondencia de Jack el Destripador se discutirá por entero en un capítulo posterior). Lo importante de esta primera carta es la luz que arroja sobre el estado mental del Destripador, permitiéndonos bucear en su psicología. Se nota la suprema confianza de su autor, la ausencia de pánico. La Policía no podrá cogerle, dice en su misiva, y aunque no han estado muy lejos de hacerlo tal vez, no poseen ninguna pista. Parece estar seguro de su inmunidad a la captura, como poseedor de algún mágico poder. Es esta cualidad sobrehumana la que debió oprimir el corazón de los victorianos.

Sólo una vez, y aún brevemente, abandona su máscara jocosa, permitiéndonos adivinar al verdadero hombre agazapado tras ella. «Me asquean las rameras», afirma, «y no dejaré de destruirlas hasta que esté satisfecho». Es como un *leit motif* wagneriano, anunciando la salida a escena del protagonista. En este caso, nos advierte la presencia de un maniático homicida. ¿Por qué le asquean las rameras? No lo dice. En cambio, retorna a su humorismo. De nuevo es el Till Eulenspiegel de las calles, cuya manía es matar. Pero no se trata de un homicida ordinario. No; Jack tiene una irrefrenable urgencia de cometer otro delito. «La próxima vez que actúe le cortaré a la dama las orejas». En su oscuro y destructivo poder, el Destripador hace pensar en aquel otro asesino en serie, Joseph Vacher, el campesino francés, que se ufanaba de ser el Anarquista de Dios.

#### 4

Mientras tanto, los filántropos continuaron estudiando los dividendos que podían obtener adquiriendo la parte más miserable de Whitechapel.

*Los intereses —escribió el Daily Telegraph, pensando que tal inversión sería mejor que las acciones de los ferrocarriles ingleses—, como mínimo, serían de un cuatro por ciento.*

Aunque la naturaleza caritativa de la empresa había ya desaparecido, «Gamma», escribiendo a *The Times*, aseguraba que los accionistas de la empresa *cederían de balde sus servicios como directores hasta que pudieran pagarse unos dividendos del cinco por ciento.*

El *Daily Telegraph* publicó asimismo un editorial que más parece un folleto de propaganda.

*Existe una auténtica mina de oro en el Londres subdesarrollado, rezaba el editorial. Y añadía: Nos abstenemos a propósito de ocuparnos del aspecto filantrópico de la cuestión. Queremos ver cómo dimana el capital de un negocio de tal envergadura.*

El periódico continuaba afirmando que dicho negocio podía proporcionar unos dividendos mejores que los de los ferrocarriles, las acciones prusianas o demás inversiones extranjeras. Un seguro y neto cuatro por ciento. Y aún más; más con toda seguridad.

En realidad, los beneficios conseguidos con el alquiler de las casas del East de Londres eran enormes. El individuo que poseía seis albergues en la calle Thrawl, donde había dormido Polly Nicholls, hacía tan buen negocio que se permitía el lujo de tener una casa de campo en Hampstead, según Henry Mayhew. Montague Williams, el magistrado, cuenta que adquirieron propiedades condenadas, a cortos plazos, de la compañía de ferrocarriles, pagando sólo una libra semanal por casa, y alquilaban las habitaciones individuales de treinta y cinco chelines a dos libras semanales. Y hacía falta muy poco capital para montar un albergue o pensión en aquel distrito. Un propietario compró gran cantidad de camas en un hospital donde habían atendido varios casos de viruela, sólo por la suma de veinte libras. Nadie osaba quedarse ni tocar dichos muebles por miedo a una infección.

Pero al finalizar septiembre, los entusiastas del negocio del cuatro por ciento, comenzaron a pelearse entre sí. De modo particular, se volvieron contra el reverendo Barnett, acusándole de informar a los dueños de los albergues de sus intenciones de comprarlos, con lo que éstos procuraban cargar el precio. Indignado, el clérigo negó tal acusación acaloradamente. Un corresponsal que firmaba «Uno que lo sabe», escribió a *The Times*. Refiriéndose a los albergues, dijo:

*La supresión de estos antros del crimen y la dispersión de sus moradores fuera de la ley, debería ser el santo y seña, el Cartago delenda est, de todos los reformistas sociales.*

«Dispersión de sus moradores fuera de la ley». Nada indica que el reverendo Barnett hubiese apuntado a tal designio en su propuesta. Y si había que dispersar a los habitantes de las calles Dorset, Dean y Flowers ¿adónde tenían que ir? Ciertamente, éstas eran las peores calles de Londres. Y con la misma certidumbre, sus habitantes tenían derecho a buscar refugio contra la inclemencia de las noches londinenses. El alboroto ocasionado por los crímenes de Whitechapel implicaba la creencia universal de que también los miserables tenían derecho a la vida. Si había que dispersar a las Annie Chapman, entonces tendrían que procurarse más dinero ya que los precios de las camas aumentarían de ocho peniques a un chelín.

Existía también la cuestión de la higiene moral. ¿En qué calles podrían las Annie Chapman pregonar su mercancía carnal? ¿Eran éstos los resultados a que quería llegar el reverendo Barnett? En tal caso, el epíteto ofensivo con que los socialdemócratas criticaban el proyecto, no hubiese estado fuera de lugar. La Liga Socialista aún fue más lejos. Refiriéndose a los «beneficios conseguidos gracias al cuchillo de un asesino», Frank Fitz, el secretario de la Liga, profetizó que «las

cloacas de Londres y su terrible cargamento humano tendrá que ceder el cuatro por ciento... y aún más».

## 5

Entretanto, Jack el Destripador estaba ya afilando su cuchillo, mientras tenía lugar la discusión de las inversiones y si los fuera de la ley debían de ser dispersados o contenidos.

En su carta había advertido que la Policía no tardaría en oír hablar de él, y gracias a dicha misiva su nombre circulaba ampliamente por todo el mundo, en grandes titulares, aunado con dos de los crímenes más audaces de todas las épocas. Esta vez, empero, el Destripador se supero a sí mismo, efectuando dos asesinatos separados entre sí por tres cuartos de hora y una distancia de pocos centenares de metros. Este doble suceso marcó una redoblada ferocidad por parte del Destripador, dando a comprender su verdadera condición megalomaniaca. El terror iba a enseñorearse aún más profundamente del East End.

Pero antes creyó necesario informar a la Policía de sus intenciones, esta vez con una nota enviada desde Liverpool, el sábado, 29 de septiembre, firmada «Jack el Destripador», que decía:

*Sepan que trabajaré en las Minorisas a la doce de la noche, proporcionándoles a las autoridades una buena oportunidad, pero no habrá ningún policía cerca de mí cuando ejecutaré el trabajo.*

La calle llamada de las Minorisas va desde la Torre de Londres hacia el norte. En el siglo XIII fue la sede de un convento fundado por las Clarisas o Minorisas, de donde la calle adoptó el nombre. Pero en realidad, el trabajo de Jack se localizó en la plaza Mitre, que aquél transformó en una auténtica sala de disección.

La Policía se hallaba todavía enfrascada en la lectura de tan extraño mensaje fechado en Liverpool, cuando el domingo, 30 de septiembre, la agencia «Central News» recibió una postal enviada desde un buzón del East End. La escritura de la postal era idéntica a la primera del Destripador, pero se diferenciaba de aquélla en que había sido redactada después del crimen, y para subrayar mejor el efecto macabro ostentaba la sangrienta huella de un pulgar.

*No bromeé cuando le pasé la noticia, querido jefe —rezaba la postal—. Mañana se enterará del nuevo trabajo de Jack. Esta vez ha sido un suceso doble. El número uno ha gritado un poco. No pude terminar la tarea. No podré enviarle las orejas a la Policía. Gracias por haber conservado la*



*última carta hasta éste mi nuevo trabajo. JACK EL DESTRIPIADOR.*

La postal fue enviada el domingo, cuando en la Prensa todavía no se había publicado nada referente al doble asesinato de la noche anterior. Sólo el verdadero asesino pudo estar enterado del intento frustrado de cortarle la oreja a una de las víctimas.

## VIII

### Doble asesinato

#### 1

Louis Diemschutz oyó como el reloj de la iglesia de Santa María de Whitechapel daba la una cuando su carrito tirado por un caballejo entraba en la calle Berner, encaminándose hacia el Club Educativo Internacional de Obreros, del que era ranchero.

Diemschutz era bisutero, o «baratillero», y aquella noche del sábado, 29 de septiembre de 1888, había instalado su tenderete ante el «Crystal Palace», en Camberwell, al sur del Támesis. Tras haber escogido aquel lugar tan frecuentado, desplegó su carrito, que se transformaba en una serie de estantes, sobre los que esparció su esplendorosa mercancía, broches de vidrio coloreado imitando rubíes y topacios, camafeos, cajitas de música, gemelos de camisa, bandejitas para el té, navajas de marinero y mangos de gutapercha.

La mayoría de las jóvenes que trabajaban en las fábricas lanzaron una rápida ojeada a la quincallería, sonrieron y se alejaron —el aire de la noche era demasiado fresco para detenerse mucho tiempo en ninguna parte—, pero Diemschutz decidió continuar en el mismo sitio hasta que hubiese terminado el espectáculo del «Crystal Palace», donde representaban *El Alud Suizo*.

El espectáculo era bullicioso, discurriendo en los Alpes, con chalets y trenes que emergían de los túneles excavados en las rocas, todo ello *destruido súbitamente por un alud*, según rezaban los carteles. Todavía maravillados por tal espectáculo, los londinenses se desparramaron por las calles a las once y media. A aquella hora, y con la inclemencia de la noche, la gente no se detuvo delante de ninguno de los numerosos tenderetes ambulantes instalados en las aceras, sino que se dirigieron directamente a varias de las tabernas, a consumir unas pintas de cerveza antes de la hora de cierre. Viendo que los clientes escaseaban, Diemschutz cerró su negocio y se encaminó hacia la calle Berner, situada en el East End.

El Club Educativo Internacional de Obreros, una rama de la Liga Socialista de William Morris, era una amalgama de rusos, polacos y judíos alemanes, la mayoría de los cuales habían huido al East End londinense, víctimas de las persecuciones raciales. Todos ellos eran miembros del club, esperando llevar en el mismo la tradición europea, combinación de relaciones sociales, culturales y políticas en un ambiente extranjero.

El club ocupaba uno de los costados de un estrecho patio de la calle Berner, cuya entrada la componían unas puertas de madera. En el lado opuesto había unas cuantas

casitas en las que vivían sastres y cigarreros, estando el conjunto enmarcado por altas tapias, carente de luz, salvo por el resplandor que se filtraba por los ventanales del club.

Los sábados por la noche el club estaba abierto hasta bastante tarde, y a los miembros se les permitía acudir con sus esposas y amigas a los debates, a los que usualmente seguía un espectáculo. «La necesidad del socialismo entre los judíos» había durado hasta las once y media, después de lo cual había comenzado el concierto.

Aunque era ya la una, Diemschutz oyó las voces de unos cantantes cuando su carrito entró en el patio, cuyas puertas estaban aún abiertas. Entonces ocurrió algo extraordinario. El caballo se encabritó violentamente, arrojando casi al suelo a Diemschutz. Éste hurgó a su alrededor en busca del obstáculo que no acertaba a ver, hasta que entró en contacto con un objeto que le pareció suave y poco duro. Saltó entonces del carro, encendió una cerilla y a su temblorosa luz divisó la forma de una mujer como acurrucada junto a la tapia.

No tuvo la menor duda del significado de su hallazgo. Casi instintivamente supo que la mujer estaba muerta, y el pavoroso nombre de Jack el Destripador pasó por su cerebro, en tanto corría hacia el club para comunicarles a sus amigos el macabro hallazgo. Zozebrodski, un miembro del club, le acompañó hacia el patio. La mano de Diemschutz temblaba tanto que la vela que sostenía estuvo varias veces a punto de apagarse, pero al fin a su luz observaron la figura de la mujer con más detalle.

Se hallaba arrojada en el lado izquierdo del patio, con las piernas encogidas hacia arriba y los pies apoyados en la pared. La cabeza descansaba en el suelo. Tenía los vestidos húmedos, pero al mover el cuerpo la Policía descubrió que el suelo sobre el que había reposado el cuerpo estaba completamente seco.

En cuanto a Diemschutz, sólo notó el leve hilillo de sangre que manaba del cuello de la víctima.

—Debía de haber más de dos cuartas de sangre en el suelo —les dijo a los jurados, cuando declaró en la encuesta.

Tocó el cadáver y se sorprendió al comprobar que aún estaba caliente. La mujer debía de haber muerto unos minutos antes de la llegada de Diemschutz.

Poco después de que Diemschutz hubiese descubierto la víctima del crimen del patio de la calle Berner, en realidad una hora más tarde aproximadamente, se descubrió otro asesinato dentro de la City de Londres. Este segundo crimen, que tuvo lugar en la plaza Mitre, sobrepasó en audacia a todos los anteriores delitos de Jack el Destripador. Era como si el asesino hubiese actuado en un *crescendo* de sangre y

violencia.

Me tomé la molestia de cronometrar el tiempo empleado en ir desde la calle Berner a la plaza Mitre y con el tráfico diurno tardé exactamente diez minutos (naturalmente, sin tener en cuenta los ligeros atajos que pudo conocer el asesino). Esto significa, que el Destripador tuvo aproximadamente cuarenta y cinco minutos para trabar conocimiento con su segunda víctima, arrastrarla al rincón más oscuro de la plaza Mitre, cortarle la garganta y efectuar sus múltiples mutilaciones del cadáver. Pero el tiempo de que dispuso el Destripador aún puede estrecharse más. La plaza Mitre, que está bordeada en dos lados por los almacenes de los señores Kearley y Tonge, importadores de té, «estaba patrullada cada quince minutos por un policía», gracias a cuya regularidad es posible fijar la hora del crimen entre la una y media y la una y cuarenta y cinco minutos. Además, había un vigilante nocturno en el almacén de té a la hora del asesinato.

El Destripador corrió un gran riesgo, asimismo, porque mucha gente cortaba por la plaza Mitre en dirección a la Puerta del Obispo; y después de la una, un sábado por la noche, había bastantes personas que, al salir de las cercanas tabernas, pasaban por allí en dirección a sus hogares. No solo esto: la plaza tenía entradas a la misma, desde la calle Mitre, la plaza de Duke y la plaza de San Jaime, todo lo cual mermaba las posibilidades del Destripador. Pero el hecho de no ser visto por nadie contribuyó a que la gente le atribuyese un poder sobrenatural<sup>[22]</sup>.

El policía Edward Watkins, con la placa 881, no vio ni oyó nada desusado cuando pasó por la plaza Mitre a la una y media. Fue un cuarto de hora más tarde, en su ronda siguiente, cuando su linterna captó la forma de una mujer que yacía en lo que parecía ser un charco de sangre en el rincón sudoeste de la plaza. El policía, al parecer compartió el mismo presentimiento que Diemschutz, ya que al instante no tuvo la menor duda respecto a su descubrimiento. Ni siquiera se molestó en comprobar si la mujer estaba aún con vida, tan seguro estaba de lo contrario, y corrió por la Kearley, hacia el almacén de Tonge, cuya puerta parecía entreabierta, llamando a gritos al vigilante nocturno.

—¡Vamos, por Dios santo, hay otra mujer descuartizada!

El vigilante era un policía retirado, por lo que no vaciló en cumplir con su deber. Cerrando el almacén, corrió por la calle Mitre hacia la de Aldgate, tocando su silbato, con lo que no tardó en atraer la atención de dos agentes, uno de los cuales, P. C. Holland, fue enviado en busca de un doctor. Mientras tanto, a solas con el cuerpo, el policía Watkins se armó de valor para examinar el cadáver con más atención.

La víctima yacía boca arriba, con la cabeza inclinada al costado izquierdo. Llevaba unas botas de hombre, y tenía la pierna izquierda extendida, en tanto la derecha estaba doblada por la rodilla; los brazos se hallaban asimismo extendidos, con las palmas de las manos hacia arriba, en actitud de súplica. La garganta se hallaba terriblemente mutilada, y tenía un gran corte desde la nariz hasta el ángulo derecho de la mejilla. El ojo derecho estaba completamente hundido, faltando una porción de la

oreja derecha. Cerca de su mano derecha, en el suelo, había un dedal.

### 3

Casi en el mismo momento en que el policía Watkins se inclinaba sobre el cadáver para examinarlo, el mayor Henry Smith, comisario en funciones de la Policía de Londres, fue llamado en Cloak Lane, donde había pasado la noche, en una comisaría de la orilla del río. Había sido una noche de prueba. La comisaría de Cloak Lane se hallaba situada delante de un aparcadero del ferrocarril, teniendo detrás la tienda de un peletero, de forma que asfixiado por el tremendo hedor de las pieles, y sin poder abrir las ventanas debido al estrepitoso ruido de los trenes de mercancías, el mayor no había pegado un ojo en toda la noche.

Todavía daba vueltas en la cama cuando, poco después de las dos, sonó violentamente la campanilla colocada a la cabecera.

—¿Qué ocurre? —inquirió irritado, acercando el tubo a su oído.

—Otro asesinato, señor —le contestó una voz deferente, que añadió—: Esta vez en la City, señor... en la plaza Mitre.

El mayor se vistió apresuradamente. Rápidamente detuvo una berlina, dirigiéndose junto con tres detectives a la plaza del crimen.

Poco aprecio existía entre el mayor Smith responsable de la ley y el orden dentro de la sección correspondiente a la antigua city londinense, y el general Charles Warren, que mandaba la fuerza metropolitana. En realidad, el mayor consideraba al general como un imbécil, criterio que aquella noche del 29 al 30 de septiembre iba a tener plena confirmación. En contraste con el general, que se hallaba aterrado, el mayor exhibió su frialdad, su imaginación y su ingenio. (Sus Memorias se titularon *Historia de sesenta años, dilapidados en su mayor parte*).

Pero el mayor Smith se hallaba enormemente interesado en los crímenes de Jack el Destripador, por lo que, mientras Warren estaba llevando a cabo toda clase de arrestos, el mayor iba efectuando sus propias investigaciones. Por ejemplo, sus hombres interrogaron a todos los carniceros establecidos en la City. A continuación, hizo vestir de paisano a casi un tercio de sus agentes, con instrucciones de hacer todo lo que un agente no haría en circunstancias ordinarias.

*Fue una disciplina subversiva —escribió más tarde—, pero les tuve bien supervisados por oficiales superiores.*

Luego continuaba:

*Hacía buen tiempo, por lo que no albergué la menor duda de que les gustaba sentarse en los portales fumando sus pipas, entrando en las casas públicas y comadreando con todo el mundo.*

(En contraste, el general Warren, que era abstemio, prohibió a los miembros de su equipo de detectives que entrasen en las casas públicas, ni siquiera para cumplir con su deber).

Lo más trágico fue que, de haberse cumplido al pie de la letra las instrucciones del mayor Smith, el asesinato de Catherine Eddowes, la mujer cuyo cuerpo mutilado se encontró en la plaza Mitre, no habría ocurrido. Ya que Catherine Eddowes estuvo detenida en la comisaría de Bishopsgate, bajo la custodia del mayor, menos de una hora antes de ser hallada asesinada.<sup>[23]</sup>

La habían arrestado por borracha y conducta desordenada aquel mismo sábado por la tarde, llevándola a Bishopsgate para que allí se serenase.

A los doce y quince minutos, la Eddowes se despertó, cantando. A las doce y media preguntó cuándo pensaban soltarla.

—Tan pronto como seas capaz de caminar sin vacilaciones —le contestaron.

Media hora más tarde juzgaron que ya se hallaba en condiciones de ser libertada, y mientras el carcelero la sacaba del calabozo, ella le preguntó qué hora era.

—Demasiado tarde para que puedas volver a beber —fue la respuesta. El carcelero añadió—. Y ahora, lárgate —y abrió la puerta de la comisaría y la echó a la calle.

El mayor Smith había dado orden de que toda pareja de hombre y mujer vistos juntos de noche, dentro de los límites de la City, debían ser interrogados sin pérdida de tiempo.

*A Catherine Eddowes la conocían muchos agentes —cuenta en sus Memorias—, pero aquella noche deambuló por las calles, sin que nadie la viese dirigirse hacia la plaza Mitre... De haberla visto algún policía, siguiéndola, seguramente habría sido atrapado Jack el Destripador al abordarla.*

Sin embargo, no fue solo ésta la única frustración sufrida por el mayor Smith aquella noche aciaga. Durante todas aquellas horas, el mayor estuvo a pocos pasos del Destripador, habida cuenta de las acciones de ambos, ya que el criminal, para zafarse de la justicia, debió verse obligado a huir por los callejones de Spitalfields. En realidad, el mayor pudo trazar la ruta seguida por el asesino. Desde la plaza Mitre tuvo que cortar hacia Houndsditch y la calle Middlesex, pasando a la calle Goulston, donde dejó una huella tangible de su paso, y luego hacia el norte por la calle Dorset, donde se detuvo el tiempo suficiente para lavarse las manos, tintas en sangre, en una

fuente pública situada a unos seis metros de la calzada. (Cuando el mayor Smith llegó a tal lugar, el agua todavía no había arrastrado toda la sangre por completo). Su familiaridad con Whitechapel queda demostrada por el hecho de que el Destripador sabía dónde se hallaba la fuente, algo apartada de la calle. A partir de allí se perdió todo rastro del criminal.

#### 4

Mientras tanto, se había descubierto otra pista importante. El policía Alfred Long, de la División H de Whitechapel, pasaba por la morada de modelos «Peabody», en la calle Goulston, a las dos y treinta y cinco de la madrugada, cuando distinguió un trapo manchado de sangre, que resultó ser un pedazo del delantal de Catherine Eddowes, cortado con un cuchillo. Se hallaba en un pasaje que conducía a la escalera de los pisos de las modelos, números 118 y 119, pero no había estado allí cuando el agente pasó a las dos y veinte. Escrito con tiza sobre la pared, directamente encima del trapo, había un mensaje redactado con caligrafía escolar:

*No hay que acusar de nada de esto a los judíos.*

El policía Long registró inmediatamente la escalera y demás zonas del edificio, pero no halló nada. Llevó luego el pedazo de tela a la comisaría de la calle Comercial, y comunicó su hallazgo al inspector de servicio.

La encuesta por el asesinato de la Eddowes, en este momento, comenzó a adquirir el aspecto de una disputa jurisdiccional, ya que el rastreo de su pista había llevado a la Policía de la City del mayor Smith dentro del territorio metropolitano. Pero el mayor decidió que no era hora de retroceder. Inmediatamente envió al inspector James MacWilliams con los detectives Halse y Hunt a la calle Goulston con órdenes de fotografiar el escrito del muro. Mientras tanto, Sir Charles Warren había llegado al lugar del suceso.

Y entonces ocurrió el episodio más asombroso de esta larga noche de crímenes y sobresaltos. Warren no sólo denegó el permiso para fotografiar el escrito de la pared, «sino que ordenó que inmediatamente fuese borrado»<sup>[24]</sup>. En vano protestó el inspector MacWilliams, alegando que era un error destruir tamaña evidencia. Aquellas palabras fotografiadas —arguyó el policía— podían resultar una pista importante en la identidad del asesino. Pero Sir Charles se negó a rescindir su orden. (El mayor Smith asegura que Sir Charles borró el escrito con su propia mano, aunque esto no está claramente dilucidado). Sir Charles justificó su acción alegando la inminencia de un alzamiento antisemita. La calle Goulston y sus alrededores ya empezaban a llenarse con los vendedores ambulantes que los domingos por la

mañana disponían allí sus puestos, en el mercado al aire libre conocido como «Petticoat Lane». Y la vista de aquel escrito podía, según él, haber exaltado a la gente.

El mayor Smith no suscribió esta opinión de Warren. Según él, la acción del general fue un error imperdonable, añadiendo:

«El escrito en la pared pudo ser hecho, y creo que ésta es la verdad, para despistar a la Policía, para alejar las sospechas de los gentiles, arrojándolas sobre los judíos. Pudo ser escrito por el asesino, o no. Borrar el mensaje, particularmente después de haber destacado yo a un agente para que lo custodiase hasta que fuese debidamente fotografiado, fue no sólo un acto indiscreto sino imperdonable».

Incluso Sir Robert Anderson, que como jefe del CID era un estrecho colaborador de Sir Charles, condenó la acción de éste como «una acción de crasa estupidez», aunque tuvo buen cuidado de no echarle la culpa a su jefe.

—El mensaje se borró por los oficiales de la fuerza uniformada de la División, cumpliendo una orden dada por uno de mis colegas —proclamó Anderson, sin nombrar a dicho colega.

## 5

El mayor Smith no fue el único que se sintió frustrado aquella noche. Como si dos asesinatos no fuesen suficientes. Sir Charles Warren tuvo entre manos el caso de un robo cometido en la vecindad de los dos crímenes. Mientras el desconocido asesino se hallaba enfrascado en su tarea en Whitechapel, unos ladrones asaltaron la estafeta de Correos de Aldgate, situada a un tiro de piedra de la plaza Mitre. Entraron en la estafeta por una trampilla del tejado, procedieron a saquear la oficina, llevándose de la caja fuerte trescientas libras en dinero y sellos. Además, cometieron el robo en una hora en que Whitechapel hervía de policías metropolitanos, vigilantes y detectives de afición, varios de los cuales se perseguían unos a otros.

Entretanto, el cadáver de Catherine Eddowes, después de haber sido examinado en el lugar del suceso por Frederick Gordon Brown, el forense de la City, y su ayudante George W. Sequeira, fue enviado al depósito de la City, en Golden Lane, donde fue desnudado y fotografiado antes y después de la autopsia. El inventario de sus ropas y efectos es tan extraordinario que reproduzco lo que publica *The Times*:

*Llevaba un abrigo negro con un cuello imitación de piel y tres grandes botones de metal. Su vestido era de un verde oscuro, con margaritas y lirios dorados. También llevaba una blusa blanca, una falda de estameña, y unas enaguas de alpaca verde, camisa blanca y media de color marrón, remendadas en los talones con hilo blanco. Un gorrito de paja negra,*



*adornado con cuentas del mismo color y unas cintitas de terciopelo verde y negro.*

*Llevaba un par de botas de hombre, y un delantal blanco y viejo y un trozo de bufanda alrededor del cuello. También se halló en su poder un pedazo de cuerda, un pañuelo barato, blanco con el reborde rojo, una cajita de cerillas con algodón, un monedero de tela blanca que contenía una navajita con mango de hueso blanco, muy romo (sin sangre), dos pipas cortas de barro, un paquete de cigarrillos... y, en un bolsillo, cinco pastillas de jabón, una cajita de hojalata con té y azúcar, los restos de unos prismáticos, un pañuelo triangular, y, en otro bolso muy grande, se le encontró un peine, un mitón colorado y un ovillo de hilo.*

Este inventario clasifica a Catherine Eddowes, indeleblemente, como asidua a los albergues, ya que estos seres sin hogar, llevaban constantemente sobre su persona todas sus posesiones. Cuando no podían ir a dormir a un albergue, usaban sus bolsos como almohada, en un portal. Si el proverbio americano: «Las personas halladas en cama con las botas puestas, morirán de este modo», fuese verdad, Whitechapel no habría tardado en quedar aniquilado.

La Policía halló cerca del cadáver de la Eddowes un pequeño objeto que no tardó en identificar. Era una cajita de hojalata que contenía dos papeletas de empeño, a nombre de Emily Birrell y Anne Kelly, respectivamente, interesando una camisa de franela masculina y un par de zapatos de hombre. Ambas papeletas valían la suma de un chelín y seis peniques cada una, y correspondían a una casa de préstamos de Spitalfields.

## 6

La calle Berner, asimismo, escenario del primer asesinato de la noche, hervía de excitación. El estrecho patio y el club no tardaron en estar atestados de policías procedentes de la División H, de Whitechapel. Cerraron las puertas de madera, tanto para impedir la entrada de los curiosos como para prohibir la salida de los miembros del club, apostaron guardias en todas las salidas posibles, y comenzaron a interrogar a los veinte miembros rusos y polacos del club educativo Internacional de Obreros que se hallaban dentro cuando Diemschutz descubrió el cadáver. Sus manos y ropas fueron examinadas escrupulosamente en busca de manchas de sangre, se les tomaron los nombres y direcciones, pero cuando la Policía comenzó a registrar el club en busca de pistas, los socialistas empezaron a pensar que estaban siendo víctimas de una persecución polaca. Para aumentar la confusión, la mayoría solamente chapurreaba apenas el inglés. No fue hasta las cinco de la madrugada que se les

permitió marcharse a sus casas.

La Policía también interrogó a los inquilinos —en su mayor parte sastres y cigarreros—, que residían en la fila de casitas de la parte izquierda del patio, frente al club, pero ninguno de ellos había oído nada fuera de lo normal, aunque naturalmente todo grito pudo quedar ahogado por los cánticos que surgían por los ventanales del club.

William West, un impresor socialista que vivía en el número 40 de la calle Berner, le contó a la Policía que había estado en la reunión del club hasta las doce y media de la noche, a cuya hora salió al patio. Observó que las puertas estaban abiertas, pero estaba seguro de que no había ningún cadáver en el suelo.

Morris Eagle, otro miembro del club, declaró que había salido del mismo a medianoche, regresando a las doce y cuarenta, sin observar nada desacostumbrado. Lo mismo afirmó Joseph Lave, un ruso que pasó por el patio un cuarto de hora antes de que fuese descubierto el cadáver. «Y de haber habido uno, no habría dejado de verlo —dijo—. El patio estaba muy oscuro por lo que me guié tanteando el muro con la mano derecha. De haber estado el cadáver en el suelo, habría tropezado con él».

La víctima de la calle Berner, aunque no identificada inmediatamente, era Elizabeth Stride, conocida también como *Long Liz* (Liz la Larga), una viuda de cuarenta y tres años, de origen sueco (fue la única víctima extranjera de Jack el Destripador). Una mujer grande, huesuda, consumida por el hambre, como descubrieron los médicos George B. Phillips y Frederick Blackwell al examinarla en el lugar del crimen. Tenía las facciones afiladas, y su boca, ligeramente entreabierta, reveló que le faltaban todos los dientes de la mandíbula inferior.

Llevaba un pañuelo en torno al cuello, cuyo lazo se hallaba levemente inclinado al lado izquierdo. Siguiendo el borde del pañuelo, un cuchillo le había segado la garganta, seccionando por completo la tráquea y la arteria carótida izquierda. La Stride murió como resultado de la hemorragia. El Destripador, sin embargo, no tuvo tiempo de efectuar sus acostumbradas mutilaciones en el cuerpo. Pero había indicios de que había sido interrumpido en su odiosa tarea por la llegada de Diemschutz y su carrito, cuyo traqueteo se oía desde cierta distancia.

La Stride llevaba un abrigo negro de estambre, con una piel, y debajo un vestido de satén negro, muy ajado, botas abrochadas a los lados y medias blancas. El sombrero, que le había caído de la cabeza, era de *crepé* negro. Hubo cierta controversia respecto a lo que tenía en las manos. *The Times* informó que sostenía un racimo de uvas en la mano derecha, mientras que la izquierda se cerraba sobre unos dulces; pero en la encuesta sólo se mencionó un pequeño paquete de cachús envueltos en papel de seda, en su mano izquierda. Tanto el abrigo como el vestido se hallaban desabrochados, pero aparte de esto sus ropas no estaban desordenadas.

*El tejido estaba limpio y en buen estado*, manifestó *The Times* concienzudamente. En sus bolsillos fueron hallados dos pañuelos, un dedal de latón, y una madeja de hilo negro.

A pesar de que todavía no había amanecido, se congregó una gran muchedumbre en la calle Berner, siguiendo la camilla más de sesenta buscadores de emociones fuertes. Así, seguida por este extraño cortejo, Liz *la Larga* efectuó su viaje hasta el depósito mortuorio de Saint George-in-the-East, de la calle Cable.

## IX

### La ofensiva de Warren

#### 1

Liz *la Larga* Stride era una mitomaníaca, sintiendo constantemente el impulso de imaginar un romántico pasado en el que ella figuraba como heroína trágica. La joven viuda aquejada por un súbito desastre; la madre con huérfanos desvalidos; la víctima de las turbulencias de la vida..., tales eran los dramas imaginados por ella misma. Ya examinaremos la parte que en este modo de ser jugaron los melodramas representados en el «Pavilion» de la ronda Whitechapel. Pero lo cierto es que en Liz *la Larga* todo tenía que ser más emotivo que en la vida real. Había nacido actriz.

Sus mejores interpretaciones tuvieron lugar ante los tribunales del Támesis, en los que compareció con mucha frecuencia acusada de embriaguez y conducta desordenada. Cada vez que la arrestaban, empezaba negando con indignación haber bebido ni una sola gota, afirmando que sufría de «embrujo». Luego, cuando las pruebas se acumulaban en su contra, se arrojaba al suelo del muelle, retorciéndose y quejándose hasta que era conducida a la comisaría o al Juzgado en estado de insensibilidad. A veces, el magistrado, encantado con tal arte interpretativo, la condenaba a penas muy leves, aunque lo más frecuente era que, al día siguiente, Liz *la Larga* pudiera volver a emborracharse, con gran envidia por parte de sus compañeras con menos talento de artista.

Nacida en Suecia, cerca de Göteborg, Liz *la Larga* no llegó a Inglaterra hasta los veinte años cumplidos, entrando a trabajar como doncella en una familia que residía en Hyde Park. (Cuando falleció todavía hablaba el inglés con acento sueco muy pronunciado). A los veintiséis años dejó el servicio doméstico para casarse con un hombre que le doblaba la edad, John Stride, un carpintero de barcos de Sheerness.

Según una de las versiones de su vida, confiada a sus camaradas de ginebra, procedió entonces a criar nuevos hijos, la mayoría de los cuales fueron a una escuela dirigida por la Iglesia sueca. Pero un empleado de dicha Iglesia, llamado Sven Olson, que hacía diecisiete años que conocía a la Stride, declaró ante el jurado:

—No recuerdo haber oído hablar de tales hijos.

Tampoco la Iglesia sueca dirigía una escuela, según el mismo testimonio.

John Stride, como ensamblador, ayudó a construir el buque *Great Eastern*, de tan triste destino. (Liz *la Larga* afirmaba haber trabajado en el buque, fabricando almohadones y adornos para los salones, pero no hay que hacerle caso: sólo contaba quince años y aún estaba en Suecia cuando fue botado al agua el *Great Eastern*, en 1858). De todas formas, la relación de su marido con dicho barco le sugirió a Liz el

gran mito de su existencia, el cual giraba en torno al desastre ocurrido a un barco.

El 3 de septiembre de 1878, el crucero de placer *Princess Alice*, se hundió en aguas del Támesis después de haber chocado con un carguero, llevándose al fondo a sus setecientos pasajeros. Entre los ahogados, según *Liz la Larga*, se contaban su marido y dos de sus hijos, uno de los cuales murió entre los brazos del padre. *Liz la Larga*, que había acompañado a su esposo, se libró de la muerte trepando por una cuerda cuando el buque se hundía, según su versión. Un hombre que había trepado por la misma cuerda antes que ella, se escurrió y le pegó una patada en la boca, saltándole todos los dientes inferiores. Era ésta una leyenda que jamás se cansaba de repetir en las tabernas de Whitechapel.

Yo examiné la lista de quinientos veintisiete pasajeros por los que se celebró la encuesta en «Woolwich Town Hall», y no hallé entre los mismos el nombre de Stride. Familias completas se hundieron con el *Princess Alice*, pero el único caso de un padre ahogado con dos hijos fue el de un contable llamado Bell, y los niños tenían siete y diez años, respectivamente. Además, de los fondos públicos se les entregaron indemnizaciones a las familias afectadas, pero no existe ningún dato a este respecto sobre Elizabeth Stride, que no cejó jamás de solicitar su parte, si bien siempre le fue denegada. Aunque es cierto que a *Liz la Larga* le faltaba casi la mitad de su dentadura, la autopsia reveló que en la boca no existía ninguna herida como la que le habría ocasionado una patada tan enorme.

Somerset House, sin embargo, recuerda el óbito de un tal John Stride, un ensamblador de sesenta y cinco años, que falleció del corazón en la Casa de Misericordia de Poplar el 24 de octubre de 1884, o sea, cuatro años antes de que *Liz* hallase su horrible muerte. Es posible que Stride, como carpintero de buques, tuviese algo que ver con la construcción del *Princess Alice*, y que esto le hubiera sugerido a ella una forma conveniente y espectacular de matarle, haciéndose pasar, por tanto, por una trágica viuda. Sea como sea, se puede asegurar que la desdichada mujer llevaba separada de su esposo varios años cuando murió. En realidad, había estado viviendo con cierta frecuencia con un irlandés llamado Michael Kidney, que trabajaba como estibador.

Nada se sabe con seguridad con respecto a la Stride, que aquel domingo yacía en el depósito de cadáveres de St. George-in-the-East. Su identidad todavía no ha quedado bien establecida.

*En el tren sólo se hablaba de los dos asesinatos*, anotó en su Diario, el domingo 30 de septiembre, George Bernard Shaw, al regresar de una asamblea al aire libre celebrada en Plumstead Common. Y no sólo en los trenes, sino en todas las tabernas

y bares de la metrópoli, sólo se comentaba aquel caso pavoroso mientras los parroquianos iban consumiendo pintas de cerveza. En la ronda Whitechapel, los cockneys, ataviados con sus mejores galas dominicales, se paraban para preguntarse:

—¿No es horrible?

O bien:

—¿Te has enterado?

Esta última pregunta era puramente retórica, pues los poetas populares ya habían salido a la calle con unos versos apropiados a la ocasión:

*¿Le ha visto alguien? ¿Sabéis dónde está?*

*Si le encontráis, quitadle el cuchillo.*

*Luego, entregarle a las damas. Éstas le desfigurarán la cara.*

*Y os aseguro que no daría ni dos peniques por su vida.*

En la plaza Mitre y en la calle Berner había tanto gentío que la Policía acordonó al fin ambas zonas. En el último lugar, a John Nogent, un comisionista de Dublín que estaba de vacaciones en Londres, le «birlaron» su reloj de oro, después de haber sido asaltado por tres o cuatro sujetos mal encarados. Pero un magistrado del Juzgado de la calle Worship tuvo poca simpatía por el visitante irlandés.

—Aquellos que curiosean por los alrededores de los lugares donde Jack el Destripador busca a sus víctimas, es mejor que se dejen en sus casas los relojes, de oro —observó.

De forma curiosa, el doble asesinato levantó menos murmullos de terror que de indignación, indignación que cayó por completo sobre la cabeza del infeliz Sir Charles Warren. Precisamente se pidió dicha cabeza en cuatro asambleas celebradas por separado aquel domingo en Mile End Waste. En una de tales asambleas, un orador socialdemócrata amenazó con «colgarle del farol más próximo» si Sir Charles asomaba su rostro por el East End. En otra reunión celebrada aquella misma tarde en Victoria Park, a la que asistieron más de mil personas, se pidieron las dimisiones de Warren y Henry Mathews, el secretario del Interior.

No fueron solamente los socialistas quienes expresaron su indignación. Perjudicados por el terror causado por el Destripador, viendo lesionados sus intereses, los vendedores de Whitechapel se quejaron amargamente de la ineficacia de la Policía.

*Se han cometido actos de violencia y robo en este distrito, casi con completa impunidad —afirma una petición firmada por doscientos comerciantes de Whitechapel, dirigida al secretario del Interior—. El sentimiento universal... es que el Gobierno no puede asegurar ya la tranquilidad ni los bienes de los habitantes del East End, y en su consecuencia, la gente respetable teme salir de compras, privando con ello a los comerciantes de sus medios de vida.*

La caída de la noche no mermó la muchedumbre reunida en los lugares macabros,

como buitres al acecho. En la calle Berner, una mujer realizó un buen negocio vendiendo estoques y pregonando:

—¡Un estoque por seis peniques! ¡Para defenderse!

En la plaza Mitre, el cordón de la Policía fue retirado a medianoche, pero la multitud no abandonó el lugar, según el *Star*. A continuación reproduzco la versión de dicho periódico respecto a aquella hora:

*Un judío les estaba explicando a media docena de mujeres la posición que había ocupado el cadáver, indicando unos charquitos como manchas de sangre, cuando el bebé de una de las mujeres empezó a llorar. La madre, cariñosa con su retoño, le hizo asomar la cabecita por el embozo de sus pañales, y se adelantó un paso.*

*«¿Quieres ver la sangre, corazón de tu madre? Allí está. Mírala bien, mi pequeño. Tal como van las cosas, seguramente verás mucha más».*

*Lo cual tranquilizó al niño, que se calló inmediatamente.*

Al día siguiente, lunes, Michael Kidney se dirigió al depósito del distrito para identificar el cadáver de la calle Berner como Elizabeth Stride. El portuario irlandés, que parecía agobiado por el dolor, le dijo a la Policía que no había visto a Liz *la Larga* desde el martes 25 de septiembre.

—Era la bebida lo que la apartaba de mi lado —declaró.

Otro visitante al depósito de la calle Berner fue el doctor Thomas Barnardo, con quien ya hemos trabado conocimiento anteriormente. Reconoció al instante los mutilados rasgos de la Stride, tendida en la losa, como los de la mujer embriagada que había visto cuatro días antes en el albergue del número 32 de la calle Flowery Dean. Y al contemplar aquellos macabros restos recordó las proféticas palabras: «Tal vez una de nosotras será la próxima víctima...».

### 3

Espoleado por las críticas de su administración, el general Sir Charles Warren lanzó una gran ofensiva, destinada a impedir que Jack el Destripador cometiese más atrocidades, si no podía capturársele. Para empezar, llamó a Londres al jefe de la División de la Investigación Criminal de Scotland Yard, Robert Anderson. No fue solo Warren el que observó la ausencia en la investigación de quien se suponía encargado de la misma. El *Pall Mall Gazette* publicó:

*El jefe responsable de la investigación de los asesinatos resulta tan invisible para los londinenses como el mismo asesino. Si se busca al doctor*

*Anderson en Scotland Yard, o en Whitechapel Place, no se le encuentra. El doctor Anderson, que aún tiene que hacerse cargo de sus obligaciones, está pasando su aprendizaje en Suiza.*

Cuando llegó a Londres, el lunes 1° de octubre, Anderson se encerró inmediatamente con el secretario del Interior, quien le manifestó:

—Nosotros le entregamos a usted la responsabilidad de capturar al asesino.

Pero Anderson, sagazmente, replicó:

—Acepto la responsabilidad de acudir a todos los medios legítimos para encontrarle.

Lo cual significaba una gran enmienda a las palabras del secretario.

A continuación, Warren asignó siete oficiales superiores a la investigación del Destripador, con la orden de enviar a todos los policías fuera de servicio al East End para reforzar a los quinientos cuarenta y seis agentes, veintinueve inspectores y cuarenta y cuatro sargentos, agregados ya a la División H de Whitechapel. Esto, claro, además de la Policía de la City y los detectives que habían tomado cartas en el asunto, habida cuenta de que el asesinato de Catherine Eddowes había tenido lugar en aquel distrito.

Por desdicha, la ofensiva de Warren se vino abajo casi antes de empezar. Se frustró por la hostilidad con que cualquier investigación policíaca era mirada en el East End.

—Es muy intenso el odio de un vendedor hacia un «poli» —observó Mayhew, añadiendo—: Estoy seguro de que en una revuelta, cada vendedor se abalanzaría sobre un policía.

No obstante esto, los «polis» persistieron en su incesante búsqueda casa por casa de la zona de Spitalfields, que duró aproximadamente tres semanas, durante las cuales interrogaron a casi todos los residentes en aquella zona, tan llena de albergues. También distribuyeron unos folletos titulados *Aviso de la Policía al ocupante*, apremiando a los que *conozcan a alguien sospechoso* a comunicarlo al instante a la comisaría más próxima.

La vaga redacción del folleto sirvió de poco, ya que ¿cuál era el huésped de un albergue que no sospechase de su compañero? Lo que se consiguió fue desatar muchos rumores y cuchicheos que perturbaron la investigación en vez de ayudarla. En un mes, Scotland Yard recibió más de mil cuatrocientas cartas en respuesta al llamamiento, según *The Times*, que añade que *aunque se halló que la mayor parte de tales comunicados eran triviales e incluso ridículos, todos fueron comprobados*.

Como si la tarea de los policías no fuese ya bastante complicada, Michael Kidney, el irlandés con el que *Liz la Larga* había pasado los últimos años de su vida, entró en la comisaría de la calle Leman, a la noche siguiente de haber reconocido el cadáver. Estaba completamente borracho. Llevaba las ropas destrozadas y el rostro magullado y manchado de lágrimas, como si hubiese sostenido varios pugilatos en una taberna,



pero se hallaba revestido de la dignidad del gladiador que acaba de ser atacado por los leones. Asiendo al sargento de servicio por las solapas, el irlandés pronunció una de las frases más extrañas, indicadoras de un intenso dolor:

—Si hubiesen asesinado a Liz *la Larga* en mi distrito, yo ya me habría matado.

#### 4

El *coroner* Wynne E. Baxter fue también quien presidió la encuesta por la muerte de Elizabeth Stride, en la calle Cable. Frederick W. Blackwell, cirujano agregado al Hospital de Londres, informó con respecto a la autopsia, realizada a las tres de la tarde del lunes 1° de octubre. Afirmó que cuando llegó a la calle Berner, a la una y diez minutos de la madrugada, el cuerpo de la difunta todavía no se había enfriado; el cuello y el pecho aún se hallaban calientes, así como la cara y las piernas. La mano derecha descansaba sobre el pecho, hallándose parcialmente manchada de sangre. La izquierda estaba cerrada parcialmente, apretando un paquetito que contenía unos cachús envueltos en papel de seda.

Blackwell declaró que la muerte sobrevino por hemorragia de la carótida izquierda. La incisión del cuello empezaba en el lado izquierdo, a unos siete centímetros por debajo del ángulo de la mandíbula, cortando en dos la tráquea y terminando en el lado derecho, pero sin haber seccionado la carótida de este lado.

—Soy de la opinión —continuó expresándose— de que el asesino asió a su víctima por detrás, tirando del chal que la muerta llevaba en torno al cuello, con lo que empujó a la desdichada hacia atrás. Pero no puedo decir si le cortó la garganta mientras la mujer aún estaba de pie o era empujada.

George B. Phillips, que había ayudado a Blackwell, testificó que la descomposición de la piel ya había empezado cuando se realizó la autopsia, apareciendo manchas de color pardo en la superficie anterior de la barbilla izquierda. La autopsia reveló adhesiones pulmonares en la pared del pecho, indicando un caso de tuberculosis. Ambos pulmones se hallaban extraordinariamente pálidos. Asimismo, la pierna derecha estaba ligeramente deformada como resultado de una fractura anterior. El estómago era grande y en la hora de la muerte contenía restos de comida parcialmente digerida, consistente en queso, patatas y polvo farináceo. No había rastro de drogas en el estómago. (Algunas personas opinaban que el Destripador drogaba a sus víctimas antes de cortarles la garganta).

La encuesta de la Stride no estuvo exenta de sorpresas. Primero, hubo el testimonio concerniente a un cuchillo hallado en la ronda Whitechapel. El arma tenía de veinticinco a treinta centímetros de longitud, en forma de daga, afilado por un lado y manchado con sangre seca. En torno al mango había un pañuelo doblado y retorcido. El pañuelo también estaba manchado de sangre. Fue encontrado en el

umbral del número 252 de la ronda Whitechapel por Thomas Coran, empleado de un almacén de cocos, que regresaba a su casa después de haber visitado a unos amigos, a las doce y media de la noche del lunes, 1° de octubre. Coran no tocó el cuchillo, sino que llamó a un policía que pasaba por allí. Fue examinado por los doctores Phillips y Blackwell, los cuales al principio opinaron que el cuchillo era demasiado romo para haber sido el arma de los asesinatos, aunque las heridas podían muy bien haber sido infligidas con aquel cuchillo, admitieron después ante el *coroner*.

Pero aún más importante que este descubrimiento fue el hecho de haber sido vista Liz *la Larga* hablando con un individuo poco antes de su muerte, por tres testigos que declararon voluntariamente lo que sabían. Sus descripciones del sujeto variaban, pero todos identificaron positivamente a la Stride.

El primero fue William Marshall, un obrero del número 64 de la calle Berner, quien afirmó haber visto a la Stride hablando con un hombre, a las doce y cuarenta y cinco de la noche del sábado. La pareja estaba tres portales más abajo del sitio donde él se hallaba.

—¿Está seguro con respecto a la mujer? —le preguntó el *coroner*.

—Sí, lo estoy —replicó Marshall—. No presté mucha atención en ellos. Yo estaba junto a mi puerta, pero me fijé en que él la besaba. Y oí cómo le decía: «No digas más que tus oraciones». El hombre hablaba en voz baja y parecía ser persona educada. Pero no había ningún farol cerca, por lo que no pude verle la cara.

Presionado para una descripción más detallada del hombre, Marshall aseguró que le había parecido de mediana edad, de cerca de un metro setenta de estatura, más bien corpulento, y con una levita negra. También le había parecido observar que iba recién afeitado.

—Estaba vestido decentemente y parecía un empleado de oficina. Llevaba guantes, pero ningún bastón ni nada semejante.

El policía William Smith, placa 452, cuya ronda incluía la calle Berner, prestó declaración. Pasaba por la calle Berner a las doce y treinta y cinco de la noche cuando vio a la Stride hablando con un hombre. Éste era de estatura media, de unos veintiocho años de edad, bien afeitado y de aspecto respetable. Llevaba una levita oscura, un sombrero de fieltro también oscuro y un paquete hecho con periódicos que medía unos veinticinco centímetros de longitud. (Esta descripción era tan clara que circuló inmediatamente por Scotland Yard). Cuando Smith vio más tarde a la difunta tendida en medio de un charco de sangre, la reconoció al punto, informando a sus superiores.

La Stride y su amigo todavía fueron vistos juntos más tarde, exactamente a las doce y cuarenta y cinco, o sea, poco menos de un cuarto de hora antes de la muerte de la mujer. James Brown se dirigía a cenar a su casa a aquella hora cuando observó a la pareja junto a un muro de la calle Fairclough, que cruza a la calle Berner muy cerca del lugar del crimen.

—Cuando pasé por su lado oí que decía la mujer: «No, esta noche, no, otra vez»

—declaró Brown—, lo cual hizo que me volviese a mirarles. El hombre tenía un brazo levantado y apoyado en la pared, y la mujer estaba de espaldas a la misma, mirándole. Él llevaba una levita muy larga, pero no puedo decir nada respecto al sombrero, ya que el sitio donde estaban ambos era muy oscuro. El hombre medía aproximadamente un metro setenta. Me pareció algo corpulento. Tanto él como ella parecían hallarse serenos.

El testigo añadió que aún no había terminado de cenar cuando oyó gritar: «¡Un crimen! ¡Policía!».

—Esto fue un cuarto de hora después de haber entrado en mi casa —concluyó.

## 5

Tal como era de esperar en un caso tan sensacional, el grupo psíquico no dejó de ofrecer su colaboración a la Policía. En Cardiff, una médium descrita como «una dama respetable de cierta edad», le manifestó a la Policía que había conseguido comunicarse con el fantasma de Elizabeth Stride durante una sesión celebrada el 6 de octubre, a la que asistieron otras cinco personas. El fantasma de Liz *la Larga* no sólo le había dado el nombre de su asesino, de mediana edad, sino su dirección en la ronda Comercial, afirmando que era miembro de una banda de doce asesinos. Pero el Destripador también era un granjero, según otro médium, esta vez de Bolton, el cual explicó que llevaba bigote negro y unas cicatrices detrás de las orejas. Lo atraparían cuando fuese a cometer otro asesinato, predijo el médium.

Los estudiantes de la magia negra no tardaron en proclamar que el Destripador era uno de los suyos. El maestro de su logia le había ordenado matar a siete mujeres de tal forma y en tales sitios que sus cuerpos formasen una «cruz de siete puntas», con la cabeza de la cruz hacia Occidente. Un ocultista declaró que si se trazaba una línea sobre un plano de Whitechapel que enlazase los lugares donde habían tenido lugar los distintos crímenes, aparecería el dibujo de una daga. Siguiendo la dirección hacia la que apuntaba el arma, la Policía podría anticipar la ubicación del próximo asesinato.

La especulación se tornó tan intensa que *Light*, que era una revista de investigación psíquica, ocultista y mística, creyó necesario dar la voz de alarma.

*De nada bueno puede servir la discusión de los odiosos crímenes perpetrados últimamente. —Y añadía en su artículo—: Además, todo clarividente que ofrezca su ayuda a la Policía corre el riesgo de verse encarcelado.*

El más extraordinario de los médiums atraídos por el caso de Jack el Destripador,

fue sin disputa el doctor Robert James Lees, autor de *Un novio astral*, *El carro de Febo*, *La existencia del Elíseo*, etcétera, el cual dirigía un centro espiritualista en Peckham, habiendo sido consultado frecuentemente por la reina Victoria. Lees y su fama llegaron a oídos de Su Majestad en el año 1860, después de haber estado aquél en comunicación con el príncipe consorte en el mundo de los espíritus. El médium, que a la sazón era un adolescente, fue convocado rápidamente al castillo de Windsor, donde celebró sesiones.

Era un *joven pálido, de ojos oscuros y amplia frente de intelectual*, según un escrito.<sup>[25]</sup> También poseía un carácter retraído, ansioso de eludir la publicidad. Estas cualidades, por lo visto, sedujeron a la reina Victoria, ya que le rogó «si podía celebrar constantemente sesiones con ella». Lees, lamentándolo, declinó la oferta afirmando que «su guía espiritual no se lo permitía».

Lees, que falleció en 1931, a la edad de ochenta y un años, no mostró la menor reticencia en afirmar que había perseguido a Jack el Destripador en la Tierra. En realidad, se tomó tanto interés por sus crímenes que resultó ser una molestia para Scotland Yard. Su primer contacto con esta institución tuvo lugar a raíz de la muerte de Annie Chapman, cuyo asesino afirmó haber visto en sueños, soñando asimismo que él, el doctor Lees, sería el instrumento que «interrumpiría la cadena de crímenes». Cuando se despertó a la mañana siguiente, halló su sueño escrito en un cuadernito junto a la cabecera de su cama, aunque no recordaba haberlo escrito.

Su segunda expresión mística ocurrió varios meses más tarde en el interior de un autobús que iba a Notting Hill Gate, cuando al levantar la mirada vio al hombre que había soñado en calidad de Jack el Destripador, que se disponía a saltar del vehículo. Sin vacilar, el doctor Lees le imitó y le siguió hasta la puerta de una mansión del West End, que ostentaba la placa de un distinguido médico. Maurice Barbanell, editor de *Mundo psíquico*, relató así el suceso:

*La Policía halló las pruebas de que este médico, que llevaba una existencia de «doctor Jekyll» y «Mr. Hyde», era el responsable de los crímenes del Destripador. El médico fue internado en un manicomio particular de Islington, donde simplemente era conocido como el número 124. Para dar cuenta de la desaparición del doctor se efectuó un entierro fingido, con un ataúd vacío que se colocó en la tumba de la familia. Como reconocimiento a sus servicios a las autoridades por haber solucionado el misterio, Lees recibió una pensión de la Bolsa Privada durante muchos años.*

Ocioso resulta añadir que no existen pruebas de que dicha Bolsa pagase tal pensión.

Después de los espiritualistas, los ocultistas, los estudiantes de la magia negra, vinieron los transformistas, con sus esfuerzos por atrapar al asesino. La caza del Destripador parece haber sacado de sus casillas a muchos hombres normales, que sintieron el deseo de disfrazarse de mujer para capturarlo<sup>[26]</sup>.

Aunque Scotland Yard pareció negar la existencia de tales disfraces, se sabe al menos la existencia de un detective usado como señuelo contra el Destripador.

Fue el sargento Robinson, de la División G, de Clerkenwell, quien, tocado con un velo y con enaguas y falda, se situó en la plaza Fénix, en San Pancraccio, después de la medianoche del 9 de octubre. Iba acompañado por el sargento Mather, con traje de hombre, y los dos mantuvieron su vigilancia hacia un sujeto que cortejaba a una mujer en un portal a oscuras, «de manera altamente sospechosa».

Esto habría pasado completamente inadvertido a no haber sido los dos detectives confundidos con unos *voyeurs* por un lavacoches llamado William Jarvis, quien pasó por aquel lugar.

—Vigilando para asaltar alguna casa, ¿eh? —les preguntó a los dos sargentos.

Pero Robinson, ni corto ni perezoso, se quitó el velo, descubriendo su masculinidad.

—Conque un maldito espía, ¿no?

Y así diciendo, Jarvis le asestó un fuerte puñetazo en un ojo.

Otro de los que se disfrazaron de mujer fue un joven periodista que vivía en Bow. Aunque paseó su indumentaria por la ronda Whitechapel, no tuvo suerte hasta que su porte masculino atrajo la atención del policía Ludwig.

—¡Eh, un momento! —le gritó el agente, deteniendo al periodista—. Eres un hombre, ¿verdad?

El impostor admitió que así era, por lo que el policía inquirió:

—¿Eres uno de los nuestros?

—No sé qué quiere decir —replicó el joven—, pero no soy ningún polizante, si a esto se refiere.

El periodista tardó dos horas en conseguir que le soltasen en la comisaría de la calle Leman, donde comprobaron meticulosamente su personalidad.

Mientras tanto, un reportero del *Daily News* le hizo una sugerencia a un inspector de policía, que a primera vista parecía excelente. ¿No podía haber utilizado el Destripador las cloacas para escapar?

—¿Ha bajado usted alguna vez a una cloaca? —le preguntó el inspector.

Y cuando el periodista contestó afirmativamente, el otro continuó:

—Entonces, ya conoce las dificultades de volver a subir. El asesino necesitaría una llave para entrar, a fin de poder, además, volver a cerrar la tapa de hierro a sus espaldas, pero después, ni siquiera con una llave podría volver a salir, pues en tal caso

lo más probable era que fuese observado por alguien. No, es más seguro que huya por las callejuelas.

7

El *Evening News* descubrió a un nuevo testigo que juró que había visto a Elizabeth Stride con un hombre inmediatamente antes de su muerte. Era Mathew Packer, un tendero del número 44 de la calle Berner, unas cuantas puertas más allá del Club Educativo Internacional de Obreros. Alrededor de las once y cuarenta y cinco de la noche del sábado, una mujer a la que identificó como la Stride, habíase acercado al escaparate de la tienda con un hombre de mediana edad, robusto. (La tienda era tan diminuta que las ventas se efectuaban a través del escaparate donde se exhibía la fruta).

—¿Cuánto valen estas uvas? —le había preguntado el hombre.

El tendero respondió que las negras a seis peniques, y las verdes a cuatro la libra.

—Bien, entonces pónganos media libra de negras —le ordenó el comprador.

Ya con las uvas en su poder, la pareja cruzó la calzada y se pararon en la acera, casi enfrente de la tienda, donde permanecieron más de media hora.

—Me fijé porque la noche era húmeda —le contó Packer al periodista del *Evening News*—. Le dije a mi mujer: «¡Vaya bobos, estarse ahí parados en medio de la lluvia...!»». Por fin, volvieron a cruzar la calzada y se detuvieron delante del club, como si escuchasen la música que surgía del interior. Por fin les perdí de vista. Eran las doce y diez o quince minutos, y tuve que cerrar la tienda. Supe la hora porque las tabernas ya habían cerrado.

Packer dijo que la noche era muy oscura y que no había habido otra luz que la del quinqué de petróleo de su tienda, pero sostuvo que la pareja había estado delante de su escaparate el tiempo suficiente para verles bien las caras a la pareja. Describió al hombre que había acompañado a la Stride como de mediana edad, tal vez treinta y cinco años, un metro setenta de estatura, robusto, de complexión cuadrada, con un sombrero bastante ancho, aspecto de empleado, voz ronca y una forma de hablar muy cortada. Para probar su veracidad, la Policía le enseñó primero el cadáver de Catherine Eddowes, a la que no reconoció, y en cambio identificó rápidamente a la Stride cuando vio sus restos.

El significado del relato de Packer reside en el hecho de que un racimo de uvas fue hallado cerca del cadáver de la Stride, aunque tal vez no tuviera conexión con ella, siendo arrojado a la calle por un transeúnte. (La señora Rosenfield, del 14 de la calle Berner, declaró que a primera hora de la mañana del domingo pasó por el sitio donde habían hallado el cuerpo de la Stride y observó un racimo de uvas manchado de sangre. Esto fue corroborado por su hermana, Eva Harstein).

El racimo de uvas se convirtió en una leyenda del East End, por lo que más de setenta años después de los crímenes del Destripador pude escuchar en Stepney a la señora Annie Tapper afirmar que, de niña, ella había vendido las uvas. (Eran de la clase «Almiras», verdes). El comprador había sido Jack el Destripador. Annie solía atender la frutería mientras Packer y su esposa (no podía decir si era de veras su esposa o no) estaban cenando. Estaba, pues, trabajando aquella noche del 29 de septiembre de 1888, cuando entró en la tienda un desconocido, con barba, el cual compró una libra de uvas, dándole a Annie como propina el cambio de seis peniques.

—Parecía que fuese ataviado para una boda —recordó la señora Tapper.

No tengo la menor duda de que así es como lo recordaba dicha anciana, aunque otra cosa es poder afirmar cómo este recuerdo concuerda con lo ocurrido setenta años atrás. Lo que me interesó fue lo de la propina.

—Me compré un repollo y patatas fritas y me senté a comerlas —me explicó, haciéndosele la boca agua—. En aquella época pensaba que en el cielo no podían existir tantas delicias.

# X

## El estigma del East End

### 1

Mientras tanto, el cuerpo de la víctima de la plaza Mitre yacía frío y rígido en el depósito de Golden Lane; pero el martes, 2 de octubre, un mozo de mercado llamado John Kelly, fue a reclamarlo. Kelly le entregó a la Policía una detallada descripción de las ropas de la víctima, mencionando un agujero de un zapato que él mismo había remendado con un pedazo de suela. Le mostraron el cadáver, que por aquel entonces ya había sido amortajado por el cirujano, después de efectuada la autopsia y sin vacilación identificó a la muerta como Catherine Eddowes, alias Kate Conway, alias Kate Kelly, de cuarenta años, la mujer con la que él había vivido siete años.

Kelly, pálido y aturdido por el pesar, contempló largamente aquellos restos y luego se acercó a la mesa donde reposaban las ropas y, con hábiles dedos, palpó el reborde interior del gorrito de paja negro con cuentas de adorno.

—Ahí es donde guardaba el dinero —explicó a la Policía.

Sin embargo, no halló nada.

El mozo de mercado contó a la Policía todo cuanto sabía de la vida de Kate Eddowes. Había nacido en los Midlands, hija de un hojalatero, pero la familia no tardó en trasladarse a Londres, y Kate fue educada en una escuela de la caridad. A los diecinueve años huyó con un soldado llamado Thomas Conway, cuyas iniciales llevaba ella tatuadas en el antebrazo. Había vivido con Conway durante doce años, habiendo tenido tres hijos. No, no se habían casado, al menos que supiera Kelly, aunque a la joven la llamara todo el mundo la señora Kate Conway.

Kelly no sabía de qué manera Kate había descendido hasta la bajeza de Spitalfields, pero debió ser como una pesadilla a juzgar por el estado de la mujer en el momento de su muerte. La autopsia reveló que el cuerpo se hallaba tan consumido por la enfermedad de Bright que no habría sobrevivido muchos años. El alcoholismo, añadido a aquel mal, hacía que Kate aparentase diez años más de los que en realidad tenía.

A pesar del carácter grave de su enfermedad, los Eddowes habían ido a trabajar como segadores a principios de septiembre de aquel mismo año, cerca de Maidstone, en Kent, a fin de ganar unos cuantos chelines. Walter Besant, en su East de Londres, pinta un cuadro idílico de los recolectores:

*Los recolectores vuelven a sus casas con los bolsillos llenos de dinero; llegan a la comarca con las mejillas hundidas y regresan con el rostro sano y*



*rojizo, y la tez y las manos quemadas por el sol.*

Como prueba del bienestar financiero de los recolectores, Besant cuenta que *al regresar a Londres, los recolectores se desprenden de sus botas viejas y adquieren uvas nuevas.*

Esto no concuerda con los hechos que Jack London, el autor americano, halló cuando estuvo trabajando como segador en Kent, a fin de comprobar las condiciones de tal clase de vida personalmente. London describe a los reclutados como *un ejército de fantasmas... que arrastran sus escuálidos cuerpos por las carreteras y caminos como un espantoso engendro del subsuelo.*

*A los segadores, añadió, se les pagaba un chelín por siete cargas de lúpulo, pero ni siquiera el más listo podía esperar ganar más de quince chelines por un mes de labor. En los veranos malos, como el de 1888, cuando la cosecha había sido escasa, el asilo de Dower estaba atestado de recolectores que ni siquiera podían pagarse el viaje de vuelta a Londres.* El autor americano sólo resistió unos días.

## 2

De manera irónica, no fue el poco sueldo, sino la perspectiva de un súbito enriquecimiento, lo que animó a los Eddowes a abandonar la recolección y regresar a Londres el jueves, 27 de septiembre, según Kelly. Iban tras la recompensa ofrecida por la información concerniente a Jack el Destripador. Kate Eddowes estaba segura de conocer al monstruo de vista.

—Creo saber quién es —le confió a su amante, sin darse cuenta de que con ello firmaba su sentencia de muerte.

Ésta fue la versión dada por Kelly.

Tras haber llegado a Londres, la pareja, con lo que les sobró del importe del viaje, procedió a emborracharse con ginebra y a alojarse una noche en el albergue del número 55 de la calle Flowery Dean. Lejos de desprenderse de sus zapatos viejos en plena euforia financiera, como con optimismo describió Besant, Kelly le entregó sus zapatos a Kate para que los empeñase al día siguiente por media corona, y él permaneció descalzo delante de la tienda del prestamista mientras ella realizaba la transacción.

La media corona se transformó en seis peniques gracias a las libaciones de ginebra, y la pareja se separó la noche del viernes.

—Toma cuatro peniques y vete al albergue de Flowery Dean —le dijo la Eddowes a Kelly—. Yo probaré suerte, en Mile End.

Éste pareció un buen arreglo, ya que de haberse ido Kelly, un hombre en buen estado físico, al asilo de Mile End, habría podido trabajar, picando piedra o

acarreando grandes cubos de granito, como pago por una noche de alojamiento.

Al día siguiente, sábado, 29 de septiembre, la pareja llegó al final de su camino en conjunción. Vagaron por las calles toda la mañana buscando los más raros trabajos, aunque inútilmente. Tal vez fuese su desastrada apariencia la que asustaba a la gente, o sus ojos enrojecidos por las continuas libaciones. Sea como sea, nadie los empleó ni aun para los menesteres más bajos.

Por fin, a las dos de la tarde, decidieron separarse, yéndose la Eddowes a Bermondsey a pedirle dinero prestado a su hija Annie, mientras Kelly decidía probar suerte por su parte. Se detuvieron por última vez, helados y hambrientos, en una esquina, demasiado entristecidos para mirarse a los ojos.

—Ten cuidado con Jack —la advirtió él cuando la dejó, tratando de bromear.

—No temas por mí —replicó ella—. Sé cuidarme sola.

Y aquélla fue la última vez que Kelly la vio con vida.

Nada se sabe de las seis horas siguientes de la vida de la Eddowes. Se ignora si se dirigió a Bermondsey a ver a su hija, de la que nada había sabido en dos años, o si atrapó a otro hombre inmediatamente de separarse de Kelly. Lo que sí se sabe es que a las ocho de la noche fue arrestada por dos policías de la City por embriaguez y conducta desordenada. La mujer había estado en medio de la calle, imitando a un coche de bomberos. En la comisaría de Bishopsgate dijo llamarse Mary Ann Kelly, residente en la calle Fashion, número 6.

La Eddowes fue vista por un tipo que se alojaba en el número 55 de la calle Flowery Dean, custodiada por los dos agentes, camino de la comisaría, y fue dicho individuo quien avisó a Kelly. Por tanto, cuando la Eddowes no volvió al lado de Kelly el domingo por la mañana, éste pensó que todavía estaba encerrada. Aquel domingo por la tarde estuvo en la plaza Mitre, confundido con los curiosos, sin soñar en que aquella tragedia le afectaba personalmente. No fue hasta leer los artículos publicados el martes respecto a las dos papeletas de empeño halladas cerca del cuerpo de la víctima que sospechó la terrible verdad. Entonces corrió a la Policía.

### 3

Además de destituir a Sir Charles Warren como comisario de Policía, el Gobierno podía haber adoptado otra medida para aumentar las probabilidades de capturar a Jack el Destripador. Ofrecer una recompensa cuantiosa por toda información que condujese a su arresto. Pero el Gobierno se negó obstinadamente a ello, a pesar de que lo apremiaron en tal sentido diversas agencias, como el *Daily Telegraph* y también los presidentes de las encuestas de Polly Nicholls y Annie Chapman.

Samuel Montagu, el miembro del Parlamentario de la División de Whitechapel, ofreció cien libras para tal recompensa, a las que Henry White, magistrado de

Middlesex, añadió cincuenta más. Pero el Gobierno hizo oídos sordos.

—La práctica de ofrecer recompensas para el descubrimiento de criminales — declaró un secretario del Ministerio del Interior— se abandonó hace unos años porque la experiencia demostró que tales recompensas producían más perjuicios que beneficios.

Esto no era estrictamente cierto, ya que seis años antes se había ofrecido una recompensa de diez mil libras, de parte del Lord teniente Irlanda, en nombre del Gobierno de Su Majestad, por la información conducente a la condena de los asesinos de Lord Frederick Cavendish y Thomas Henry Burke. El primero fue apuñalado el 6 de mayo de 1882 mientras paseaba por el parque Fénix, de Dublín, junto con Burke, que era la víctima elegida previamente por los asesinos. El hecho de que Lord Cavendish perteneciese a la poderosa casa de Devonshire, hermano del marqués de Hartington, así como sobrino de Gladstone, tuvo mucho que ver con la decisión gubernamental de ofrecer una recompensa. Lo cierto es que no se perdió tiempo en ello.<sup>[27]</sup>

A diferencia de los asesinatos del parque Fénix con los de Whitechapel, George Lusk, del Comité de Vigilantes del distrito indicó en una carta a *The Times* que una oferta generosa convencería a los pobres y humildes residentes del East End de que las autoridades se hallan ansiosas de vengar la sangre de las desdichadas víctimas, como tal fue el caso cuando los asesinatos de Lord Cavendish y Mr. Burke. Pero el Ministerio del Interior no aceptó la sugerencia.

Pero con el asesinato de la plaza Mitre la cuestión de la recompensa se convirtió en un asunto político cargado de dinamita. Por el simple hecho de haber perpetrado uno de sus crímenes en el umbral de la City, Jack el Destripador había promovido un alboroto. Los oficiales de la City no se hallaban sujetos al Ministerio del Interior en muchos aspectos. En cambio, sí colaboraban con dicho Ministerio en la investigación de los crímenes del Destripador, como se puso de evidencia cuando el mayor Henry Smith, el comisario de Policía de la City, chocó con Sir Charles Warren con respecto al escrito de la pared.

El Lord Mayor de Londres procedió a ampliar las disensiones ofreciendo por cuenta de la Corporación de la City quinientas libras de recompensa por «toda información que conduzca al descubrimiento y condena del asesino de asesinos». Como si hubiesen estado esperando aquella ocasión, varias organizaciones e individuos se apresuraron a elevar la cifra de tal recompensa. El batallón Tower Hamlets de los Ingenieros Reales, por ejemplo, no sólo añadió otras cien libras, sino que cedió cincuenta hombres «bien para la protección del público, bien para la captura del criminal», según el coronel Sir Alfred Kirby, comandante del batallón.

La oferta del Lord Mayor les planteó un cruel dilema a los comerciantes y banqueros de la City, que eran «Tories» por convicción. Por una parte, éstos no querían hacer nada que pudiera disgustar al Gobierno; por otra, se hallaban enfurruñados con el Gobierno por la negativa de éste a dar ninguna recompensa. Por

tanto, llegaron a un compromiso. La cantidad de trescientas libras, entregadas por varios donantes de la City fue enviada al secretario del Interior con la petición de que fuese considerada como una «recompensa del Gobierno». Pero el talón de trescientas libras debió quemarle los dedos al secretario, ya que fue devuelto por correo.

*Tengo que darles las gracias —escribió un empleado del Ministerio, acompañando la nota al talón— a todos los caballeros cuyos nombres firman la recompensa, por la liberalidad de la misma, pero el señor Matthews lamenta mucho no poder aceptarla.*

Tal vez fuese el olor del dinero, aunque seguramente hubo motivos más puros, pero los representantes de varios sindicatos portuarios se ofrecieron a formar un Comité de Patrulla y Vigilancia de Portuarios «para ayudar a la Policía en sus actuales y arduos problemas». Un grupo de trabajadores del puerto se reunió en la taberna «Las Tres Monjas», en Aldgate. Estibadores, descargadores, pintores de barcos, maquinistas..., tales fueron los hombres que paralizaron la vida comercial de la City un año más tarde con la huelga de los muelles en 1889.

Casi lo primero que hizo el comité fue abordar al *Financial News* con la solicitud de que apadrinase con ciento cincuenta libras su labor patrullera. Hay que imaginarse la expresión de estupefacción del editor, cuando la delegación presidida por Thomas H. Kelly, de la Sociedad de Obreros del Puerto, cayó sobre él. Sería grato imaginárselos ataviados con los trajes de ceremonial de la época, pero la realidad es que iban vestidos simplemente con sus trajes dominicales, en tanto sus poderosos músculos amenazaban romper las costuras.

Como presidente, Kelly expuso el motivo de su visita.

—Nos proponemos situar a setenta obreros adiestrados en las calles de Whitechapel desde las diez de la noche a las siete de la mañana —declaró—. Hombres que conocen la zona de cabo a rabo. Setenta hombres, llenos de valor y coraje, podrán sin duda capturar a este malvado.

Naturalmente, el comité necesitaba dinero para sufragar sus gastos. Los obreros no podían vagar de noche por las calles sin poder tomarse una taza de té y un buñuelo. El editor, a su vez, les explicó que las trescientas libras que la City le había entregado tenían una finalidad específica: ofrecer una recompensa en nombre del Gobierno. Sin embargo, le encantaría abrir una suscripción de ciento cincuenta libras, y para encabezarla, él pondría veinticinco libras de su propio bolsillo.

Se ignora si dicha suma fue reunida por el *Financial News*. Tampoco se sabe nada más del Comité de Patrulla y Vigilancia Portuaria. Tanto si se sintieron desanimados por la falta de apoyo financiero o por el aire frío de la noche, lo cierto es que desaparecieron de la escena.

Aunque la iniciativa de formar comités partió en realidad de los hombres del East End, fueron las mujeres quienes sintieron la tragedia con más intensidad. Así, en la bandeja de su desayuno, una mañana de octubre, la reina Victoria recibió una petición firmada por cuatro mil mujeres de Whitechapel (las firmas habían sido recogidas en tres días). La petición, dirigida a «Nuestra Más Graciosa Soberana», era un auténtico documento social de la época, pío, servil, aunque con cierto destello de subterránea rebeldía.

*Señora:*

*Nosotras, las mujeres del East de Londres, sentimos horror ante los terribles pecados cometidos en nuestro ambiente, y dolor por la vergüenza que ha caído sobre nuestro distrito. Gracias a los hechos detallados en las encuestas, hemos sabido muchos datos acerca de las vidas de nuestras hermanas que han abandonado el camino del bien, viviendo en la degradación.*

*Y aunque cada una de nosotras haremos cuanto podamos para que nuestros maridos comprendan el horror de los pecados de impureza que provocan tales existencias de maldad, le suplicamos a Su Majestad que inste a sus servidores para que apliquen la ley, cerrando las casas de mala nota, cuyos muros tanta ruindad encierran, y en donde los hombres y las mujeres pierden sus cuerpos y sus almas.*

*Somos, Señora, sus más humildes servidoras.*

La solicitud era obra de Henrietta Barnett, esposa del reverendo Samuel A. Barnett, de «Toynbee Hall», lo cual explica su tono piadoso. Y el dolor y la vergüenza sentidos por aquellas mujeres firmantes de la misiva eran auténticos. Whitechapel estaba adquiriendo una notoriedad hartamente desagradable, gracias a los crímenes de Jack el Destripador.

En 1888, el East End todavía no se había transformado en la agradable zona de un millón de *cabarets*. En 1888, el East End era *terra incognita* para la gente de Belgravia y Knightsbridge, que jamás habían llegado más lejos del Banco de Inglaterra, situado en la calle Threadneedle, del East End.<sup>[28]</sup>

Para dicha gente, los habitantes del East End, lejos de ser encantadores, eran salvajes y dignos de ser temidos. «Yo he visto a los salvajes de la Polinesia en su primitiva condición... No lo son tanto, ni tan sucios, ni tan crueles como los inquilinos del East de Londres», declaró Thomas Huxley.

Los asesinatos del Destripador añadieron la última gota que hizo rebosar el vaso de la mala reputación del East End, por lo que los habitantes de esta zona se apresuraron a expresar su resentimiento ante aquella publicidad tan poco deseada.

—Nosotros, los del East End, no somos tan negros como se nos pinta —dijo el

reverendo J. Farnsworth en una reunión celebrada en la capilla Unitariana, de Spitalfields—. Nos quejamos de los ultrajes cometidos en Whitechapel. El asesino, ciertamente, no pertenece a nuestra comunidad.

Lo más notable respecto a esta reunión, que terminó expresando «muy poca confianza en la actual actuación de la Policía», fue la enorme asistencia de mujeres del East End, que ordinariamente dejaban la política en manos de los hombres.

La solicitud de las mujeres de Whitechapel, con sus cuatro mil firmas, tuvo una interesante secuela. «Toynbee Hall» había intentado pasar la solicitud de contrabando a la reina Victoria. En realidad, era Leonard Courtney, cuñado de Beatrice Webb, el cual era un liberal de gran influencia, quien se había hecho cargo de esta tarea.

*Su Majestad se ha sentido graciosamente complacida de recibir esta solicitud* — escribió un subsecretario del Interior, a guisa de acuse de recibo. Pero la reina Victoria no permitió que el asunto se zanjase así. Había estado siendo informada de los crímenes de Whitechapel por Charles Ritchie, el miembro parlamentario de la División de las Torres Hamlets, del East de Londres. Y fue por mediación de Ritchie que la reina contestó al reverendo Barnett.

«La respuesta que la señora Barnett recibirá será oficial, no de la reina, por lo que será muy seca —explicó Ritchie al reverendo—. Debido a esto, la reina me ha hablado, deseosa de hacerme saber cuánta simpatía experimenta hacia todos los interesados en este caso».

## 5

No ha habido otros crímenes en la historia acompañados de una ola tan grande de «gamberrismo», para usar una expresión actual, como lo fueron los del Destripador. Los actos de vandalismo se contaron desde el de un empleado de diecisiete años que, valiéndose del mango de un paraguas, apagó los faroles de la Black Raven Avenue, del East de Londres, a fin de asustar a sus vecinos. Una dama que vivía en «The Boltons», describió cómo un hombre surgió de una esquina «lanzando un alarido y con un cuchillo en alto». También relató el caso de una joven que era seguida por un individuo, el cual gritaba:

—¡Detente! ¡No soy *Delantal de Cuero*!

En la calle Cable fue arrestado un americano después de amenazar a una prostituta con «despellejarla» al no querer ella acostarse con él. Tras haber sido conducido a la comisaría de la calle Leman, el americano le preguntó al inspector de servicio:

—¿Es usted el jefe? —naturalmente, la palabra «jefe» había adquirido un siniestro significado por haberla empleado Jack el Destripador en varias de sus misivas.<sup>[29]</sup>

Dentro del santuario de una iglesia tampoco se hallaban las mujeres a salvo de los rufianes, según el rector de Santa María de Woolnoth, en la City. Este clérigo contó que había hallado a su mayordoma en estado de inconsciencia.

*Luego me explicó que un hombre había penetrado en la iglesia y que al hallarla sola había sacado un pañuelo del bolsillo, arrojándoselo a la cara —escribió el rector al *The Times*—. El fuerte olor del líquido la había hecho desvanecerse. Sólo la llegada de unos obreros que estaban reparando el techo de la iglesia la salvó del desastre.*

En Islington, un joven, vistiendo un traje de sarga, se acercó a un policía y le pidió que le arrestase.

—Si no lo hace, esta noche asesinaré a alguien —gritó, exhibiendo un cuchillo.

El agente le acusó de embriaguez y conducta desordenada. Un vidriero de Clerkenwell se ufanó en una taberna de ser el asesino de Whitechapel.

—Supongo que cualquier día me colgarán del extremo de una cuerda —añadió, jocosamente.

No le fue tan bien al individuo que entró en la comisaría de la calle del Rey, en Chelsea, para comunicar la pérdida de un maletín negro. Charló con respecto a los asesinatos de Whitechapel y acabó queriendo partirle la cabeza al sargento de guardia.

Tras cierto tiempo, la respuesta del East End a los distintos arrestos fue intolerable. Por ejemplo, un individuo acusado de haber robado una lata de aceite fue apresado por un policía en la Baker's Row, donde el sospechoso se resistió tan violentamente que el agente tuvo que usar el silbato pidiendo ayuda. Se agruparon en el lugar del suceso centenares de personas, y entre la muchedumbre circuló la versión de que se trataba del arresto de Jack el Destripador.

*Los hombres zaherían al prisionero y las mujeres le chillaban —según escribió el *East London Observer*, añadiendo—: Pero nadie auxilió al desdichado agente, que estaba siendo materialmente apaleado.*

Al fin llegó la ayuda deseada, y el ladrón fue conducido a la comisaría de la Bethnal Green.

## 6

Frustrada de nuevo en sus esfuerzos por capturar al asesino, la Policía terminó por negarse a encarcelar a aquellos que por su conducta podían levantar sospechas.

A este respecto, Robert Clifford Spicer, de Woodford Green, Essex, antiguo policía, contó una notable historia al *Daily Express*, en 1931. Spicer afirmó que, en su calidad de agente de uniforme, cuando contaba veintidós años, *tuvo el placer de capturar a Jack el Destripador y de llevarle a la comisaría de la calle Comercial,*

*después de haber aquél cometido dos asesinatos.*

Fue poco después del doble asesinato, que Spicer, que hacía su ronda de la una y cuarenta y cinco por Spitalfields, observó a una pareja en Henage Court. Spicer reconoció a la mujer instantáneamente como Rosy, una ramera conocida de la Policía, pero el hombre le intrigó. Lucía un sombrero alto, un traje negro con solapa de seda en la levita y cadena y reloj de oro, según la descripción de Spicer. También llevaba un maletín marrón.

*Tan pronto como le vi comprendí que se trataba de Jack el Destripador* — continuó Spicer.

—¿Qué hacen ustedes aquí a esta hora? —les preguntó el agente.

—No es asunto suyo —le espetó el otro, descaradamente, por lo cual Spicer se llevó a la pareja.

Mientras iban por la calle Comercial hubo testigos que les vieron, ya que Whitechapel jamás duerme. Por el camino, *las mujeres atisbaban por las ventanas y gritaban* —agregó Spicer—, *y algunas se hallaban tan excitadas que salían casi desnudas a la calle*, lo cual no es sorprendente habida cuenta del número de burdeles existentes en aquel barrio. Mientras llevaba a sus prisioneros hacia la comisaría, ¡qué sueños de gloria debieron atravesar el cerebro del pobre agente! Seguramente veía ya con los ojos de la imaginación los galones de sargento en su manga.

Pero la llegada de Spicer fue muy distinta de la que había imaginado. Ocho inspectores, todos asignados al caso del Destripador, se hallaban aquella noche de servicio en la calle Comercial, y aquellos oficiales escucharon la historia de Spicer en silencio y con incredulidad. En respuesta a las preguntas de rutina, el hombre del sombrero alto se identificó como un doctor, con una dirección en Brixton. Interrogada a su vez, Rosy, a la que el doctor había entregado dos chelines, no presentó ninguna denuncia, y su actitud pareció decidir el problema. Tan convencidos quedaron los inspectores de que el doctor no era Jack el Destripador, que le dejaron marchar sin pedirle siquiera que abriese su maletín marrón.

En cuanto a Spicer, en lugar de ser ascendido, lo trasladaron a otra ronda, y cinco meses más tarde presentó la dimisión.

—Me desalenté tanto cuando vi que dejaban marchar a aquel individuo —se quejó con amargura—, que sentí que no podía seguir ya perteneciendo a la Policía.



# XI

## ¡Desde el Infierno, Mr. Lusk!

### 1

El primer mandamiento del East End es no atestiguar jamás en contra de un vecino, en presencia del mismo. Esta solidaridad de clase se puso más que nunca de manifiesto cuando se celebró la encuesta de Catherine Eddowes, en el depósito de Golden Lane el 4 de octubre, presidiendo el *coroner* de la City. Muchos de los testigos de la encuesta tal vez habían detestado a la Eddowes en vida, pero ahora que estaba muerta, nadie pronunció una sola palabra en contra suya. Las filas entre los residentes del East End se cerraron en aquella encuesta de una forma casi visible.

Por ejemplo, la hermana de la Eddowes, la señora Eliza Gold, declaró que la difunta era una mujer de «costumbres sobrias», conclusión piadosa recogida y sostenida por Fred Wilkinson, el conserje del albergue del número 55 de la calle Flowery Dean, donde Kate y su amante Kelly paraban cuando tenían dinero. Esta pareja había vivido siempre en buenos términos, según Wilkinson. La Eddowes era muy simpática, y a veces se ponía a cantar, a pesar por lo visto, de su terrible mal de Bright. En cuanto a Kelly, el irlandés, era un dechado de virtudes, que jamás había bebido una sola gota.

Comparemos este testimonio con el aserto del mayor Smith de que la Eddowes era una conocida ramera (la ronda de Catherine Eddowes no era muy amplia, siendo conocida por todos los agentes), y se verá que existe una enorme diferencia con las dos declaraciones precedentes. En el caso de Wilkinson, éste tenía que atenerse a su empleo. Admitir que sus alojados no eran modelos de virtudes habría significado correr el riesgo de ser acusado de «trabajar en una casa desordenada», con lo que por lo menos se vería sin trabajo.

A despecho de los esfuerzos efectuados para encubrir las faltas de su carácter, está claro que la familia de Kate pasó mucho tiempo echándola de menos. Y luego no quiso saber nada de ella. Si Kate estuvo en Bermondsey la tarde anterior a su óbito, solicitando la ayuda de su hija, como era su intención, debió de llamar en vano a la puerta. La hija, la señora Annie Phillips, se había trasladado a Southwark, teniendo buen cuidado de no dejar sus nuevas señas por si su madre la seguía y trataba de pedirle dinero. La señora Phillips también le contó al *coroner* que su padre, Thomas Conway, había abandonado a la Eddowes ocho años antes por culpa de su afición a la bebida. Había dos hermanos, de 15 y 20 años, cuyos paraderos también se le habían ocultado a la madre, en vista de sus aficiones.

Thomas Conway, a la sazón retirado con una pensión del Ejército, se mostró

sumamente deseoso de ayudar a la Policía en sus indagaciones respecto al asesinato de la Eddowes, aunque esperó dos semanas completas antes de acudir al cuartelillo de la City, de la calle Old Jewry. Conway le contó a la Policía que cobraba su pensión del 18º Regimiento Real Irlandés, bajo el nombre de Thomas *Quinn*, a fin de que la Eddowes no pudiera encontrarle.

No es seguro que Conway y la Eddowes estuvieran realmente casados. Incluso la hija lo dudaba. Pero casarse en el East End no resultaba muy difícil.

## 2

Kate Eddowes fue vista hablando con un individuo en la plaza Mitre diez minutos antes de que fuese descubierto su mutilado cuerpo por el agente de la City, según el testimonio siguiente. Éste fue Joseph Lawende, viajante de comercio de origen alemán, que contó que al salir del «Club Imperial» cerca de la calle Duke con dos compañeros a la una y treinta y cinco, y pasar por el pasaje de la Iglesia, que conduce a la plaza Mitre, vio atraída su atención por la risa de una mujer, viendo entonces a una pareja a la entrada de la plaza. La mujer estaba de cara al hombre, el cual se hallaba casi de espaldas a Lawende. Ella llevaba una chaqueta negra y un gorrito del mismo color. La mujer, en aquel momento, colocó una mano sobre el pecho de su acompañante.

—¿Cómo era éste? —le preguntó el *coroner*. Pero antes de poder replicar, Lawende se vio interrumpido por el procurador de la City, un tal Crawford, que asistía a los procedimientos.

—A menos que el jurado lo desee —alegó—, tengo motivos especiales para que no sea dada ahora la descripción del hombre.

El procurador de la City, evidentemente, trataba de impedir que el asesino pudiese alterar su aspecto.

Los datos respecto a la apariencia del hombre, proporcionados por el mayor Smith, eran: treinta años de edad, casi un metro ochenta de estatura, aspecto cursi, tez clara y bigote rubio, vestido con un traje de sarga azul marino y un sombrero con un pico delante y otro detrás.

La descripción puesta en circulación por la Policía de la City agregaba que el hombre llevaba un pañuelo rojo al cuello. El mayor Smith daba gran importancia a esta descripción por considerarla una de las más ajustadas al asesino.

—La Luna estaba en el cenit, por lo que la noche era muy clara —añadió el mayor—, y él (Lawende) los vio perfectamente. No hay duda de que la pareja estaba compuesta por el asesino y su víctima.

El testimonio del viajante de comercio da fe del enorme riesgo que Jack el Destripador corrió al elegir como teatro de sus operaciones de aquella noche la plaza

Mitre. Tuvo que cronometrar las rondas del agente Watkins, sabiendo que el mismo pasaba por la plaza cada cuarto de hora. Y, sin embargo, entretanto, el Destripador podía ser sorprendido en su macabra tarea por los transeúntes, como el propio Lawende.

William Stewart, un artista comercial, llevó a cabo unos experimentos fascinantes en la plaza Mitre en 1938, destinados a mostrar cuán grandes fueran los riesgos corridos por el Destripador. Stewart, en compañía de unos amigos, llegó a la plaza Mitre una noche a las doce, y procedió a comprobar su acústica. Entre otras cosas, desgarró un delantal para ver si el sonido podía llegar a oídos del vigilante de servicio del almacén de Kearley y Tongo la noche del asesinato. Se sobresaltó cuando descubrió que el ruido podía oírse perfectamente desde el otro extremo de la plaza. En realidad, el murmullo de la ciudad ya se había extinguido. La plaza Mitre, por la noche, se transformaba en un verdadero amplificador de sonidos.

### 3

Fue solo cuando Frederick Cordon Brown informó sobre la autopsia que se comprendió la extensión de la mutilación sufrida por la Eddowes: su cuerpo había sido abierto con un cuchillo muy afilado, aseguró el cirujano, habiendo sido extraídos los intestinos, arrojados sobre el hombro derecho, mientras una parte de los mismos había sido cortada, dejándola sobre el brazo izquierdo. El hígado había sido pinchado por la punta de un cuchillo, y el lóbulo izquierdo de dicho órgano mostraba un corte vertical.

La cara estaba horriblemente desfigurada, ya que el asesino incluso le había rajado los párpados inferiores con el cuchillo. Había cierta cantidad de sangre coagulada en el pavimento, declaró el doctor Brown, la mayor parte de la misma procedente de la hemorragia de los vasos sanguíneos del lado izquierdo del cuello. Pero el cuerpo todavía estaba caliente cuando él llegó a la plaza a las dos y dieciocho minutos, o sea media hora después del crimen, según el cálculo de la Policía.

El cirujano también reveló por primera vez que faltaba uno de los órganos. Se trataba del riñón izquierdo, que había sido extraído. Opinaba que el asesino había demostrado poseer grandes conocimientos sobre las posiciones de los órganos en el cuerpo humano, particularmente los de la cavidad abdominal y, sobre todo del riñón, que está recubierto por una membrana, por lo que es muy fácil no advertir su presencia. El doctor Brown concluyó afirmando que a su entender no había habido lucha, por lo que era de esperar que el asesino apenas se hubiese manchado de sangre.

Este asunto de la destreza anatómica fue rebatido por George Sequeira, que fue el primer médico en llegar al lugar del crimen, y por el doctor William Sedgwick Saunders, médico oficial de Sanidad, el cual estuvo presente en la autopsia. Ambos

médicos afirmaron que las mutilaciones no indicaban conocimientos especiales de anatomía.

El órgano que faltaba no tardó en ser recuperado. El martes, 16 de octubre, el señor George Lusk, presidente del Comité de Vigilancia de Whitechapel, recibió un paquete por correo. Era una caja de cartón que contenía lo que parecía ser un pedazo de riñón, y la carta adjunta decía:

*Desde el infierno*

*Señor Lusk, le envió la mitad del riñón que le extraje a la mujer, pedazo que le he reservado a usted, en tanto yo freí y me comí el otro pedazo. Estaba muy bueno. Podré enviarle el cuchillo ensangrentado con que lo saqué, si espera un poco más.*

*Cójame cuando pueda, señor Lusk.*

Por alguna oscura razón, la Prensa se sintió tentada a burlarse de este suceso. Tal vez los periódicos se habían quemado ya demasiadas veces los dedos en el caso del Destripador. Tal vez fue cosa de Sir Charles Warren. De todos modos, se adoptó una actitud de franco escepticismo.

*Era un riñón de perro*, escribió un periodista.

*Una broma estudiantil*, afirmó otro, que sostuvo que el riñón le había sido extraído a un cadáver usado para la disección.

El mayor Smith de la Policía de la City no parece haber tenido muchas dudas respecto a la identidad del órgano; sin embargo envió al doctor Openshaw, patólogo del Hospital de Londres, para su análisis. En su informe, el doctor Openshaw identificó el pedazo como perteneciente sin duda a un riñón humano, asegurando que había estado conservado en alcohol desde unas horas después de su extracción. Además se trataba de un «riñón ginebrino», dando a entender con este que pertenecía a alguien a quien gustaba en demasía el alcohol. Era de una mujer de unos cuarenta y cinco años, y había sido extraído del cuerpo desde hacía solamente unas tres semanas.

El mayor Smith señaló que la arteria renal tiene nueve centímetros de longitud. Seis centímetros de la arteria renal fueron hallados en el cadáver de la Eddowes, en tanto que en el pedazo de riñón enviado al señor Lusk había aún tres centímetros de arteria. El mayor Smith añadió:

—El riñón izquierdo del cadáver se hallaba atacado por el mal de Bright, en estado avanzado. El riñón que me enviaron a mí se hallaba en una condición similar.

Mientras tanto, el *Maestro anatómico* observaba aquellos acontecimientos con singular y malvada alegría.

*Querido jefe —le escribió al mayor Smith—, ¿ha mirado usted bien ese riñón a través del microscopio?*

Al mismo tiempo parecía estar muy disgustado con el señor Lusk por haberle enviado el riñón al mayor Smith.

*Oiga, jefe —le garabateó en una postal—, parece usted muy asustado. Crea que me encantaría producirle varios ataques de nervios, pero no tengo tiempo de jugar con usted a los policías de plomo, aunque espero visitarle cuando no tenga mucho trabajo. Adiós, jefe.*

Este parece ser el caso de un hombre que es arrojado al infierno por sus demonios particulares.<sup>[30]</sup>

#### 4

Aquí debo decir algo respecto a la voluminosa correspondencia relacionada con los asesinatos cometidos por Jack el Destripador. Sólo en un mes, Scotland Yard recibió mil cuatrocientas cartas sobre el caso, cartas que contenían confesiones «falsas» y acusaciones, como las que se han seguido recibiendo desde entonces, con toda regularidad.<sup>[31]</sup> Aquí, sin embargo, ceñiremos la atención en sólo un centenar, escritas en la época de los crímenes, y firmadas «Jack el Destripador», «El Destripador» o simplemente «Jack», al parecer todas procedentes del mismo asesino. La mayoría de ellas, naturalmente, fueron enviadas por bromistas de varias clases. Ya es sabido que una sola carta de esta naturaleza provoca el envío de muchas imitaciones, por lo que la mayoría de tales misivas son sólo copias de las originales de Jack, sin la caligrafía de éstas.

En Bradford, la Policía apresó a una bromista. Se trataba de María Coroner, de veintiún años, que el *The Times* describió como *de aspecto respetable*, empleada. María fue acusada en Bradford de haber escrito dos cartas firmándolas «Jack el Destripador», intentando provocar un quebrantamiento de paz. Una de las cartas, que anunciaba que el Destripador había llegado a Bradford para *realizar un trabajito*, fue enviada al jefe de Policía; la otra a un diario local. La defensa de María: «Fue solo una gran broma».

La más importante de las cartas es la original enviada el 27 de septiembre a la agencia «Central News», en la que el autor anunció que las rameras le daban asco, advirtiendo a la Policía de sus intenciones de asesinar, y firmando por primera vez «Jack el Destripador».

Y, sin embargo, hasta esta primera carta era una broma, según el parecer de Sir Robert Anderson, jefe del CID en la época de los crímenes de Whitechapel. En sus Memorias, redactadas varios años después de tales sucesos, Sir Robert describió la carta como *la creación de un periodista con imaginación*. Añadió que se sentía tentado a identificar al periodista, *pero con ello no se lograría ningún provecho público, y, en cambio, padecerían las tradiciones de mi Departamento*.

Si la carta era falsa, como sostuvo Sir Robert, Scotland Yard también se dejó engañar por completo, ya que la misiva se reprodujo en facsímile en centenares de

carteles y folletos que fueron distribuidos por todo Londres. Incluso ocupó un sitio de honor en el «Museo negro» de Scotland Yard durante muchos años, expuesta dentro de una urna de cristal, a la izquierda de la puerta de entrada.

Pero ¿era falsa esta carta primitiva? La respuesta parece residir en ella misma. Por ejemplo, si pudiera demostrarse que la carta contenía una información que sólo podía ser conocida por el asesino, esto la declararía auténtica, o sea, escrita por el mismo asesino. Pero ¿contenía tal información? Examinemos atentamente dicha carta: «La próxima vez que actúe le cortaré a la dama las orejas y se las enviaré a la Policía, como recuerdo», escribió el macabro chancero.

En la calle Berner, como ya se ha visto, el asesino se vio interrumpido por la inopinada llegada de Louis Diemschutz en su carrito. ¿Fue esto lo que le impidió al asesino arrancarle las orejas a su víctima? ¿Fue para poder cumplir su promesa a la Policía por lo que el Destripador buscó aquella misma noche una segunda víctima? Ciertamente, el asesinato de Catherine Eddowes tiene todo el aspecto de no haber estado programado, lo cual concordaría con los enormes riesgos corridos por el criminal.

El doctor Cordon Brown, que realizó la autopsia de Catherine Eddowes, declaró que «el lóbulo de la oreja derecha estaba cortado oblicuamente», lo que parece indicar que el asesino había intentado cumplir su promesa a la Policía. Pero de nuevo debió de verse interrumpido. Tal vez fueron los pasos del agente Watkins en su ronda, o las voces de Lawende y sus camaradas al salir del «Club Imperial» de la calle Duke lo que provocó la huida apresurada del asesino.

Esto nos lleva a la postal del 30 de septiembre firmada por «Jack el Destripador», con la misma caligrafía de la primera carta.

*No bromeé cuando le pasé la noticia, querido jefe. Mañana se enterará del nuevo trabajo de Jack. Esta vez ha sido un suceso doble. El número uno ha gritado un poco. No pude terminar la tarea. No podré enviarle las orejas a la Policía. Gracias por haber conservado la última carta hasta éste mi nuevo trabajo.*

Ya se ha indicado que esta postal, que muestra trazas de haber sido escrita apresuradamente, fue enviada al correo el 30 de septiembre, domingo, cuando todavía no había aparecido en la Prensa la noticia del doble crimen.

Hay que observar asimismo que el autor conoce perfectamente el contenido de la primera carta que, naturalmente, no había sido dada a conocer al público. En realidad, es como una continuación de la primera. Sólo el asesino de Whitechapel podía saber que «le cortaré las orejas a la dama». Por tanto, el asesino de Whitechapel y el autor de ambas misivas debieron ser la misma persona. (La información de que Elizabeth Stride «ha gritado un poco» es completamente gratuita. Sus gritos, además, debieron quedar ahogados por los cánticos que emanaban del club educativo de la calle Berner,

y que varios testigos afirmaron haber oído en el instante del crimen).

5

Me hallo en deuda con el fascinante libro de Donald MacCormick sobre Jack el Destripador, por la información relativa a un detallado análisis de las cartas de aquél llevado a cabo por el doctor Thomas Dutton. Éste, que en la época de los crímenes de Whitechapel contaba cincuenta y dos años de edad, y vivía en Westbourne Villas, Bayswater, era camarada del inspector Abberline de Scotland Yard, con quien discutió a menudo los asesinatos. (El ama de llaves del doctor opinaba que éste había asistido a una autopsia de una de las víctimas del Destripador, pero no he hallado ninguna confirmación de este hecho). Cuando el doctor falleció en 1936, a los setenta y nueve años de edad, dejó tres manuscritos de unas *Crónicas del crimen* que había estado compilando durante sesenta años. Fue sobre las mismas que MacCormick, un periodista de Fleet Street, halló el material para su libro *La identidad de Jack el Destripador*. Antes de los crímenes de Whitechapel, el doctor Dutton había sido un adelantado estudiante de microfotografía, siendo una figura prominente en la Sociedad Microscópica de Chichester y Sussex, y fue esta especialización la que le llevó a examinar minuciosamente la correspondencia de Jack el Destripador.

El doctor Dutton hizo microfotografías de 128 especímenes de la correspondencia de Jack el Destripador, enviada a la Policía, a la «Central News» y a otros individuos. De las mismas, afirmó que, al menos, treinta y cuatro pertenecían a la misma mano. [32]

*Eight little whores, with no hope of heaven,  
Gladstone may save one, then there'll be seven.  
Seven little whores begging for a shilling,  
One stays in Henage Court, there's a killing.*

*Six little whores, glad to be alive.  
One sidles up to Jack, then there are five.  
Four and whore rhyme aright, so do three and me.  
I'll set the town alight, ere there are two.*

*Two little whores, shivering with fright,  
Seek a cosy doorway, in the middle of the night.  
Jack's knife flashes, then there's but one.  
And the last one's the ripest for Jack's idea of fun... [33]*

Jack el Destripador no era un hábil falsificador, según la opinión del doctor

Dutton; cometió el error de escribir sus C, H, R y T de diversas maneras, mientras que un buen falsificador se habría contentado con muy pocas variaciones.

*Posiblemente quiso que la Policía creyese que todas las cartas no habían sido escritas por la misma persona. En tal caso, consiguió engañarles.*

El doctor acusó a la Policía de haber tratado dichas cartas muy a la ligera.

*Ellos (los policías) presumieron que todo era producto de varios bromistas, por lo que consideraron cada nueva carta como carente de significado.*

Analizando las treinta y cuatro cartas que él juzgaba genuinas, el doctor Dutton observó que la escritura a veces se disfrazaba, pareciendo pertenecer a una persona iletrada, y en otras ocasiones parecía la perfecta escritura de un oficinista. Lo mismo pasaba con el lenguaje empleado, que a veces estaba lleno de *slang* (expresiones de argot) y de americanismos como el *boss*. En ocasiones, Jack escribía mal una palabra con deliberación, como *juwes*, cuando lo correcto es *jews* (judíos), tal como lo trazó en el muro de la calle Goulston; en cambio, la misma palabra estaba escrita correctamente otras veces. (El doctor Dutton, incidentalmente, afirma haber fotografiado el escrito de la pared a petición de la Policía por lo que se hallaba en situación de comparar dichas palabras con la caligrafía de las cartas).

Entre sus crímenes, el asesino tuvo que moverse bastante, como viene indicado por el hecho de que el doctor Dutton identificó dos cartas enviadas desde Liverpool y una remitida desde Glasgow, todas con la misma escritura que la carta original. La primera de las cartas de Liverpool estaba fechada el 29 de septiembre y daba la referencia de las Minorisas. Aunque el autor se equivocó en uno o dos días con respecto a la fecha de los asesinatos, no se podía esperar que diese la fecha exacta, así como tampoco el lugar.

La segunda carta de Liverpool daba una dirección de la calle Príncipe William, diciendo simplemente:

*¡Qué tontos son los policías! Les he dado el nombre de la calle en que vivo.*

Desde Glasgow, Jack escribió:

*Creó que dejaré de utilizar mi afilado cuchillo. ¡Es demasiado bueno para unas rameras! Tendré que adquirir una navaja escocesa. ¡Ja, ja, ja! Con ella les podré cortar los ovarios.*



El doctor Dutton añade:

*La única mención en la Prensa de haber sido extraído un órgano específico de una víctima del Destripador se refería a los riñones. Y aunque en una ocasión fueron extraídos los ovarios, la Prensa sólo mencionó la extracción de «cierto órgano».*

Al final, los victorianos rechazaron la correspondencia de Jack el Destripador como una serie de misivas jocosas. Como observa Donald MacCormick:

*Subconscientemente, el punto de vista de la psicología victoriana se manifestó en sí misma; es decir, no podían imaginarse a un loco bromeando sobre sus crímenes. Un maniático, argüían falsamente, debe de ser una persona carente del sentido del humor.<sup>[34]</sup>*

## 6

Catherine Eddowes, alias *Kate Conway*, alias *Kate Kelly*, fue enterrada el lunes, 8 de octubre, por la tarde, casi con honores militares. A la una solo se habían reunido unas veinte personas delante del depósito de la City, en la calle Golden Lane, pero un cuarto de hora más tarde la cifra se había elevado a varios centenares, ya que era la hora del almuerzo de los empleados y obreros de la City.

Mientras tanto, los restos de la Eddowes habían sido colocados en un féretro de olmo pulido con incrustaciones de roble y adornos negros, cedido por el dueño de una funeraria cerca de la calle Benner, que ostentaba en metal la siguiente inscripción: «Catherine Eddowes, falleció el 30 de septiembre de 1888. A los cuarenta y tres años».

El ataúd fue colocado a su vez en un coche abierto arrastrado por un par de caballos y escoltado por numerosa fuerza de Policía de la City, al mando del superintendente Foster, hasta los límites de la City londinense, donde de la escolta se encargó la Policía Metropolitana al mando del inspector Barnham. Lo más irónico era que la muerta había estado detenida una semana, por embriaguez y conducta desordenada, por la misma Policía de la City que le rendía ahora sus respetos. A la Eddowes la acompañaron a la tumba sus cuatro hermanas, todas vestidas de negro, y el hombre que había vivido con ella, John Kelly. (La Prensa no mencionó a su hija Annie ni a Thomas Conway, alias *Thomas Quinn*, aunque debieron asistir al funeral). Un tercer carruaje trasladaba a los periodistas.

El cortejo pasó por Santa María de Whitechapel, dirigiéndose a la ronda Mile End, donde la calzada estaba bordeada por cinco filas de espectadores, lo mismo que

en Bow y en Stratfordatte-Bow.

*Muchos espectadores se quitaron el sombrero al paso del coche — manifestó el East London Observer—. A lo largo de todo el recorrido, la multitud mostró sus simpatías, expresadas a los parientes de la finada.*

En el cementerio de Ilford se habían congregado casi quinientas personas para ser testigos del entierro. El servicio fue llevado a cabo por el reverendo T. Dunscombe, capellán del cementerio, y fue breve, sin la menor referencia al asesinato.

En contraste, Elizabeth Stride fue a parar a una fosa común, y en el mayor secreto posible.

## XII

### Se avecina la tormenta

#### 1

*En la larga historia del crimen, muy pocas, poquísimas veces, se ha visto que una mujer haya traicionado a quien se refugió en ella —escribe la señora Belloc Lowndes, en su novela *El realquilado*, basada en Jack el Destripador—. Tal vez porque se siente más sierva que ciudadana, su deber como parte componente de la sociedad civilizada pesa muy levemente sobre las espaldas de la mujer.*

La señora Lowndes ofrece este curioso, casi oriental razonamiento como explicación del por qué la patrona, que es la protagonista del libro, no puede decidirse a entregar a la Policía a su realquilado, «Mr. Sleuth», de quien sospecha que es un criminal. En cuanto a «Mr. Sleuth», es descrito como un religioso fanático que pasa los días inclinado sobre la Biblia, con un ejemplar de la *Concordancia de Cruden* a su lado, y las noches merodeando por las calles de Londres en busca de mujeres sobre las que descargar la cólera de Dios. En las faldas de sus víctimas clava con un alfiler un papel triangular con las palabras: «El Vengador», escritas en tinta roja.<sup>[35]</sup>

La señora Lowndes no era la única en creer que Jack el Destripador no pertenecía a la cuadrilla de bribones y gentes de mal vivir de los albergues. Otras personas pensaron asimismo que el Destripador se ocultaba en el seno de una honrada familia, que le consideraba simplemente como huésped de pago.

Por ejemplo, Walter Sickert, el pintor, solía relatar que había estado viviendo en la casa ocupada antiguamente por el Destripador, en North London. Conocía positivamente la identidad del asesino, le confió Sickert a Sir Osbert Sitwell. Jack era, al parecer, un estudiante de veterinaria que gustaba de merodear por las noches.

La dueña y el dueño de la casa le oían entrar a las seis de la mañana, dirigiéndose a su cuarto, hasta que, al cabo de una o dos horas, salía la primera edición de los periódicos, en cuyo momento se precipitaba escaleras abajo para comprarlos. Luego regresaba pausadamente y se metía en cama; pero una hora más tarde, cuando el patrono le llamaba, se daba cuenta, por los rastros de la chimenea, de que su realquilado había quemado el traje que había llevado el día anterior.<sup>[36]</sup> Antes de poder avisar a la Policía, sin embargo, la salud del realquilado empeoró y su madre, una mujer viuda, fue a buscarle, llevándoselo consigo a Bournemouth. Desde aquel momento cesaron los asesinatos.

Sickert garabateó el nombre del realquilado, a lápiz, en el margen de un ejemplar de las *Memorias de Casanova*, que le pertenecían, pero cuando Sir Osbert fue a

buscar dicho libro, halló que había sido destruido por los bombardeos.<sup>[37]</sup> El pintor, evidentemente, le contó la misma historia a Max Beerbohm, ya que en las agendas suyas, vendidas en subasta en diciembre de 1960, en Sotheby, había escrito debajo del nombre de Sickert: *Refinamiento extremado*. Luego seguía una larga flecha que llevaba a una nota marginal: *Amor a la miseria. Realquilado en la casa de Jack el Destripador*.

## 2

Transcurrieron casi seis semanas sin la menor señal de Jack el Destripador. Las plazas, los patios y los callejones de Whitechapel ya no eran escenarios de gran guiñol. Los pacíficos ciudadanos no veían ya sus sueños perturbados por los silbatos de la Policía y el terrible grito de «¡Asesinato!». ¿Había cometido su último crimen el Destripador? ¿O esperaba simplemente una ocasión propicia para atacar? Los londinenses no podían saberlo. Esperaban que se lo hubiese tragado la tierra, y en consecuencia comenzaron a sentirse libres una vez más, y quienes vivían al este de Aldgate volvieron a salir por las noches...

Y entonces, cuando empezaba a parecer que todo el caso no había sido más que una terrible pesadilla, apareció la siguiente noticia en la edición del *The New York Herald*, con fecha 7 de noviembre:

*Una mujer fue hallada apuñalada en el bulevar de la Chapelle la noche pasada. El hombre que la atacó con un cuchillo, afirmó ser «Jack el Destripador» y haber asesinado ya a diez mujeres en Londres y dos en París. Se cree que se trata de un loco, pero anda suelto.*

Fue como el trueno distante que preludia la tormenta.

Los sucesos, a partir de aquel momento, comenzaron a adquirir velocidad, llevando a su cenit la sangrienta carrera del Destripador, y con ello, acelerando la caída de su rival, Sir Charles Warren. Muy pronto los londinenses iban a ser testigos de uno de los asesinatos más espantosos de los anales criminales de Inglaterra. Al revés de los crímenes de Whitechapel, éste cobró un carácter casi de ritual. ¿Era Jack el Destripador un agente libre? A veces se tiene la impresión de que fue un actor en un drama primordial cuyo significado sacerdotal queda oscurecido, si no difuminado por el tiempo. De forma curiosa, la otra figura importante del drama iba a serlo el electo Lord Mayor de Londres. Ambos, Caín con su cuchillo y el Lord Mayor con sus togas, adquirieron una significación casi arquetípica, como «Gog» y «Magog», o «la Dama» y «el Niño» de una pantomima de Navidad.

Sin embargo, el muy honorable James Whitehead, el electo Lord Mayor, era todo

un personaje por derecho propio. Un comerciante de Bradford que se había encumbrado en la City, notable por sus limosnas y su interés en la reforma penal. Era presidente de la Junta de Visitantes de Borstal<sup>[38]</sup> y fundador de la colección «Un penique semanal» para los hospitales de la metrópoli. Era contrario al Gobierno en la cuestión de Irlanda, por ser un liberal de Gladstone, y votaba en favor del Reglamento Interior.

Es como símbolo, no obstante, que tratamos aquí del concejal Whitehead. Ciertamente, sería difícil imaginar nada más espléndidamente simbólico que el cargo de Lord Mayor para el que había sido designado Whitehead, y cuyo origen hay que buscar en el siglo XIII. Por ejemplo, como Lord Mayor, el estado simbólico de Whitehead era similar al de un conde; pero en la mágica zona cuadrada de la City, sobrepasaba en poder a todos los siervos de la Corona, sin exceptuar ni a los miembros de la familia real.

Los ritos relacionados con la elección de Lord Mayor son rigurosamente ancestrales. Y llegan a su apogeo cuando el 9 de noviembre, el Lord Mayor entrante es juramentado como tal por el juez supremo en el Palacio de Justicia del Strand. Es de este espectáculo, conocido como «espectáculo del Lord Mayor», del que nos ocuparemos primordialmente, ya que Jack el Destripador escogió para cometer su último y más espectacular delito esta centelleante ocasión. El crimen iba a ser recordado mucho tiempo después de que se hubiesen apagado los ecos de la cabalgata del Lord Mayor, en 1888.

### 3

Mientras tanto, Sir Charles Warren, de pronto, se halló enfrentado a un terrible apuro por un artículo que él había escrito para la revista *Murray* sin la aprobación de su inmediato superior, el secretario del Interior. En este artículo, Sir Charles consiguió la casi imposible tarea de unificar a todos sus enemigos, y hacer que algunos de sus amigos se pasasen con armas y bagajes al campo contrario. Por encima de todo, se granjeó la antipatía de los liberales que formaban la oposición del Parlamento.

Pintando un cuadro de Londres, como estando apesado entre las zarpas de una «multitud impulsada a una acción espasmódica por los incansables demagogos», Warren escribió:

*Es deplorable que los sucesivos Gobiernos no tuviesen el valor de enfrentarse con la parte más ruidosa de esta chusma, y aún es más de lamentar que los ex ministros, ahora en la oposición, no vacilasen en perjudicar a quienes ostentan el poder, sonriéndole a esta multitud de insurgentes... Si buceamos en la historia del presente siglo, hallaremos que,*

*antes de 1886, esta chusma ejerció una decidida influencia sobre los destinos de Londres. (Debe recordarse que fue en 1885 cuando Sir Charles Warren fue nombrado comisario jefe de Policía).*

Lo malo de los londinenses, opinaba Warren, era ser tan inconstantes en su actitud hacia la Policía: *Esta conducta torpe y violenta perjudica la disciplina de la fuerza, animando a la chusma al desorden y a la rapiña...* El comisario jefe opinaba que en el continente todo iba mejor: *Al otro lado del Canal los policías son los amos de la situación, escribió con mal reprimida admiración. El público cede ante la fuerza y la Prensa no discute sus decisiones, ni estorba sus actos o publica los resultados.*

Sir Charles guardó su bomba para el final. En agosto, como se recordará, obligó a James Monro, jefe del CID, a dimitir. Lo había conseguido colocando su propia dimisión sobre la mesa del secretario del Interior con el ultimátum:

—O Monro o yo.

En aquella ocasión había ganado Warren, pero el secretario del Interior, Matthews, continuó consultándole a Monro los asuntos policíacos, incluidos los del CID. Warren estaba al tanto de estas consultas extralegales, lo cual le escocía profundamente.

Siempre había existido una división de poder entre el comisario jefe de la Policía Metropolitana y el jefe del CID, estando ambos departamentos completamente separados. Warren, en su escrito, abogó por la supremacía del primero sobre el último:

*Debe quedar bien claro que el jefe del CID debe estar subordinado al comisario jefe, y todo el que conoce las obligaciones de la Policía debe saber que es prácticamente imposible que aquélla actúe con eficacia bajo dos amos, independientes entre sí.*

Procedente de un servidor civil, este aserto llegaba a la herejía, y tenía que provocar repercusiones en el Parlamento. Pero antes de que Némesis se abalanzase sobre Sir Charles Warren, éste tenía que figurar en un episodio cómico que, sin querer, comenzó por un editorial de *The Times*.

#### 4

*Hace doce años —rezaba el editorial—, un asesino de Blackburn fue rastreado con la ayuda de un sabueso, y gracias al sagaz instinto del perro, el asesino fue apresado.*

Si esto podía ser en Blackburn, ¿por qué no en Whitechapel? Así razonó el periódico que, durante un tiempo, fue llamado *El trueno*.

Los lectores de *The Times* sólo necesitaban una insinuación. El dueño de una jauría de Sussex, pidió inmediatamente que le dejaran una zona despejada en Whitechapel y sus alrededores, garantizando que sus perros «no tardarían en encontrar la pista de ese malvado. Naturalmente, hubo unos momentos en que parecía que el East End iba a verse invadido por toda clase de perros. Sin embargo, se pudo persuadir a la gente a que se limitase únicamente a exponer sus opiniones por carta.

Un criador del Yorkhill, Loughton en una carta al *Poll Mall Gazette*, envió un aviso a los lecheros de Londres:

*Si a un perro entrenado en el campo se le permite buscar huellas, por ejemplo, en la calle Alta de Whitechapel, creo que el perro no tardará en entrar en una granja atraído, no por el asesino, sino por el olor a margarina.*

En efecto, los sabuesos estaban inclinados a seguirlo todo menos la sangre, cuya vista era suficiente para pararles en seco, según un lector de *The Times*. En consecuencia, los fugitivos, lo único que tenían que hacer era derramar un poco de su propia sangre a fin de detener a los sabuesos.

Las ventajas y desventajas de tal método fueron ampliamente comentadas en *The Times*. Según Edwin Brough, la ventaja de este método, llamado de «zapato limpio», era que un perro entrenado podía seguir el rastro de un hombre cuyos zapatos no estuviesen preparados con aplicaciones de sangre o anís. (Y no era fácil que los zapatos del Destripador oliesen a estas dos materias).

Brough, que afirmaba ser un criador, con veinte años de experiencia, deseaba enfrenar a los sabuesos ingleses contra todos los demás, incluidos los cubanos, que habían sido empleados en la caza de esclavos.

*Nuestro sabueso inglés —afirmó— es infinitamente superior a cualquier otro por su poder natural del olfato, ya que por fortuna nuestra raza ha desarrollado la larga y estrecha cabeza y sus inmensas fosas nasales, siempre asociadas con la facultad de oler, hasta un tamaño y capacidad desconocidos hasta ahora.*

Brough adujo tantas razones convincentes que Sir Charles Warren, aunque lamentándolo, le invitó a venir a Londres, trayendo consigo un par de podencos de «instintos sagaces» y «nariz inmensa». El criador de Scarborough no tardó en aceptar encantado y llegó a Londres con *Barnaby* y *Burgho* a quienes *The Times* describió como dos magníficos animales. Burgho tenía una cabeza que medía treinta y cinco centímetros de longitud.

Inmediatamente empezaron las pruebas en Regent Park, asistiendo Sir Charles como espectador. A pesar de la espesa capa de escarcha del suelo, los podencos, a la primera ocasión, lograron rastrear durante casi un kilómetro y medio a un joven que había echado a correr quince minutos antes. Aquella misma noche, en Hyde Park, los

perros volvieron a actuar, pero esta vez con correa *tal como se hará si son empleados en Whitechapel*, observó *The Times*.

En conjunto, se efectuaron doce pruebas con resultados inciertos.

El genio que persuadió a Sir Charles Warren a dejarse seguir él mismo por los perros, probablemente jamás será conocido (un rumor aseguró que fue uno de los enemigos personales del comisario jefe); sin embargo, se afirma que Sir Charles interpretó en dos ocasiones el papel de hombre acosado. No fue esto todo. El 19 de octubre, *The Times* publicó el siguiente suelto:

*Los podencos de Sir Charles Warren fueron sacados ayer para practicar en Tooting por la mañana, y se extraviaron. Se han despachado telegramas a todas las comisarías metropolitanas rogando que si se les ve se envíe inmediatamente información a Scotland Yard.*

Watkin W. Williams, nieto de Sir Charles, defiende el empleo de los podencos:

*El uso de perros rastreadores por la Policía era en aquel tiempo una innovación, que solamente se había probado en los distritos comarcales —me explicó Williams en una reciente carta—. Aunque mi abuelo dudaba de que pudiesen actuar con eficacia en el caso de Jack el Destripador, creyó que debía ser intentado el experimento.*

Las actividades del Destripador cesaron mientras los perros estuvieron en Londres, y solo recomenzaron cuando su amo volvió a tenerlos en su poder. Pero el comentario de Sir Melville MacNaghten es característicamente sarcástico:

*Debieron pensar que los podencos no servirían de nada en Whitechapel. No puedo concebir un lugar más difícil para la labor de un perro.*

Por desdicha, todavía tenía que oírse hablar más de aquellos animales. *Barnaby y Burgho*, o sus fantasmas, iban a alzar sus largas cabezas, y sus inmensas fosas nasales una vez más en el caso del Destripador, con efectos desastrosos. Pero no adelantemos los acontecimientos.

## 5

En deferencia a los desempleados, que se habían mostrado bastante inquietos últimamente, el concejal Whitehead, Lord Mayor elegido, decidió gastar menos en su «espectáculo» y donar el dinero sobrante para obras de caridad. *The Times* comentó así la decisión del nuevo Lord Mayor:

*El concejal Whitehead se opone a la introducción del elemento circense y a los despliegues alegóricos, que no están de acuerdo ni con sus gustos ni, en su opinión, con la dignidad de la ciudad.*



Pero la verdad era que el Lord Mayor temía que hubiese serios disturbios a lo largo de su procesión.

La decisión de Whitehead de eliminar el «elemento circense» en su espectáculo, no le sentó bien a la Prensa. *Punch* opinó que ello estaba fuera de lugar.

La noche de Guy Fawkes<sup>[39]</sup> se produjo un breve choque entre la gente bulliciosa y la Policía en Clerkenwell Green, durante el cual la última confiscó una figura grotesca. Resultó ser una efigie de Sir Charles Warren, con sombrero de copa, que un grupo de socialistas deseaban quemar. *Justice*, órgano de la Federación Democrática Social, afirmó que Warren empleaba espías entre los trabajadores, y añadió:

*Ellos (los policías) no son capaces de descubrir a Jack el Destripador, pero sí pueden descubrir los malvados designios de los socialistas deseosos de quemar a su jefe en efigie.*

Pero aún le faltaba lo peor al comisario jefe. El 8 de noviembre, fue amonestado por el secretario del Interior por el indiscreto artículo que había escrito para la revista *Murray*. Para que el insulto fuese mayor, Henry Matthews, el secretario, no se dignó escribirle a Warren directamente, sino que encargó a uno de sus secretarios que le enviase una carta que comenzaba:

*Señor, el secretario del Interior, señor Matthews, me ordena dirigirme a usted...*

La carta iba acompañada de una copia de la circular del Ministerio del 27 de mayo de 1879, prohibiendo a los oficiales del Departamento publicar nada relacionado con los Departamentos sin el permiso personal del secretario del Interior. Y la misiva terminaba con esta fría advertencia:

*Deseo hacer constar que, en lo futuro, los términos de esta orden se cumplirán estrictamente.*

Era una carta brutal, y Warren no tuvo más remedio que dimitir. Decidió hacerlo, sin embargo, abriendo el fuego de sus baterías, y en su carta de dimisión desafió al secretario del Interior:

*Señor:*

*He recibido una carta apremiante y confidencial, con la que se adjunta una circular del 27 de mayo de 1879, que se intenta aplicar a la Policía Metropolitana.*

*De haber sabido que tal circular estaba en vigor, no habría jamás aceptado el cargo de comisario jefe. Mis deberes y los de la Policía Metropolitana están gobernados por estatuto, y el secretario de Estado para el Departamento del Interior no tiene poder alguno sobre el estatuto de la fuerza policíaca según el cual ésta puede dictar sus propias órdenes.*

*La circular, puesta en vigor, capacita prácticamente a que todo el mundo pueda atacar anónimamente a la Policía sin que el comisario tenga derecho a corregir las declaraciones y aseveraciones falsas, que es lo que me creí en la obligación de hacer, siempre que lo juzgué necesario, durante los tres últimos años. Deseo añadir que me siento completamente impulsado a negarme a acatar tales instrucciones como comisario jefe de Policía, y vuelvo a colocar mi renuncia en las manos del Gobierno de Su Majestad.*

La respuesta del secretario del Interior fue breve:

*A mi juicio, la queja presentada por usted como comisario jefe de Policía es inadmisibile, por lo que acepto su dimisión.*

Se tardó, sin embargo, dos días en que esta renuncia fuese transmitida por los canales adecuados, de forma que en la víspera del «espectáculo del Lord Mayor», Sir Charles seguía todavía danzando en el limbo. Pero Jack el Destripador no podía esperar que la dimisión de Warren llegara a efecto. Este misterioso asesino, que habíase mantenido al acecho durante seis semanas, estaba dispuesto a acudir al número 13 de Miller's Court, para su cita con Mary Jane Kelly, conocida por muchos como *Mary la Negra*.

## XIII

### Mary «la Negra»

#### 1

*Mary Jeannette Kelly... no era como las demás mujeres de la calle del East de Londres. Las otras eran feas y viejas. Ella era joven y guapa. No tenía que recorrer las calles para conseguir su comida y el albergue, como las demás.*

Así empieza su relato altamente romántico sobre la última víctima de Jack el Destripador, Leonard Matters, un periodista de origen australiano y miembro laborista del Parlamento. Mary Jane Kelly tenía veinticinco años.<sup>[40]</sup>

Habiendo empezado de esta guisa, Matters creyó necesario inventarle a la joven un origen francés, con padres de esta nacionalidad.

*Seguramente tenía ciertos conocimientos del francés, y cuando se marchó a Francia con un «caballero»... se sintió completamente en su casa, si bien afirmó que prefería Londres a París.*

De manera conveniente la hizo nacer en Cardiff, porque éste es un puerto de carácter casi internacional. *De Cardiff a Londres* —explica Matters— *sólo fue un paso natural para una joven y avispada chica que había descubierto que era muy atractiva para los hombres.*

Una vez en Londres, el paso siguiente para una atractiva joven era instalarse en un burdel del West End, según Matters. Inmediatamente nos vemos transportados a la alegría de los casinos, salas de juego y clubs, de los que abundaban en Piccadilly. Tenemos visiones de Mary Jane brindando con champaña. Pero la primera noticia que luego sabemos de ella, dos años más tarde según la narración de Matters, es que reside ya en el East End, en una de las pendientes más rápidas de que se tiene memoria.

*Desde el lujo del West End, la joven se hundió en la miseria de Whitechapel. De Piccadilly pasó a Ratcliffe Highway. Pero incluso en Whitechapel, Marie era casi una aristócrata entre las demás ramera —proclama su cronista—. Todo el mundo sabía que sólo últimamente había descendido hasta allí y que su reciente pasado había sido tan espléndido*

*como auténtico.*

Así nacen las leyendas.

Antes de examinar la realidad que se oculta tras esta descripción, será justo indicar que la Kelly fue en parte la responsable de la propagación de tal leyenda. Lo hizo, sin duda, para compensar la amargura del presente y la perspectiva aún peor del futuro. Ya he resaltado la propensión que las víctimas del Destripador sentían, en particular Elizabeth Stride, a inventar unas existencias completamente carentes de realidad. Pero, de todas las mitomaníacas que hemos encontrado, Mary Jane Kelly, o María *la Negra*, según algunos, fue la peor. Parecía incapaz de decir una verdad sin adornarla. Lo que hizo Leonard Matters fue aceptar su historia sin examen, añadiéndole aún algunas fantasías de su invención.

Los que conocieron a Mary *la Negra* sólo están de acuerdo en dos puntos: que era una mujer guapa, muy distinta de las víctimas anteriores del Destripador; y que le gustaba la ginebra, rasgo peculiar de casi todas las mujeres de su clase. La Kelly tenía ojos azules y una hermosa mata de pelo que le llegaba casi a la cintura. A pesar de su propensión a la bebida, no había perdido la finura de su tez, adquirida en Irlanda. Yo hablé con un mozo de mercado retirado, llamado Dennis Barrett que, de niño, había conocido a Mary *la Negra*.

—Era muy guapa, alta y más bien corpulenta. Tenía su zona fuera de la taberna «Las diez campanas», en la calle Comercial, y no consentía que ninguna otra mujer se metiese en su terreno, ya que su rival siempre salía malparada.

En resumen, Mary *la Negra* era el terror del barrio.

## 2

Mary Kelly nació en Limerick, y no en Cardiff, y sus padres eran católicos irlandeses y no franceses. Su familia se trasladó siendo Mary muy joven, a Carmarthenshire, donde su padre, John Kelly, llegó a ser encargado de una fundición de hierro. A los dieciséis años la joven se casó con un tal Davies, pero el matrimonio terminó trágicamente un año o dos más tarde, cuando Davies murió en la explosión de una mina. No tenían hijos, al parecer. Los dueños de la mina tardaron dieciocho meses en abonarle una cantidad miserable a modo de compensación, y según sus amigos, fue este retraso lo que impulsó a Mary *la Negra* a las calles, primero en la región de Tiger Bay, en Cardiff, y luego en Londres.

En la capital se dirigió directamente a la zona del East End. No hay pruebas que soporten la teoría de su estancia en el West End, ni de haber disfrutado de las alegres noches de Haymarket o Piccadilly. Esto, como el intermedio que se supone pasó en París con «un caballero», parece ser una completa invención. En cambio, sí parece

haber instalado su sede durante algún tiempo en Ratcliffe Highway, y luego haber vivido con algunos tipos de baja estofa en Stepney y Bethnal Green, antes de llegar a Joseph Barnett, un mozo del pescado de Billingsgate con el que estuvo casi dos años. Cuando fue asesinada estaba encinta de tres meses.

Mary *la Negra* parece haber vivido temiendo a Jack el Destripador, según Barrett.

—Yo solía comprar los periódicos y le leía a ella los detalles de los crímenes del Destripador —declaró.

Era un temor que la joven compartía con las demás busconas de la calle Dorset, entre las cuales Mary era una especie de *Reina de las Amazonas*, toda vez que una de las otras víctimas, Annie Chapman, también vivió algún tiempo en la calle Dorset, y la calle Hanbury, escenario del asesinato de la Chapman, estaba situada sólo a doscientos metros de distancia.

### 3

La calle Dorset (hoy Duval), en donde cae la sombra de la iglesia de Cristo, tenía su propia ley en el sentido de que sus habitantes no respetaban ninguna de las leyes promulgadas por el Gobierno. Las desafiaban todas.

*Había cierta rivalidad entre la calle Dorset y la Ratcliffe para saber cuál de ambas era la peor de todo Londres —escribió el sargento Lesson en sus Memorias—. La calle Dorset era conocida por el remoquete de «Haz lo que quieras», título plenamente justificado. Muchos agentes, persiguiendo a un fugitivo, se detenían en seco en su carrera al llegar al umbral de dichas calles. Siempre preferían esperar la llegada de refuerzos antes de aventurarse allí donde la vida de un policía no valía un comino.*

Dennis Barrett, el mozo retirado de quien ya he hablado, conocía muy bien la calle Dorset, y me describió a algunos de sus habitantes. El viejo procedía de una larga familia de vendedores ambulantes, y su madre había tenido un tenderete en el «Royal Exchange». Cuando yo le conocí vivía en un piso del Stoke Newington, y me enseñó con orgullo un telegrama de la reina, enmarcado, felicitándole en el aniversario de sus bodas de diamante.

En aquel temible ambiente era donde Mary Kelly había ido derivando hasta llegar al fatídico 8 de noviembre por la noche, impulsada por la creciente marea, aunque sin haber dejado de ser aún la *Reina de las Amazonas*. Ocasionalmente se detenía para echar una ojeada a una u otra de las tabernas de la calle Comercial, donde era posible divisar algún probable parroquiano. Pero al no ver ninguno, seguía andando.

Pero otro par de ojos la estaban espiando aquella noche. El asesino anónimo que

firmaba con el pseudónimo de «Jack el Destripador» estaba también en Whitechapel, acercándose lentamente hacia Mary *la Negra*, hasta que fatalmente se produjese el choque.

No muy lejos, en Cheapside, unos rotulistas estaban dando los últimos toques a las pancartas que tomarían parte en la procesión del Lord Mayor al día siguiente. Las pancartas ostentaban frases tales como *Labor Omnia Vincit*, «Honor y probidad», «Éxitos comerciales», todas las cuales describían las cualidades y méritos del recién nombrado Lord Mayor, el muy honorable James Whitehead.

Las luces de Scotland Yard también lucían hasta tarde. Sir Charles Warren, cuya dimisión todavía no había sido confirmada, ultimaba sus preparativos para poder contender con el alzamiento socialista que sólo él anticipaba para el día siguiente. Para contrarrestar tal alzamiento, Sir Charles había dictado la orden siguiente:

*Ninguna persona, a menos que forme parte del cortejo del Lord Mayor, podrá pronunciar ningún discurso, ni llevar gallardetes ni pancartas, en ninguna calle o plaza por las que pase la procesión del Lord Mayor.*

Warren, que se sentía inclinado a ver anarquistas hasta debajo de su propio lecho, procuró que esta orden no se viese desobedecida. Destacó a cuarenta policías montados para reforzar la Policía de la City a lo largo del desfile, mientras que en Trafalgar Square habría un *potente Cuerpo de Policía, a pie y a caballo*, según *The Times*. Y mientras estaba colocando banderitas rojas sobre el plano para marcar la ruta del desfile, Sir Charles parecía haber previsto todas las contingencias..., menos la del asesinato.

#### 4

Mary Ann Cox, una viuda que se dedicaba a la prostitución, vivía en Miller's Court, un estrecho y estremecedor pasaje que salía de la calle Dorset y contenía seis cubículos conocidos colectivamente como «Los cuartos de MacCarthy». (Eran propiedad de John MacCarthy, que poseía una tienda en la calle Dorset).

Fue hacia estos cubículos adonde se dirigía la viuda Cox a las once y cuarenta y cinco de la noche del jueves, cuando vio a Mary Kelly saliendo de la taberna «Britannia», situada en la esquina. Mary *la Negra* era conocida en la taberna. Muchas veces había entrado en la misma, arrollando al paso a algún marinero borracho, para cambiar de chal con una de las otras ramerías. Así disfrazada, podía volver a recorrer las calles, sabiendo que la Policía la estaría buscando con una descripción diferente.

Pero esta noche Mary no llevaba chal. Lucía una pelerina roja, y su cabello, que usualmente llevaba cuidadosamente peinado, le caía por encima de los hombros. Se

hallaba borracha, y no estaba sola.

El hombre que acompañaba a Mary era bajo, grueso y llevaba un sombrero hongo, según la viuda Cox. De unos cincuenta y ocho años, tenía un rostro rojizo, un bigote grueso y sostenía una jarra de cerveza en una mano. La viuda siguió a la pareja, que dobló por Miller's Court, y les dio las buenas noches en el umbral de la casa de la Kelly. Mary *la Negra* le respondió y, en un arranque de amabilidad, le anunció:

—Voy a interpretar una canción.

La viuda vio cómo la pareja penetraba en el número 13, el cuarto de la Kelly, y poco después oyó cómo ésta cantaba una balada irlandesa, sentimental: *Sólo arranqué una violeta para la tumba de mi madre...*

La voz hubiese sido agradable, de haber estado ella serena, declaró la viuda más adelante. La Cox estuvo en su habitación un cuarto de hora, y cuando volvió a salir oyó cómo la Kelly aún seguía cantando.

Había luz en el cuarto de Mary y ésta cantaba todavía cuando la viuda regresó a la una. Por entonces había empezado a llover, por lo que ella permaneció junto al fuego calentándose las manos antes de volver a salir a la calle. (La viuda Cox se mostró infatigable aquella noche, al no encontrar ningún parroquiano).

Cuando volvió a las tres, la luz del cubículo de la Kelly estaba ya apagada y no se oía nada.

## 5

Llovió a ráfagas toda la noche, con el resultado de que los obreros de la calle aparecieron temprano, esparciendo grava fina a lo largo del Victoria Embankment, por donde tenía que pasar la procesión del Lord Mayor, para impedir que los caballos resbalasen sobre el pavimento.

A las diez de la mañana, mientras terminaban de disponer la carroza del Lord Mayor, John MacCarthy, en su tienda de la calle Dorset, estaba repasando sus libros. Con un dedo práctico iba recorriendo las distintas partidas, y de pronto observó que Mary Kelly llevaba un atraso de seis semanas en el alquiler. Ordinariamente, el alquiler del cuarto, cuatro chelines y seis peniques a la semana, se pagaba puntualmente por anticipado, pero MacCarthy, a quien le gustaba Mary *la Negra*, le había permitido retrasarse mediante algunas promesas, si bien esta vez la cosa ya había llegado demasiado lejos. El total de la deuda era de veintinueve chelines.

—Bowyer —llamó a su ayudante—, vete al número 13 de Miller's Court y mira qué puedes sacarle a la Kelly. Está atrasada de varias semanas —continuó, arrojando la pluma, disgustado—. Dile que vuelva a pagar por anticipado y que, de lo contrario, tendré que desahuciarla. Y recuerda que no debes volver con las manos vacías.

Aunque sólo tenía que doblar la esquina para ir a visitar a la Kelly, Bowyer cogió su sombrero, como si esta prenda formase parte de su respetable misión. Eran las diez y cuarenta y cinco de la mañana.

El muy honorable James Whitehead se hallaba en aquel momento en la antecámara de la «Mansión House», ataviándose para la ceremonia que le esperaba. Mientras se vestía con la túnica escarlata con ribetes de seda blanca, el Lord Mayor tuvo tiempo de reflexionar sobre la naturaleza mística del ritual en el que tenía que asistir disfrazado. Incluso la insignia que ostentaba era de dudosa procedencia. Su maza de cristal, que estaba forjada en espiral montada en oro, procedía al parecer de la época anglosajona, si bien nadie lo sabía de cierto. Asimismo, el bolso de oro que le era entregado al Lord Mayor afirmaban que procedía de Isabel I. Pero nadie sabía nada, ni siquiera por qué las hierbas aromáticas tenían que esparcirse por el suelo enlosado de «Guildhall» cuando se elegía a un nuevo Lord Mayor.

A aquella hora, Bowyer estaba llamando a la puerta del número 13 de Miller's Court. Al no obtener respuesta, volvió a golpear con más insistencia.

«¡Maldita zorra! —musitó para sus adentros—, durmiendo todo el día y callejeando de noche».

Empujó la puerta, comprobando que estaba cerrada. Como era el cobrador del inquilinato, Bowyer no vaciló en aplicar un ojo a la cerradura, viendo con sorpresa que no estaba puesta la llave por el interior.

—O ha echado el pasador desde dentro, o se ha largado ya —pensó en voz alta, y de nuevo aporreó la puerta.

Al doblar la esquina y en el ángulo derecho de la puerta había dos ventanas que daban sobre unas escobillas y un grifo que utilizaban todos los inquilinos de los «Cuartos de MacCarthy». Bowyer recordó que la más pequeña de ambas ventanas tenía dos vidrios rotos, reliquias de una memorable disputa de la Kelly con su amante Joseph Barnett, y descubrió que la abertura así formada era lo bastante grande como para permitirle pasar la mano, teniendo buen cuidado de no cortársela con los bordes de los vidrios. Apartó a un lado la cortina. Lo que vio, cuando sus ojos se acomodaron gradualmente a la mortecina luz del interior, le provocó un alarido de horror y retiró la mano tan de prisa que estuvo a punto de hacerse un corte en la misma.

La choza que Mary Kelly llamaba su hogar tenía unos tres metros y medio por lado y estaba escasamente amueblada. A la izquierda de la ventana, y directamente opuesta a la puerta, había una chimenea sobre la cual colgaba una reproducción barata, titulada irónicamente *La viuda del pescador*. Era el único intento de decoración del cuarto. En el rincón más alejado, una alacena abierta dejaba al descubierto unas cuantas piezas de loza, unas botellas de ginebra, vacías, y un pedazo de pan. Desde aquel rincón, el ojo, ya más avezado a la penumbra, descubría la cama,



que era el mueble más importante de todo el conjunto. Las ropas de la cama habían sido apartadas violentamente, y formaban un informe montón manchado de sangre a los pies de la cama. Sobre el colchón, empapado en un líquido rojo, yacía una masa de carne humana que poco antes había sido Mary *La Negra*. Entre la cama y una mesa. Jack el Destripador había realizado una macabra operación, un experimento sangriento, cuyo horror es casi imposible llegue nunca a ser superado, como puedo atestiguar tras haber visto una fotografía policíaca.

La pobre mujer yacía boca arriba, enteramente desnuda. Le habían segado la garganta de oreja a oreja, y luego hacia la espina dorsal. Le habían cortado las orejas y la nariz, y el rostro estaba tan acuchillado que era irreconocible. Le habían abierto el abdomen y el estomago, extrayendo el hígado y colocándolo sobre el muslo derecho. La porción inferior del cuerpo, incluyendo el útero, también había sido cortado.

Había manchas de sangre en la pared. Sobre la mesilla de noche se hallaba lo más macabro. Allí, como pedazos nauseabundos, había dos pequeños montones de carne: los senos de la víctima. Colocados en simetría se hallaban; también el corazón y los riñones. Parecía la obra de un abominable carnicero. Incluso había trozos de carne colgando de los clavos de las paredes.

Bowyer no observó todos estos detalles, sino que corrió a avisar a su amo, el cual volvió con él, atisbando la escena desde la ventana.

—Lo que vi era peor de lo que había esperado —declaró luego MacCarthy—. Todos aquellos pedazos de carne,... era más la obra de un diablo que de un ser humano.

## 6

*Mujerzuelas con harapos, damas empingorotadas con satenes, y todo el acompañamiento en una oriflama de turbanes...*

*¡Todos, todos a ver el espectáculo del Lord Mayor!*

Así describió Thomas Hood el espíritu del «espectáculo del Lord Mayor». La escena todavía está mejor pintada en el cuadro de William Logsdail, encargado por Sir James Whitehead, y que actualmente cuelga de la «Biblioteca Guildhall».

El entusiasmo reinante no era ciertamente excesivo, ya que no todos los mirones se mostraban amistosos. Una demostración hostil saludó a la procesión cuando entró en la Mincing Lane, e incluso *The Times* se vio forzado a admitir que *en algunos puntos del recorrido se produjeron abucheos*. *The Times* lo atribuía por partes iguales a la opinión política del Lord Mayor (liberal), y a la ausencia en el espectáculo del «elemento circense». Aunque había mucha gente de poca categoría entre la

muchedumbre, *The Times* comentaba la *ausencia de todos los individuos peligrosos*, dando con ello un mentís a Sir Charles Warren y a sus temores de una insurrección.

Mientras el desfile del Lord Mayor serpenteaba por las calles de la City hacia el Palacio de Justicia, tenía lugar otra de las comedias de las equivocaciones de las que el caso del Destripador estuvo tan plagado. Ello tuvo lugar, naturalmente, en Miller's Court, donde se habían congregado los detectives de Scotland Yard al mando del inspector Abberline. El doctor George B. Phillips llegó para efectuar su examen *in situ*, encontrándose con una orden inesperada. Como uno de sus actos finales, Sir Charles Warren había prohibido que, en caso de otro delito del Destripador, ni el cadáver ni el lugar se viesen alterados en absoluto hasta que los podencos hubieran sido llamados y situados en la pista del asesino.

La dificultad estribaba en que Warren no había comunicado a sus subordinados dónde se hallaban los podencos. Unos oficiales pensaban que estaban en manos de un veterinario, en Thornton Heath, y otros que los tenían en la comisaría de la ronda Portland. Se perdieron dos horas preciosas esperando la llegada de *Barnaby y Burgho...*, sólo para averiguar que los animales habían sido devueltos a su propietario, Edwin Brough, una quincena antes.

Mientras tanto, la Policía, incapaz de penetrar en la habitación de la Kelly, rondaba por Miller's Court, en tanto sus aterrados habitantes, a quienes se prohibió que abandonasen sus tugurios, se hallaban virtualmente prisioneros. Por fin llegó el superintendente Arnold para derogar la orden, pero era ya la una y media antes de que la puerta del número 13 cayese bajo el hacha de MacCarthy, tras lo cual la Policía se precipitó al cuarto de *Mary la Negra*.

La procesión del Lord Mayor se acercaba en aquellos momentos a Fleet Street, por San Pablo. En un lugar donde el cortejo quedó momentáneamente detenido, la gente de las ventanas y balcones improvisó un edificante entretenimiento para Su Señoría, consistente en arrojar monedas de cobre, y algunas de plata, sobre la multitud. *La ruta, cubierta con una delgada capa de barro helado, era tan resbaladiza como el hielo* —manifestó *The Daily Telegraph*—, *y lo verdaderamente divertido fue ver a los chicos de la calle, y también a los hombres, agacharse para recoger las monedas..., escurriéndose por la calzada. El rasgo más saliente del juego fue su absoluta limpieza y buena naturaleza.*

Pero mientras la procesión giraba por Fleet Street, donde la multitud era más densa, comenzaron a circular las noticias de lo ocurrido en Miller's Court. De repente, sin saberse de dónde, aparecieron los vendedores de periódicos, con la tinta de los diarios aún húmeda, y empezaron a pregonar:

—¡Asesinato...! ¡Whitechapel...! ¡Horrible...! ¡Otro asesinato...!  
¡Mutilaciones...! ¡Jack el Destripador...! ¡Su última víctima...!

Se produjo un verdadero alboroto, al menos entre un sector de público. Los espectadores del desfile arrancaron materialmente los diarios de manos de sus vendedores, mostrándoselos a la Policía encargada de mantener el orden.

—¡Mirad esto! —gritaban.

Un grupo de estudiantes de Medicina, algunos cogidos del brazo, pasaron en aquel momento por Ludgate Hall, haciendo que todos los sombreros de los mirones cayesen al suelo a bastonazos. Su caudillo, excesivamente animado, saltó sobre la espalda de un agente de Policía, arrojándole al suelo, procediendo luego a morderle un pulgar. Todo el «elemento del circo» que el Lord Mayor había querido suprimir, llegó a su apogeo. Para Sir James Whitehead el día estuvo arruinado. Se efectuaron muchísimas detenciones. Se vio a seis policías arrastrar a un joven por encima de la calzada hacia la comisaría más próxima. Bien, Jack el Destripador le había robado al Lord Mayor su «espectáculo».

*El asesino supo elegir bien su momento, comentó el Star en su editorial, y continuó exponiendo la teoría de que el asesino era una de estas desdichadas criaturas, embriagadas en un insano amor a la notoriedad, decidida a ser la sensación del momento...* Si tal fue su intención, logró un éxito inesperado. Mientras la Policía uniformada en la City formaba cordón ante las burlas de los londinenses, su víctima yacía helada en un fantasmagórico y miserable patio de Whitechapel.

## 7

El monigote escarlata se hallaba en su reluciente carroza, de regreso a «Guildhall», después de haber ejecutado sus ritos, cuando un carro tirado por un caballo se paró en la calle Dorset, delante de Miller's Court. El conductor y su ayudante saltaron al suelo, con un ataúd largo y blanco, empero sucio y arañado por el constante uso, y desaparecieron por el pasaje. Aunque la Policía había acordonado la calle por ambos extremos, la noticia de que iban a sacar el cadáver atrajo a tan gran multitud que, cuando volvieron a salir ambos hombres con el ataúd, el gentío era inmenso.

*La desesperación de los pobres y miserables fue completa. Los hombres se quitaron los gorros de la cabeza y las mujeres tenían los ojos arrasados en lágrimas —escribió The Times— mientras el ataúd era colocado en el carro.*

Los restos de Mary la Negra iban a ser conducidos al depósito de Shoreditch.

Aquella noche, Sir James Whitehead era el anfitrión de un banquete de ochocientos cincuenta invitados en «Guildhall».

La animada asamblea, que contaba con generales de gala y diplomáticos con sus condecoraciones y coloreados sombreros y uniformes, se sentó a la mesa a los acordes de la *Marcha de Escipión*, de Haendel. El último en aparecer fue el Lord Mayor, resplandeciente en una túnica de damasco negro, ribeteada con encajes dorados.

A la misma hora, tres mil londinenses del East End se hallaban reunidos en el «Great Assembly Hall», de la ronda Mile End, para tomar un té donado por la generosidad del Lord Mayor. En ausencia de la música de Haendel, se notaba cierto desorden entre la gente.

*La multitud parecía decidida a asediar el «Hall» —informa el East London Observer—. Viendo el estado del ambiente, se envió allí un refuerzo de policía, pero no fue hasta treinta o cuarenta minutos después de la hora señalada en los billetes para el comienzo del té-cena que los legítimos poseedores de entradas pudieron penetrar en el salón, gracias todavía a un cordón formado por los refuerzos policiales.*

En «Guildhall», dos pintorescos cocineros, armados de sendos cuchillos, y vestidos de blanco y montados en una especie de púlpitos, hundieron sus armas en el asado de la vieja Inglaterra. Además, se sirvieron 700 cuartos de sopa de tortuga, 100 pavos, 250 pollos y 200 platos de venado, todo lo cual fue consumido en tal ocasión.

—Por favor, llenen las copas —rogó el jefe de ceremonial, quien propuso un brindis a la salud de Su Majestad. En el alboroto que siguió al brindis, un representante del *Pall Mall Gazette*, oyó como un diputado le decía a otro:

—¿Ha sucedido en nuestro distrito?

—Oh, no —replicó el otro.

—Entonces, no es tan horrible —asintió el primero, con evidente alivio.

En «Great Assembly Hall», se sirvieron tres mil pasteles de cerdo, 1.500 libras de pasteles diversos, 825 panes de medio cuarto y 6.000 manzanas, todo lo cual desapareció por las voraces gargantas de los hambrientos habitantes del East End, antes de que pudiese nadie decir «Dios salve a la reina».

*Fue —escribió la City Press al día siguiente, mediante la carta de un «Pobre Agradecido»— un té hermosísimo y muy completo.*

En conjunto, tocó media libra de pan y mantequilla, media de pastel y un cuarto de té por persona, amén de un gran pastel de carne.

Mientras tanto, en «Guildhall», Lord Salisbury, el Primer Ministro, se levantó para efectuar el principal discurso de la velada. Era muy delicado no poder decir nada que ofendiese al nuevo Lord Mayor, que era liberal y, por tanto, su rival en política. Sin embargo, no había nada que temer ya que las frases de Lord Salisbury estuvieron llenas de falta de sentido. El Gobierno de Su Majestad, declaró el *premier*, no concedía la menor importancia a «las pequeñas guerras ni a los rumores de guerra», que no eran más que el murmullo que marca el ingente avance del oleaje de la civilización. Sólo una «opinión uniforme fundada en el chauvinismo podía hacer estallar una guerra». (Al día siguiente, el *Fremdenblatt*, el portavoz del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Austria, interpretó dicha frase como una alusión a Francia donde *desdichadamente existe un partido que considera la guerra como una cuestión*

*de honor personal*). Lord Salisbury terminó abogando por una «gran Armada». «Ningún británico desea la guerra», proclamó, y se sentó en medio de estruendosos aplausos.

El té de la ronda Mile End terminó con un espectáculo de la linterna mágica y un concierto a cargo de la banda Temperance Brass de los Cruzados, seguidos de tres vivas para el Lord Mayor y su esposa. Se envió un telegrama a dicha pareja agradeciéndoles su altruismo. La caridad parecía flotar en el ambiente, ya que en Sandringham, aquel mismo día, el príncipe de Gales celebraba su cumpleaños, festejando a trescientos labradores de la finca con una comida. Por la noche hubo fuegos artificiales y el futuro Eduardo VII fue invitado de honor en un baile campestre.

## 8

Mientras los políticos abogaban por una Armada mayor, y la realeza danzaba el Gay Gordons, lo que quedaba de Mary *la Negra*, nacida en Irlanda, condado de Limerick, yacía sobre una losa del depósito mortuario de Shoreditch. Trabajando a la máxima velocidad, dos hábiles cirujanos y sus ayudantes tardaron siete horas en recomponer el cuerpo de forma que pudiera ser identificado, dándole un entierro decente. El jurado del *coroner*, al menos, no tendría que soportar la vista de un cadáver tan mutilado.

La Policía negó que faltasen órganos entre los restos. Pero *The Times* contradijo esta declaración:

*Nos hallamos autorizados a decir que, pese a lo informado por la Policía, falta una porción de los órganos del cadáver. La Policía, y con ella sus forenses, han llegado a la conclusión de que interesa a la Justicia no revelar los detalles de la investigación profesional.*

El cirujano forense, sin embargo, admitió que la Kelly se hallaba en los umbrales de la gestación, y otro periódico informó que una de las partes extraviadas era el feto.

Entretanto, la Policía efectuaba un minucioso escrutinio del número 13 de Miller's Court en busca de pistas. En la chimenea hallaron gran cantidad de cenizas, pruebas de que se había encendido un gran fuego. En realidad, tan intenso había sido el calor, que el borde, el mango y el fondo de una tetera se habían chamuscado. Removiendo las cenizas, encontraron restos de ropas... el borde achicharrado de un sombrero de fieltro de señora, y un pedazo de terciopelo, restos de una chaqueta del mismo paño que había pertenecido a la Kelly, y que una amiga de ésta, María Harvey, aseguró que faltaba. La Harvey declaró que las dos camisas de algodón, de caballero,

que ella le había regalado a la difunta, faltaban asimismo.

El inspector Frederick G. Abberline fue de la opinión de que era el asesino quien había encendido el fuego arrojando al mismo las ropas y todo cuanto cayó en sus manos, a fin de poder ver para llevar a cabo su horrible disección. (Al asesino le pasó por alto, por lo visto, una vela que estaba encajada dentro de un vaso roto, y que apenas se hallaba a medias consumida). Lo maravilloso es que el fuego no fuese visto por los demás inquilinos de Miller's Court quienes, según veremos, no dejaron de entrar y salir durante toda la noche.

De haber atisbado alguien por la ventana, habrían visto a Jack el Destripador entregado a su labor. Según los cálculos de la Policía, tardó al menos dos horas en realizar su disección. Cuando hubo terminado atrancó la puerta moviendo una pesada cómoda, huyendo por la ventana.

## XIV

### Una encuesta apresurada

#### 1

Cerca de la medianoche de la noche del crimen, la viuda Cox, como se recordará, se había encontrado con Mary Kelly, que estaba embriagada y en compañía de un hombre que ostentaba un bigote rojizo. La viuda les había seguido por el pasaje conocido como Miller's Court (patio de Miller), le dio las buenas noches a la Kelly, y esperó hasta que la pareja penetró en el cuarto, cerrando la puerta, después de haber oído como Mary entonaba *Dulces Violetas*, con su ronca voz de borracha. Pero Mary *la Negra* no se había retirado a su casa definitivamente aquella noche, si hay que dar crédito a otro testigo. «Horas más tarde fue vista por las calles de Spitalfields por una persona que la conocía».

George Hutchinson había trabajado como vigilante nocturno, lo cual significaba que, habituado a no dormir de noche, a menudo paseaba a altas horas por las calles. En la madrugada del viernes, 9 de noviembre, no fue el insomnio, sino el desahucio lo que le impulsó a recorrer las calles, condición conocida como «llevar la pancarta» en el East End. George, en realidad, llevaba varias semanas sin trabajar. Sin embargo, aún seguía en poder del sentido de observación adquirido durante sus jornadas como vigilante, cuando torció la esquina de la ronda Whitechapel hacia la calle Comercial, ya silenciosa a las dos de la madrugada. Lo que primero observó fue a un caballero de buen aspecto que se paseaba por dicha esquina bajo un farol de gas. Pero apenas había tenido tiempo de fijarse en dicho desconocido cuando descubrió, viniendo hacia él desde la calle Dorset a Mary Kelly. Al momento se brillantó su faz.

El vigilante y Mary eran buenos amigos. Cuando había estado trabajando, a menudo le había ofrecido un asiento de cuatro peniques en el «Cambridge Music Hall», o la había invitado a una ginebra en la taberna «Britannia». Ahora, al verla sola a aquella hora, Hutchinson se felicitó por su buena suerte. La Kelly tenía la reputación de ser tan poco tacaña con su dinero como con sus otros favores. Mientras la veía acercarse, Hutchinson ya se consideraba dueño del precio de una cama en el bolsillo o, mejor aún, enroscado en la cama de la propia Mary.

Pero los dioses iban a intervenir en contra de sus deseos y esperanzas. Antes de que el vigilante pudiera abrir la boca para formular su petición, la Kelly le contó que debía el alquiler y que no tenía nada con qué comer. ¿Podría George prestarle media corona? La joven prometió devolvérsela antes del final de semana. Sin hablar, como un mimo, él le mostró sus bolsillos vacíos y extendió las manos en un gesto de desesperación.

Con la misma comicidad triste, vio cómo la Kelly se alejaba, aflojando el paso al pasar junto al caballero de la esquina de la calle Thrawl, y observó asimismo cómo el hombre levantaba una mano. Luego dijo algo que hizo reír a ambos, y la pareja se alejó lentamente, rodeando el hombre con una mano la cintura de la joven. ¿Qué fue lo que impulsó a Hutchinson a seguir a la pareja? ¿Sintió una súbita envidia? Al fin y al cabo, el vigilante había estado esperando poder meterse en la cama de la Kelly. ¿O fue el aburrimiento? Spitalfields ofrecía pocas distracciones a aquella hora de la madrugada. Sea como sea, Hutchinson siguió a la pareja, viéndola doblar por la calle Dorset, como un perro husmeando su desayuno. Les vio de pie un instante en el Miller's Court, y oyó exclamar a la Kelly:

—Oh, he perdido mi pañuelo —al tiempo que el hombre se sacaba un pañuelo rojo del bolsillo y hacía con el mismo unos pases de torero. Luego, ambos desaparecieron en el interior del patio.

Hutchinson vaciló unos segundos, y luego fue de puntillas hasta el número 13, pero la luz ya estaba apagada en la habitación y no pudo oír nada. Retrocediendo, se detuvo a esperar delante del Miller's Court. ¿Esperando qué?

—¡Maldito si lo sabía! —fue su respuesta al ser interrogado. Mientras esperaba, oyó las pisadas de un policía que hacía la ronda por la calle Comercial. Luego vio cómo un individuo entraba en un albergue de la calle Dorset. Después de tres cuartos de espera, Hutchinson abandonó su vigilancia. Durante el resto de la noche deambuló por las calles, con los puños hundidos en los bolsillos, y completamente desesperado.

—Mis sospechas se despertaron instantáneamente —declaró más tarde a los periodistas—, al ver a un hombre tan bien ataviado en esa parte de Londres. Lo encontré raro.

Sí, era raro, si el inventario de las ropas que llevaba el asesino, efectuado por Hutchinson, era correcto:

—Llevaba levita negra, con ribetes de astracán, cuello blanco y corbata negra, con un alfiler... También ostentaba un reloj de oro con cadena maciza de la cual colgaba un sello con una piedra roja.

En cuanto al aspecto físico, tendría treinta y cinco años, un metro setenta de estatura, de tez morena, ojos negros, cejas pobladas y un bigote curvado en los extremos. Parecía extranjero.

Es una lástima que Hutchinson, que habló con entera libertad a la Prensa, no fuera convocado como testigo en la encuesta, donde hubiera podido ser debidamente interrogado. Particularmente, debido a la gran cantidad de detalles aportados por él.

Hutchinson se aferró a su historia, a pesar de todos los esfuerzos efectuados por la Policía para destruirla. El inspector Abberline interrogó incansablemente al vigilante. Mediante una serie de preguntas, el inspector trató de hacerle declarar más detalles. Pero las respuestas de Hutchinson fueron siempre las mismas.

—¿Cómo pudo ver que el pañuelo era rojo desde tan lejos?

—Lo hizo voltear delante de ella —replicó Hutchinson—. Lo vi a la luz del farol.



Lo volteó como si fuese el capote de un torero y ella se echó a reír.

Si Hutchinson se inventó al desconocido, sus observaciones fueron sumamente notables, ya que sólo tenía mucho que perder con su declaración. Al fin y al cabo, no había dormido en ninguna parte la noche del crimen, y por su propia admisión se había hallado en la escena del asesinato, a la hora en que éste fue cometido. Así, al declararse implicado en el caso corrió un grave riesgo. Sin embargo, es un misterio que hay que añadir al de por qué jamás fue llamado a declarar en la encuesta.

## 2

De forma característica, la reina Victoria fue una de las primeras personas en reaccionar ante el asesinato de la Kelly. Desde el castillo de Balmoral, en Escocia, le envió al Primer Ministro una acre reprimenda.

*La noticia de este crimen espantoso muestra la absoluta necesidad de llevar a cabo una enérgica acción. Todos los patios deben quedar debidamente iluminados, y hay que mejorar a nuestros detectives. No son ya lo que eran. Cuando se produjo el primer crimen, me prometió consultar con sus colegas.*

Acosado por el telegrama de Su Majestad, Lord Salisbury convocó su Gabinete en el número 10 de la calle Downing, el sábado por la mañana, 10 de noviembre. (¡Qué satisfacción debió experimentar Jack el Destripador al saber que era objeto de una convocatoria ministerial!). Tras alguna discusión, el Gabinete accedió a dar un paso sin precedentes, ofreciendo la libre absolución a cualquiera que, sin haber participado en el asesinato de Mary Kelly, diese alguna información respecto al mismo. El aviso de la Policía decía:

*Dado que el 8 o 9 de noviembre, en Miller's Court, calle Dorset Spitalfields, Mary Jane Kelly fue asesinada por una, o varias personas desconocidas, el secretario de Estado concederá el amplio perdón de Su Majestad a cualquier cómplice, que no sea la persona que contribuyó o ejecutó el crimen, que pueda dar información conducente al descubrimiento y condena de la persona o personas autoras del asesinato.*

Que Jack el Destripador operaba solo se había puesto de manifiesto desde el principio. Esto, por ejemplo explicaba su casi milagrosa habilidad para eludir su captura. Pero la policía opinaba que el Destripador estaba siendo protegido por un amigo o pariente que, sabiendo que estaba loco y era un criminal, se mostraba reacio

a entregarle, y también tal vez por miedo a verse incriminado como cómplice. Lord Salisbury y sus colegas hubiesen podido combinar el ofrecimiento del perdón con una crecida recompensa, lo cual tal vez habría apelado mejor a los sentimientos del posible cómplice. Tal como se hizo, la oferta no dio el menor resultado.

### 3

La sensación creada anteriormente por el caso del Destripador no fue nada comparado con lo que ocurrió después del crimen de Miller's Court. En el East End el ánimo de linchamiento sólo pudo contenerse gracias a la presencia de innumerable fuerza policíaca. El hecho de que el Lord Mayor celebraba su «espectáculo», cuando los londinenses se hallaban de buen humor, gastándose sus jornales en cerveza, no ayudó en absoluto. Cuando las puertas de las tabernas se abrían para dejar paso a alguien, podían captarse retazos de conversaciones, mezcladas al olor de la cerveza, todas referentes siempre al último crimen del Destripador.

En la calle Dorset, una fila de tipos mal encarados permanecía constantemente apoyada en la pared, frente al Miller's Court, fumando sus pipas de barro y lanzando obscenos juramentos a los transeúntes. De vez en cuando, los gritos de los vendedores se aunaban con los chillidos del gentío, voceando folletos rojos que todo el mundo conocía ya.

—¡El Libro Rojo de Whitechapel... sólo por un penique!

Para empeorar las cosas, el primer aniversario del «domingo sangriento», en que Sir Charles Warren había usado a sus policías armados con porras para apalea a los desempleados, cayó aquel preciso fin de semana, y miles de personas se congregaron en Hyde Park para escuchar a William Morris y R. Cunningham Graham, que exigieron la inmediata dimisión de Warren, sin saber que ya había sido aceptada. A medida que transcurrió aquel final de semana fue aumentando la tensión. Era como si el East End esperase el momento de tomarse la ley por su mano.

### 4

De manera irónica, el nuevo Lord Mayor eligió aquel domingo, 10 de noviembre, para presidir por primera vez en la «Mansión House», como magistrado jefe de la City de Londres. Tal vez hubo un rastro de sarcasmo en su voz cuando, al sentarse, se refirió al «buen comportamiento de la muchedumbre que había asistido al desfile».

Hecho esto, Su Señoría pasó a referirse a los temas del día, que eran treinta y ocho acusaciones, en su mayoría raterías efectuadas durante el paso del desfile. El más interesante de tales casos fue el robo de un reloj de oro, de repetición, valuado en

ciento cuarenta y seis libras, de un agregado de la Embajada de la Rusia Imperial en Berlín, que se hallaba en Londres aquel viernes, 9 de noviembre. Este oficial de Embajada iba hacia el Banco Alemán, situado en la calle Throgmorton, entre la una y las dos de la tarde, cuando se vio sorprendido por la procesión del Lord Mayor y «de pronto se halló rodeado de rufianes que empezaron a empujarle y zarandearle». A continuación descubrió que tenía desabrochado el sobretodo, y que le habían arrancado la cadena y el reloj. Mientras tanto, éste había ido pasando de mano en mano hasta que por fin uno de los rateros fue pillado con él. El Lord Mayor escuchó este relato con simpatía, y sentenció a los tres bribones mezclados en el caso, que se declararon culpables, a seis semanas de trabajos forzados.

## 5

No transcurrió aquel fin de semana sin que se produjesen incidentes de carácter borrascoso en el East End. El domingo por la noche, una anciana medio ciega llamada señora Humphries, que habitaba con su hija en los edificios de «George Yard», bajó al patio a vaciar el cubo, y al volver a entrar en la casa, un joven que había estado cortejando a su hija, le cerró el paso. Temblando de espanto, la vieja le preguntó:

—¿Quién es? —por desdicha para el muchacho, éste tartamudeaba, y antes de que hubiera podido pronunciar su nombre, la vieja levantó la voz, chillando:

—¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Policía!

Como si hubiesen estado entre bastidores, los detectives y agentes convergieron desde todas las direcciones y el desdichado enamorado fue conducido a la comisaría de la calle Leman.

Fue mayor aún la excitación, una hora más tarde, cuando un hombre, cuyo rostro parecía una calavera, gritó desde la esquina de Wentworth y Comercial:

—¡Yo soy Jack el Destripador!

El individuo se había sombreado la cara con corcho quemado, pintándose amplios círculos blancos debajo de los ojos, para producir una fantasmal impresión. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de crear tal sensación, ya que fue apresado por dos hombres, uno de ellos un soldado licenciado. De nuevo apareció la multitud, gritando: «¡Linchadle!».

Se levantaron los bastones y el hombre de la cara ennegrecida lo hubiera pasado muy mal de no haber llegado la Policía. Fueron necesarios cuatro agentes y varios curiosos para reducir al tipo. Fue conducido a la comisaría de la calle Leman, donde se dio a conocer como un doctor del Hospital San Jorge, en Hyde Park Corner, si bien se negó a dar su nombre.

Según el cronista criminal Edwin T. Woodhall, *El hombre de los ojos blancos*

tuvo un mal fin.

*Tres semanas más tarde —relata Woodhall— se recuperó su cuerpo en el Támesis, cerca del Puente Hungerford. Un bote de remos amarrado al muelle de Waterloo fue a la deriva, produciendo la salida a la superficie del hinchado cadáver, que había estado bajo el timón. La negrura del corcho quemado y el blanco alrededor de los ojos, a pesar del estado de descomposición, aún eran evidentes.*

No fue solo Woodhall el que creyó que Jack el Destripador se había suicidado inmediatamente después del crimen de Mary Kelly, arrojándose al Támesis. Fue ésta una opinión compartida por altos oficiales, como será relatado.

## 6

La encuesta por la muerte de Mary Jane Kelly, que se celebró en «Shoreditch Town Hall», el 12 de noviembre, difirió de las demás encuestas por las víctimas de Jack el Destripador, en varios e importantes aspectos. En primer lugar, la encuesta fue presidida por otro *coroner*. No se trataba ya del furibundo crítico de la Policía Metropolitana, Wynne R. Baxter. En su lugar, la Policía se había asegurado el concurso de Roderick MacDonald, un cirujano miembro liberal del Parlamento, que había ejercido como oficial médico de distrito en Poplar, antes de llegar a ser *coroner* del nordeste de Middlesex.

En segundo lugar, en contraste con las demás encuestas del Destripador, que no terminaban hasta después de muchos días, la encuesta de la Kelly terminó bruscamente el primer día. Lejos de procurar ofrecer la mayor información posible, a fin de ayudar al esclarecimiento del crimen, la Policía pareció determinada a oscurecer las circunstancias que rodeaban al asesinato de Miller's Court. En esta tarea fueron secundados por Roderick MacDonald, que antes había sido forense de la División K, por lo cual se hallaba acostumbrado a trabajar en estrecha colaboración con las autoridades.

Por lo tanto, comenzó entonces a tener lugar una especie de guerra secreta entre MacDonald y uno de los jurados.

*JURADO.* —No entiendo por qué tenemos que ocuparnos nosotros de esta encuesta, cuando el asesinato no ha ocurrido en nuestro distrito, sino en Whitechapel.

*Oficial de Coroner (Hammond).* —No ocurrió en Whitechapel.

*Coroner (con severidad).* —¿Cree el jurado que ignoramos lo que tenemos que hacer? El jurado ha sido convocado en la forma ordinaria y no tienen los señores que lo componen nada que objetar. Si persisten en su actitud, yo sabré cómo tratar con ellos. ¿Hay algún jurado que desee reclamar todavía?

*JURADO.* —Nosotros fuimos convocados por el distrito de Shoreditch. Y este caso pertenece a Spitalfields.

*Coroner.* —Ocurrió el crimen dentro de mi distrito.

*OTRO JURADO.* —Éste no es mi distrito. Yo soy de Whitechapel y mi *coroner* es el señor Baxter.

*Coroner.* —No voy a discutir este asunto con los jurados. Si alguno quiere objetar, que lo diga. (*Pausa*). Puedo añadir que la jurisdicción reside donde está el cadáver, no donde fue hallado.

Más tarde, MacDonald se refirió de nuevo a este tema, cuando se dirigió a los periodistas presentes, cuyos diarios respectivos habían hecho gran alboroto sobre la encuesta.

—El cadáver se halla en mi jurisdicción —dijo—, fue llevado al depósito y no hay más que hablar.

Tras haber prestado juramento, los jurados, acompañados por el inspector Abberline, fueron a ver el cadáver, que se hallaba en un cobertizo de madera del depósito contiguo a la iglesia de Shoreditch. Sólo quedaba visible la cara del cadáver, en tanto que el mutilado cuerpo estaba compasivamente oculto bajo la tela gris.

*La cara parecía una de estas máscaras de cera —publicó el Pall Mall Gazette—. Los ojos eran los únicos vestigios de humanidad. El resto estaba tan lleno de cortes y mordeduras que era imposible saber dónde empezaban aquéllos y terminaba la carne.*

El jurado inspeccionó asimismo el lugar del crimen en Miller's Court y volvió al salón donde debía celebrarse la encuesta.

El primer testigo fue Joseph Barnett, el mozo del mercado del pescado de Billingsgate que había vivido con la Kelly en la época de su muerte. Había visto a la difunta por última vez entre las siete y media y las ocho menos cuarto de la tarde, del jueves, 8 de noviembre, cuando la visitó en el número 13 de Miller's Court, en donde la encontró en compañía de otra prostituta llamada María Harvey.

*Coroner.* —¿Se hallaba usted en términos de buena amistad con la difunta?

*BARNETT.* —Sí, pero cuando nos separamos le dije que yo no trabajaba, por lo que no tenía nada que darle y lo sentía mucho.

C. —¿Bebieron ustedes juntos?

T. —No, María estaba serena.

C. —¿Era de costumbres sobrias, generalmente hablando?

T. —Cuando vivía conmigo, sí, aunque yo la había visto bebida varias veces.

Thomas Bowyer, el cobrador del inquilinato, contó el horrible descubrimiento efectuado cuando metió la mano por el vidrio roto y apartó la cortina, divisando «dos pedazos de carne sobre la mesa». Su testimonio no añadió nada a lo que ya había relatado la Prensa, y fue corroborado por John MacCarthy, el propietario de los cuartos de Miller's Court.

A continuación se produjo un desfile de tipos diversos de la calle Dorset, mujeres

en su mayoría, que, como la Kelly, tenían su profesión en la calle. En principio, algunas parecían tan jóvenes como la difunta, pero en realidad todas eran veteranas en el oficio. Llevaban los chales muy ceñidos y contestaron a las preguntas del *coroner* con cierta truculencia, a veces con comicidad. La más importante fue Mary Ann Cox, la viuda que había visto a la Kelly a los doce menos cuarto de la noche con el individuo del bigote rojizo, y que contó sus diversas entradas y salidas en la noche de autos. Cuando la viuda volvió a su habitación por última vez, a las tres, no había ya luz en el cuarto de la Kelly.

C. —¿Durmió usted?

T. —No, estaba muy trastornada. Ni siquiera me molesté en desnudarme, ya que no podía dormir. Me tendí simplemente en la cama.

C. —¿Oyó voces o gritos?

T. —Oí que un hombre salía para su trabajo en el mercado de Spitalfields.

C. —¿Oyó algo más?

T. —Sí, que un hombre bajó al patio a las seis y cuarto. Esto era ya demasiado tarde para ir al mercado.

C. —¿De qué casa salió?

T. —No lo sé.

C. —¿Oyó que golpear la puerta al ser cerrada?

T. —No.

C. —¿Entonces, tal vez bajó al patio y volvió a subir?

T. —Sí.

C. —¿Pudo haber sido un policía?

T. —Pudo haberlo sido.

El siguiente testigo fue Elizabeth Prater, una ramera que ocupaba la habitación encima de la de Mary Kelly. Estuvo fuera en la calle toda la noche del jueves, les contó a los jurados, y no se encaminó a Miller's Court hasta la una de la madrugada, y aun entonces se quedó veinte minutos en una esquina, esperando que algún cliente «picase». De haber habido luz en el número 13 la habría observado al subir la escalera hacia su cuarto. Sin embargo, no vio luz. De haberse movido la Kelly por su habitación, u otra persona, también lo habría oído, ya que los muros eran de endeble construcción. Pero no oyó nada ni a nadie. La Prater formó una barricada en su puerta con dos mesas, se metió en la cama y durmió profundamente dos horas.

—Un gato me molestó entre las tres y media y las cuatro menos cuarto —explicó al jurado—. Cuando di media vuelta para volver a dormirme, oí un débil grito de: «¡Oh asesinato!». Me pareció que venía del patio.

C. —¿Oía a menudo esta clase de gritos?

T. —No es una cosa muy rara en nuestras calles. No le di importancia.

C. —¿Lo oyó por segunda vez?

T. —No.

C. —¿Oyó que fuesen empujadas o movidas mesas o una cama?

T. —Nada en absoluto. Me dormí casi en seguida y me desperté a las cinco de la mañana.

C. —¿Qué hizo entonces?

T. —Bajé y vi cómo los hombres enjaezaban los caballos. A las cinco y cuarto estaba ya en Ten Bells.

C. —¿Vio a algún desconocido en Ten Bells?

T. —No.

C. —¿Qué hizo después?

T. —Volví a la cama y dormí hasta las once de la mañana.

C. —¿No oyó cantar debajo de su habitación?

T. —No, en absoluto. De haber cantado alguien, lo habría oído distintamente.

Sarah Lewis, una lavandera que habitaba en el número 24 de la calle Great Pearl, declaró a continuación y contó que había ido a Miller's Court a las dos y media de la madrugada del viernes a visitar a una amiga, la señora Keyler, que ocupaba la habitación opuesta a la de la Kelly. Al entrar en el patio, observó a un hombre que estaba de pie delante de la entrada, mirando al patio, como si esperase a alguien. Era corpulento, no muy alto, y llevaba sombrero negro. (Por desgracia, no poseemos ninguna descripción de Hutchinson, el cual, según su declaración, mantuvo una vigilancia fuera de Miller's Court hasta las tres). La lavandera añadió que había dormitado en una silla del piso de la señora Keyler hasta las tres y media, cuando oyó el reloj de la iglesia de Cristo, que daba la hora.

C. —¿Qué la despertó a usted?

T. —No podía dormir. Estuve allí sentada casi hasta las cuatro, cuando oí una voz femenina que gritaba «¡Asesinato!» en voz alta. Me pareció la voz de una mujer joven. Parecía estar junto a nuestra puerta. Solo hubo un grito.

C. —¿No tuvo miedo? ¿Despertó usted a alguien?

T. —No. Como solo lo oí una vez, no le di importancia.

C. —¿Hasta qué hora permaneció en casa de la señora Keyler?

T. —Hasta las cinco y media del viernes por la tarde. La Policía no nos permitió abandonar el patio.

El testimonio del testigo siguiente presentó tal variación con respecto a los hechos conocidos, que el *coroner* la aconsejó que tuviese mucho cuidado con sus respuestas. Era Caroline Maxwell, esposa del portero de la casa de huéspedes del número 14 de la calle Dorset, que estaba directamente enfrente de Miller's Court, la cual declaró bajo juramento que vio a Mary Kelly a la entrada del patio, a las «ocho en punto de la mañana del viernes». Estaba segura de que era la difunta, a pesar de no haber hablado con la Kelly más que una o dos veces, y también lo estaba de la hora, porque su marido acababa de regresar del trabajo.

C. —¿Habló usted con ella?

T. —Sí. Era extraño verla a aquella hora. Le hablé desde el otro lado de la calle. «¿Qué haces levantada tan temprano, Mary?». Y ella me contestó: «Oh, Curie, me

siento mal».

C. —¿Dice usted que solo había hablado dos veces con ella anteriormente?  
¿Cómo es que se tuteaban ustedes?

T. —Oh, bueno..., éramos vecinas.

C. —¿Qué más le dijo ella?

T. —Dijo: «He bajado a tomar un vaso de cerveza y me vuelvo otra vez arriba». Supuse que había estado en la taberna «Britannia», en la esquina. La dejé, diciéndole que me compadecía de sus dolencias.

C. —¿Qué hizo usted luego?

T. —Me fui a la calle Bishopsgate, a desayunar con mi marido.

C. —¿Volvió a ver a la Kelly?

T. —Sí. Cuando volví la vi fuera de la taberna «Britannia», hablando con un hombre.

C. —¿A qué hora sería?

T. —A las ocho y cuarto.

C. —¿Cómo podría describir al hombre?

T. —No puedo, ya que estaban bastante lejos.

*INSPECTOR ABBERLINE (interviniendo).* —La distancia es de unos dieciséis metros.

T. —Estoy segura de que era la difunta. Podría jurarlo.

C. —Ya ha jurado. ¿Era alto el hombre?

T. —No, algo más que yo, y corpulento.

*INSPECTOR ABBERLINE.* —Tras pensarlo mejor, la distancia es de veinticinco metros.

C. —¿Cómo iba él vestido?

T. —Con ropas oscuras. Me pareció que llevaba un abrigo o levita a cuadros. No podría decirlo con seguridad. Ni tampoco si llevaba sombrero.

C. —¿Cómo vestía la difunta?

T. —Una falda oscura, corpiño de terciopelo, un chal marrón y sin sombrero.

C. —¿Le pareció que estaba bebida?

T. —Tal vez un poco, pero no de modo exagerado.

María Harvey, del número 3 de New Court, en la calle Dorset, que había estado con Mary Kelly toda la tarde del jueves, fue la testigo siguiente.

C. —¿Estaba usted allí cuando llegó Joseph Barnett?

T. —Sí. Me marché poco después de la llegada de Joe. Dije: «Bueno, Mary Jane, no volveré esta noche».

C. —¿Le entregó usted algo a la Kelly?

T. —Sí, dos camisas de hombre, sucias, una camisa de chiquillo, un sobretodo negro, un sombrero negro con cintas de satén, una papeleta de empeño de un chal gris por el que me habían dado dos chelines, y unas enaguas blancas.

C. —¿Ha vuelto a ver estos artículos desde entonces?



T. —Sí, vi el sobretodo negro en un cuarto del patio el viernes por la tarde.

El *coroner*, después, llamó a George Bagster Phillips, el forense, quien entregó un informe preliminar de la autopsia. Pero el doctor no entró en detalles respecto a las heridas infligidas. La causa inmediata de la muerte fue el corte de la arteria carótida derecha. El jurado no formuló preguntas, como dando a entender que los demás detalles serían dados a conocer en otra sesión.

Por tanto, es fácil imaginar la sorpresa del público cuando poco después el *coroner* MacDonald, súbitamente, dio por terminada la encuesta, aceptando el veredicto que él mismo le había recomendado al jurado de «asesinato efectuado por una persona o personas desconocidas». El *coroner* no creyó necesario preguntarle al forense si faltaban algunos órganos en el cuerpo de la difunta. Ni trató de establecer la naturaleza del arma asesina.

Desde Eduardo I, la Ley británica requiere que «todas las lesiones del cuerpo, también las heridas, sean examinadas y revisadas; y la profundidad, anchura y longitud de las mismas, la clase de arma, y en qué parte del cuerpo se halla la herida o lesión..., todo lo cual debe ponerse en conocimiento del *coroner*».

MacDonald lo sabía. Al fin y al cabo, como forense, había tenido que declarar en muchas otras encuestas. Sin embargo, deliberadamente suprimió esta evidencia.

—Existen otras pruebas que no deseo exponer —anunció al clausurar la encuesta —, ya que con ello sólo se retrasaría la justicia de este asesinato.

¿Qué quiso dar a entender con esta insólita declaración? ¿Lo hizo por orden de Scotland Yard, que tan ansioso se había mostrado de impedir que el *coroner* Baxter presidiese esta encuesta? ¿Qué trataba de ocultar la Policía?

## 7

Por la evidencia de los testigos de la encuesta, presumiendo que fuese correcta, es posible trazar un esquema de los movimientos ocurridos en el Miller's Court, la noche de autos:

11.45 noche: La Kelly y un hombre vestido con cierta cursilería son vistos saliendo de la taberna «Britannia», por la viuda Cox, la cual sigue a la pareja hasta Miller's Court y les ve entrar en el número 13. Tras quince minutos en su cuarto, vuelve a salir.

1 de la madrugada: La viuda Cox regresa a Miller's Court, oye cantar a la Kelly al pasar delante de su ventana.

1.20: Elizabeth Prater, que vive encima de la Kelly, regresa a su casa, pero no ve ninguna luz en el número 13, ni oye gritos ni ruidos.

2: George Hutchinson ve a la Kelly en la calle Comercial con un individuo bien ataviado, y les sigue hasta Miller's Court.

2.30: Sarah Lewis va a Miller's Court, ve a un hombre de pie en la acera opuesta al patio. (Pudo ser Hutchinson).

3: Hutchinson abandona la vigilancia de Miller's Court.

3.30 a 4: Elizabeth Prater y Sarah Lewis oyen el grito de «¡Asesinato!», pero ninguna de ambas le concede importancia.

6.15: La viuda Cox oye a alguien en el patio.

8 a 8.45: La señora Maxwell afirma haber visto a la Kelly, primero a la entrada de Miller's Court, y más tarde hablando con un hombre delante de la taberna «Britannia».

10.45 Thomas Bowyer descubre el crimen.

Lo primero que asombra al observador es la extraordinaria actividad que se centró en los «Cuartos de MacCarthy», los cuales resultaron no ser más que un burdel con al menos tres prostitutas, además de Mary Kelly. Puede afirmarse que si Miller's Court durmió, lo hizo sólo con un ojo. Sarah Lewis realiza una visita social a las dos y media de la madrugada y se duerme en una silla de su amiga. ¿Y qué diremos de la viuda Cox, que entró y salió de su cuarto al menos tres veces, desde medianoche hasta las tres, en que por fin se tumbó en su cama sin molestarse en desnudarse? El motivo que dio para esta excentricidad fue hallarse muy trastornada; pero trastornada, ¿por qué?

Y aún queda Elizabeth Prater, otra prostituta, que ocupaba la habitación de encima de la de la Kelly. La Prater es tan despreocupada que declara haberse detenido en una esquina a la una y veinte, para ver si «picaba» un cliente, según su propia versión. Sin embargo, cuando entró en su habitación puso dos mesas detrás de la puerta para atrincherarse. ¿Contra quién? Se diría que estaba protegiendo las joyas de la Corona...

Pero las rarezas no acaban aquí. Tanto Elizabeth Prater como Sarah Lewis declararon que habían oído gritar «¡Asesinato!». La Prater en voz baja, y la Lewis en voz alta. Claro que ninguna de ambas le concedió al grito ninguna importancia. Los gritos de «¡Asesinato!» eran frecuentes en aquellas calles, añadieron en la encuesta, por lo que no había motivo de alarma. El grito parecería fijar el momento del asesinato entre las 3.30 y las 4. Si el asesino tardó dos horas en completar su disección del cuerpo, como calculó la Policía, esto significaría que abandonó el patio a las seis, cuando la viuda Cox oyó a un hombre.

No existe una incompatibilidad esencial entre el hombre ridículamente ataviado que vio la viuda Cox con la Kelly poco después de medianoche, y el hombre bien vestido que Hutchinson vio en compañía de la joven dos horas más tarde. La cursilería sugiere que el primer hombre, si no adinerado, podía estar buscando algún libre entretenimiento con su cerveza en la mano. (Incidentalmente, es bastante difícil imaginarse a Jack el Destripador con un bigote rojizo, y levita, sosteniendo un vaso de cerveza en la mano).

Lo más probable es que, tras haber despedido a su primer amante, el de la

cerveza, la Kelly volvió a recorrer las calles, siendo entonces vista por Hutchinson a las dos de la madrugada. Esto no era desusado, puesto que ya se han visto las entradas y salidas de Miller's Court, a cargo de sus ocupantes. Y al fin y al cabo, el cobrador del alquiler tenía que ir a buscar su dinero a la mañana siguiente. La Kelly sabía que tendría que pagar o se vería expuesta a un desahucio. La pobre Mary *la Negra* hubiera podido evitarse todas sus preocupaciones de haber sabido que la muerte iba a llevarla a presencia de otra Persona que le exigiría también una estrecha cuenta.

## 8

Mary Kelly tuvo un impresionante funeral, pagado por Henry Wilton, que había sido empleado de la iglesia de San Leonardo, en Shoreditch, durante cincuenta años. A mediodía del domingo, 18 de noviembre, la campana de la iglesia comenzó a doblar, aparentemente como señal para que las amas de casa de la vecindad abandonasen sus preparativos del almuerzo y fuesen corriendo hacia allí, ya que la multitud congregada delante de la iglesia estaba compuesta en su mayor parte por mujeres. No tardó en estar bloqueada la calzada, a pesar de que la Policía, previéndolo, había procurado mantener el orden.

El ataúd fue llevado a hombros de cuatro hombres. Era de olmo pulimentado, con adornos de metal, y llevaba grabado el nombre de la difunta en su variación francesa: «Marie Jeannette Kelly, muerta el 9 de noviembre de 1888, a los veinticinco años». Sobre el ataúd había una cruz de flores, pagada por los alumnos de la escuela Leytonstone, y otras dos cruces de flores artificiales de la Ten Bells y la taberna «Britannia», respectivamente (el *East London Advertiser* dijo que las cintas llevaban inscripciones de amigos que *utilizaban ciertas casas públicas en común con la muerta*).

La vista del féretro afectó a la multitud, según el *Advertiser*.

*En torno a la carroza en que fue colocado el ataúd, se apiñaron las mujeres, que luchaban desesperadamente para tocarlo. Éstas tenían los ojos arrasados en lágrimas. Los hombres exclamaban piadosamente «¡Que Dios la perdone!», y se quitaban el sombrero como muestra de respeto.*

El cortejo siguió hasta el cementerio católico de San Patricio, de Leytonstone, formándolo dos coches, en uno de los cuales iba Joseph Barnett, el mozo de Billingsgate, muy digno en su traje de mezclilla azul. En otro coche iban la viuda Cox, María Harvey y otras tres mujeres, todas las cuales se fortalecieron para el trayecto en una taberna cercana a la iglesia. Poco antes de las dos, el cortejo llegó a

San Patricio, donde fue recibido por el padre Colomban, quien brevemente efectuó el servicio. Al acceder a costear los gastos, el señor Wilton dio a entender que si el público deseaba contribuir sus donativos serían bien recibidos. El excedente, explicó serviría para erigir un buen sepulcro. Pero no se erigió nunca.

## 9

El asesinato de la Kelly dio lugar a historias apócrifas, varias de las cuales fueron reunidas por Daniel Farson, el popular locutor de la Televisión, siendo ofrecidas al público en noviembre de 1959.<sup>[41]</sup> Una de las leyendas se refiere al funeral, y fue contada por un tipo *cockney*.

—Mi madre —dijo el *cockney*— estuvo en el cementerio aquella tarde visitando otra tumba. Cuando todos los acompañantes se hubieron marchado, un hombre se demoró. Tras cierto tiempo, y creyéndose al fin solo, separó las tablas de la tumba y escupió dentro.

Otro de los invitados de Farson fue una tal señora Little, quien declaró que su madre había estado en el número 13 de Miller's Court después del crimen.

—Había un cuadro de un crucifijo en la pared —relató—, y detrás del mismo la huella sangrienta de una mano. Y por muchas veces que pusiesen pintura para hacerla desaparecer siempre volvía a salir. Muchos caballeros elegantemente ataviados solían visitar la casa para ver este hecho insólito.

## XV

### Jill la Destripadora y otros

#### 1

La súbita conclusión de la encuesta Kelly dejó el misterio del Destripador en el aire. Tras algunas escenas entre bastidores, el telón cayó apresuradamente después del segundo acto, obligando al espectador a abandonar el teatro ya a oscuras, con la mente poblada por una serie de preguntas sin respuesta. ¿Por qué el *coroner* MacDonald había tenido tanta prisa en precipitar los procedimientos? ¿Temía que le arrebatasen el caso de su jurisdicción si demoraba la encuesta? ¿O seguía órdenes de Scotland Yard? ¿Por qué había suprimido el informe de la autopsia de las declaraciones? Hasta la fecha nadie sabe qué órganos, si faltaban algunos, no se hallaron en el cuerpo de Mary Kelly. Tal información habría sido interesante, puesto que habría establecido si existía una norma en los asesinatos.

¿Por qué George Hutchinson, el vigilante nocturno, no fue convocado como testigo? Su historia, caso de ser interrogado, tal vez habría arrojado cierta luz sobre el caso, al afirmar que había visto a la Kelly por las calles mucho después de haberla visto la viuda Cox. ¿Y qué diremos de Caroline Maxwell, que juró haber visto a la Kelly a las ocho de la mañana del día en que fue hallada asesinada? ¿Por qué no se efectuó ningún esfuerzo por aclarar tales discrepancias? ¿O es que existía otra prueba que MacDonald no quiso dar a conocer?

Durante los años sucesivos, los detectives aficionados han tratado de escribir un tercer acto para un misterio que al parecer desafía toda solución y sus respuestas han sido tan variadas como los sujetos que las formularon<sup>[42]</sup>.

El más constante de dichos aficionados fue Edward K. Larkins, empleado de las Aduanas de Su Majestad, el cual, durante un período de tres años, fue una pesadilla para Scotland Yard. Larkins afirmaba que los asesinatos habían sido obra de dos asesinos, a quienes identificó como unos marineros portugueses de los buques *Ciudad de Oporto* y *Ciudad de Corcho*. Ambos individuos, sin embargo, no eran cómplices entre sí, según el aduanero.

*El primer asesinato, a mi entender, fue cometido por un hombre vengativo; al mismo siguieron los demás crímenes cometidos por otro hombre de espíritu malvado*—escribió Larkins en un memorándum fechado el 8 de marzo de 1889. Luego nombró a los sospechosos—: *Los matarifes que estaban en este país a bordo de los barcos, cuando dichos crímenes tuvieron lugar, eran Manuel Crux Xavier y José Laurence.*

Larkins esbozó un complicado esquema, demostrando que el *Ciudad de Oporto*,

con Xavier a bordo, había estado amarrado en el muelle de Londres el 31 de agosto, cuando fue hallada asesinada Mary Ann Nicholls, mientras que Laurence había estado en Londres, a bordo del *Ciudad de Corcho*, durante la época de los otros asesinatos. Según esta evidencia, Larkins apremió al cónsul inglés en Oporto a arrestar a los culpables y llevarlos a Inglaterra. Cuando el cónsul declinó aceptar tal responsabilidad, Larkins le envió una carta mordaz:

*Tan pronto como la excitación concluya, invitaré a la opinión pública a que dé su veredicto respecto a si es usted la persona más idónea para representar en el extranjero los intereses de Inglaterra.*

En 1891, Larkins seguía bombardeando al secretario del Interior y al comisario jefe de la policía Metropolitana con cartas referentes al caso del Destripador.

Otro que también quiso hallar al Destripador en el mar, esta vez en el papel de un pescador, fue el doctor G. Halsted, quien empezó su carrera médica en 1884 como interno del Hospital de Londres, en Whitechapel Road, y por tanto, estaba bien situado para seguir de cerca las andanzas de Jack el Destripador. El doctor Halsted, que pasó cierto tiempo como médico misional de la flotilla de pesca de Dogger Bank, escribió:

*Creo que después del último asesinato de noviembre, el Destripador se unió a la flota pesquera del Mar del Norte, donde sabía que se hallaba fuera del alcance de la Justicia, y su presencia pasaría desapercibida entre la clase de gentuza que suele componer tales tripulaciones. Estas sospechas se hallan ciertamente confirmadas cuando se oye hablar de los cuerpos pescados por algunas redes, como víctimas de naufragios y accidentes, si bien algunos no son más que el producto de un crimen cometido a bordo de algún barco.<sup>[43]</sup>*

El doctor Halsted añadió una nota interesante respecto a los supuestos conocimientos médicos de Jack el Destripador:

*La gran habilidad quirúrgica que empleó con sus víctimas pudo ser el resultado de un hombre acostumbrado a destripar peces.*

Los victorianos rechazaron violentamente la idea de que el asesino de Whitechapel pudiera ser una mujer. Una dama desnaturalizada, una «Lady Macbeth» de los barrios

bajos, operando en su ambiente, resultaba repugnante a las concepciones victorianas del sexo débil. En realidad, no fue hasta 1938 que la teoría de una Jill la Destripadora se tomó en serio, siendo su creador William Stewart, un artista comercial que se transformó en detective. Según Stewart, el asesino era una comadrona, posiblemente relacionada con el turbio asunto de los abortos ilegales<sup>[44]</sup>.

Sólo una comadrona hubiera podido vagar libremente por las calles de Whitechapel, a altas horas de la noche, sin levantar sospechas, incluso con las ropas manchadas de sangre. Sólo una comadrona podía poseer los rudimentarios conocimientos anatómicos de que dio muestras el asesino, y granjearse fácilmente la confianza de sus víctimas, factor absolutamente necesario cuando las mujeres asesinadas tenían que sospechar de cualquier persona desconocida.

Aunque se la hubiera descubierto inclinada sobre el cuerpo de sus víctimas, Jill habría tenido una coartada perfecta:

«Todo lo que tenía que alegar era que pasaba por el lugar y había visto el cuerpo de una mujer caída, habiendo pensado que sus cuidados profesionales podían ser de absoluta necesidad. Había empezado a efectuar el examen, cuando, para su horror, descubrió que la mujer había muerto asesinada». Es sólo cuando se llega a la cuestión motivo que la teoría de Stewart parece descansar sobre un suelo inestable.

Como abortista, Jill la Destripadora habría sido denunciada a la Policía por alguna de sus pacientes, arguye Stewart.

«Una mujer con imaginación, de constitución robusta, encargada por la práctica de su profesión, podía considerarse a sí misma como una mártir. Meditando amargamente sobre tanta injusticia, tal vez no habría tardado en convencerse de que la muerte de las mujeres que le habían denunciado se hallaba plenamente justificada».

El autor utiliza la muerte de Mary Kelly para reforzar su argumentación. La Kelly, claro está, se hallaba encinta de tres meses cuando murió. ¿No habría sido natural que la Kelly, para quien el nacimiento de un hijo sólo podía significar un desastre, hubiese acudido en busca de los servicios de una abortista para concluir con su embarazo? ¿Qué cosa más natural que admitir a una comadrona en su cuarto sin alarmarse nadie, y que la paciente se desnudara para un examen?

En su búsqueda de motivos, Stewart parece haberse olvidado una insinuación dada a entender por Joseph Barnett, el amante de la víctima, según la cual Mary *la Negra* era lesbiana, o al menos poseía cierta tendencia al safismo, rasgo bastante común entre las prostitutas. De ser esto cierto, se abriría ante la Policía una nueva ruta de investigación.

Barnett le contó a la Policía que él y Mary *la Negra* habían vivido juntos, muy felices, hasta que una tal María Harvey, a la que trató de «esta mujer de naturaleza inmoral», había intervenido en sus vidas. El mozo del mercado no pareció conceder importancia al tiempo que la Harvey pasaba a solas con la Kelly, pero cuando intentó compartir su lecho conyugal «objeté fuertemente», declaró. Por fin, después de haber estado la Harvey en la casa dos o tres noches, él se peleó con la Kelly y la abandonó,

trasladándose al número 24 de la calle Nueva, en Bishopsgate. Esto fue el 30 de octubre, o sea poco más de una semana antes del asesinato de la Kelly.

«La Kelly nunca habría derivado por tal pendiente, ni yo jamás la habría dejado, de no haber sido por las malas mujeres que iban con ella», afirmó Barnett.

Aquí hay una pista que Stewart habría podido seguir con más provecho que la de la comadrona. Al menos, ofrece un poderoso motivo para el asesinato: los celos por parte de una mujer vengativa.

El hecho de que Caroline Maxwell creyese ver a Mary *la Negra* delante de Miller's Court, horas después de haber sido asesinada, despierta la posibilidad de que el asesino, si no una mujer, sí hubiese pretendido huir vestido como tal, por lo menos en esta ocasión. Un doctor de veintinueve años, llamado Arthur Conan Doyle, que ya había publicado su primera novela de «Sherlock Holmes» el año anterior, estaba, según su hijo, entre los que en 1888 pensaban que Jack el Destripador se disfrazaba como mujer para escapar de sus perseguidores. Adrián Conan Doyle escribió desde Suiza sobre la teoría de su padre:

*Más de treinta años han transcurrido, por lo que es difícil recordar sus opiniones sobre el del Destripador con todo detalle. Sin embargo, recuerdo que él consideraba probable que el individuo poseyese ciertos conocimientos de anatomía y se disfrazase de mujer para eludir la detención por parte de la Policía, así como para poder abordar a sus víctimas sin despertar sus sospechas.*

Éstos fueron algunos de los esfuerzos de los detectives aficionados para desvelar el misterio. Vayamos ahora con los profesionales.

### 3

*No recuerdo lo que mi abuelo, el general Sir Charles Warren escribió sobre el caso de Jack el Destripador, y más bien pienso que no lo hizo sobre el particular — escribió Watkin W. Williams, en respuesta a mi petición.<sup>[45]</sup>*

Tampoco expresó Warren sus puntos de vista conversando con su nieto. *Era un tema del que raras veces hablaba —me aseguró Williams, que es profesor de la Universidad de Eton—. Mi impresión es que él creía que el asesino era un maníaco sexual que se había suicidado después del crimen de Miller's Court, posiblemente el joven doctor cuyo cuerpo fue hallado en el Támesis el 31 de diciembre de 1888.*

Pero si Sir Charles Warren se mostró reticente al expresar su opinión sobre el caso del Destripador, otros policías no supieron callar. Al revés de los aficionados que le prestaron al Destripador personalidades tan diversas como comadrona y pescador,



entre los profesionales hubo casi uniformidad con respecto a quién era Jack. Si se incluye a Sir Charles Warren, por el testimonio de su nieto, seis, de siete oficiales de Policía que de una forma u otra se ocuparon del caso en su época, creían que el Destripador era médico. Los seis que compartieron tal punto de vista fueron Warren, el inspector jefe Frederick G. Abberline, el mayor Henry Smith, Sir Melville MacNaghten, Sir Basil Thomson y el sargento Leeson.

Esto parece impresionante hasta que se examina atentamente. Del sexteto, sólo Warren y Abberline ostentaron cargos de responsabilidad en Scotland Yard en la época del Destripador, y el segundo estaba convencido de que Jack y George Chapman, el envenenador, eran la misma persona. El mayor Henry Smith, como ayudante del comisario jefe de la City, estuvo directamente relacionado con uno de los crímenes solamente, el de Catherine Eddowes, y no mantenía ninguna opinión definida sobre la identidad del Destripador, según he podido averiguar.

De los restantes, Sir Melville MacNaghten no entró en Scotland Yard hasta seis meses después de los asesinatos, y aún entonces sólo como ayudante jefe de la Policía uniformada, en tanto que Sir Basil Thomson no pasó a formar parte del Yard como jefe de CID hasta 1913. Por tanto, ninguno de los últimos estuvo directamente conectado con el caso. Leeson, que sólo era un guardia que hacía rondas por Whitechapel cuando Jack el Destripador realizó su macabra tarea, seguramente no gozaba a la sazón de la confianza de sus superiores. Claro que hay que tener en cuenta la opinión de Sir Robert Anderson, ayudante de comisario de Policía y jefe del CID en 1888.

*Después de haber visto el interés despertado por este caso —escribió Anderson en sus Memorias—, casi me hallo tentado a revelar la identidad del asesino... Pero de ello no se derivaría ningún bien público, y padecería la tradición de mi antiguo Departamento.*

Sir Robert añade que el Destripador era un *judío polaco de baja extracción*, añadiendo:

*Es un hecho notable que la gente de esta clase del East End jamás delatará a nadie a la Justicia... Sólo quiero añadir que la única persona que logró obtener una buena visión del asesino, no vaciló en identificarle cuando fue enfrentado al mismo; pero rehusó prestar evidencia en su contra. Afirmando que fue un judío polaco, creo haber dicho bastante.*

Ya hemos visto esta táctica anteriormente, cuando Sir Robert se negó a divulgar las cartas de Jack el Destripador. Las tradiciones de su antiguo Departamento habrían padecido de nuevo. Pero en este caso resulta altamente irresponsable, ya que John

Pizer, un judío polaco, había sido arrestado como culpable de ser el Destripador cuando se produjo la historia de *Delantal de Cuero*. O Anderson estaba intentando arrojar las sospechas sobre Pizer, o bien sólo quería hacer gala de su antisemitismo. (Es de notar la insinuación de que la única razón por la cual el Destripador se vio en libertad fue porque uno de sus correligionarios se negó a declarar contra él). Existe una tercera posibilidad: que Anderson hablase sólo de oídas, ya que se recordará que en la época del segundo asesinato del Destripador, el de Annie Chapman, Sir Robert se hallaba todavía de vacaciones en Suiza. No volvió a Londres hasta después del cuarto crimen. Sir Robert, por tanto, no puede afirmar haber estado demasiado ligado a la investigación de tales hechos.

También se ha dicho que algunos criminales ejecutados por otros crímenes eran Jack el Destripador, como el doctor Thomas Neill Cream, a quien ya conocemos.

*El veintiuno de mayo, Frederik Deeming murió;  
¡Tararí, tari, tin! El día es encantador.  
Gran fiesta para el East End. ¡Ha muerto Jack el Destripador!*

Estos versos fueron inspirados por la ejecución celebrada el 21 de mayo de 1893, en Melbourne, de Frederick Deeming, ladrón estafador, salteador de Bancos y bígamo. En 1891, Deeming asesinó a su esposa y cuatro hijos, enterró sus cuerpos bajo el suelo de su casa en Rainhill, Liverpool, y emigró a Australia. Sus crímenes de Liverpool no se descubrieron hasta después de haber obrado de modo similar con su segunda esposa, en Melbourne. Fue ejecutado ante un gran gentío, por dos verdugos, uno disfrazado con una barba negra y otro con una blanca, y durante muchos años persistió la creencia de que había sido Jack el Destripador.<sup>[46]</sup>

Se rumoreó que mientras esperaba ser ejecutado confesó haber sido Jack el Destripador. L. C. Douthwaite, en su libro *Asesinatos en masa*, añade este clavo al mástil:

*Si confesó o no... y en vista de su ambición indudable de fama en la posteridad, lo cierto es que su afirmación fue falsa. La prueba es absoluta. Cuando tuvieron lugar los crímenes de Jack el Destripador, Deeming estaba en la cárcel.*

El inspector jefe Frederick G. Abberline estaba seguro de que Jack el Destripador era, en realidad, George Chapman, alias Severin Klosowski, un barbero-cirujano polaco, que fue colgado en 1903 después de haber envenenado a sus tres esposas. Tan

convencido se hallaba de su identidad que cuando Chapman fue arrestado, Abberline dio una palmada y exclamó:

—¡Por fin la Policía ha cogido a Jack el Destripador!

No fue él solo en creerlo.

*Chapman, como el Destripador, era ambidextro —escribió el superintendente Arthur F. Neil, de Scotland Yard—. La única descripción dada por un testigo sobre Jack coincide exactamente con la de Chapman, incluso en la estatura, los ojos hundidos, la tez cetrina y el negro bigote.*

Como ambos oficiales jamás dejaron de creer en sus propias afirmaciones, no se dignaron estudiar con atención el caso: Como decía el superintendente Neil, Chapman poseía un bigote negro que daba a su faz una apariencia brutal.

—Nunca había visto un villano como él —observó Edgard Carson, el famoso abogado criminólogo, que acusó a Chapman en el proceso en nombre de la Corona—. Parecía una bestia salvaje. Todo el tiempo estuve temiendo que se abalanzase contra mí.

Chapman había nacido en Polonia, en diciembre de 1865, lo cual le concede veintitrés años en la época de Jack el Destripador. En Polonia aprendió el oficio de *feldscher*, una especie de ayudante de barbero, adiestrado en medicina menor. Cuando emigró a Londres, se instaló en Whitechapel en junio de 1887, y entró a trabajar como barbero cirujano, arrancando barrillos y efectuando operaciones sencillas. Se casó con una polaca en el mismo Londres, y se fue con ella a Nueva Jersey, donde la abandonó.

De vuelta a Inglaterra, Chapman se estableció en Hastings. En octubre de 1895 contrajo el primero de una serie de casamientos bígamos. Fue con una tal señora Spink, bajita, rubia y rechoncha, muy útil para el negocio de barbero de su marido, ya que no sólo enjabonaba a los clientes, sino que tocaba el piano mientras Chapman les afeitaba. El 3 de abril de 1897, Chapman adquirió una onza de tártaro emético, que contiene antimonio, un activo veneno. Poco después, la señora Spink empezó a desmejorar y cuando falleció el día de Navidad de 1897, la causa alegada fue la tisis.

Después hallamos a Chapman como propietario de la taberna «Príncipe de Gales», en Finsbury, y «casado» con Bessie Taylor, una camarera. Bessie falleció el 13 de febrero de 1901, a los treinta y seis años, siendo su muerte atribuida a «fatiga de los vómitos y diarreas». Seis meses más tarde, le sucedió en su doble aspecto de camarera y esposa, Maud Marsh, la cual también murió de vómitos, diarrea y dolores abdominales. Esta vez, sin embargo, Chapman se mostró negligente. Impaciente por acabar, le administró estricnina a su víctima.

El barbero polaco fue arrestado por el asesinato de Maud Marsh, en 25 de octubre de 1902. Los cadáveres de la Spink y la Taylor fueron exhumados, hallándose en los mismos huellas de antimonio. Al sentenciar a muerte a Chapman, el juez omitió la

usual frase «Qué Dios tenga piedad de su alma».

Hargrave L. Adam, que publicó *El Rastro de George Chapman*, llegó a la conclusión de que Chapman y el Destripador eran la misma persona, por las siguientes pruebas:

- 1) La presencia del asesino en Whitechapel tuvo lugar después de haber llegado Chapman de Varsovia, y durante todo el otoño de 1888 no estuvo nunca lejos de los escenarios recorridos por aquél.
- 2) La descripción (presumiblemente la de Hutchinson) del hombre visto con Mary Kelly poco antes de ser ésta asesinada *era una perfecta descripción de Chapman*, según Adam.
- 3) El empleo de americanismos en las cartas del Destripador concuerda con el hecho de haber pasado Chapman dos años en Estados Unidos, haciéndose pasar más tarde por americano.
- 4) Finalmente, Adam señala que Chapman poseía la requerida habilidad anatómica para ser Jack el Destripador. Antes de ir a Inglaterra, Chapman había trabajado como practicante en un hospital de Praga, como «barbero cirujano» en el ejército ruso, y el Gobierno polaco le había concedido un certificado de «cirujano menor» en 1886.

Claro que pueden derribarse varios de los argumentos de Adam. Por ejemplo, Chapman pudo haber tratado de fingirse yanqui, pero no había podido hacer uso del *slang* americano en 1888 por la sencilla razón de que no estuvo en Estados Unidos hasta 1890. Tanto Adam como Arthur F. Neil afirman que Chapman se parecía mucho al hombre que Hutchinson vio con la Kelly la noche de su muerte. Pero el aspecto embrutecido de Chapman concuerda con casi todas las descripciones del Destripador dadas a la Policía, excepto en esto: la mayoría de las descripciones del Destripador coinciden en presentarle como un hombre de edad madura. Chapman, según se ha visto solo tenía veintitrés años cuando el Destripador operó en Whitechapel.

La cuestión de la destreza quirúrgica de este último será examinada más adelante, pero aquí debemos indicar que las mujeres a las que asesinó Chapman, murieron mediante unos métodos muy distintos a los de las víctimas del Destripador. Éste recorría los barrios bajos, además, en busca de sus víctimas, mientras que la señora Spink y sus hermanas de martirio procedían de unos hogares respetables de la clase media. El hecho de que Chapman se creyese en la necesidad de recurrir a una serie de casamientos fingidos habla bien alto en favor de la moralidad de sus mujeres.

El argumento más aplastante en contra de la teoría Chapman-Jack el Destripador es, claro está, que el primero era un envenenador, prefiriendo despachar a sus

víctimas por unos medios menos brutales, más refinados, que el segundo. Los psiquiatras y criminólogos que a través de los años han estudiado la mentalidad de los envenenadores han hallado que éstos tienen muy poco en común con la mentalidad de los sádicos como el Destripador. Adam se adelantó a esta objeción y afirmó:

*Si Chapman fuese Jack el Destripador, el envenenamiento, como medio mucho más seguro de matar podrían habérselo sugerido. Después de cambiar su método, era imperativo que para sus crímenes eligiera una clase muy distinta de mujeres.*

Efectuar este aserto es ignorar completamente todo cuanto rodea a los asesinatos en cuestión y transforma por completo el carácter del Destripador. Éste no estaba interesado en «un medio más seguro de matar». Eligió en cambio el más peligroso, y los medios más públicos para llevar a cabo sus hazañas, que se caracterizaran precisamente por su creciente audacia. Lejos de buscar la seguridad, atrajo deliberadamente la atención sobre sí mismo.

## 5

La última teoría relativa a Jack el Destripador, fue que era un ruso llamado Alexander Pedachenko siendo en realidad una variante de Chapman, el demonio envenenador. Sin embargo, la teoría Pedachenko es sostenida por Donald MacCormick, que cita como una de sus autoridades a Rasputín.<sup>[47]</sup> En resumen, MacCormick creía que Pedachenko fue enviado a Londres como agente secreto zarista para espiar a los anarquistas, y que cometió los crímenes de Whitechapel a fin de desacreditar a dichos anarquistas, y lograr que fuesen deportados de Inglaterra.

Pedachenko, descrito por MacCormick, tenía mucho en común con Chapman. Ambos eran *feldscheren*, y los dos trabajaban como tales en los distritos más miserables de Londres, arrancando barrillos y tratando enfermedades de la piel, así como cortando el cabello. MacCormick, sin embargo, no se contentó con dejar aquí las cosas. Insistió en darle a la coincidencia otro giro. Pedachenko, según MacCormick, asistió a una «clínica a la que acudieron cuatro de las víctimas de Jack el Destripador: la Turner, la Chapman, la Nicholls y la Kelly». La clínica era la de San Salvador, en Walworth. (MacCormick no dice por qué las cuatro mujeres tuvieron que ir a dicha clínica, situada a orillas del Támesis, pero cita al doctor Dutton como autoridad de esta información). Después de los crímenes de Whitechapel, Pedachenko fue enviado a Rusia, raptado por los agentes de aquel país, y murió en un manicomio en 1908.

Según la *Gaceta de Ucrania*, un boletín confidencial que circulaba entre la Policía secreta zarista, Pedachenko estaba en situación de búsqueda y captura por el asesinato de una mujer en el distrito de Montmartre de París, en 1886, y había huido a Londres para evitar el arresto.

*En tal ocasión se disfrazó de mujer, afirmaba la Gaceta, que luego continúa describiéndole como pesado, con cejas muy negras, y un bigote que usualmente llevaba curvado y engomado en las puntas.*

MacCormick se refiere a esta contradicción recordando la tetera que fue hallada entre las cenizas de la chimenea del cuarto de la Kelly. ¿Para qué se empleó la tetera?

«No para hacer té —nos asegura MacCormick—, sino tal vez para hervir el agua con que Pedachenko se afeitó el bigote».

Después de lo cual, el ruso se disfrazó con ropas de la Kelly y huyó.

Queda la cuestión del motivo, siempre lo más difícil cuando se trata del Destripador. MacCormick cita los documentos secretos de Rasputín, afirmando que la Policía zarista envió a Londres a su mayor criminal demente a fin de poner de manifiesto ante el mundo algunos de los defectos del sistema policíaco inglés: por ejemplo, demostrar la ineficacia de la fuerza que componían Sir Charles Warren y sus agentes. Pero MacCormick sugiere como explicación más plausible de los crímenes, que formaban parte de un complot zarista para desacreditar a los anarquistas rusos que vivían en Londres. Esto explicaría, naturalmente, que el cadáver de Elizabeth Stride fuese hallado al lado del Club Educativo Internacional de Obreros, de la calle Berner, lugar de cita de los socialistas rusos y polacos. Sir Basil Thomson presta su apoyo a esta teoría.

*Ciertamente, parte de la Policía secreta zarista, afirma en una carta, quiso desacreditar a las organizaciones anarquistas mediante la expansión del robo y el crimen. El asunto de Pedro el Pintor (el sitio de la calle Sidney), lo demuestra.*

MacCormick asegura que el doctor Dutton estaba en la más absoluta creencia de que Jack el Destripador y Pedachenko eran la misma persona, y que el resumen de las pruebas del doctor era de gran peso en la cuestión. Según él, no formuló ninguna teoría endeble.

Por el contrario, el buen doctor, vez tras vez, realizó declaraciones sin la menor prueba. Por ejemplo, su declaración de que las cuatro víctimas de Jack el Destripador habían acudido a la clínica de Walworth, donde Pedachenko actuaba como practicante «exactamente en la época de los crímenes». ¿Con qué prueba apoyó esta aseveración? Y ésta no es más que una de las declaraciones puestas en boca del doctor Dutton por MacCormick. En ausencia de mejores pruebas, la declaración del doctor Dutton de que Pedachenko y Jack el Destripador eran la misma persona, debe ser tratada con gran reserva.

Los profesionales —los expertos de la Policía y otros— no han logrado establecer la identidad del Destripador mejor que los aficionados. Si acaso, se hallan más confundidos. Parecen haberse dejado hipnotizar por los conocimientos quirúrgicos del Destripador e, inconscientemente tal vez, haber aceptado la imagen del «hombre del maletín». En realidad, el pequeño maletín negro parece haberse transformado en la cabeza del rey Carlos de todo aquel que intenta desentrañar el misterio de Jack el Destripador.<sup>[48]</sup>

De modo semejante, los expertos no quieren creer que el Destripador fuese inglés. No, era moreno, corpulento, de aspecto extranjero, muy opuesto al convencional inglés esbelto y de ojos azules. El Destripador tuvo que ser, afirman, un portugués, un ruso o un polaco. Después de todos los cálculos que han sido repasados, no puede constituir ninguna sorpresa leer en el *Reynolds News*, en fecha reciente:

*Nada, en los años transcurridos, ha venido a hacer luz en las teorías sobre Jack el Destripador, ni nada ha alterado la teoría del Yard, que ya ha cerrado el expediente sobre el más malvado asesino de la historia policíaca, con la afirmación: «Era un marinero polaco».*

## XVI

### Shaw escribe una carta<sup>[49]</sup>

#### 1

*Ahora que el Destripador ha logrado llamar la atención sobre la cuestión social...*

Así empieza una carta de Shaw dirigida al *Star*, en la que se ocupaba de los crímenes de Whitechapel. Para Shaw, a la sazón con treinta y dos años, la identidad de Jack el Destripador era muy simple: era un reformador social de «genio independiente». El joven comediógrafo, que ya había obtenido gran reputación como moralista y agudo de ingenio, utilizó al Destripador desde todos los puntos de vista para ganar puntos contra las clases pudientes; y sin embargo, su tesis poseía más lógica que todas las elucubraciones de los sedicentes expertos que habían examinado el caso. En su carta, titulada *Dinero sangriento para Whitechapel*, comienza por poner de manifiesto el contraste entre las condiciones existentes en los barrios pobres, antes y después de la aparición del Destripador.

*Hace menos de un año la Prensa del West End clamaba literalmente por la sangre del pueblo, espoleando a Sir Charles Warren a fustigar y aherrojar a la masa que osaba quejarse de inanición..., conduciéndose, en suma, como las clases elevadas se comportan siempre cuando los obreros se desprenden de su terror, aventurándose a enseñar los dientes.*

Desde el comienzo de la cadena de crímenes de Whitechapel, la Prensa, no obstante, había sufrido un notable cambio de sentimientos. Los editores escribían ahora artículos sobre las «Oscuras Annies» dentro de su ambiente, y entonaban lastimeros *mea culpa*.

*Mientras nosotros, los socialdemócratas, estamos desperdiciando nuestro tiempo en la educación, la agitación y la organización, un genio independiente ha tomado las riendas en sus manos, y por el simple procedimiento de asesinar y destripar a cuatro mujeres, ha convertido a la Prensa en una especie inepta de comunismo. La moral es estupenda y los insurreccionistas, los dinamiteros, los invencibles y la extrema izquierda del partido anárquico no tardarán en aprovecharse de ello. Todas las cárceles*



*asaltadas, todas las ventanas rotas, todas las tiendas allanadas, todo cadáver destripado, significan otro billete de diez libras de «rescate».*

Shaw se refiere asimismo a las manifestaciones de los desempleados en 1886, cuando se arrojaron pedruscos contra las ventanas del club «Gariton», en Pall Mall, con tal efecto, que la oficialidad se apresuró a elevar el Fondo de la «Mansión House» para Alivio de los Desdichados, desde tres mil libras a setenta y ocho mil.

*Queda por ver cuántos de estos crímenes servirán para el East End de panem et circenses.*

El joven crítico musical que era entonces Shaw no pudo resistir a la tentación de arremeter contra la aristocracia.

*Si las duquesas pudieran ser atraídas a los patios de Whitechapel, un simple experimento anatómico en una víctima aristocrática tal vez lograría reunir la suma de medio millón, sin tener necesidad de sacrificar a cuatro mujeres del pueblo.*

La posibilidad de que Jack el Destripador fuese un celoso, aunque equivocado, reformista social, se le había ocurrido al *Star*, pero dicha idea fue rechazada.

*Finalmente, el Star había sugerido en su editorial, existe un experimento social, aunque sea demasiado horrible para creerlo, decidido a conseguir que las clases pudientes vean y sientan cómo viven las masas.*

«Demasiado horrible para creerlo». Para la mente victoriana, la idea de utilizar el crimen como instrumento de reforma social era tan increíble como la noción de un asesino bromista, y que a sí mismo se firmaba «Jack el Destripador». Preferían considerar los crímenes de Whitechapel como inmotivados.

*Los crímenes sexuales son los más dificultosos para la Policía —escribió Sir Melville MacNaghten—, ya que faltan los motivos. Sólo existe la avidez de la sangre, y en muchos casos el odio a la mujer como tal.*

Sin embargo, algunos han pensado que los crímenes del Destripador podían tener un contenido social o político, sin comprender plenamente todas las implicaciones de tal posibilidad. *The Lancet* incluso se refiere a dichos crímenes como *servidores de un buen propósito* habiendo, dicho propósito *despertado la pública conciencia*. El reverendo Samuel Barnett, de «Toynbee Hall», afirmó que los crímenes «tenían que suceder». «Los horrores de Whitechapel, añadió, no habrán sido en vano si la conciencia pública se despierta al fin, para descubrir la verdad de tales horrores».

Su esposa, Henrietta Barnett, a la que ya conocemos como organizadora de la solicitud de las mujeres de Whitechapel, aún fue más lejos.

Comentando de qué manera los crímenes del Destripador habían servido para reformar el asunto de los albergues, la señora Barnett escribió:

*Verdaderamente, fue la crucifixión de estas pobres almas lo que salvó al distrito.*

Incluso *Commonwealth*, el órgano de los socialistas de William Morris, tuvo que conceder que *en nuestra época de absurdos y contradicciones, un malvado y mortal asesino puede llegar a ser un reformista más eficaz que todos los propagandistas del mundo.*

«Los crímenes tenían que suceder».

Y, si tenían que ocurrir fatalmente ¿qué lugar más indicado para ello que el East End?

## 2

Pero ¿carecieron de motivo los crímenes de Jack el Destripador? Cuanto más se estudian dichos asesinatos, más se observa en los mismos una pauta. Existe cierta lógica en ellos, que por lo visto no percibieron los victorianos.

Jack el Destripador fue casi aristoteliano al observar las unidades dramáticas. Por ejemplo, en el aspecto local, ¿qué mejor escenario para sus crímenes que el East End de Londres, suponiendo que desease despertar la conciencia pública con respecto a la injusticia social? Y no todo el East End, sino sólo un diminuto fragmento, cerca del mercado de Spitalfields, limitado por la ronda Whitechapel, «los malvados cuatrocientos metros», según expresión del reverendo Barnett. *The Lancet* da la respuesta en un editorial: *Bueno será anotar que los crímenes han sido cometidos precisamente en el mismo distrito donde, como los reformistas sanitarios, nosotros hemos solicitado a menudo la intervención de las autoridades.*

Las víctimas, con una sola excepción, fueron atacadas de manera semejante, lo cual constituye la segunda unidad dramática observada por el Destripador. Todas fueron prostitutas, ya maduras, reducidas a los últimos peldaños de la degradación. Eran los pingajos que Jack de London halló durmiendo a la sombra de la iglesia de Cristo, de Spitalfields, y que, de ello estaba seguro, venderían su alma por dos peniques. La excepción naturalmente, es Mary Kelly, que todavía era joven y de buena apariencia.

Incluso hubo cierta unidad de tiempo en los crímenes, unidad que nada tiene que ver con la teoría lunar pregonada por L. Forbes Winslow, el alienista<sup>[50]</sup>. El

Destripador era un criminal de fin de semana. Los cinco asesinatos se cometieron el primer o el último fin de semana del mes en el intervalo entre el viernes por la noche y el lunes de madrugada. ¿Fue para adquirir la máxima notoriedad? Los fines de semana, el East de Londres hervía de gente, en parte atraída por los mercados al aire libre de Petticoat Lane, y otros por los atractivos de la ronda Whitechapel. ¿Qué medio mejor de provocar el horror que enfrentar a tales multitudes con manchas de sangre aún no secas sobre la calzada?

La mejor prueba de las intenciones del Destripador se obtuvo con el asesinato de Mary *la Negra*, ya que eligió un día de fiesta pública, el día del Lord Mayor para llevar a cabo su siniestro proyecto. Mucho antes de dicha fecha, un periodista predijo que si el Destripador intentaba otro crimen, elegiría la mañana del 9 de noviembre.

*Día de mercado, de excitación, lo cual serviría de maravilla a las intenciones del mayor criminal del siglo.*

¿Y qué diremos de la manera pública como fueron cometidos todos los crímenes? Las víctimas, con la excepción de Mary Kelly, mostraban sus gargantas cortadas. Los cuerpos habían sido mutilados y abandonados en plena calle, a la contemplación del público. No se hizo el menor intento de ocultarlos a la atención general. Por el contrario, se atrajo deliberadamente el interés hacia los mismos. La pauta no habría sido más destacada, de haber colgado el Destripador una tarjeta sobre cada una de sus víctimas.

### 3

«El estrangulador no es un monstruo con cuernos que sobresalen de su frente».

Así comentó el doctor John J. Donovan, de la Policía de Boston, las características del estrangulador de dicha ciudad, en mayo de 1963, después de haber sido hallada su octava víctima con una media de nylon en torno a su cuello<sup>[51]</sup>. En cambio, estuvo casi seguro de que se trataba de un hombre respetable, joven, bien hablado, y probablemente graduado.

Con excepción de la graduación, esta descripción concuerda con Jack el Destripador. Todo indica que el Destripador padecía una separación de personalidades, un caso auténtico de «Jekyll» y «Hyde». Tenía que ser una persona sosegada, de buena apariencia, a fin de no despertar la alarma de sus víctimas.

Las leyes inglesas poseen una frase que define a tal clase de seres. Los llaman «El hombre del ómnibus de Clapham». Jack el Destripador hubiera podido ser el modelo de esta clase de tipos.

Probablemente, la única descripción aceptable del Destripador fue la proporcionada por Joseph Lawende, el viajante de comercio, que vio a Catherine Eddowes con un hombre en la plaza Mitre, diez minutos antes de ser hallada ella

asesinada.

«La luna brillaba, casi con luz del día, y los vi distintamente», declaró. El mayor Henry Smith, el comisario de la City, comentó: «No hay duda de que se trataba del asesino y su víctima». La descripción del hombre, según Lawende, es como sigue: «treinta años de edad, con un metro ochenta de estatura, aspecto cursi, tez clara y bigote rubio, vestido con un traje de sarga, azul marino, y un sombrero con un pico delante y otro detrás».

Hay que tener en cuenta lo del «aspecto cursi». Nos hallamos muy lejos del villano de opereta, con patillas y levita negra, plastrón oscuro y reloj de oro con cadena. Y la «tez clara y bigote rubio» nos coloca en otro mundo muy distinto del de los villanos: en el de los barberos-cirujanos de origen ruso o polaco.

«El asesino tiene una lengua de plata, observó el doctor Donovan respecto al estrangulador de Boston. En todos los casos ha tenido que trabar amistad con sus víctimas, granjeándose su confianza».

Lo mismo puede aducirse respecto al Destripador. Era una persona que sabía abordar a las prostitutas sin despertar sus sospechas, que sabía hablar en su lenguaje, y cogerlas desprevenidas. Y hay que recordar que las rameras de Whitechapel vivían en un estado permanente de histerismo. La Prensa llegó a sugerir que las prostitutas usasen pistolas, o al menos silbatos para su protección, cuando se les acercase alguien sospechoso.

Tanto si Jack el Destripador vivía o no en el East End, yo me siento inclinado a pensar que no, aunque conocía ciertamente toda su configuración. En efecto, tenía que conocer de memoria todos los callejones, las calles que terminaban en un *cul-de-sac*. Sabía, por ejemplo, que había una fuente pública cerca de la calle Dorset, en la que se lavó las manos después del asesinato de la Eddowes, ya que la Policía llegó allá cuando el agua todavía mostraba rastros de sangre. También conocía todos los albergues y las puertas de intercomunicación, sabiendo asimismo cómo huir de un patio a otro. Había estudiado el terreno como un general estudia su campo de operaciones.

Su vida dependía de su conocimiento de la zona. Por ejemplo, la noche del doble asesinato, cuando la Policía estuvo tras sus huellas, un olvido, un paso en falso le habrían colocado en manos de la ley. Conocía las rondas de la Policía. Evidentemente, había cronometrado sus vueltas, se había entrenado en reconocer sus pisadas, anotando su falta de percepción. Si Jack el Destripador no era del East End, y todos los indicios abonan esta opinión, conocía la zona de memoria. Flotaba sobre aquella zona infestada por la maldad, como un genio de la perversión.

Durante las semanas siguientes al asesinato de Mary Kelly, ocurrió en Scotland Yard una cosa extraordinaria. Lejos de redoblar sus esfuerzos para capturar al criminal, el Yard pareció relajar su vigilancia. Los inspectores asignados al caso fueron retirados del mismo, así como los agentes que habían sido enviados como refuerzos al East End. La comisaría de la calle Comercial, cuartel general de los detectives de sombrero hongo y goma de mascar, volvió a adquirir su aspecto normal.

Los subgraduados de Oxford y Cambridge de «Toynbee Hall» siguieron patrullando las calles todo el invierno, hasta febrero del año siguiente, exactamente, *cuando fueron incapaces de soportar las largas horas de frío al aire libre*, según el *Toynbee Record*. Pero su ejemplo fue ignorado por la Policía. En realidad, ésta estaba tan confiada en no volver a oír hablar del Destripador que dispersaron sus patrullas. ¿Por qué sintió Scotland Yard tal confianza? ¿Por qué creyeron que Jack el Destripador había desaparecido de la faz de la Tierra?

Albert Backert, del Comité de Vigilancia de Whitechapel, nos ha proporcionado la respuesta. Backert no compartía el optimismo del Yard. Estaba, en cambio, tan convencido de lo contrario, que mantuvo en activo al Comité de Vigilancia, por si el Destripador volvía a actuar. Al ver que Scotland Yard dejaba de lado la persecución del criminal, Backert quiso obtener una entrevista con los oficiales superiores del Yard en marzo de 1889, quejándose entonces amargamente del descuido de la Policía.

Backert no quiso creer, y en ello estaba equivocado, que en el Yard estuviesen convencidos de que el Destripador se hubiese suicidado ahogándose en el Támesis. En realidad, dos de los principales dirigentes del Yard estaban firmemente convencidos de ello.

Sir John Moylan, historiador de la Policía, ayudante del subsecretario del Interior, no especula sobre la nacionalidad del Destripador, sino que se limita a decir:

*El asesino, con toda seguridad, escapó a la Justicia suicidándose a finales de 1888.*

Ya hemos visto cómo Edwin T. Woodhall, escritor criminalista, antaño miembro del CID, contó cómo el cadáver de un sospechoso fue hallado en el Támesis con la cara tiznada con corcho, creyéndose que el mismo fuese Jack el Destripador.

Claro que la mayoría de quienes sostuvieron tal teoría se hallaban en el Yard cuando ocurrieron los sucesos de 1888. ¿Por qué, entonces, en el Yard se mostraron tan positivos de que el asesino de Miller's Court se había hecho justicia ahogándose? Ya es hora de que lleguemos al fondo del misterio.

## XVII

### El Destripador como suicida

#### 1

El principal responsable de que se esparciese la semilla de que Jack el Destripador se había ahogado después del asesinato de la Kelly fue Sir Melville MacNaghten, el cual fue ayudante del comisario jefe, a cargo del CID, desde 1903 hasta 1915. En sus Memorias, MacNaghten habla de dos grandes desengaños en su vida. Uno: que jamás jugó al *cricket* en Eton contra Harrow.

*El segundo —escribe—, fue que yo me convertí en oficial de Policía seis meses después de que Jack el Destripador se suicidase, y por tanto no pude llegar a conocerle personalmente.*

El padre de MacNaghten era a la sazón presidente de la Compañía de las Indias Orientales, y la educación de Sir Melville, como ya se ha indicado, tuvo lugar en Eton. Por tanto, su elección de ingresar en la Policía Metropolitana fue tan sorprendente como el hecho de que lo hiciese como simple ayudante jefe. Su carrera policíaca, sin embargo, fue sumamente distinguida, y aunque no consiguió conocer a Jack el Destripador, tomó parte en otros casos sumamente importantes, entre los cuales, varios célebres homicidios. Recibió el título de «caballero» por sus servicios en 1907 y se retiró en 1913, por causas de salud.

Hargrave L. Adam describe a Sir Melville como «deliberado, pausado, reservado, cortés, con ojo clínico y lengua precavida», y en calidad de jefe, «con el cerebro atestado de secretos oficiales». Uno de tales secretos, según Adam, era la identidad de Jack el Destripador. Adam afirma que MacNaghten aseguró tener *la prueba documental de la identidad del Destripador, pero que había quemado los documentos, cosa improcedente en un policía*, comenta Adam.<sup>[52]</sup>

Donald MacCormick repite lo mismo respecto a la destrucción de documentos.

*Las opiniones de Sir Melville MacNaghten —escribió—, son particularmente interesantes, sobre todo porque en una ocasión afirmó conocer la identidad del criminal, aunque había quemado los documentos que lo probaban.*

Lo cual resulta incomprensible en un oficial de Policía.

La hija de MacNaghten, viuda Lady Aberconway, cree que su padre efectuó tal declaración aunque lo dijo a fin de silenciar a sus amigos del club «Garrick», que continuamente le estaban fastidiando con respecto a Jack el Destripador. Niega, no obstante, que su padre destruyese ninguna prueba referente a la identidad del criminal. En una carta al *New Statesman*, de 7 de noviembre de 1959, Lady Aberconway declaró:

*Poseo notas privadas de mi padre sobre Jack el Destripador en las que se citan los nombres de tres individuos como sospechosos razonables, afirmando que entre los tres se halla el asesino.*

Son estas notas las que proporcionaron la base del supuesto suicidio del Destripador. El mayor Arthur Griffiths, por ejemplo, copió las notas casi al dedillo, omitiendo los nombres de quienes sospechaba la Policía. Más recientemente, las notas fueron empleadas en Televisión para reconstruir los crímenes del Destripador, en un programa presentado por Daniel Farson. Esta vez, el principal sospechoso fue descrito con algún detalle, pero sin nombrarlo, aunque se dieron sus iniciales «M. J. D.» y se enseñó el certificado de defunción, si bien el nombre apareció borrado en la pantalla.

Las notas de MacNaghten sobre Jack el Destripador fueron redactadas en 1894, seis años después de los crímenes de Whitechapel. Se escribieron como respuesta a una serie de artículos aparecidos en el *Sun* en febrero de 1894, donde se intentaba colgarle los crímenes del Destripador a un fetichista inofensivo llamado Thomas Cutbush.<sup>[53]</sup> A MacNaghten le interesó, evidentemente, atajar los rumores que contribuían a mantener viva la leyenda del Destripador, atribuyéndole varios crímenes impunes; y ciertamente consiguió darle un mentís a las afirmaciones del *Sun* con respecto a Cutbush. Llegó a afirmar entonces: «El asesino de Whitechapel sólo mató a cinco personas». Y las enumeró: «Mary Ann Nicholls, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y Mary Kelly». Referente a por qué el Destripador dejó de actuar el 9 de noviembre de 1888, MacNaghten escribió:

*Una teoría más razonable, a mi entender, es que el cerebro del Destripador se desquició en Miller's Court, y luego se suicidó, o bien que sus parientes acabaron por descubrir su locura y, sospechando lo peor, lo encerraron en un manicomio.*

*Ya he enumerado a tres personas contra quienes la Policía tenía fuertes sospechas. Personalmente, y tras considerable deliberación, y estudio, me siento inclinado a exonerar a las dos últimas, pero siempre he tenido fuertes sospechas con respecto al número 1, y cuanto más reflexiono sobre el caso, más aumentan estas sospechas. La verdad, sin embargo, jamás se sabrá, y en realidad se halla en el fondo del Támesis, si mis sospechas son correctas.*

*Nº 1) M. J. DRUITT, doctor de 41 años, de buena familia, que desapareció por la época del crimen de Miller's Court, y cuyo cadáver se halló flotando en el Támesis el 3 de diciembre o sea siete semanas después de dicho crimen. El cadáver llevaba un mes en el agua, o más, y sobre el mismo se encontró un billete entre Blackheath y Londres. Gracias a cierta información privada sé que su familia sospechaba que este individuo era el asesino de Whitechapel,*

*por motivos de demencia sexual.*

*Nº 2) KOSMINSKI, judío polaco, que vivía en el corazón del distrito donde tuvieron lugar los asesinatos. Se convirtió en loco debido a los muchos años de práctica de vicios solitarios. Odiaba grandemente a las mujeres, con tendencias homicidas. Estuvo encerrado como loco, y creo que lo era, en un manicomio en marzo de 1889. Este individuo era muy semejante al que se vio en la City, cerca de la plaza Mitre.*

*Nº 3) MICHAEL OSTROG, un médico ruso, loco, convicto y con tendencias homicidas. Se afirma que este sujeto se mostraba particularmente cruel con las mujeres, y se sabe que llevaba constantemente bisturís y otros instrumentos de cirugía. Sus antecedentes eran pésimos y nunca pudo dar cuenta satisfactoria de sus andanzas durante la época de los crímenes de Whitechapel. Todavía vive.*

En sus Memorias, publicadas en 1914, MacNaghten volvió a especular sobre la identidad de Jack el Destripador, siempre con referencia a las notas redactadas veinte años antes. Pero esta vez no mencionó al judío polaco ni al doctor ruso, ni tampoco dio el motivo de ello.

Sir Melville MacNaghten, ciertamente, sostenía opiniones inquebrantables con respecto al individuo al que identificó como «M. J. Druiitt, doctor de 41 años», opiniones que le comunicó al mayor Arthur Griffiths, inspector de Prisiones, entre otros. El periodista George R. Sims, otro de los camaradas de MacNaghten, también escuchó la historia, y en sus Memorias afirma que el Destripador era médico y que *su cadáver fue hallado en el Támesis, donde había estado casi un mes... Había circunstancias, añade, que dejan poco margen de duda con respecto a la identidad del Destripador.*

En una obra anterior describió al Destripador como un maníaco homicida que llevaba una vida completamente corriente.

*Iba en autobuses y tranvías. Se dirigía a Whitechapel en el Metro, a menudo por la noche. Probablemente, en varias ocasiones, había tenido un pasajero a su lado, tal vez una mujer... Muchos de nosotros hemos pasado junto a él en la calle, muchos le vimos tal vez en un café o un restaurante. Era un hombre educado por su cuenta y hubiera podido vivir sin trabajar. Durante un año, al menos, fue un hombre liberado de todo prejuicio, y ejerció todos los privilegios concedidos por la libertad. Y, sin embargo, era también un maníaco homicida de la peor clase.<sup>[54]</sup>*



*Jamás llevé un Diario ni tomé nota alguna*, se ufanó Sir Melville en sus Memorias. Pero es una lástima que el jefe del CID no conservase notas, ya que al fiarse de su memoria, confundió algunos datos, lo cual ha dado lugar a las controversias existentes con respecto a la identidad de Jack el Destripador. Por ejemplo, en sus Memorias dice, al comenzar a referirse al asesino:

*Aunque... el asesino de Whitechapel, probablemente puso fin a su vida después del crimen de la calle Dorset, en noviembre de 1888, algunos factores que así lo indican no estuvieron en posesión de la Policía hasta varios años después de haber yo ingresado en el Yard.*

Naturalmente, aquí se observa claramente la falta de memoria de Sir Melville. Se recordará que Backert, como miembro del Comité de Vigilancia, estuvo en Scotland Yard en marzo de 1889, advirtiéndole que debía retirar sus patrullas porque «la Policía estaba completamente segura de la muerte del Destripador», después de haber sido hallado su cadáver en el Támesis dos meses antes. (La entrevista de Backert en el Yard tuvo lugar antes del ingreso en el mismo de Sir Melville).

En sus notas sobre 1894, Sir Melville describe al sospechoso Kosminski, de nacionalidad polaca, como muy semejante al individuo visto por el agente de la City cerca de la plaza Mitre, la noche en que fue hallada muerta Catherine Eddowes. No he podido hallar la menor referencia acerca de que un policía de la City hubiese visto a tal hombre cerca de la plaza Mitre inmediatamente antes o después del asesinato. Por el contrario, el agente Edward Watkins, que llevó a cabo su ronda, declaró en la encuesta que no había visto a nadie cerca de la plaza. Aparentemente, MacNaghten confundió al policía de la City con Joseph Lawende, el viajante de comercio, que vio a un hombre y una mujer juntos en la plaza Mitre, quince minutos antes de ser descubierto el crimen.

MacNaghten comete el gran error de describir a su sospechoso número uno como «un médico de cuarenta y un años». Montague John Druiitt sólo tenía treinta y un años cuando se suicidó, y no era médico. Era un abogado que había ingresado en el Foro del «Inner Temple» en abril de 1885. Su padre, William Druiitt, era cirujano. Lo mismo que su abuelo, su tío y su primo. Montague John Druiitt, abogado, descendía de una larga lista de miembros de la Real Facultad de Cirujanos.

Leonard Matters, en su obra sobre Jack el Destripador, desdeña la teoría de que su cuerpo hubiese sido hallado flotando en el Támesis.

*No hay ninguna prueba que demuestre este aserto y todas las teorías basadas en el mismo, todas las seguridades de que la Policía encontró a «su hombre» son infundadas.*

*Lo más sencillo para probar esta teoría —afirma Donald MacCormick— es descubrir cuál fue el médico que se encontró en el Támesis el último día de diciembre de 1888. Pero tan pronto como se aplica esta prueba, queda automáticamente destruida la teoría. Puesto que ninguno de los diarios de la mañana ni de la tarde, de Londres, en aquel día, mencionan tal incidente ocurrido entre el 9 de noviembre de 1888 y los últimos días de enero de 1889. Ni tampoco la sección de esquelas de los periódicos, ni la del Directorio Médico de 1888 y 1889 proporcionan la menor pista.*

Es lástima que Donald MacCormick no hubiese ampliado más sus indagaciones, ya que en tal caso su paciencia se habría visto recompensada. Por ejemplo, de haber buscado en el *Country of Middlesex Independent*, del miércoles 2 de enero de 1889, habría encontrado la noticia siguiente, ocupando las últimas diez líneas de la página tercera:

#### HALLADO EN EL RÍO

*El cuerpo de un hombre bien vestido fue encontrado el lunes en el río, cerca de la fábrica de torpedos de Thorneycroft, por un marinero llamado Winslow. Se avisó a la Policía y el difunto fue conducido al depósito. El cadáver, que representaba a un hombre de cuarenta años, llevaba casi un mes en el agua. Por algunos documentos hallados en sus ropas, se telegrafió a unos amigos suyos que habitan en Bournemouth. Hoy se ha celebrado la encuesta.*

El diario que se publicaba en Brentford afirma que el lunes 31 de diciembre, o sea, el día en que se descubrió el cadáver, *había una espesa niebla*. Luego, el 5 de enero de 1889, el *Independent* identificó el cadáver, dando un sucinto relato de la encuesta:

#### SUICIDIO EN EL TÁMESIS

*El doctor Diplock llevó a cabo una indagatoria en Lamb Tap, Chiswick, el miércoles, relativa al cadáver de un caballero llamado Montague John Druitt, de treinta y un años, hallado flotando en el Támesis, cerca de Thorneycroft, el lunes pasado. Se hallaron piedras en los bolsillos del difunto. El jurado dictó*

*un veredicto de suicidio durante una enajenación mental.*

Para más detalles concernientes a Montague John Druitt hay que recurrir al *Southern Guardian*, del 5 de enero de 1889, donde fue publicado lo que sigue:

#### *TRISTE FINAL DE UN ABOGADO LOCAL*

*El miércoles se celebró una encuesta bajo la presidencia del doctor Diplock, en Chiswick, respecto a la muerte de Montague John Druitt, de treinta y un años de edad, el cual fue hallado ahogado en el Támesis. El difunto fue identificado por su hermano, un procurador que reside en Bournemouth, el cual declaró que el muerto era abogado, si bien últimamente había estado empleado como ayudante en la escuela de Blackheath. El difunto dejó una carta, dirigida al señor Valentine, de la escuela, en la que aludía al suicidio. Después de comprobar toda la evidencia respecto a dicha muerte —en el cadáver se halló un cheque por valor de cincuenta libras y dieciséis libras más en oro—, el jurado dictó un veredicto de suicidio por enajenación mental.*

*El difunto era muy conocido y respetado en su distrito. Era un abogado de brillantes dotes, con un prometedor futuro, y su triste fin ha sido sumamente deplorado. El funeral tuvo lugar en el cementerio de Wimborne, el jueves por la tarde, siendo seguido el féretro por los parientes del difunto y varios amigos...*

#### 4

Montague John Druitt nació el 13 de agosto de 1857, en Wimborne, Dorset. En aquella región, hacia el Oeste, se halla la vasta «Egdon Heath», de las novelas de Thomas Hardy, y más cerca hay poblados cuyos nombres apenas han quedado disimulados en sus libros. El propio Hardy residió en Wimborne Minster, o «Warborne», como figura en sus escritos, a principios de 1880, por lo que tuvo que ser una persona familiar a Druitt, a la sazón en su mayoría de edad.

En esta «ciudad catedral en miniatura», según la describe la guía oficial, William Druitt, padre de Montague John, era persona de pro. No sólo era el principal cirujano de la localidad, sino el juez de paz, miembro de la iglesia anglicana, y gobernador de la «Grammar School», fundada por Lady Margaret, condesa de Richmond, y madre del rey Enrique VII. *Un gran feligrés y conservador.* Así describe el *Wimborne Guardian* al doctor Druitt. *Poseía gran capacidad para la administración de la Ley de los Pobres*, añade el citado periódico, sin especificar cuáles eran dichas capacidades. Hijo también de un cirujano, William de Wimborne ingresó como

miembro de la Sociedad de Médicos de Londres en 1842, y como socio del Real Colegio de Cirujanos, en 1849. En junio de 1854, a los treinta y cuatro años de edad, se casó con Anne, una joven de Dorset que tenía diez años menos que él. La pareja tuvo siete hijos, de los que Montague John fue el segundo.

La prominencia de la familia Druitt puede medirse por el hecho de que «Westfield», donde nació Montague John, era la mansión mayor y más imponente de la población. Se afirma que aquella residencia de piedra gris era usada por William Druitt como hospital mental particular para pacientes aristócratas, pero me ha sido imposible verificar dichos rumores. Sea como sea, la casa se elevaba en un terreno magnífico, rodeado por altos árboles y con amplias veredas que llevaban hasta su entrada. Además de los establos donde estaban los caballos y los carruajes, había dos casitas para los sirvientes.

Fue en este ambiente en el que creció Montague John. Era un muchacho inteligente sin duda alguna, ya que a los trece años, en unos exámenes, consiguió una beca para el colegio «Winchester». Pasó los seis años siguientes, tal vez los más cruciales de su existencia, en dicha escuela.

De la misma, Montague John salió como un tipo extrovertido por completo. Practicaba los deportes y gustaba de discutir de política. Ganó un premio literario, aunque se ignora el tema de su ensayo. Pero cuando trató de actuar en el teatro fracasó lamentablemente. Su primera y única aparición fue en la Sociedad Shakespeare como «Sir Toby Belch», de *La noche duodécima*, y acerca de su interpretación, *The Wykehamist*, la revista escolar, comentó:

*Pero ¿qué diremos de las malas cualidades de Druitt como «Sir Toby»?  
Es mejor imaginárselo que describirlo.*

Montague John dejó de soñar con ser actor. Jugaba maravillosamente bien, en cambio, al *cricket*, formando parte de «Primer onceno» de la escuela durante el verano de 1876, generalmente como boleador. Jugaba bien al tenis, distinguiéndose en los «Cinco». En 1874, de pareja, ganó los «Cinco dobles», y al año siguiente se clasificó como campeón.

Pero la gran pasión de Druitt fue la discusión, lo cual indudablemente influyó en la elección de su carrera. Casi desde el comienzo fue miembro activo de la Sociedad de Debates, llegando a ser nombrado tesorero. En su elección de debates, Montague John demostró poseer una gran dualidad política. Por ejemplo, era un admirador de Gladstone, aunque no le gustaba mucho el partido liberal. En cuanto a la política europea, era jacobino por simpatía, y en el debate de noviembre de 1873 defendió a la República Francesa que había sido amenazada por los conjurados monárquicos. En otro debate, atacó la influencia de Bismark en Europa como «una maldición para el mundo, moral y socialmente». En una aparición final ante la Sociedad de Debates, defendió su generación contra sus predecesoras, que habían sido las responsables de

maldades tales como la esclavitud y la subyugación de la mujer.

—La vieja teoría del Gobierno era «el hombre está hecho para el Estado» — declaró—. ¿No significa un gran adelanto que los Estados sean hechos para el hombre, como ocurre en la actualidad?

No todos los alegatos causídicos de Druitt fluctuaron en la vena seria. En un debate sobre el tema «La presente esclavitud a la moda es un mal social», se puso en favor de la moda, adelantando el argumento victoriano de que los estilos de 1870 eran una «graciosa combinación de belleza y utilidad». También se convirtió en defensor de Wordsworth contra sus detractores, hallando un gran mérito por parte del poeta que era un «baluarte contra el protestantismo».

En su último año escolar, Druitt fue elegido prefecto de la capilla, que era uno de los máximos honores de la escuela. También estuvo entre los diecinueve wykehamistas que triunfaron en los exámenes de Oxford y Cambridge, en el otoño del año 1875, y al año siguiente fue recompensado con una beca para el «New College» de Oxford. Montague John, pues, a los diecinueve años y en el umbral de la Universidad, era uno de los jóvenes más prometedores de Winchester en 1876, bueno tanto en deportes como en sus estudios. La escuela pudo enorgullecerse de haberle moldeado como un «cristiano musculoso», aunque sus aficiones políticas fuesen radicales.

En realidad, Druitt no cumplió lo que había prometido. ¿Fue como uno de esos volcanes que erupcionan en las primeras etapas y luego, al poco tiempo, se convierten en un cráter humeante tan sólo? ¿O tras haber hallado excesiva la competencia de Oxford, se entregó sin lucha a la mediocridad? Ciertamente, sus cursos universitarios distaron mucho de ser brillantes. Empezó ganando un Honor de segunda clase en las Moderaciones Clásicas, en 1878, pero al final del curso de Pascua de 1880, sólo contó con un Honor de tercera clase en Clásicos. Sin embargo, fue elegido Camarero de la Sala Común de los Novatos, lo que demuestra su popularidad con los otros graduados del «New College». Aquel mismo año, 1880, abandonó Oxford con su título.

## 5

En 1882, como hoy, las entidades que se necesitaban para convertirse en abogado resultaban prohibitivas, salvo para los más acomodados. El abogado recién salido de la Universidad tenía que solicitar la entrada en uno de los cuatro Colegios de Abogados, las únicas instituciones mediante las que una persona podía ser admitida en el Foro. Este ingreso llevaba consigo el pago de una cuota de admisión considerable (actualmente ochenta y cuatro libras y cinco chelines). El neófito, entonces, tenía que comprometerse ante su Colegio a no efectuar ninguna defensa

hasta haber pasado las últimas pruebas del Foro. La tradición requería que comiese setenta y dos cenas en el «Hall» durante los tres años siguientes, y solo la cuenta del vino costaba muchísimo. En el colegio de Gray, por ejemplo, el decano del comedor brindaba, por hábito, con cada caballero presente en la cena, mencionándolos por sus nombres. El examen que el estudiante debía sufrir de vez en cuando exigía cuantiosas cuotas, y cuando le convocaban al Foro tenía que abonar una cuota (ahora de sesenta libras).

Con esto, no es sorprendente que Montague John hubiese tenido que pedir prestado, en 1882, con el consentimiento de su padre, contra un legado de quinientas libras que su padre le había dejado en una cláusula del testamento ya para este propósito. Con su economía ya asegurada, el joven Druitt solicitó ser admitido en el «Inner Temple», siendo aceptaba su petición el 17 de mayo de 1882. Entonces empezó para él otra etapa de su vida estudiantil. Aprendió a someterse a las cenas del «Hall», donde, rodeado por los retratos de los antiguos abogados, cuyas expresiones faciales no eran muy diferentes de las de los obispos cuyos retratos él había conocido en Winchester, bebió su clarete y escuchó los ingeniosos discursos. Durante los tres años siguientes se preparó para los exámenes. Después, el 29 de abril de 1883, tuvo lugar la «llamada nocturna», en la que Druitt, ataviado con la tradicional toga negra, fue «llamado» ante los miembros del Colegio. Gracias a un apretón de manos se transformó en todo un abogado.

El júbilo que Montague John hubiera podido sentir por su independencia quedó ahogado por la muerte de su padre, acaecida en septiembre de 1885. William Druitt, que falleció de un ataque al corazón, dejó una hacienda valorada en dieciséis mil quinientas setenta y nueve libras, y un testamento. Según las cláusulas del mismo, el producto de todas las rentas y otros ingresos procedentes de la finca, junto con «mis caballos, carruajes..., mi vino, carbón, maíz y otros artículos de consumo» iban a parar a la viuda, Ann Druitt. El testamento contenía legados de seis mil libras para cada una de las tres hijas, a condición de que no casasen antes de los veintiún años. La granja de Child Okeford, Dorset, fue para el hijo mayor, William. Esto dejaba muy pocos bienes para dividir entre los tres hijos restantes. Es posible que, por haberles dado una carrera universitaria (los cuatro hijos asistieron a Oxford), el cirujano se creyese en paz ya con ellos, y que su mayor preocupación, por tanto, fuese dejar unas buenas dotes a sus hijas, la más joven de las cuales, Ethel, sólo contaba catorce años cuando él murió. Fuese por lo que fuese, el testamento parecía destinado a sembrar el descontento.

Mientras tanto, Montague John alquiló un departamento en el «Inner Temple», en el número 9 del paseo del Estrado del Rey, una avenida arbolada que todavía parecía resonar con el eco de los embriagados caballeros Templarios, hasta que fueron expulsados de aquel recinto en el siglo XIV. En 1880, sin embargo, los alquileres de soltero en el «Inner Temple» eran muy bajos: sesenta libras al año daban derecho a dos o tres habitaciones. Druitt tenía su nombre pintado con letras negras sobre la

puerta de madera. Ingreso en el Círculo Occidental y en las Sesiones de Winchester. Y esperó a su clientela. Pero ésta, por lo visto, no acudió.

*Las tragedias de los Colegios; la historia de los hombres que han abrazado con entusiasmo la práctica de la ley y han fracasado por completo, llevaría tantas páginas como las que contiene una serie entera de informes legales*, escribió George R. Sims, un periodista contemporáneo de Druitt. Sims añade que de los ocho mil abogados convocados al Foro, sólo uno entre ocho ganaba lo suficiente para vivir. Esto era en los tiempos anteriores a la Ayuda Legal, que concedió a los pobres la posibilidad de acudir a los tribunales. Sólo los acomodados podían verse envueltos en acciones legales en aquellos días.

Montague John no se contaba entre la pequeña minoría que ganaba dinero con su carrera de leyes, ya que en 1888 trabajaba como ayudante de profesor en una escuela particular de Blackheath, dirigida por un tal George Valentine; en el número 9 de Eliot Place. ¿Había obrado con impetuosidad al desdeñar su carrera? Es difícil decirlo. Tal vez intentaba reemprenderla más adelante, ya que siguió abonando el alquiler de sus habitaciones en el paseo del Estrado del Rey.

## 6

En la época victoriana, Blackheath era notable por sus «tiendas atestadas», y entre éstas debe contarse el establecimiento dirigido por George Valentine.

De manera curiosa, el número 9 era la única de la serie de casas de estilo georgiano de la plaza Eliot que tenía que ser demolida; fue derribada, en efecto, en 1910 y remplazada por otra que se erige delante de sus vecinas como un diente carcomido. En 1811 había habido también un colegio en el mismo número, al que asistió Benjamín Disraeli. En aquel tiempo, la escuela, aunque anglicana, gozaba de cierta reputación liberal en ideas religiosas, y al joven Disraeli se le permitió recibir la instrucción en hebreo los sábados, de boca de un rabino.<sup>[55]</sup> La escuela era bastante distinguida. Así, en 1865, fue elegida entre las demás de Blackheath para enviar media docena de muchachos una vez por semana a que jugasen con el príncipe Arturo, el futuro duque de Connaught, que a la sazón se hallaba en la residencia de su tutor en «Ranger's House», Greenwich Park.<sup>[56]</sup>

Hay indicios de que cuando Montague John Druitt entró a formar parte del personal de la escuela, unos veinte años más tarde, ésta había degenerado en una glorificada versión de la «Dotheboys Hall», descrita por Dickens en *Nicholas Nickleby*. Según el censo, los cuarenta y dos alumnos del colegio estaban apretujados en los cubículos limitados de la casa, que también debían alojar a tres maestros residentes y siete sirvientes, incluyendo una cocinera, una pinche y tres doncellas. A Druitt, acostumbrado a los espacios libres de Winchester, la escuela de Valentine

debió parecerle intolerable.

Pero en otoño de 1888, Druitt no debió tener tiempo de reflexionar sobre el triste cambio de fortuna. Cuando terminó el curso para las vacaciones de Navidad, el 1º de diciembre, tendió su vista sobre el número 9 de la plaza Eliot por última vez.

## 7

A Montague John Druitt se le vio vivo por última vez el lunes 3 de diciembre de 1888. El día era lluvioso, ya que Londres se hallaba envuelto en los últimos crespones de las galernas del Sudoeste que habían estado azotando la costa. A medida que el día avanzaba, las noticias demostraron ser tan brumosas como el tiempo. En la Cámara de los Comunes, Gladstone, a la sazón con ochenta años, acusó a la Policía de emplear la fuerza bruta contra los nacionalistas irlandeses, y el mismo Gladstone, a su vez, fue acusado de picapleitos. James Monro llegó a Scotland Yard aquel mismo lunes para hacerse cargo de su empleo como comisario jefe de la Policía Metropolitana. La viuda Lady Kinnaird, que había esperado emplear a los vendedores de Biblias para transformar las tinieblas de Whitechapel en una mansión del Señor, falleció calladamente mientras dormía. Nueve indigentes fueron llevados a los tribunales por incitar a un alboroto en el reformatorio de Islington. El Támesis se presentaba asimismo amenazador, ya que había inundado los terrenos próximos a Windsor.

Durante aquel pavoroso día, Druitt se dirigió hacia el río y, en cierto punto de su curso, plenamente desesperado, se arrojó a la rápida corriente, tras haberse llenado de piedras los bolsillos. No se recobró su cadáver hasta un mes más tarde.

El suicidio parece haber sido la señal de la desgracia que se abatió sobre su familia. Su madre no pudo recobrase del choque. Poco después fue internada en un sanatorio mental de Chiswick, no lejos de donde se había hallado el cadáver de su hijo. La señora Druitt falleció allí, a los cincuenta y nueve años, el 15 de diciembre de 1890, dos años y doce días después de que Montague Druitt hubiese atentado contra su vida. «La melancolía» fue la causa de su muerte, según el certificado de defunción, a continuación de lo cual el médico anotó: *Dolencia cerebral, veintiún meses. Pulmonía aguda, ocho días. Fatiga. Agotamiento.*

Si el médico estuvo en lo cierto, la fecha de la declinación de la señora Druitt comenzó casi en el mismo lluvioso día de diciembre en que su hijo Montague John se quitó la vida. Seis meses después de la muerte de la madre, en Westfield, el lugar de nacimiento de Montague John, fue puesta en venta la casa.



## XVIII

### Un sentimiento de culpa

#### 1

El suicidio de Montague John Druitt dejó una serie de cuestiones a su espalda. ¿Cuál, por ejemplo, era el contenido de la carta que dirigió a Valentine, de la escuela de Blackheath? ¿Contenía una confesión de asesinato? ¿Y el dinero hallado en su cadáver? Era una cantidad bastante desusada para que un maestro la llevase encima. ¿Había sacado el dinero del Banco con intención de huir? Y, en tal caso, ¿por qué había cambiado de idea, arrojándose al Támesis? *Existe la probabilidad* —escribió MacNaghten— *de que después del asesinato de Miller's Court su cerebro quedase completamente desquiciado y se suicidase...*

Por fin, ¿en qué basó la Policía sus «fuertes sospechas» de que Druitt era Jack el Destripador? La sospecha se trasformó en certidumbre, si hay que creer a la declaración de Albert Backert. Tras haber jurado guardar el secreto, en marzo de 1889, le dijeron que la Policía estaba segura de que el Destripador había muerto, ya que se había recuperado su cadáver en el Támesis. La Policía incluso le amenazó con denunciarle si Backert persistía en afirmar que el Destripador seguía con vida. ¿Cuál era la base de tal certidumbre? ¿El extraño suicidio de Druitt? La evidencia habría tenido que ser mayor. ¿Una confesión firmada en manos de Valentine? Pero esto tampoco probaría nada. Docenas de chiflados, muchos inofensivos, otros no tanto, habían ya confesado ser los autores de los crímenes del Destripador durante la investigación.

La clave del misterio probablemente resida en una declaración de MacNaghten:

—De fuente particular albergo pocas dudas de que su propia familia sospechaba que él era el culpable de los crímenes de Whitechapel.

En algún momento, entre el 3 de diciembre, en que fue visto vivo por última vez, y el 31 de diciembre, en que se recuperó su cadáver, la familia de Montague John Druitt debió comunicar su desaparición a la Policía. En aquella ocasión, ¿aprovechó la oportunidad alguno de sus familiares para confiarle a la Policía sus temores en relación con su pariente? Es muy probable, en vista de la declaración de MacNaghten. Incluso es posible que antes del 3 de diciembre, la familia hubiera decidido recluir a Druitt en un asilo mental, avisando a la Policía. Esto explicaría su precipitada fuga y la suma de dinero hallada en su persona.

Al construir un caso tan hipotético contra Druitt como Jack el Destripador, Scotland Yard tuvo que superar obstáculos casi imposibles de remontar. Por ejemplo, la presencia de Druitt en Whitechapel. ¿Qué hacía un hombre de su educación y

refinada familia en la miseria del East End? Los victorianos sancionaban las visitas a tal distrito, relacionándolas solamente con la moralidad. En realidad, en 1880 se iba al East End a elevar su moral. *Punch* publicó una caricatura de un grupo de personas muy bien ataviadas que se dirigían a *este querido barrio de las Minorisas*. Pero emparejarse con «aquellas viles criaturas» era muy distinto. La ética victoriana no admitía tal *nostalgie de la boue*.

Y, sin embargo, muchos contemporáneos de Druitt, también gente de gustos refinados, se permitían tales gustos peculiares. Walter Sickert, el pintor eduardiano, sentía decidida predilección por la vida de los barrios bajos, frecuentando los *cabarets* baratos y otros sitios de mala reputación. Swinburne era otro ejemplo. Acosado por los recuerdos de Eton, el poeta acudía a un burdel de St. John's Wood, cuya especialidad era la flagelación, *le vice anglais*. *Mi existencia se ha visto iluminada últimamente por un amigo que dirige una casa de suplicios*, le confió en una carta a un amigo. Y, sin embargo, la aberración sexual de Swinburne era la *angustiada sensibilidad que forma la esencia del ser*, según opina su último biógrafo.

Otro ejemplo fue William Gladstone, cuatro veces Primer Ministro de Inglaterra. Los esfuerzos de Gladstone para redimir a las mujeres caídas constituían la desesperación de su familia y amigos. Con los más puros motivos, el estadista liberal solía vagar por las calles del Soho, de noche, recogiendo prostitutas y llevándoselas a su esposa. En una ocasión, un joven que vio a Gladstone empeñado en tal tarea intentó extorsionarle. Otra vez, un grupo de políticos enemigos suyos planeó hacerle seguir por detectives particulares. Los rumores fueron tan violentos que, en 1886, llegaron a oídos de la reina Victoria. Ésta utilizó la noticia como arma contra su Primer Ministro.

Pero no hay que postular el vicio para explicar la presencia de Druitt en el East End. Allí se hallaba «Toynbee Hall», la sede universitaria fundada por el reverendo Samuel Barnett en 1884. Como miembro del mismo, Druitt tuvo que estar enterado de los planes de Barnett, ya que éste era asiduo visitante de Oxford. En aquellos tiempos, esta población era el fermento de la reforma social, ya que los estudiantes actuaban en contra de los principios comodones de *laissez faire*. Después de escuchar el relato del reverendo Barnett sobre los horrores de Spitalfields, donde la masa vivía «sin el menor nivel cultural, sin esperanza y a menudo sin ayuda», muchos condiscípulos de Druitt se ofrecieron voluntarios para pasar sus vacaciones laborando en obras sociales en el East End.

Contestando a la «llamada del East», estos voluntarios inundaron Whitechapel. Con más entusiasmo que sentido práctico, ayudaron a administrar los fondos de las

«sábanas y botas» que habían establecido los Barnett. Inauguraron exposiciones de flores, conciertos, conferencias, destinado todo ello a llenar el vacío existente entre las distintas clases de ciudadanos, gracias al vehículo de la cultura. Cuando «Toynbee Hall» abrió sus puertas como sede residencial en 1885, una gran parte de sus moradores eran oxonianos, varios condiscípulos de Druitt. Por ejemplo, Cyril Jackson, uno de los miembros más activos de «Toynbee Hall», futuro presidente del Consejo Condal de Londres, era del «New College». Habría sido natural, por tanto, que Druitt hubiese acudido a «Toynbee Hall», no ya por su recreo, sino como una oportunidad de practicar el bien. Con una pasión por la política, habría sido natural que tomase parte en las conferencias semanales «de fumar» o «del tabaco», como se las llamaba, donde se discutían acaloradamente cuestiones sociales. Druitt se habría visto expuesto al socialismo fabiano, ya que Bernard Shaw y los Webbs eran asiduos visitantes de «Toynbee Hall».<sup>[57]</sup>

«El sentimiento de la culpa ha sido el punto de partida del progreso», observó el reverendo Barnett en más de una ocasión. Ciertamente, los alrededores de «Toynbee Hall» no carecían de ejemplos de culpa. Aquella diminuta replica de Oxford, fiel en sus detalles desde su fachada cuadrangular a su campanario, estaba localizada en el corazón de Spitalfields. Su puerta posterior daba a los edificios «George Yard» (ahora calle Gunthorpe), donde había florecido una escuela de ladrones juveniles. Según Mayhew, la joven «Fagin», que dirigía tal centro de enseñanza solía aconsejarles a sus alumnos, cuando empezaban a «trabajar» por la mañana:

—Mis queridos niños, haced ahora lo que podáis y que Dios os bendiga.

Y no sólo los rateros. En el descansillo del primer piso de los mismos edificios «George Yard», se encontró el cuerpo de Martha Tabram, ensangrentado por efecto de las treinta y nueve puñaladas que su asesino le asestó. A cinco minutos de trayecto de «Toynbee Hall», fueron asesinadas Annie Chapman y Mary Kelly. No es extraño, por tanto, que los residentes de «Toynbee Hall», desearan formar un Comité de Vigilancia para atrapar al Destripador. Puede suponerse que tales actos estaban inspirados, menos por motivos desinteresados que por alejar las sospechas de ellos mismos. En efecto, un residente de «Toynbee» me indicó que ni siquiera el reverendo Barnett había escapado a las sospechas de la Policía como el criminal de Whitechapel.

### 3

«Suicidio por enajenación mental» fue el veredicto sobre la muerte de Montague John Druitt en la encuesta celebrada por tal causa. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba loco? No hay forma de saberlo, aunque MacNaghten indique que su familia hacía tiempo que «sospechaba lo peor».

Una persona tan educada y refinada como Druitt, ¿no podría haberse vuelto loca a la vista de la existencia brutal de los seres del East End? El cruel espectáculo de las mujeres prostituyendo sus cuerpos por dos peniques o un pedazo de pan angustió a Jack London en su breve visita a Spitalfields. ¿Cuál pudo ser el efecto producido sobre Montague John, ya con el cerebro medio trastornado? Un hombre, asaltado por una sensación de desesperanza y futilidad, podía haber concebido la malsana idea de que con sus acciones redimiría tanto vicio, tanta miseria. Se han realizado proezas más extrañas a lo largo de la Historia, con menos motivos.

El reverendo Barnett habló de «una pasión por el derecho», al describir la misión social en el East End, declarando que el vicio sólo podía salvarse por «la piedad que puede ser colérica y compasiva». Fueron unas curiosas palabras. Al filtrarse en una mente enfermiza, ¿no pudieron ser interpretadas como una llamada a la acción, incluso al asesinato en un caso extremo y desesperado? ¿Fue éste el caso del asesino de Whitechapel?

#### 4

«Se ha malgastado el tiempo al buscar a Jack el Destripador entre los pingajos de Whitechapel», le dijo Alfred E. Knowles, un detective de la agencia «Pinkerton», retirado, a un periodista del *Daily Telegraph*.

«El asesino —añadió— debía poseer medios de cambiar su aspecto personal».

A continuación, el detective atacó a Scotland Yard por no haber mantenido una estrecha vigilancia en las estaciones del Metro cerca de la City y el East End, particularmente en las noches de sábados y domingos.

«De esta forma habría podido vigilarse a todos los pasajeros».

Que la Policía había perdido el tiempo buscando al Destripador por los albergues y tugurios del East End, se puso de manifiesto desde el principio. Incluso los ladrones evitaban el asesinato, según Montagu Williams, el magistrado. Para un ratero, sus idas y venidas habrían resultado sumamente sospechosas, aparte de que tales individuos siempre llevan consigo los instrumentos de su profesión. ¿Y qué mayor prueba habría sido contra un asesino las manchas de sangre en sus ropas? Tal criminal se habría entregado él mismo a la Policía, o bien sus compinches le habrían linchado a la primera sospecha.

El doctor Thomas Dutton, asimismo, estaba seguro de que el Destripador no vivía en el East End.

«Aunque debe de residir cerca de su zona —añadió—, y las áreas al sur del río: Lambeth, Walworth y Camberwell, pueden ser las más probables».

No hay duda de que el hecho de que Montague John fuese un profesor al sur del río influyó en la construcción de la teoría, según la cual Druitt era el Destripador. Ello

explicaría, por ejemplo, la gran facilidad con que el asesino eludió a la Policía, ya que Blackheath se hallaba casi directamente enlazado por ferrocarril con el East End por la estación, de la calle Cannon, en la City, por lo cual, viviendo en Blackheath habría podido entrar y salir de Whitechapel sin ser observado. (La Policía no vigilaba las estaciones). Además, suponiendo que Druitt fuese el Destripador, le habría sido posible huir de los escenarios de sus crímenes sin tener que pasar por Bishopsgate, la calle Middlessex ni otras populosas del distrito. Sólo habría tenido que llegar a la estación de la calle Cannon a través de callejones desiertos.

Por muy tentadora que sea, me siento inclinado a rechazar esta explicación por no concordar con los hechos del caso. Por una parte, el billete de Londres-Blackheath hallado en el cadáver de Druitt indica que no vivía en Blackheath, sino que viajaba para acudir a su trabajo. Por otra, no toda la noche había trenes entre la capital y aquella población. Según el horario de la *Guía Bradshaw*, de 1888, el último para Blackheath salía de la calle Cannon, por el ferrocarril del Sudoeste, a las 11.40 de la noche, aunque había otro tren con parada en Blackheath desde el Puente de Londres a las 12.25. Obviamente, ninguno de ambos trenes le habría servido al asesino, ya que todos los crímenes del Destripador se cometieron entre las 12.35 y las 4 de la madrugada. El primer tren de la mañana que partía de la estación de la calle Cannon hacia Blackheath lo hacía a las 5.10, pero si el asesino hubiese tenido que aguardar a la salida del mismo, seguramente habría sido atrapado.

Druitt no necesitaba regresar a Blackheath. A su alcance tenía un refugio mucho más seguro, al que hubiese podido llegar en el caso de tener a la Policía tras de sus talones. Montague John seguía teniendo alquiladas sus habitaciones del número 9 del paseo del Estrado del Rey en el «Inner Temple», y su enclave legal se hallaba a poca distancia del East End. Además, al «Inner Temple», podía llegarse por dos caminos, ambos igualmente desiertos de noche. Desde la City, podía irse hacia allí por la calle de la Flota, donde sólo deambulaba algún impresor a medianoche, o bien por el Embankment a lo largo del Támesis. Había tres puertas en el «Inner Temple», incluyendo la de la calle Tudor, cerca de la Bouverie. Una sola palabra a un portero adormilado habría servido para que Druitt fuese admitido sin ser interrogado, y aun sin ser visto.

Jack el Destripador necesitaba absolutamente un retiro aislado. Como señaló *The Times*:

*Seguramente se trata de un individuo que lleva una vida normal en una residencia decente del distrito, a la que puede llegar sigilosamente, y en la que debe poder despojarse de todas las huellas de sus hazañas.*

¿Es el «Inner Temple» la respuesta al milagro de las desapariciones de Jack el Destripador? ¿Es ésta la verdadera respuesta?

Finalmente, queda en pie la cuestión de la destreza quirúrgica del Destripador. Sir Melville MacNaghten, escribiendo de memoria seis años después del caso, cometió el error fundamental de describir a Druitt como médico. Pero el hecho de que fuese abogado, ¿eliminaría completamente a Druitt? La verdad es que los expertos no estuvieron de acuerdo con respecto al grado de conocimientos médicos del Destripador. El doctor Henry Llewellyn, al declarar en la encuesta de la Nicholls, sostuvo que las mutilaciones eran «casi perfectas». El doctor George B. Phillips, en la encuesta de la Chapman, declaró:

—La forma en que fue extraído el útero demuestra ciertos conocimientos anatómicos.

Criterio sostenido asimismo por la revista médica *The Lancet*.

*Obviamente —afirmó dicha revista— el trabajo ha sido al menos el de una persona con conocimientos anatómicos o patológicos, suficientes para saber desalojar ciertos órganos pelvianos con un seguro corte de bisturí.*

El doctor Frederick G. Brown, que efectuó la autopsia de Catherine Eddowes, concluyó que el criminal mostraba «un buen conocimiento de la situación de los órganos de la cavidad abdominal y la manera de extirparlos».

Pero se vio contradicho por dos cirujanos, George W. Sequeira y William S. Saunders, que le ayudaron en dicha autopsia, y que también declararon. Ambos dijeron que, en su opinión, el Destripador no había exhibido el menor conocimiento anatómico. El doctor Thomas Dutton creía que los conocimientos médicos del Destripador no eran mayores que los de un *Feldscher*, o barbero-cirujano.

«Me siento inclinado a admitir que la técnica del Destripador no puede equipararse a la de los cirujanos ingleses», dijo Donald MacCormick, por boca de dicho doctor. La rapidez fue el sustituto de la destreza. Y, sin la menor duda, el Destripador era un veloz cirujano, mucho más que la mayoría de los médicos ingleses.

Por fin, citaremos la opinión del doctor D. G. Halster, según la cual el Destripador poseía una destreza no mayor que la de un pescador acostumbrado a destripar los peces.

Para concluir, sólo me resta recordar los antecedentes médicos de la familia de Druitt. Montague John tuvo al padre, al abuelo, a un tío y un primo, cirujanos. Es posible, incluso probable, que Druitt, en calidad de espectador, hubiese acudido al anfiteatro quirúrgico, viendo practicar a su padre. De esta forma habría tal vez podido aprender algunos conocimientos rudimentarios.

*La verdad, pese a todo, no se sabrá jamás y es posible que resida en el fondo del Támesis eternamente, si mis conjeturas son correctas,* escribió MacNaghten en sus notas sobre Jack el Destripador. Sir Melville parece haber sido muy pesimista en sus conclusiones. Con toda seguridad, la verdad se halla encerrada en un archivo de Scotland Yard, o enterrada en algún ático entre unas cartas largo tiempo olvidadas, fotografías descoloridas y otros documentos de otra época. De haber sido hallada la nota del suicida Montague John Druitt dirigida a Valentine, habría tal vez arrojado cierta luz sobre este misterio. Pero más provechoso que indagar en el ático o en el Támesis, sería considerar las causas que Jack el Destripador tuvo para sus crímenes. A pesar de los adelantos de la ciencia forense, poco se sabe hoy día sobre la psicología de la mente criminal o la del crimen, que no fuese ya conocido en la época del Destripador.

Por una extraña casualidad, al mirar la esuela de Montague John Druitt, en el *Southern Guardian* del 5 de enero del año 1889, hallé en una página adyacente un artículo titulado *Asesinato y ciencia*, que cito en parte:

*Suponiendo que atrapásemos al asesino de Whitechapel, ¿no podríamos, antes de entregarle al verdugo o a las autoridades de Broadmoor, realizar un esfuerzo para descubrir sus antecedentes, sus relaciones ancestrales, los pasos de su carrera, sus instintos hereditarios, sus gustos, sus antecedentes morales, su idiosincrasia mental? Seguramente, ha llegado el momento de tales esfuerzos. Nos hallamos enfrentados con un producto misterioso y temible de la moderna civilización...*

Este artículo fue redactado hace setenta años, antes de que existiesen las cátedras universitarias de criminología.

Cuando solicité ver los registros parroquiales de la antigua catedral de Wimborne, el empleado no sólo me dio acceso a los mismos, sino que me acompañó a visitar la iglesia, indicándome algunos monumentos de la familia Druitt. Por ejemplo, una ventana de vidrio glaseado del crucero sur es un monumento a la memoria del doctor William Druitt, el padre de Montague John, donado por sus hijos supervivientes en 1892. Es un buen ejemplo de cristal de Clayton y Bell, de su época. Una de las hijas también regaló una platería a la catedral.

Finalizada mi misión en la misma, pregunté el camino del cementerio de Wimborne y tuve que seguir la carretera de Blandford. La ruta pasa junto a «Westfield», la antigua mansión solariega de los Druitt, que ha sufrido grandes transformaciones. Desde fuera, el aspecto debe de ser el mismo que en la época de la infancia de Montague John. Pero faltan árboles y las veredas de acceso han desaparecido. La hacienda fue vendida en 1891 a Sir William Watts, de Bournemouth, y más tarde pasó a manos de la viuda Lady Gertrude Floyer, condesa de Moray, que falleció en 1928. Después de su óbito, el interior de la casa quedó transformado en pequeños apartamentos, flanqueados por una estructura moderna, conocida como «Moray Court».

En el cementerio, al lado izquierdo del paseo central, los miembros de la iglesia establecida duermen el sueño de los justos; al lado derecho se hallan los inconformistas. Sobre un altozano hay dos capillas, idénticas en todo, salvo en sus artículos de fe. El sepulturero, un joven con las mejillas encendidas por el frío de noviembre, me miró críticamente cuando le pregunté por la tumba de la familia Druitt.

—Conozco ese nombre —me contestó.

Y me llevó hacia la capilla anglicana de la izquierda. Y en un terreno colindante con la misma, hallé lo que buscaba.

La tumba de Montague John Druitt está marcada por una cruz de piedra, envuelta en líquen. La inscripción aparece ya deteriorada, pero aún puede leerse:

*En memoria de Mon. Jo. Druitt, 4 diciembre 1888. Edad: 31*

Detrás, sus padres están enterrados en una misma fosa. Junto a Montague John se halla su hermano mayor, William, que falleció soltero, en febrero de 1909, a los cincuenta y dos años.

—Entonces morían jóvenes —me dijo el sepulturero, después de haber observado las edades de ambos hermanos—. Ninguno de éstos parece haber gozado mucho de la vida.

Afirmé a estas palabras.



## XIX

### Epitafio para Jack el Destripador

#### 1

Los titulares del 8 de febrero de 1960 del *Daily Express*, decían:

DON JACK EL DESTRIPIADOR ACTUÓ.  
DOS HOMBRES HAN CAÍDO BAJO LOS REVÓLVVERES.

Y el artículo explicaba:

*En la escuálida y desierta calle Duval, donde Jack el Destripador mató a Mary Jane Kelly en 1888, tres hombres salieron de un coche, en el día de ayer, y penetraron en el «Pen Club». Unos minutos más tarde volvieron a salir. Un empleado de un club del Soho, con un tiro en la sien, se tambaleaba detrás de ellos. Después cayó, muriendo en la calzada. Un segundo individuo, antiguo boxeador, de un tiro en el estómago, cayó sobre el primer cadáver. El coche de los asesinos se dio a la fuga.*

Esto era todo, o casi todo: un tiroteo entre bandidos rivales, cosa bastante frecuente en aquella parte de Londres. Pero parece un eco. La calle Duval era antaño la calle Dorset, que cambió de nombre por la notoriedad alcanzada después del asesinato de Mary Jane Kelly. Que haya muertes dos veces en el mismo sitio no es raro. Pero no me refiero a esto.

Lo importante es que Jack el Destripador no ha muerto en la memoria de los londinenses. Las madres asustan a sus hijos con su nombre. Los titulares mantienen viva su imagen. Incluso Elizabeth Taylor lo revivió en un programa televisado en Londres. Por desdicha se recuerda a Jack el Destripador por motivos equivocados.

#### 2

Opino que la serie de asesinatos de Jack el Destripador siguió una pauta definida, con un ritmo propio, y que sólo la mente obtusa de los victorianos fue insensible a ella. Por encima de todo, opino que la evidencia interna del caso indica el empleo de los asesinatos como un medio de protesta social. La prueba radicaría en la reforma que

los asesinatos pudieron traer consigo. ¿Cambió, en realidad, el East End, como consecuencia de los crímenes del Destripador?

Los autores del volumen xxvii de *Survey of London*, que trata de Spitalfields no vacilaron en concederle a Jack el Destripador el honor de un reformista.

*Cuando los crímenes de Jack el Destripador aterraron a Londres a finales de 1888, el estado de los albergues reclamó la atención pública. Los asesinatos de Whitechapel, indudablemente, impulsaron la reedificación de la zona de la calle Flowery Dean.*

En 1875, la Junta de Obras Metropolitana había declarado como inhabitables las casas de aquella zona que albergaba a cuatro mil personas, pero nada se había hecho al respecto. Nada se hizo hasta trece años más tarde, cuando Jack el Destripador decidió colaborar.

El Destripador obligó al reverendo Barnett a entrar en acción, mediante actos de filantropía. En octubre de 1888, mientras el Destripador aún merodeaba por Whitechapel con su cuchillo, el reverendo Barnett le escribió a su hermano con respecto a un «gran esquema de edificación».

*Ahora no podemos hacer nada —decía en la carta—, pero creo que pronto podremos reconstruir todo el barrio.*

El clérigo añadía que se necesitaría un capital de doscientas mil libras para poner a flote la compañía formada con su esposa, la cual sería directora de la misma.

*Si consigue transformar una cueva de ladrones en un Templo de Dios, ella será feliz —concluía.*

Un año más tarde, el reverendo todavía luchaba con los propietarios de albergues, por una parte, y los inversores del cuatro por ciento, por otra. Pero la victoria ya estaba cerca. La zona que el clérigo estaba determinado a despejar contenía más de ciento cuarenta y seis albergues registrados, con más de seis mil camas. Sólo en la calle Flowery Dean había mil quinientas camas, la mayoría ocupadas por ladrones y rameras de la categoría de *Annie la Morena*.

*La reforma es vasta, le escribió el reverendo a su hermano en octubre de 1889, y cuando haya terminado podremos entonar el Nunc Dimittis.*

La reforma era vasta. Pero gracias al ímpetu proporcionado por Jack el Destripador, la década 1888-1897 contempló la proliferación de las empresas de construcción, cuyos fines eran tan caritativos como sus nombres. «La Asociación Metropolitana para El Mejoramiento de las Moradas de las Clases Industriales», por ejemplo. La compañía del reverendo Barnett adquirió solares en las calles Thrawl y Wentworth, derribó los albergues y erigió «moradas modelo». En 1892, casi toda el ala norte de la calle Flowery Dean estaba despejada y las moradas erigidas por la Compañía de Viviendas del Cuatro por Ciento Industrial.

Al derribar los albergues, se descubrieron claramente *las guaridas secretas de un*

*siglo de infamia*, según palabras de un autor contemporáneo. Dejaron que la luz y el aire penetrase en los sótanos donde hombres y mujeres vivían como fieras en sus cubiles. Los muros infestados de gusanos y otros bichos, todo ello lleno de inmensas capas de polvo. Las camas fueron quemadas. En algunos albergues las condiciones eran tan pésimas que los equipos de demolición exigieron pagas extraordinarias y una generosa ración de cerveza antes de entrar en los mismos.

Por desdicha, las «moradas modelo» que remplazaron a los albergues, estaban designadas a contener la pobreza, y no a aliviarla y, como otras muchas obras victorianas, se vieron arruinadas desde el principio. Por una parte, les faltaba calor y la camaradería de los albergues. En una cocina de éstos se encontraba la simpatía de los demás, un sentimiento que hacía olvidar los malos olores, mientras que los nuevos inquilinos parecían ahora enemigos entre sí. Un grupo de mecánicos solterones, entrevistados por la revista *El Constructor*, dio su explicación respecto a su preferencia por los albergues sobre las «casas modelo» que habían sido erigidas en su beneficio en la calle Spicer, de Spitalfields.

—El té sería mejor si pudiera tomarse al lado de alguien que supliese la conversación de una madre o una hermana.

### 3

Por un toque irónico, los edificios de seis pisos de los victorianos de Spitalfields, que inspiró Jack el Destripador, escaparon a los bombardeos. Aquellas «moradas modelo» que eran el orgullo del reverendo Barnett, quedaron indemnes, aunque las bombas incendiarias cayeron incesantemente en el distrito. Alguien afirma que fue así porque la iglesia de Cristo, utilizada como señal por la Luftwaffe, era la guía de los «Heinkels», los cuales quedaban desorientados. Sea cual sea el motivo, los edificios quedaron en pie, como un monumento a la memoria de Jack el Destripador. La esquina de la plaza Mitre donde Catherine Eddowes halló su trágico fin, se conoce hoy día como «La esquina del Destripador», siendo lugar de turismo. (Todo aquél con quien hablé en referencia con este libro se ofreció a acompañarme a recorrer los lugares. Todos son muy conocidos y frecuentados por los habitantes de la zona).

Al vagar por las calles, ya de anochecido, cuando las fábricas se hallan desiertas y el mercado de Spitalfields cerrado, parece flotar por el barrio la presencia del Destripador. La calle Comercial, de noche, está tan silenciosa que al pasar por la iglesia de Cristo parecen oírse los lamentos de las víctimas. Y también quedan aún muchos recuerdos de la época. En la esquina se halla la taberna «Ten Bells», donde Mary la Negra solía entrar a tomarse un vaso de ginebra. Cuando alguien empuja las puertas se oyen las risas fantasmales de Mary Kelly y sus hermanas de profesión. Pero no, ahora la «Ten Bells» es una taberna respetable. Sus parroquianos pertenecen

a la clase trabajadora, que sólo consume pintas de cerveza. Sobre todo el distrito flota un aire de decaimiento. Spitalfields parece maldito. La guerra, ciertamente, terminó con muchas cosas, y el distrito no se recuperó jamás después del espantoso suceso de Miller's Court. Incluso los ladrillos parecen destilar el olor a vicio y pobreza.

Dos bloques más abajo se halla el número 29 de la calle Hanbury, donde Annie Chapman fue hallada con la garganta cortada. A la derecha de la puerta, un letrero anuncia que «N. Buil, perfumista y peluquero», había ocupado el inmueble, pero lo único que queda en la actualidad es una fila de botellas de leche en el escaparate. Desde la puerta principal un pasaje conduce al patio, que es el lugar donde Annie *la Morena* encontró un trágico final. Nada ha cambiado, al parecer. Las palabras que el *Daily Telegraph* utilizó al comentar el terrible suceso son hoy día tan actuales como hace setenta y cinco años:

*El espíritu de Annie la Morena todavía anida en Whitechapel, sin haber sido vengado por la Justicia. Y, sin embargo, esta ciudadana de Londres no sufrió en vano. Por el contrario, consiguió con su muerte mucho más que los largos discursos del Parlamento y las innumerables columnas de cartas y artículos publicados en los periódicos. Obligó a muchas personas, que jamás habían meditado seriamente sobre ello, a reflexionar sobre aquella vasta población que vive y duerme de noche, y sobre la manera como nuestra rica y bien iluminada capital procura por ella, después de haber sido votadas tantas Actas parlamentarias para mejorar las viviendas de los pobres, y también sobre la forma como se han empleado los millones gastados por nuestra Junta de Obras, nuestras inversiones... Annie la Morena consiguió, en efecto, lo que cincuenta secretarios de Estado no habían logrado jamás.*

*En la encuesta, se realiza la propuesta de fotografiar los ojos de Annie Chapman, para probar si la retina, presentaría la imagen del monstruo cruel que la asesinó y mutiló. Hubiese sido mejor prestar atención a los sonidos surgidos de sus hinchadas labios, ya que un secretario del Interior o el presidente de la junta de Obras Metropolitana tal vez habría oído:*

*«Nosotras, vuestras hermanas asesinadas, somos el producto de la miseria en que vivimos. Detrás vuestro poseéis magníficas viviendas y calles elegantes, donde continuáis llevando una existencia regalada y plácida. Los barrios miserables nos asesinan, en cuerpo y alma, con el horror y la vergüenza, la fiebre y la muerte, al disponer los lechos del crimen y el descontento social. Cuando le sea posible a la clase pobre de Londres vivir y dormir con toda decencia, no encontraréis en los patios interiores más cadáveres como el mío».*

## Apéndice A

Como un forjador de mitos, Jack el Destripador no tiene rival entre los criminales, tanto desde el punto de vista del número, como de la potencia de los mitos que ha evocado. El aura de misterio que envuelve a los crímenes de Whitechapel ha intrigado a los hombres de todas las naciones, dando origen a novelas, comedias, películas e incluso óperas, desde 1888 a nuestros días. En su introducción a *El asesino Harlot o Historia de Jack el Destripador en realidad y ficción*, Anthony Boucher nombra a varios de los productos de ficción cuya inspiración se debe al Destripador, incluyendo un divertido engendro de «Sherlock Holmes» titulado *Jack el Destripador* (en español en el original). (Como «Sherlock Holmes» y el Destripador debutaron casi al mismo tiempo, esta clase de engendros fueron favoritos de la calle Baker).

Los alemanes, en particular, se adueñaron de Jack el Destripador en los años 1920, ya que la naturaleza artística de sus crímenes concordaba con el genio de un arte expresionista. Así, el Destripador figura en el episodio más interesante de *Waxworks*, película dirigida por Paul Leni en 1924. En la cinta, un joven poeta es contratado por un expositor para que haga publicidad sobre unas figuras de cera como Harun Al Raschid e Iván el Terrible. En el episodio de Jack el Destripador, el poeta sueña que él y la hija del expositor se ven perseguidos en un paisaje expresionista, por «Jack». Siegfried Kracauer describió este episodio como «figurando entre las mejores consecuciones de las películas de arte».

En el doble drama de Frank Wedekind, *Erdegeist* y *Die Buchse der Pandora*, el tema del Destripador cobra de nuevo su clima especial en una combinación de sexo, sadismo y desesperación. Este drama se ocupa de «Lulu», una ramera que destroza a los hombres sólo para ser destrozada a su vez, en una buhardilla de Londres, por Jack el Destripador (papel que el propio Wedekind interpretó en la producción original del teatro). El drama de Wedekind inspiró la ópera inacabada de Alban Berg, *Lulu*, estrenada en Zurich, en 1937; ha habido tres versiones fílmicas de la obra, la última austriaca, estrenada en 1962.

La versión más interesante de *Lulu* fue la dirigida por G. W. Pabst, en 1928, con Louise Brooks como protagonista. Pabst convirtió el clima de la película en una verdadera *Noche de Walpurgis*, con Lulu entreteniendo en su ático de Londres a un príncipe africano, a un mudo, a un profesor de filosofía y finalmente, claro está, a Jack el Destripador, quien la asesina a ella y a su amiga lesbiana, la condesa Geschwitz.

La *Dreigroschenoper* de Brecht debe su inspiración a Jack el Destripador, lo mismo que la *Opera de los mendigos*, de Gay. «Mack el Cuchillo», dice Brecht, es un capitalista que se apropia de los crímenes de los demás (tiene buen cuidado de que las hazañas más atrevidas o más inspiradas de sus subordinados le sean achacadas a él), pero comparte una debilidad con la auténtica vida del Destripador: es un buscador de

la propaganda. A MacHeath le «encanta leer en los diarios que sus hazañas no son cometidas con fines materiales, sino por deporte, por la satisfacción del deseo creador, o por un apremio demoníaco e inexplicable». El verdadero Destripador leyó ávidamente los periódicos y se rió cuando la Policía afirmó haber captado su aroma.

«La broma respecto a *Delantal de Cuero* me causó un ataque de hilaridad» escribió, añadiendo: «Ahora dicen que soy un médico. ¡Ja, ja, ja!».

Los ingleses se alejaron del expresionismo al referirse al mismo tema. Así, *Jack el Destripador*, una cinta estrenada en 1959, es una perfecta reconstrucción de los crímenes, basada en la obra de Leonard Matters. En esta película, un doctor enloquecido busca a la causante de la ruina de su hijo, y les pregunta a sus presuntas víctimas:

—¿Eres tú Mary Clarke? —como preludeo de hacerlas caer bajo su escarpelo. Entre otros medios de explotar la cinta, se sugirió que los exhibidores «hiciesen desfilar por las calles a un individuo vestido con levita y sombrero de copa y un maletín, con el título de la cinta pintado en aquél, con pintura blanca».

—Esta publicidad —afirmaron los distribuidores— provocará el interés general.

El mito favorito del Destripador, sin embargo, es la novela de la señora Belloc Lowndes, *El realquilado*, primitivamente un relato corto. Es el mito de un asesino atrincherado en el seno de una familia ordinaria, cuyos miembros no están al corriente de su verdadera identidad. Se han rodado cinco versiones de esta novela, perteneciendo la última a 1953. La más original fue la muda realizada por Alfred Hitchcock en 1926, con Ivor Novello de protagonista. Esta vez el realquilado no es el asesino, aunque constantemente levanta las sospechas. Novello, con un rostro pálido, es atrapado por una multitud enloquecida y casi linchado antes de que el verdadero «Vengador» sea llevado ante la Justicia. Fue el primer filme inglés realizado por Hitchcock, que sólo contaba veintiséis años, y ya prometía ser un maestro de directores en escenas tales como el primer plano de la última víctima del «Vengador» chillando, que se disuelve en una escena de masas que muestra el terror en los rostros de las mujeres.

Las demás versiones del celuloide han seguido muy de cerca a la novela de la señora Lowndes, convirtiendo a Jack el Destripador en un maniático religioso: «Cuando se quita la perversión de una cosa bella... sólo queda la belleza». Así, en la versión de 1943, de la «Twentieth Century Fox», «Laird Gregar» ha jurado vengar a un hermano suyo, muy inteligente, arruinado por una actriz parecida a Merle Oberon. (En este filme se emplean las huellas dactilares para capturar al asesino; pero los métodos de Bertillon todavía no habían sido adoptados por Scotland Yard en 1888). Otra versión de la misma película, de 1953, titulada *El hombre del ático*, con Jack Palance de protagonista, mostró un gran adelanto psicológico. Esta vez es la «madre» la que está en el fondo de la hoguera, ya que la «madre», al parecer, llevaba pantalones. *Y en su interior, el amor y el odio están furiosamente entrelazados debido al mal trato dado por su madre actriz a su padre y a él mismo*, proclamó la Prensa.

La compositora británica Phyllis Tate transformó *El realquilado* en ópera, siendo estrenada en la Real Academia de Música de Londres, el 14 de julio de 1960, siendo televisada en 1964. La señorita Tate observa cuidadosamente las normas de la tragedia griega, y ninguno de los crímenes ocurre en escena, pero consigue describir la manía sexual y religiosa del «realquilado» de manera vivida, musicando las palabras del capítulo 17, versículo 3, del Apocalipsis: «Vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, llena de nombres de blasfemia, con siete cabezas y diez cuernos...».

Gradualmente, la dueña de la casa comprende que el apacible huésped que la ha salvado, junto con su esposo, del desvalimiento, es un atroz asesino. El conflicto en la mente de la mujer —¿deberá entregar un loco a la ley?— constituye el meollo de la ópera, junto con lo que la compositora denomina «el elemento siniestro». La señorita Tate añade innovaciones como un coro de *cockneys* que se emborrachan, y cada vez con más salvajismo, a medida que se cometen fuera de escena los distintos asesinatos.

El Destripador atravesó el Canal de la Mancha para aparecer como *Jack L'Eventreur*, en un drama del mismo nombre, de André de Lorde, en el «Grand Guignol» de París. También Marcel Carné, el director de cine, satirizó los crímenes del Destripador en una farsa fílmica titulada *Drôle de Drame*, de 1937. En esta película, que se burla en particular de los métodos de Scotland Yard, Jean Louis Barrault interpreta el papel de un asesino de Limehouse especializado en la matanza de carniceros. ¿El motivo? Es un vegetariano que ha jurado vengarse de sus amigos, los animales.

---

Retorno a nota [3] <<

## Apéndice B

En febrero de 1894, el *Sun* afirmó que ya se había solucionado el misterio de los asesinatos de Whitechapel:

*Conocemos el nombre y el apodo de Jack el Destripador, —proclamó el periódico—. Sabemos dónde vive en la actualidad; nuestros representantes le han visto y nos hallamos en posesión de un montón de declaraciones, documentos y otras pruebas de su identidad.*

Según el *Sun*, su sospechoso había cometido nueve asesinatos, incluyendo el de Frances Cole, en 1891. Además, había atacado a otras seis mujeres con el intento de matarlas, apuñalándolas por la espalda.

*Estaba en libertad y cerca de Whitechapel durante toda la época de los asesinatos, añadía el periodista, y dichos asesinatos vieron inmediatamente su final... desde el momento en que el criminal estuvo bajo llave.* El *Sun* también se ufano de poseer un facsímil del cuchillo con que se cometieron los crímenes, comprado en el mismo lugar. Pero hubo una omisión. El periódico se negó a nombrar al sospechoso, ofreciéndoles a sus lectores una nueva versión del *Hamlet*.

*En estos momentos nuestros lectores tendrán que contentarse con menos información de la que poseemos —se disculpaba—. Jack el Destripador tiene parientes, y algunos en una situación que les haría blanco de la curiosidad natural; por tanto, tenemos que abstenernos de dar su nombre en interés de estas personas respetables e inocentes.*

Aunque no lo nombró, el *Sun* sospechaba que Jack el Destripador era, en realidad, Thomas Cutbush, de treinta años, un fetichista relativamente inofensivo que se dedicaba a destrozarse los vestidos de las mujeres por la espalda con un cuchillo. Cuando aparecieron los artículos, Cutbush estaba detenido en «Broadmoor», el asilo de los criminales dementes, y los sucesos a que se refería el artículo habían ocurrido tres años antes, o sea en 1891. El *Sun* tenía razón al declarar que la parentela respetable del sospechoso sufriría innecesariamente molestias si se revelaba su identidad, ya que su tío era un servidor civil del Departamento Colonial.

La crianza de Cutbush, sin embargo, había sido confiada a su madre y a una tía soltera, las cuales eran muy excitables. En 1888 vivía con ellas en Kennington, y no a diez minutos de distancia de Whitechapel, como afirmaba el *Sun*.

De joven, Cutbush afirmaba haber contraído una enfermedad venérea. Estaba obsesionado con este tema. Pasaba sus días inclinado sobre libros de texto de Medicina, y se untaba el rostro con varios ungüentos que llevaba en los bolsillos. De



noche, nos quiere hacer creer el *Sun*, vagaba por las calles, como preso de su media naturaleza de «Mr. Hyde». El *Sun* describe las noches de vigilancia de su madre y su tía:

*Mientras él estaba merodeando por las calles, decidido a matar otra vez, una de ellas estaba levantada, esperando angustiadamente su regreso, imaginándose al tigre yendo de crimen en crimen, como una criatura inofensiva y desamparada en necesidad de protección de la violencia de los demás.*

El «tigre» Cutbush fue atrapado en el acto, el 7 de marzo de 1891, cuando Isabel Anderson, de dieciocho años, iba andando con una amiga por la ronda Kennington, y sintió un tirón a su vestido por detrás, oyendo un ruido como de tela al ser desgarrada. Giró en redondo a tiempo de ver a un individuo con un cuchillo en la mano derecha, pero el agresor huyó antes de que ella pudiera fijarse en sus facciones. Otro hombre salió en persecución de Cutbush, dándole caza. Después, Isabel Anderson encontró que la parte inferior de su vestido había sido cortada por un instrumento agudo. En el bolsillo del abrigo de Cutbush, la Policía encontró una navaja cuya hoja de dieciocho centímetros era muy afilada y con la punta curvada. La navaja había sido comprada en una tienda de Houndsditch, cuyo propietario recordó haberla vendido al agresor. Como afirmaba el *Sun* con respecto al arma de los crímenes de Whitechapel, la navaja le había sido vendida a Cutbush en febrero de 1891, o sea dos años y tres meses después de cometerse el último de los asesinatos de Jack el Destripador.

En la habitación de Cutbush, la Policía halló un par de muñecas de papel en posturas indecentes, patéticos «pastiches compuestos de cuerpos recortados de algunas revistas a las que se habían añadido unos muslos desnudos y medias coloradas. Según el *Sun*, se trataba de *dibujos groseros de los cuerpos de las víctimas y sus mutilaciones seguían el estilo de los asesinatos de Whitechapel.*

El *Sun* no se contentó con publicar las aventuras del supuesto Jack el Destripador, sino que insistió en visitarle en «Broadmoor» tres años más tarde de haber sido encarcelado. El periodista que entró en la institución, describió a Cutbush como muy delgado y andando con una ligera perturbación, como «si le molestase el pecho». De frente estrecha, alta y atrasada, si bien los ojos atrajeron al punto la atención del reportero. Eran «grandes y oscuros» y también «con la expresión del animal acorralado».

¡Pobre Cutbush! El *Sun* estaba decidido a hacer de él un verdadero tigre.

---

Retorno a nota [42] <<

Retorno a nota [53] <<



Cocina de un alberge en Spitalfields. Todas las víctimas de Jack el Destripador frecuentaban estos alojamientos baratos del East End de Londres.



FIG. 2. — El Rincón del Destripador, en la plaza Mitre, donde fue hallado el cuerpo de Catherine Eddowes. Incluso antes de que fuesen quitadas las manchas de sangre, una madre sacó a su hijito de debajo de su chal y lo sostuvo en alto, por encima de los mirones: «¿No quieres ver la sangre?», le preguntó. Y añadió: «Pues mírala, bendito sea tu corazón.» Hoy, el Rincón del Destripador, se enseña a los visitantes como uno de los lugares más típicos del East End de Londres.

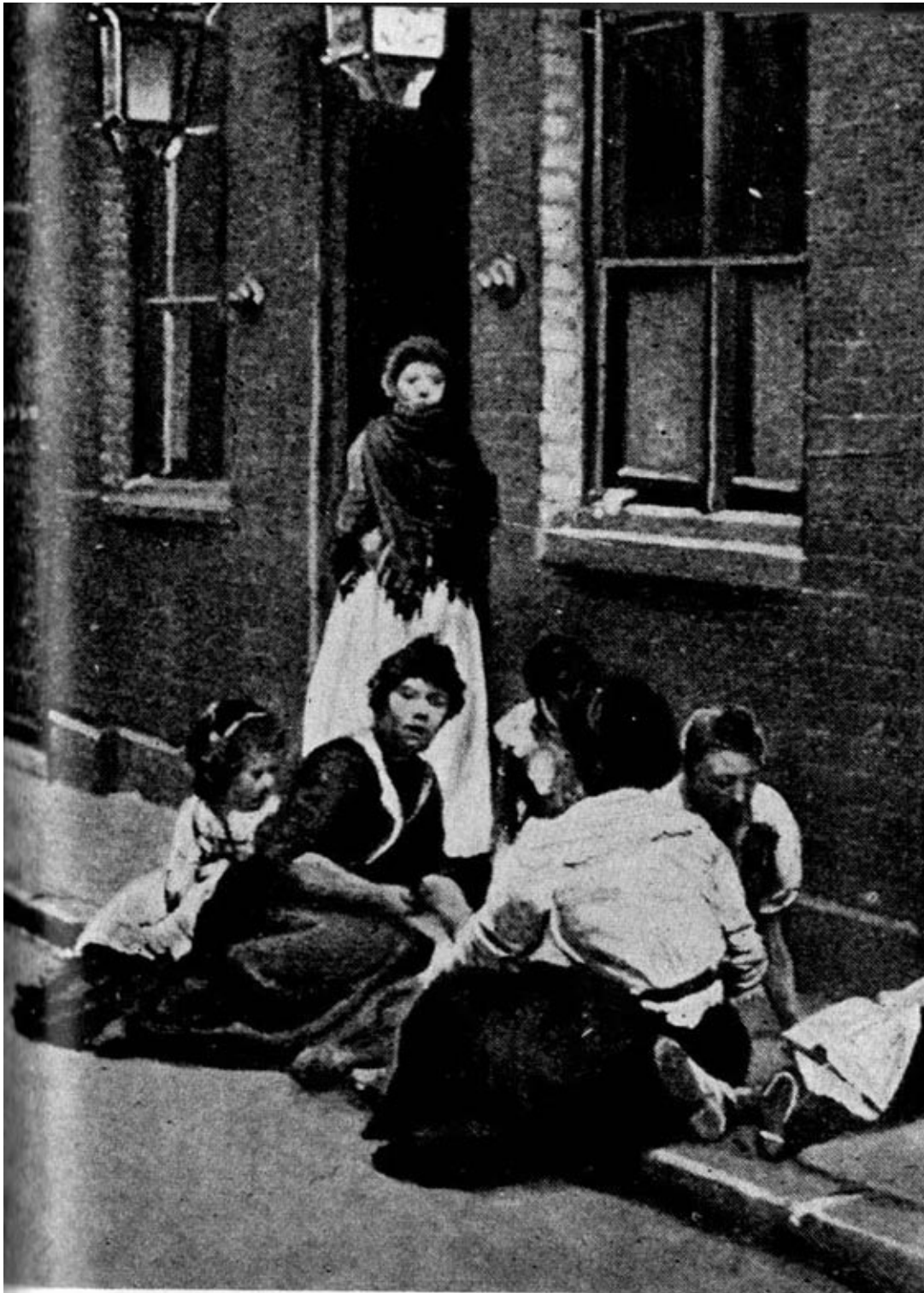


FIG. 3. — El hogar de los seres del East End de Londres. El hogar, propiamente dicho, es la acera. Aquí vemos a un grupo de prostitutas tomando el sol delante de un albergue en la calle Flower Dean, Spitalfields, mientras los niños juegan a sus pies. En 1881, un comité investigador selecto de la Cámara de los Lores, sobre la prostitución en Londres, sostuvo que en ninguna otra ciudad de Europa se hallaba tan extendida. (Reproducido con permiso de «Cassell & Company Ltd.», de Londres.)



### THE NEMESIS OF NEGLECT.

"THERE FLOATS A PHANTOM ON THE SLUM'S FOUL AIR,  
SHAPING TO EYES WHICH HAVE THE GIFT OF SEEING,  
INTO THE SPECTER OF THAT DRAUGHTY LAIR,  
FACE IT—FOR VALE IS FLEEING!  
RED-HANDED, RUTHLESS, FETTERED, FUGITIVE, FUGITIVE,  
'TIS MURDERER'S CRIME—THE NEMESIS OF NEGLECT!"

FIG. 4. — Los asesinatos de Whitechapel causaron un fuerte impacto contra la conciencia victoriana. El día después de la publicación de este dibujo aparecieron otras dos nuevas víctimas de Jack el Destripador. (Reproducido con permiso de *Punch*.)

THE PENNY  
ILLUSTRATED PAPER  
AND ILLUSTRATED TIMES



LONDON'S REIGN OF TERROR: SCENES OF SUNDAY MORNING'S MURDERS IN THE EAST END.

FIG. 5. — El descubrimiento en la plaza Mitre. En Londres reina el terror: escenas de los asesinatos en el East End, del domingo por la mañana.

**TWO MORE HORRIBLE**  
**MURDERS**  
**IN THE EAST-END.**




FIG. 6. — Folleto anunciando el doble asesinato del 30 de septiembre de 1888. Obsérvese la crudeza de la ilustración. (Reproducida con permiso del «Trustee of the British Museum».)

# GHASTLY MURDER

IN THE EAST-END.  
DREADFUL MUTILATION OF A WOMAN.

## Capture of Leather Apron

Another murder of a character even more diabolical than that perpetrated in Buck's Row, on Friday week, was discovered in the same neighbourhood, on Saturday morning. At about six o'clock a woman was found lying in a back yard at the foot of a passage leading to a lodging-house in a Old Brown's Lane, Spitalfields. The house is occupied by a Mrs. Richardson, who lets it out to lodgers, and the door which admits to this passage, at the foot of which lies the yard where the body was found, is always open for the convenience of lodgers. A lodger named Davis was going down to work at the time mentioned and found the woman lying on her back close to the flight of steps leading into the yard. Her throat was cut in a fearful manner. The woman's body had been completely ripped open, and the heart and other organs laying about the place, and portions of the entrails round the victim's neck. An excited crowd gathered in front of Mrs. Richardson's house and also round the mortuary in old Montague Street, whither the body was quickly conveyed. As the body lies in the rough coffin in which it has been placed in the mortuary—the same coffin in which the unfortunate Mrs. Nicholls was first placed—it presents a fearful sight. The body is that of a woman about 45 years of age. The height is exactly five feet. The complexion is fair, with wavy dark brown hair; the eyes are blue, and two lower teeth have been knocked out. The nose is rather large and prominent.

FIG. 7. — Folleto anunciando (prematuramente, según resultó) la «captura de Delantal de Cuero». Estas hojas que valían medio penique se vendían en profusas cantidades en Whitechapel durante el reinado de terror de Jack el Destripador. (Reproducido con permiso del «Trustees of the British Museum».)





FIG. 8. — La calle Dorset de Spitalfields, tal como se hallaba en la época de Jack el Destripador. Un callejón corto, conocido por los habituales como «Haga lo que guste», y que tenía la reputación de ser la peor calle de todo Londres. La Policía se mantenía lejos de ella, a menos que fuesen de patrulla. (Reproducido con permiso de «Cassell & Company Ltd.», Londres.)

THE LONDON  
**ILLUSTRATED PAPER**  
AND ILLUSTRATED TIMES

London: Printed and Published by W. G. & A. S. Nicholls, 25, Abchurch Lane, in the City of London, for the Proprietors, Messrs. W. G. & A. S. Nicholls, 25, Abchurch Lane, London, E.C. 4.



THE MILLER-COURT MURDER, WHITECHAPEL: SITE OF MARY KELLY'S LODGINGS.

FIG. 9. — El asesinato del patio Miller, Whitechapel. Lugar donde vivía Mary Kelly.

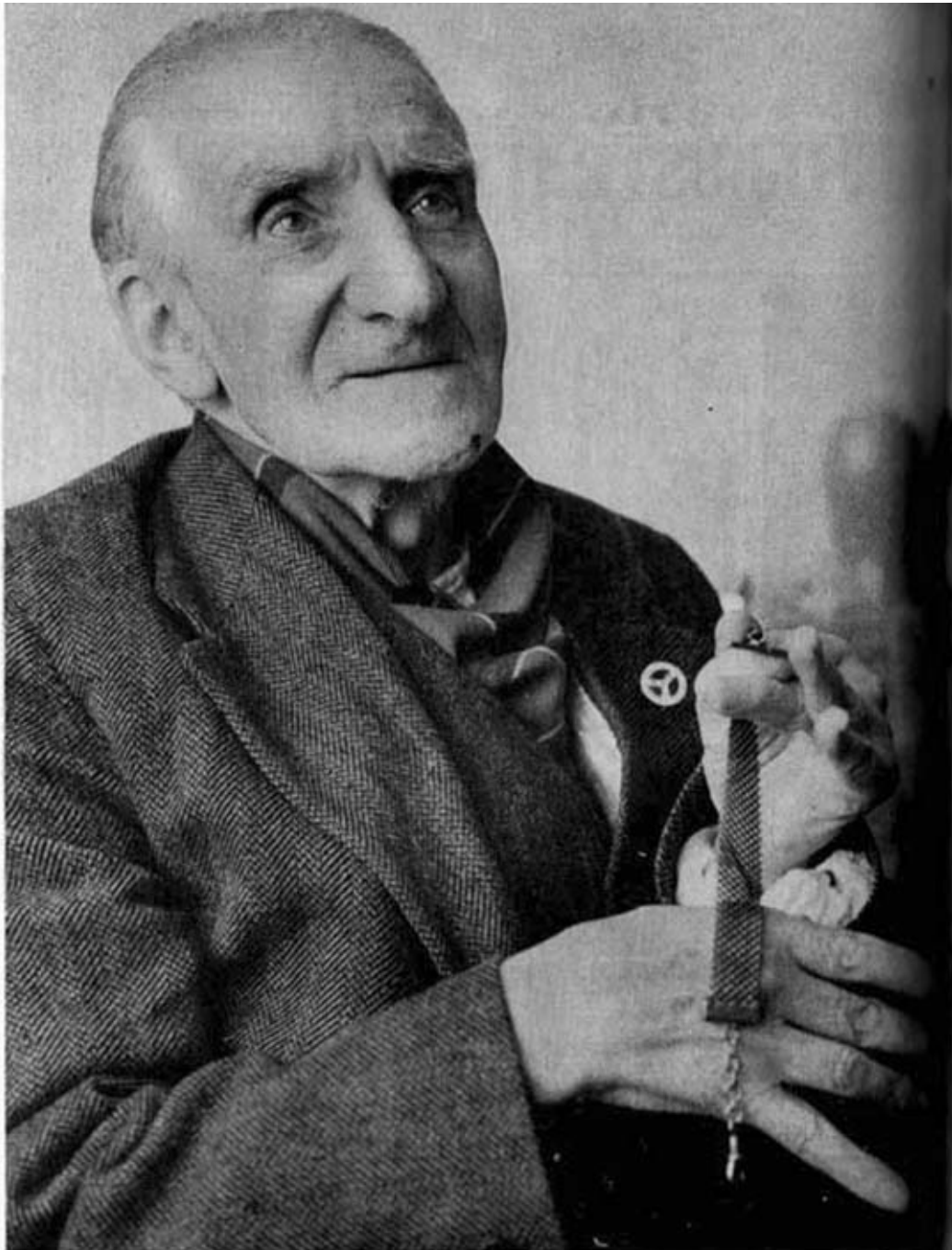


FIG. 10. — James W. Bousfield, de Stepney, sosteniendo una cadena de reloj que Martha Tabram entregó para su pensión. Martha, que estuvo alojada con los Bousfield, fue hallada muerta el 7 de agosto de 1888. Se duda, sin embargo, que fuese una de las víctimas del Destripador.



FIG. 11 — El número 29 de la calle Hansbury, tal como se ve hoy día. El asesino utilizó la puerta que ostenta el llamador para entrar en el patio, donde asesinó a Annie Chapman.



FIG. 12— Familias arrojadas de uno de los pestilentes patios de Spitalfields, como parte de la campaña de saneamiento de la época victoriana. Irónicamente, las familias como éstas no llegaron a beneficiarse de las nuevas moradas erigidas en dicho lugar, ya que fueron arrendadas a personas dispuestas a pagar más altos alquileres.



13. — Buck's Row (ahora calle Durward). Otra vista del lugar donde Mary Nicholls fue asesinada. Cerca existía un matadero de caballos, lo que dio lugar a la creencia de que el asesino podía ser uno de los matarifes.



FIG. 14. — Mirando hacia el «Rincón del Destripador», en la plaza Mitre, en la Ciudad de Buenos Aires, desde el pasaje Duke.



Fig. 15. — Patio de una de las edificaciones modelo que remplazaron a los albergues en la calle Flower y Dean, de Spitalfields. Este tipo de saneamiento comenzó a tomar impulso a raíz de los crímenes de Jack el Destripador, pero, según puede verse en la geografía, los victorianos remplazaron un tipo de moradas humildes por otras casi iguales.



No. 1024.—Vol. 55

# THE PENNY

November 21, 1888

# ILLUSTRATED PAPER

AND ILLUSTRATED TIMES

REGISTERED AT THE GENERAL POST-OFFICE AS A NEWSPAPER.

London: Printed and Published at the Office, 10, Mill-lane, Strand, in the Parish of St. Clement Danes, in the County of Middlesex, by Thomas Cox, 10, Mill-lane, Strand, Whitechapel.



We depict the site of the famous murder at 29, Hanbury street, Whitechapel, and the site of the house last Saturday evening, as it did, several instances of a similar nature in same district, this foul assassination of the fortunate woman, Annie Chapman, also has naturally aroused East London to take sensible precautions to prevent the recurrence of these awful murders. A few days after the discovery of the body of a woman in George-yard last month, a Corps of Safety was formed to assist the Police. Once in position be on the alert to aid the ends of Justice, such outrages should be stamped out. London needs to be neighbourly in order to checkmate the criminals in our

SCENE OF THE TERRIBLE MURDER IN HANBURY-STREET, WHITECHAPEL.

FIG. 16. — Escena del terrible asesinato de la calle Hansbury, en Whitechapel.



TOM CULLEN. Nació el 16 de mayo de 1913 en Oklahoma City (EE. UU.). Se mudó a Long Beach, California, con su familia, cuando tenía 7 años de edad y fue a la escuela en San Pedro. Cursó estudios de Economía y Ciencias políticas en la Universidad de California.

Comenzó a trabajar como periodista en el noticiero Progresista Unida. Se unió al Ejército de los EE. UU. en 1942 y sirvió en Europa y África durante la Segunda Guerra Mundial como periodista militar. Fue dado de alta con el rango de Sargento Técnico en 1946 y trabajó durante un tiempo en revistas especializadas. Él utilizó el G. I. Bill para asistir a la Sorbona de París. Durante la década de 1950 trabajó como freelance en Francia, Alemania e India antes de llegar a Gran Bretaña. El Gobierno estadounidense le confiscó su pasaporte debido a sus conexiones comunistas. Obtuvo permiso para permanecer en Gran Bretaña con el pasaporte de visitante con la condición de que se mantuviera fuera de problemas...

A continuación, comenzó la investigación para su primer y más conocido libro, *Otoño del Terror: Jack el Destripador* (1965).

Murió en el verano de 2001.

# Notas

[1] *Cockneys*, es la gente de la clase baja que habita en el East End de Londres, cuya jerga peculiar se conoce con el mismo nombre. (*Nota del traductor*). <<

[2] La posibilidad de que tanto Jack el Destripador como otro criminal responsable de una serie de fechorías ocurridas en Boston entre 1962 y 1963, fuesen víctimas de la «locura lunar» fue sostenida por el doctor E. A. Jannino, de Lynn, Massachusetts, en una conferencia internacional de medicina forense celebrada en Londres en abril de 1963.

—La moderna investigación científica con las ondas eléctricas que emanan de los seres humanos indica un cambio, dos veces al mes, en el potencial eléctrico, coincidente con las lunas llena y nueva —declaró el doctor Jannino—. Un grupo de desajustados, tras atento examen, dio la lectura del más alto voltaje —añadió. (*Nota del traductor*). <<

[3] Ver Apéndice A. <<

[4] Mal de Bright: nefritis, especialmente la parenquimatosa crónica. (*Nota del traductor*). <<

[5] Las crónicas del Times han vuelto a ser imprimidas en la antología *Un tesoro de los grandes reportajes*, editada por Louis L. Snyder y Richard B. Morris, como modelos de reportajes criminales. *(Nota del autor)*. <<



[6] El Destripador, por lo visto, era también asaz conocido en el sur de Italia. En sus Memorias, el profesor de Cambridge, Thomas Okey, nacido en Spitalfields, cuenta que dos jóvenes abogados napolitanos que estaban visitando Londres en 1888, le pidieron que actuase de cicerone para ellos. Cuando les rogué que me indicasen lo que preferían visitar, exclamaron a dúo:

—¿Podría conducirnos al escenario de los crímenes cometidos por Giacomo lo Squarciatore? (*Nota del autor*). <<

[7] *Jack el Destripador / robó un salmón ahumado / y lo escondió en la zapatilla de su padre. (Traducción de la cancioncilla). (Nota del traductor). <<*

[8] Otro fue John Burns. *El hombre de la Bandera Roja* que condujo la Gran Huelga del Muelle en 1889, y que más tarde fue ministro. Burns se dirigía a su casa, después de una asamblea con los portuarios, ya entrada la noche, cuando fue arrestado e interrogado por la Policía. (Nota del autor). <<

[9] Colin Wilson afirma haber obtenido esta información de la revista *Tit Bits*, cuando él tenía ocho años de edad. (*Nota del autor*). <<

[10] Un inesperado resultado de la encuesta Tabram fue la prohibición hecha a los soldados de la Torre de Londres de llevar bayonetas yendo de permiso. Esta información me fue suministrada por James W. Bousfield, cuya madre regentó una pensión en el número 4 de Star Court (hoy calle del Planeta), donde se alojaba Martha Tabram. Bousfield, ahora con 83 años, me enseñó uno de los llaveros que llevaba siempre la Tabram, y que él guardó como recuerdo después del asesinato. *(Nota del autor)*. <<

[11] Famosa calle de Londres en la que se hallan los más importantes rotativos de Inglaterra. (*Nota del traductor*). <<

[12] El nieto de Warren. Watkin W. Williams, tuvo la amabilidad de prestarme un álbum mantenido por su abuela, Lady Warren, en el que había pegado varios artículos periodísticos y caricaturas de su marido. También pegó diversas cartas amenazadoras, una de las cuales está encabezada por un tal Jolly Roger, en tinta roja y dice: *Quienes tienen sangre azul, malditos cobardes y mentirosos, que recen... Venganza. Vuestra proeza no tiene palabras.*

Otros avisos: *Cuidado con tu vida, perro. No te aventures muy lejos. Cid-Hado...* A continuación hay el esbozo de un ataúd. Y la frase *¡Éste será, el tuyo!* (Nota del autor). <<

[13] En un ensayo sobre la pornografía victoriana de la revista *Partisan*, 1964, Steven Marcus dice: «La prostitución en la Inglaterra victoriana era la China Roja de nuestros días». (*Nota del autor*). <<



[14] Por desdicha, no hay cifras exactas respecto al número de ramera que abundaban en las calles de Whitechapel, en 1888, ni en todo Londres. A comienzos del reinado victoriano, el obispo de Exeter, calculó que en Londres había unas ochenta mil, cifra que negó Scotland Yard. Pero Henry Mayhew opinó que el cálculo del obispo «quedaba por debajo de la realidad». (*Nota del autor*). <<

[15] En su libro, *Haunted Britain* (Inglaterra acosada), Elliott O'Donnell cuenta haber visitado Whitechapel en 1895, hablando de los crímenes con sus habitantes.

*Me dijeron que en las calles donde se cometieron los asesinatos se oyen gritos lúgubres por las noches, y que en Buck's Row, una figura parecida a una mujer, emitiendo una luz fantasmal, ha sido vista con frecuencia pasear por la calzada. (Nota del autor). <<*

[16] De Viena llegó un reportaje afirmando que el útero y otros órganos femeninos eran empleados como *diebslichter* o *schlasslichter*, respectivamente «cirios de ladrones» y «cirios soporíferos». Según una antigua superstición alemana, la luz de tales velas obliga a dormir a las personas sobre quienes recae. De aquí se deduce, que tales órganos debían ser muy codiciados por algunos ladrones, e incluso en los códigos criminales de Alemania de los siglos XVII y XVIII se prescribían severas penas por la mutilación de los cadáveres femeninos, con el propósito de fabricar tales velas. (Nota del autor). <<

[17] En sus Memorias, *Doctor in the Nineties* (Londres, 1959), el doctor D. G. Halsted explica la nube sospechosa bajo la que la profesión médica quedó aplastada en 1888, gracias al Destripador:

*Naturalmente, todos los que trabajábamos en el Hospital de Londres, estábamos a plena luz. El East End hervía de detectives de paisano. Entraban y salían de todos los callejones, dispuestos a saltarle a uno al cuello, lo cual nos producía una desagradable sensación. En más de una ocasión pude darme cuenta de que era seguido por un policía. Debo ser el único ser viviente aún de quien se sospechó fuese el Destripador.*

El doctor Halsted contaba noventa y cuatro años cuando se publicó su obra en 1959. (Nota del autor). <<

[18] L. Forbes Winslow, *Recuerdos de cuarenta años* (Londres, 1910). (*Nota del autor*). <<

[19] La celebridad del doctor Winslow le siguió a Nueva York, donde presidió una asamblea para tratar de la demencia en un Congreso Médico Legal de carácter internacional, en agosto de 1895. Sus opiniones, que abarcaban desde la frenología hasta la conveniencia de que las mujeres montasen en bicicleta, fueron publicadas en la Prensa. Además, el *The New York Herald* le consideró tan importante que le asignó un periodista dedicado sólo a transcribir sus frases y hechos diarios. (*Nota del autor*).

<<

[20] Destripador es *Ripper* en inglés. (*Nota del traductor*). <<

[21] No es así, negó otro lector del *Telegraph*, que firmaba «Anglosajón» y que afirmaba haber pasado tres años en los trabajos del ferrocarril de Tejas.

«La monstruosa sangre fría de que hace gala el perpetrador de esos crímenes, se halla en contraposición al carácter del “rudo tejano”. Aparte de ser partidario del *whisky* malo y su habilidad con el revólver, el tejano no posee ninguna de las indispensables cualidades que distinguen, a este cruel asesino». (*Nota del autor*). <<



[22] Según un folleto titulado *Maldición sobre la plaza Mitre*, la última víctima (hasta el momento) del Destripador, fue hallada exactamente en el mismo lugar en que, en 1530, una mujer fue asesinada por un monje enloquecido, llamado hermano Martin. En aquella época, la plaza Mitre era asiento del Priorato de la Santísima Trinidad, y el hermano Martin, abalanzándose sobre la mujer que estaba en oración ante el altar, le cortó la garganta. El cuchillo descendió con inusitada rapidez, y los charcos de sangre mancharon el sagrado altar. Con la furia de un demonio, el monje mutiló el cadáver dejándole irreconocible por completo. A continuación el hermano Martin se hundió el cuchillo en el corazón. Naturalmente, la plaza Mitre, según el autor del relato, quedó considerado un lugar diabólico, por lo cual el asesinato cometido por el Destripador se consideró como el resultado de la antigua maldición. (*Nota del autor*). <<

[23] De haber sido arrestada por la Policía Metropolitana en vez de por la de la City, podía haber escapado a su fatal destino, ya que aquella fuerza retenía a los borrachos hasta la mañana, cuando eran llevados formalmente ante un magistrado, mientras que en la City se soltaba a los borrachos tan pronto como se serenaban. (*Nota del autor*).

<<

[24] El doctor Thomas Burton, aficionado en criminología y experto en microfotografía, contradice este aserto. El doctor Burton afirma que fotografió el escrito de la pared a petición de la Policía, y que los clisés fueron destruidos por Sir Charles Warren. Las microfotografías que yo tomé establecían que la caligrafía era exactamente igual a la de las cartas, añade el doctor. *(Nota del autor)*. <<

[25] E. E. P. Tisdall. *El John Brown de la reina Victoria* (Londres, 1938). Tisdall aparentemente obtuvo la información referente a Lees en relación con la reina Victoria gracias a una hija del médium, la señorita Eva Lees. (*Nota del autor*). <<

[26] E. E. P. Tisdall. Las ventajas de emplear a mujeres policías en el caso de Jack el Destripador son bien claras, pero en 1888 no existían tales policías femeninos. Amelia Brown, de Peckham, no obstante, afirmó que la utilizaron como cebo durante la caza del Destripador, y que para su protección le entregaron un silbato. Este relato apareció en el *Sunday Chronicle* en 1949. La señora Brown contaba a la sazón ochenta y dos años. (*Nota del autor*). <<

[27] Los asesinatos fueron obra de una banda de fenianos conocidos como «Los Invencibles». En enero de 1883, en Dublín, la Policía capturó a un grupo de los mismos, procesándoles y siendo cinco de ellos condenados a la horca, particularmente gracias al testimonio de James Carey, consejero de Dublín, que actuó de informador. Como una especie de justicia poética, un irlandés llamado O'Donnell le mató en julio de 1883 en la colonia del Cabo, habiendo viajado con él en el mismo buque desde Inglaterra, con el solo propósito de matarlo. (*Nota del autor*). <<

[28] En el primer párrafo de su carta de 336 páginas, *East de Londres*, publicada en 1899, Sir Walter Besant rechaza las pretensiones de interés histórico del East End con estas palabras:

*Pero con el East End no hay necesidad de hablar de Historia. Esta ciudad moderna... no se preocupa ni siente interés por su pasado... no hay monumentos que recuerden el pasado; su historia está en blanco.*

La *Enciclopedia Británica*, edición de 1959, adopta el mismo tono. Al comentar el océano existente entre el West y el East de Londres, afirma:

*Las dos zonas hablan el mismo lenguaje, pero con acentos diferentes, y obedecen las mismas leyes; sin embargo, hasta cierto punto, son desconocidas entre sí.*

Lo mismo ocurre al referirse al ruido y la vulgaridad que son la esencia del cockney. (Nota del autor). <<

[29] La palabra en el original inglés es *boss*, americanismo que significa «jefe», muy usado entre los gánsters y la gente de baja ralea. (*Nota del traductor*). <<



[30] En estas últimas cartas, en el original inglés se observan diversas faltas de ortografía y expresiones muy poco ortodoxas, pero he preferido no buscarles sus correspondencias castellanas, por no existir apenas la menor relación entre ambos idiomas. (*Nota del traductor*). <<

[31] La última que pude rastrear fue la carta ya mencionada enviada al *Reynolds News* en febrero de 1959, de un herrero retirado en Worthing, acusando a su primo Frank de ser el asesino. (*Nota del autor*). <<

[32] No todas las cartas que el doctor Dutton examinó estaban en prosa. La poesía insertada es típica de los esfuerzos del Destripador para versificar. Hay que observar la referencia al «Gladstone» (maletín de mano) que fue el escándalo del día, y asimismo la referencia a Henage Court. (*Nota del autor*). <<

[33] TRADUCCIÓN:

*Ocho prostitutas, sin esperanza de cielo,*

*Gladstone puede salvar a una, y sólo quedan siete...*

*Siete prostitutas pidiendo un chelín,*

*Una se queda en Henage Court, y luego habrá un crimen.*

*Seis prostitutas, contentas de vivir,*

*una topa con Jack, y sólo quedan cinco.*

*Cuatro y prostituta riman muy bien, lo mismo que tres y yo.*

*Incendiaré la ciudad y sólo quedarán dos.*

*Dos prostitutas, temblando de frío,*

*buscan un mísero portal, en medio de la noche.*

*El cuchillo de Jack relampaguea, y sólo queda una.*

*Y la última es la más madura para la divertida idea de Jack... <<*

[34] Donald MacCormick, *La identidad de Jack el Destripador*. (Londres, 1959).  
(Nota del autor). <<

[35] La novela de la señora Lowndes, publicada en 1913, no sólo le proporcionó a ella la fortuna sino a varias compañías cinematográficas que realizaron varias versiones de la misma. En cuanto a la descripción como fanático religioso de su protagonista, la señora Susan Lowndes Marques, hija de la autora, escribió desde Estoril, Portugal:

*Mi madre posee una «mente argumentista», y creo que de repente pensó que ésta podía ser la verdadera explicación de los crímenes del Destripador. Hizo lo mismo con otras novelas como LETTY LYTON, basada en el caso de Madeleine Smith. (Nota del autor). <<*

[36] Sir Osbert Sitwell, *Nobles Essences*, fue el primer y último volumen de su autobiografía: *Mano izquierda, Mano derecha*. (Londres, 1950). <<

[37] Cuando le escribí rogándole me enviara las señas de Sickert en aquella época, Sir Osbert me contestó que no las recordaba. Su hermano, Sacheverell, me escribió, no obstante: *El señor Sickert vivía en Mornington Crescent, Londres. N. W. No conozco el número de la casa. (Nota del autor).* <<



[38] Borstal es un establecimiento penitenciario de Inglaterra de triste fama. (*Nota del traductor*). <<

[39] La noche de Guy Fawkes, en noviembre, en la cual la gente bullanguera de Londres enciende hogueras para conmemorar el intento de incendiar el Parlamento, a cargo de Guy Fawkes y sus camaradas, hecho que se produjo a mediados del siglo XVII. (*Nota del traductor*). <<

[40] Leonard Matters: *El Misterio de Jack el Destripador*. (Londres, 1948). <<

[41] *La Guía de Farson a Inglaterra*, un programa de dos partes televisado el 5 y el 12 de noviembre de 1959. (Nota del autor). <<

[42] Ver Apéndice B. <<

[43] Doctor G. Halsted, obra citada. <<

[44] William Stewart: *Jack el Destripador: Una nueva teoría* (Londres, 1939). <<

[45] William Stewart: Cuando el general Warren dimitió como comisario de Policía, le sucedió James Monro. Pero la gente aún tenía que volver a oír hablar de Warren. Cuando estalló la Guerra de los Boers en 1899, fue llamado de nuevo al servicio activo, como segundo en mando del general Sir Redvers Buller, de las fuerzas de Natal. Cuando el joven teniente Winston Churchill narró el desastre del Spion Kop al general Warren, en el cuartel general del último, el general se hallaba «con el aspecto muy tranquilo». «Era un caballero encantador, añadió Churchill. Lo sentí por él. Y también por el Ejército». El general Warren se retiró en 1905 y se dedicó al movimiento *Boy Scout*. Se marchó a su «Valhalla» en 1927, a los 87 años de edad. (Nota del autor). <<



[46] Por lo visto, una mascarilla de yeso de Deeming fue exhibida durante mucho tiempo en el «Museo negro» de Scotland Yard, y los guías afirmaban que era la de Jack el Destripador. Por esta información me hallo en deuda con F. C. Hails, *coroner* de Stoke-on-Trent, quien afirma que su guía le confió: «Creemos que es Jack». <<

[47] Donald MacCormick, obra citada. <<

[48] En su obra *El descuido fatal* (Nueva York, 1947), el americano Richard H. Barker adelanta la teoría de que Jack el Destripador podía ser un profesor de mediana edad, de cualquier colegio de Londres, que gustaba de practicar bromas pesadas, y que en su maletín negro sólo llevase manuscritos y notas. *Esta teoría —escribe Barker— ayuda a explicar la única falta que puede atribuírsele al Destripador: su incorregible audacia, su incapacidad para detenerse cuando se puso en claro que el público ya tenía bastante.* (Nota del autor). <<

[49] Una de las pasiones de George Bernard Shaw, el célebre dramaturgo inglés, autor de obras tan célebres como *Cándida*, *Pígmalión*, *César y Cleopatra*, *Las comedias para puritanos*, *Androcles y el león* y otras, fue precisamente enviar cartas polémicas a los principales periódicos ingleses sobre diversos temas, cartas leídas siempre ávidamente por la ingente masa de lectores de tales rotativos. (*Nota del traductor*).

<<

[50] Winslow, sin embargo, tuvo razón al afirmar que los cinco asesinatos habían tenido lugar bien al salir la Luna nueva o cuando ésta había entrado en su cuarto menguante, según el *Whitaker's Almanach* de 1888. La configuración celeste del 7 de septiembre, víspera del asesinato de Annie Chapman, tuvo un carácter particularmente ominoso, ya que Mercurio y Venus estuvieron en conjunción con la Luna, según dicho almanaque. (*Nota del autor*). <<

[51] *The Daily Express*, 16 mayo 1963. <<

[52] H. L. Adam, *El proceso de George Chapman* (Londres, 1930). <<

[53] Ver Apéndice B. <<



[54] George R. Sims, *El misterio del Londres moderno* (Londres, 1906). <<

[55] Un contemporáneo ha trazado esta interesante imagen del futuro Primer Ministro en sus tiempos de escolar: *Era muy divertido, y en el verano, cuando se iba a su casa a pasar las vacaciones, viajando en la diligencia de Blackheath, se reía en tanto iba disparando garbanzos contra los transeúntes con su tirador.* <<

[56] En uno de los alumnos de la escuela del número 9, cuando menos, esto parece haberle producido una gran congoja. En la revista *Home Counties*, de 1905, N. F. Abell explica cómo fue su primer día como alumno: *Hace más de cuarenta años me dejaron en una escuela de la plaza Eliot, de Blackheath. Jamás atravieso por dicha población un atardecer de otoño sin recordar la impresión que me causó entonces, debido a su frialdad y pavora, por el resplandor de la chimenea, por los árboles sin hojas, por el sombrío muro de ladrillos... y por la serie de cosas oscuras y desapacibles que formaban la plaza Eliot.* N. F. Abell, claro, refleja el disgusto victoriano hacia la arquitectura georgiana. <<

[57] Otro visitante fue Lenin. Cuando John Marley, secretario de Estado para India dio una conferencia en «Toynbee Hall», en 1902, fue interrogado por un extranjero de cejas gruesas y barba puntiaguda que dijo llamarse *Jacob Richer*, el apodo alemán que Lenin usó durante su estancia en Londres. A Lenin le impresionaron tanto los asistentes de «Toynbee Hall», que el decano Robinson le invitó a tomar el té al domingo siguiente. (*Nota del autor*). <<